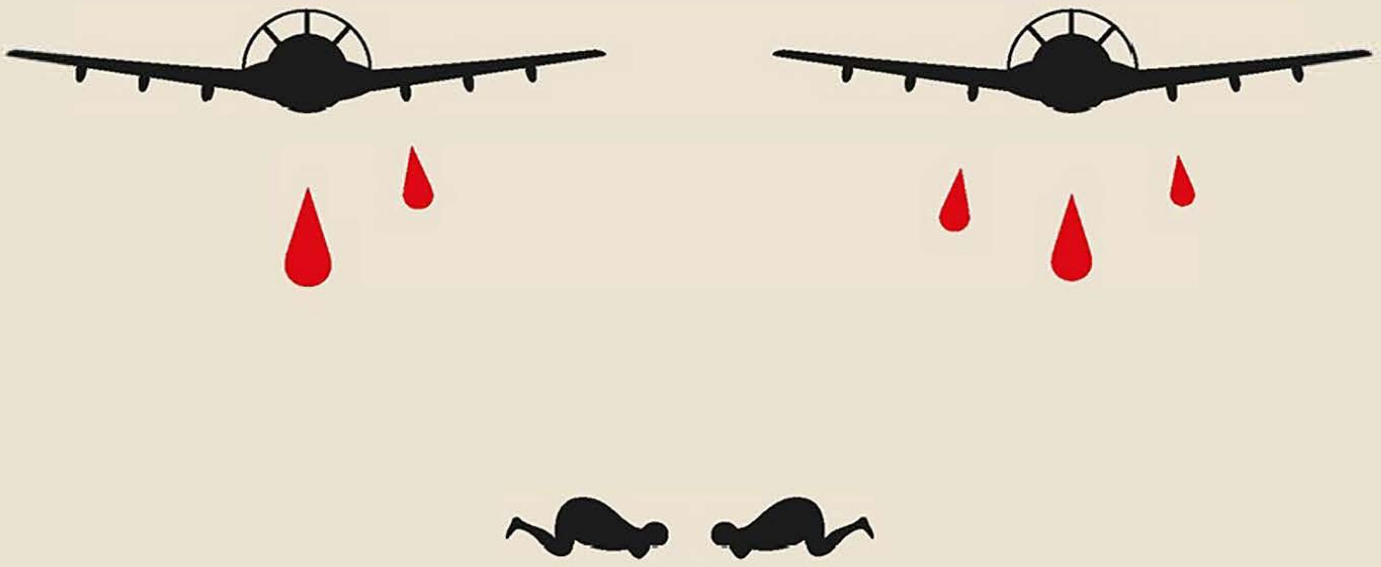
Fernando Hernández Holgado

El pensamiento militarista

Sobre las «guerras justas»

Prólogo de Carlos Taibo



CATARATA

Índice

PRÓLOGO, por Carlos Taibo

INTRODUCCIÓN
- 1. Sobre la ‘guerra justa’
- 2. ¿Qué haría usted si viera a un soldado alemán…?
- 3. La ‘bala de plata’ del ejemplo histórico
- 4. Pensando con la historia
- Posdata

I. PRINCIPIOS DE LA "GUERRA JUSTA"
- 1. Guerras muy poco (o nada) justas
- 2. Las ‘buenas guerras’ (de la esclavitud)
- 3. De guerras justas e injustas
- 4. Las guerras ‘legales’ y sus críticos

II. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (I)
- 1. Las guerras ‘modernas’ del Estado nación
- 2. Guerras ‘patrióticas’, o justas en sí mismas
- 3. Guerras ‘románticas’ y ‘orientalismos’ guerreros
- 4. De la ‘guerra patriótica’ a la raison d’État
- 5. ‘La guerra es el infierno’
- 6. ‘Racionalizar’ la guerra
- 7. Guerra y derecho
- 8. El polvorín de Europa
- 9. Las ‘atrocidades búlgaras’ y algunas otras
- 10. El futuro de la guerra
- 11. Civilizar la guerra
- 12. El corazón de las tinieblas
- 13. Suttner, Tolstói y Gandhi
- 14. La guerra es cosa de hombres
- 15. A la guerra mundial con entusiasmo

III. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (II)

1. Bélgica 1914: las manos cortadas de los niños
2. Pietà Kollwitz
3. Mujeres por la paz
4. Madres y madrinas de guerra
5. Masculinidades no guerreras
6. Virginia Woolf y la guerra
7. ¡Guerra a la guerra!
8. El 'irracionalismo' y la brutalización de la política
9. Al rescate del espíritu guerrero
10. Prácticas de guerra brutalizada
11. La brutalización de la política española
12. la Brutalización de la política alemana: los Freikorps
13. La 'guerra justa' de España (1936-1939)
14. Paréntesis alemán
15. La apoteosis de la guerra total
16. Una mujer en Berlín
17. Sobre la historia natural de la destrucción
18. La guerra 'buena' de Studs Terkel
19. De la injusticia de la 'guerra buena'
20. Penurias del derecho internacional
21. Miserias de Núremberg (1946)

IV. DE LA GUERRA FRÍA
1. Corea: la guerra que no fue tal
2. Maniqueísmos de Guerra Fría
3. La OTAN, escudo militar de Occidente
4. 'Tiempo de canallas'
5. Détente y guerras limitadas
6. La 'guerra injusta' de Vietnam
7. 'El informe de la Montaña de Hierro'
8. 'Inflando' la amenaza y pasando la factura
9. 1979: el crítico comienzo de la segunda Guerra Fría
10. Reagan contra el imperio del mal
11. Hacia el fin de la Guerra Fría: Petra y Christa

V. DE LA POSGUERRA FRÍA
1. Una organización huérfana de enemigos

2. La ‘guerra justa’ del Golfo (1990-1991)
3. La OTAN de la posguerra fría: desesperada por permanecer
4. Las ‘nuevas amenazas’ (I): los ‘nacionalismos ambiciosos’
5. Las ‘nuevas amenazas’ (II): terrorismo y narcotráfico
6. De Fukuyama a Huntington: la profecía por autocumplir
7. La ‘intervención humanitaria’ como ‘causa justa’
8. ‘O fuera de zona o fuera de juego’
9. De Bosnia a Kosovo
10. De los Reds a los Rogue States

VI. DE LA GUERRA PERMANENTE
1. La ‘guerra justa’ de Afganistán
2. El ‘eje del mal’ y la teoría del sujetalibros
3. El ‘doble rasero’ y el ‘arma retórica de la causa justa’
4. El estado de excepción como regla
5. La ‘guerra permanente’ y sus causas
6. Una OTAN ‘global’
7. Ucrania en la mira de dos mundos
8. De la batalla de la historia
9. De la batalla de la lengua
10. De guerra en guerra
11. Ucrania en los ‘Balcanes euroasiáticos’
12. Las decisiones de Zelenski
13. Las decisiones de Putin
14. ¿La primera hot war de la nueva guerra fría?
15. La nueva ‘guerra fría cultural’

CONCLUSIONES

CODA PALESTINA

REFERENCIAS

FERNANDO HERNÁNDEZ HOLGADO

(Madrid, 1964) es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid y profesor de esta universidad desde 2015. Es autor de Miseria del militarismo. Un análisis del discurso de la guerra (Virus, 2003) y Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al franquismo (Marcial Pons, 2003). Coeditor con Tomás Montero del volumen colectivo Morir en Madrid. Los fusilamientos masivos del franquismo en la capital, 1939-1944 (Machado Libros, 2020), recientemente ha publicado, con Núria Ricart y Jordi Guixé, Un lugar inacabado. Espacio de Memoria, monumento Cárcel de Mujeres de Les Corts (PUV, 2022). En Catarata ha publicado Historia de la OTAN. De la Guerra Fría al intervencionismo humanitario (2ª edición, 2022).

Fernando Hernández Holgado

El pensamiento militarista

SOBRE LAS 'GUERRAS JUSTAS'

Prólogo de Carlos Taibo

DISEÑO DE CUBIERTA: PABLO NANCLARES

PRÓLOGO DE CARLOS TAIBO

© FERNANDO HERNÁNDEZ HOLGADO, 2024

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2024

FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

EL PENSAMIENTO MILITARISTA.
SOBRE LAS 'GUERRAS JUSTAS'

ISBNE: 978-84-1352-911-0

ISBN: 978-84-1352-900-4
DEPÓSITO LEGAL: M-444-2024
THEMA: NHW/JWA/JPWS/GTU

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

José Manuel López Blanco (1967-2022).
In memoriam

Ninguna guerra es justa.
ENEKO ALBALADADETREKU (2022)

Al aire,

Al aire puro,

No le gusta acariciar banderas.
GLORIA FUERTES (*Mujer de verso en pecho*, 1995)

PRÓLOGO

Creo que una tarea honrosa para quien prologa un libro como este es la que invita a situarlo en el momento en que estamos. Y a explicar, en paralelo, por qué nos es útil en un escenario en el que son tantos los retos que, cuesta arriba, tenemos que asumir. La mejor manera de acometer esa tarea es reconocer, en mi caso, algunas culpas que me corresponden. Aunque en la década de 1980 y en buena parte de la siguiente trabajé en lo que se ha dado en llamar *investigación para la paz*, con el paso del tiempo las propuestas correspondientes se fueron desvaneciendo y adquirieron peso, en mi cabeza, otros intereses. Si hubiera estado más ducho me habría percatado de que los conceptos y las críticas que manejan los movimientos pacifistas y antimilitaristas no solo han conservado en las tres últimas décadas plena actualidad: en estas horas se antojan vitales para entender procesos que, sin su concurso, visiblemente se nos escaparían.

Lo único que puedo aducir en mi descargo es que he procurado dar algunos pasos para cerrar la herida. Aunque malo es que, habiendo tantos conflictos abiertos en el planeta, mis alarmas hayan tenido que aguardar para dispararse al calor de la guerra que se libra en Ucrania desde febrero de 2022, supongo que nunca es tarde si la dicha es buena. Si desde hace tres lustros, y a efectos de ilustrar lo que reclama la perspectiva del decrecimiento, he asociado esta con seis verbos —decrecer, desurbanizar, destecnologizar, despatriarcalizar, descolonizar y descomplejizar—, en los últimos tiempos he decidido agregar, creo que con razones que no precisan mayor explicación, un séptimo:

desmilitarizar. Y es que el presidente ruso, Vladímir Putin, le hizo a principios de 2022 un regalo generoso e inesperado a una organización mortecina que se hace llamar del Tratado del Atlántico Norte. Un regalo que anuncia militarización, crecimientos notabilísimos en los gastos en defensa, negocios prósperos para la industria de armamentos, autoritarismo, represión de las disidencias, injerencias e intervenciones militares, en fin, que ya no van a preciar la etiqueta, edulcoradora, de *humanitarias*.

Conviene, aun así, que para situar —ya anuncié que ese era el mayor propósito de estas líneas— lo que este libro es recuerde algo preciso: aunque hace tres décadas fuimos muchos los que, mal que bien, nos desentendimos —lo reitero— de lo que decían nuestros colegas pacifistas y antimilitaristas, hubo quien, como Fernando Hernández Holgado siguió —y discúlpeseme esta desafortunada metáfora— al pie del cañón. El hecho de que la discusión sobre la OTAN —tras un aciago y manipulado referendo— menguase muchos enteros y la desaparición posterior del servicio militar obligatorio dejaron el terreno expedito a un formidable desvarío. Me refiero a la reconversión de las fuerzas armadas, aquí y en tantos otros lugares, en un supuesto receptáculo de filantropía solidaria que recibió el correspondiente impulso de la mano de los muchos mitos que han rodeado al intervencionismo autodenominado humanitario. Los libros publicados por Fernando en esos años, y los escritos de unos pocos compañeros más, constituyen ahora un reducto de información preciosa para establecer cómo es posible, y pongo un ejemplo entre otros, que en un país, aquel en el que se escriben estas líneas, en el que en 1986 las encuestas revelaban que había una franca mayoría de personas hostiles a la OTAN, hoy esta última solo suscite la oposición, según una encuesta que parece seria, del 20% de los habitantes. Estoy pensando en obras como *Historia de la OTAN*, de 2000, o *Miseria del militarismo*, de 2003. Pero lo estoy haciendo también, aunque parezca que las temáticas se alejan, en los rigurosos ensayos de Fernando sobre la represión desarrollada en el primer franquismo.

No creo equivocarme cuando afirmo que en estas páginas el lector, o la lectora, encontrará una sagaz desmitificación de las guerras justas que

tiene, por añadidura, la virtud de la amenidad. Este libro es una suerte de singular historia del mundo —más intensa cuanto más nos acercamos en el tiempo al día de hoy— levantada sobre la base de las ruinas de las guerras justas, y con el concurso, inevitable, de la contestación de compañeros de viaje de estas últimas como los que ofrecen colonialismos y patriarcados. A su amparo es fácil que ese lector, o esa lectora, salga fortalecido, por añadidura, en su comprensión de cuáles son los fundamentos de la respuesta pacifista y cuáles las sinrazones de la miseria militarista en tiempos de un incipiente ecofascismo.

Carlos Taibo

INTRODUCCIÓN

1. SOBRE LA 'GUERRA JUSTA'

La primera cita de cabecera de este libro no pertenece a ningún politólogo de renombre. Es la que pronunció mi sobrino de nueve años cuando preguntó por el libro que yo había empezado a escribir a finales de 2022 y le contestaron que iba a tratar de la "guerra justa". Sin que él y yo nos hubiéramos puesto previamente de acuerdo, me pareció que su afirmación había resumido perfectamente el mensaje que me propuse transmitir al comenzar a redactarlo.

A partir de febrero de 2022, con ocasión de la invasión rusa del territorio ucraniano, el término "guerra justa", de antiguas resonancias, volvió a figurar con fuerza entre los argumentos desplegados por la mayoría de los países occidentales a favor de armar a Ucrania para resistir la agresión. Después de guerras tan "poco justas" como la invasión de Irak por Estados Unidos y sus aliados en 2003, o la guerra civil de Siria que diez años después todavía sigue, la resurrección del término constituía toda una novedad. Al fin, parecían decir sus portavoces, una guerra de deslindes claros, de buenos y malos, en la que nosotros debíamos, por obligación moral, armar a los buenos para que se defendieran. Estoy simplificando, claro está, pero el argumento no daba para mucho más, no presentaba mayor complejidad o profundidad: lo habría entendido hasta un niño. Solo que un niño, mi sobrino, resultaba que veía más claro, más lejos y más profundo que muchos analistas adultos.

Cuando estas páginas vean la luz, se habrán cumplido ya dos años de guerra continuada, sin visos, por otra parte, de acabar en un futuro próximo. A la luz del tiempo transcurrido, aquellos flamantes argumentos a favor de la defensa cerrada, incondicional y acrítica del Gobierno ucraniano parecen hacer perdido algo de brillo. De manera significativa, hasta el presidente Volodímir Zelenski comienza a acusar alguna que otra crítica de sus más firmes aliados, mientras que las líneas rojas del apoyo militar occidental parecen haber cristalizado en la negativa a aceptar a Ucrania en la OTAN, con la frustrada contraofensiva ucraniana de 2023 como telón de fondo. Las voces guerreras acusan a estas alturas un cierto cansancio, como si hubieran envejecido rápidamente en el marco del rutinario rodillo de la guerra, con sus diarias noticias de muertes y atrocidades y la amenaza constante de un conflicto mundial de proporciones aún mayores con las previsibles consecuencias de todos y todas conocidas.

No era ese el caso de aquellos primeros tiempos en los que, en este país como en tantos otros, toda una tropa de articulistas y propagandistas cargados de autosuficiencia moral defendieron con gran ímpetu el envío de armas al país agredido. La guerra era, para ellos, la única "solución" del conflicto que enfrentaba a Ucrania con la Federación Rusa. Su argumento se resumía en que "más guerra" llevaría a la paz, término este que veía drásticamente reducida su popularidad. Volvieron a gritar el cínico lema romano: *si vis pacem, para bellum*, con el concepto "paz" convertido en un simple pretexto o una meta eternamente preterida, siempre situada "al otro lado" de una guerra victoriosa, en una especie de utopía deseable pero nada práctica, inalcanzable de hecho. Las voces "pacifistas", aquellas que clamaban por un alto el fuego, a la vez que se negaban a alimentar el conflicto enviando armas al agredido, fueron por aquel entonces —y lo continúan siendo, en gran medida— insultadas, minimizadas, ninguneadas.

Como historiador, lo que más llamó mi atención fue el desprecio que todas aquellas voces exhibieron —y exhiben— hacia la historia, como si la invasión rusa de Ucrania hubiera puesto el contador de los conflictos del mundo a cero. ¿No habíamos aprendido nada? ¿Acaso no estábamos

instalados en un ecosistema de "guerra permanente" desde hacía por lo menos 20 años? ¿Por qué Ucrania y no Yemen, Sudán del Sur, Palestina, Libia, Siria? Un único árbol, engrandecido, parecía ocupar todo el bosque. ¿Por qué aquellas voces mayoritarias y presuntamente sensatas y racionales habían desempolvado la antigua teoría de la "guerra justa" precisamente con Ucrania? ¿Por qué no, por ejemplo, con Palestina, minúsculo territorio sometido y acosado desde hacía décadas por Israel con el apoyo de la gran potencia militar del planeta, más poderosa aún que Rusia?

2. ¿QUÉ HARÍA USTED SI VIERA A UN SOLDADO ALEMÁN…?

De todos aquellos argumentos a favor de la "guerra justa" de Ucrania y, por tanto, del envío de armas al Gobierno encabezado por Zelenski, lo más sorprendente era la abstracción —y abstención— que hacían de todo análisis histórico. Al público interpelado, a quien se intentaba convencer de la bondad de su tesis, se le planteaba un falso dilema intemporal: que optase o desistiese del principio aparentemente obvio de la defensa propia frente a una agresión injusta. La base del argumento de la "causa justa" era exclusivamente moral, como si cualquier otro enfoque —histórico o filosófico— sobrara de partida. Era una postura que exigía posicionamientos en blanco y negro, sin fisuras ni matices, rotundamente binaria. Sus defensores solían admitir mal las objeciones apoyadas en argumentos históricos, o en antecedentes o contextualizaciones del acontecimiento clave. En junio de 2022, la entonces directora de opinión de un importante periódico de centro-izquierda, al tiempo que arremetía contra la "izquierda auténtica" opuesta a la OTAN y "anclada en antiguos esquemas ideológicos", criticaba los "sesudos debates históricos" sobre "las supuestas causas que empujaron a Putin" a la invasión, que sonaban además a "justificación". Que una politóloga tan influyente como ella rechazara los debates históricos por "sesudos" asustaba un poco, al tiempo que informaba de que los principales defensores mediáticos del envío de armas al Gobierno ucraniano se movían de manera privilegiada

en el campo de la moral.

Los ejemplos de aquel gran esfuerzo de movilización de voluntades, a lo largo de todo el primer año y medio de la guerra de Ucrania, fueron legión. La evolución de otro importante y veterano articulista de la misma cabecera siguió la misma pauta: ya en vísperas de la invasión rusa había escrito que, en caso de que esta se produjera, "nada sería tan legal y justo como que los ucranios se defendieran. También lo sería que sus aliados y amigos les ayudaran si lo solicitaran. La única guerra ilegal e injusta es la que Putin viene librando en Ucrania desde 2014". En su argumentación, el autor se apoyaba en un caso "moral" ya por entonces algo antiguo: el que había servido para legitimar por razones "humanitarias" la primera intervención militar de la OTAN en toda su historia, la acometida en abril de 1999, sin el respaldo de Naciones Unidas, contra la República de Serbia y Montenegro. El conflicto había cambiado, pero la postura era la misma. De hecho, el autor se había servido de ese mismo argumento también en marzo de 2011, precisamente para defender otra intervención de la OTAN, en este caso la de Libia: "La guerra es un mal menor y solo lo es cuando es justa. Cuando es injusta es siempre un mal mayor. Quien no quiere elegir este mal menor también elige: el mal mayor avanza gracias a su pasividad, su equidistancia o su cinismo. La guerra también es esto: la obligación de elegir, a la que nadie puede sustraerse".

Esta última frase no podía sino recordar el "nosotros o ellos" invocado por George Bush Jr. en vísperas de la invasión de Irak en 2003, pese a que aquel mismo autor llegó a calificar este último conflicto de "paradigma de guerra injusta" en tanto que "guerra preventiva declarada por una superpotencia". La rotunda calificación de una u otra guerra como "justa" o "injusta" debería haber hecho sospechar a los lectores de dicho autor, poseedor al parecer de la valiosa piedra de toque moral capaz de calibrar de manera absoluta e incuestionable su grado de justicia o injusticia. Pero el tiempo, como decíamos al principio, no pasa en balde: la rutina de la guerra termina apagando las más ardientes soflamas. En uno de sus últimos artículos, en el marco de la aprobación estadounidense del envío de bombas de racimo —prohibidas por un centenar de países— a Ucrania en el verano de 2023, el mismo autor

matizó su postura:

> […] incluso quien se defiende justamente es virtualmente imposible que no utilice métodos injustos […]. Todas las partes, incluso la que tiene la razón moral, suelen cometer crímenes de guerra, aunque normalmente en distinto grado, según si es el agresor o el agredido. Una vez desatada la escalada de muerte, nada para la guerra si no es el agotamiento del combustible humano que alimenta el maldito caldero. Urge la paz. Una paz justa, que castigue a los culpables y devuelva el control del territorio, las fronteras y la plena soberanía a Ucrania. Cuanto más larga la guerra, mayor el horror.

Efectivamente: el problema consistía en que el continuado rearme de las partes y la oposición a un alto el fuego que diera pie a una reconducción política del conflicto retrasaba la paz —justa o no— tan urgentemente necesitada. La "guerra justa" en tanto que "guerra buena" era una contradicción en los términos: pero para llegar a esta última conclusión, era necesario un análisis más filosófico que moral. Fue en abril de 2023 cuando un prestigioso filósofo centenario, Edgar Morin, lo resumió en una frase de su último libro: "Toda guerra en nombre del bien comporta en realidad el mal en ella".

Pero espiguemos más citas de aquellos ardores belicistas del primer año y medio de guerra: analizarlas a la luz del tiempo transcurrido puede que nos ayude a reparar aún más en su simplicidad y a prevenirnos contra su reedición. En febrero de 2023, pocos días después de que el reputado periodista Seymour Hersh publicara un largo y documentado artículo sobre el sabotaje de los gasoductos rusos Nord Stream en el verano de 2022 —del cual la mayoría de los medios occidentales apenas se hizo eco —, otra influyente "politóloga" y "científica social" simplificó aún los argumentos a favor del envío de armas al Gobierno ucraniano. Esta vez el argumento se redujo a un simple aserto: "El pacifismo hoy es enviar al país gobernado por Volodímir Zelenski las armas que precise como dique de protección de nuestras libertades y modelo de convivencia". La frase no podía sino recordar la famosa consigna del "Gran Hermano" de la novela *1984* de George Orwell: "La guerra es la paz". ¿Cómo pudo escapársele a nuestra politóloga una cita tan obvia? No está de más, por cierto, recordar las otras dos frases que completaban la consigna: "La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza".

Los medios de ideología conservadora tampoco se quedaron atrás en su justificación del envío de armas al Gobierno ucraniano y su arremetida contra el crítico de turno. Un reputado crítico y escritor fue puesto en la picota por la contextualización que hizo de la invasión rusa de febrero de 2022 en el marco del largo conflicto del Dombás, así como por criticar la "espectacularización de la información" que, en su opinión, estaba afectando al tratamiento de la guerra de Ucrania en relación con otras del ámbito extraeuropeo. Esta desconfianza hacia la historia y la contextualización histórica llegó a contagiar asimismo a algunas voces tradicionalmente críticas con el *establishment* desde posiciones de izquierda. En un artículo de abril de 2022, un conocido filósofo y escritor de formación marxista criticó determinados argumentos de la "izquierda anti-OTAN" por ocuparse demasiado de las "estructuras", tanto que acababan "derritiendo" en la historia "la decisión de Putin de invadir un país soberano y generar miles de muertos y millones de refugiados". El mismo autor, en un texto posterior, reconoció en su postura una voluntad de simplificación dirigida contra una "complejidad cegadora (la de los contextualizadores enclaustrados en el contexto)", y contra un cierto "exceso de contexto" que podía llevar a la "percepción engañosa" de que la responsabilidad de la guerra era compartida. De todo ello se deducía que los análisis históricos y contextuales complejos eran, *per se*, engañosos, al contrario que su juicio moral individual.

Lo llamativo no era tanto el clásico argumento en sí de la "guerra justa", perfectamente legítimo, como la forma en que se presentaba, simplificado, descontextualizado y receloso además de todo marco histórico más amplio, porque esa misma forma revelaba su intención, más o menos consciente. Se trataba, en realidad, del clásico argumento moral utilizado tanto para justificar las guerras como para compeler a los individuos a colaborar en ellas. Conocida es la anécdota del escritor Lytton Strachey, homosexual declarado, cuando fue juzgado en consejo de guerra por su negativa a combatir en la Primera Guerra Mundial como objetor de conciencia. El dilema que el juzgado militar le planteó fue el siguiente: "¿Qué haría usted si viera a un soldado alemán intentando violar a su hermana?", a lo que Strachey replicó: "Intentaría… [silencio

significativo] interponerme entre ambos". Fue la cómica ironía del escritor la que rompió el dilema de manera imprevisible, pero, más allá de ello, conviene que nos detengamos en el carácter abstracto y extremadamente simple de la tendenciosa pregunta. El sujeto interpelado al que se pretendía movilizar para la guerra, junto con su hermana y el enemigo que intentaba violarla, eran los únicos actores de un paisaje moral *jibarizado* y marcado además por la urgencia. El resultado, en teoría, no habría debido ser otro que el varón movilizado en una "guerra justa", legitimada por la defensa de la propia persona y familiares. Para el caso de la hermana, por cierto, el cuerpo femenino como dependiente del varón cabeza de familia. O "la mujer" como causa o pretexto de una guerra esencialmente patriarcal, en una genealogía que nos remontaría a la mítica Helena de Troya. En todo caso, la realidad histórica que pretendía ocultar la escenificación interesadamente simplista del presunto dilema solía ser bastante más compleja, y de ella no se hablaba en absoluto.

3. LA 'BALA DE PLATA' DEL EJEMPLO HISTÓRICO

Ahora bien, aunque el argumento de aquellas voces era esencialmente moral, no dejaba de reforzarse con algún ejemplo histórico, aunque no fuera más que para hacer buena la frase de Cicerón sobre la historia como *magistra vitae*. Eso mismo fue lo que hizo Volodímir Zelenski en su intervención *online* del 5 del abril de 2022 ante el Congreso español, cuando invocó el bombardeo de Gernika en 1937 y lo comparó con la agresión rusa, con el fin de agradecer el envío de armas y pedir más sanciones contra Rusia. "Estamos en abril de 2022, pero parece abril de 1937 en Gernica". Zelenski invocó de manera eficaz la pintura *Guernica* como icono de la barbarie para denunciar matanzas como la entonces reciente de Bucha, mientras populares escritores y articulistas de este país comparaban y asimilaban la "guerra justa" del Gobierno ucraniano con el derecho de legítima defensa del Gobierno de la Segunda República ante el levantamiento militar de 1936. Para alguno de estos autores, "los auténticos herederos de la Segunda República son los ucranios que se

están batiendo por su libertad". Lo decía alguien que declaradamente abominaba de la guerra pero que reconocía que "algunas guerras, una vez desencadenadas, no había más remedio que pelearlas", como la guerra civil española, en tanto que ejemplo señero de "guerra justa".

Amparado en esa forzada comparación histórica —rebatida por algún que otro reputado historiador—, el escritor y articulista se hacía fuerte en la barricada del argumento moral, el de "los militantes, los moralistas o ingenuos", frente a "los geoestrategas y los realistas, la gente que sabe". Frente a esta postura, el análisis del historiador aportaba, en cambio, argumentos históricos tan de peso como la diferencia de apoyos internacionales de uno y otro Gobierno, o la distinta potencialidad de uno y otro conflicto a la hora de provocar una guerra mundial. Pese a ello, no fueron pocos quienes, durante aquel año de 2022, utilizaron hasta la saciedad la comparación "España 1936 - Ucrania 2022". De alguna manera, el ejemplo histórico más o menos descontextualizado servía de "bala de plata" con que cargar el fusil propagandístico especialmente destinado a convencer a una "ciudadanía de izquierdas". En cualquier caso, la historia funcionaba como argumento suplementario. Una cosa era invocarla *grosso modo* de manera efectista a fuerza de comparaciones forzadas —la heroica resistencia ucraniana con la del pueblo español contra el golpe militar de 1936, la resistencia a enviar armas a Ucrania con la política de no intervención de aquel año o la de "apaciguamiento" de 1938— y otra distinta entrar en detalle y correr el riesgo de cometer errores de bulto. El argumento esencial y definitivo continuaba siendo el moral. En esa posición se afirmaba también otro escritor declarado alérgico a los uniformes en un artículo en el que manifestó su preferencia por "equivocarme a solas con mis simplezas que acertar con quienes entienden tanto los detalles que acaban por no distinguir al invasor del invadido". Una vez más, la orgullosa profesión de fe en la simplicidad argumental que entregaba, sin luchar, al adversario —los partidos "pacifistas", opuestos al envío de armas al Gobierno ucraniano— el campo del análisis histórico mínimamente profundo.

4. PENSANDO CON LA HISTORIA

La causa invocada por la "guerra justa" tradicionalmente se ha presentado como una situación "ideal", extremadamente simplificada y abstraída de la historia, como el trío del dilema que los jueces militares presentaron a Strachey: el soldado patriota, su hermana y el soldado invasor y potencial violador. Una situación ideal y única, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel único momento, el del soldado enfrentado perentoriamente al dilema, y la vida o la muerte dependieran de la decisión a tomar de manera urgente por el interpelado. Pero, como nos recordaba Carl Schorske, el gran historiador de la cultura, necesitamos "pensar con la historia". El bienio transcurrido de guerra, con un balance de unos 10.000 civiles muertos en Ucrania mientras escribo estas líneas, nos proporciona un mínimo de perspectiva histórica a la hora de hacer balance de la política seguida hasta la fecha respecto al envío de armas al Gobierno de Volodímir Zelenski y la resistencia a abrir un canal de diálogo entre las partes. El "ardor guerrero" de buena parte de los escritores y propagandistas aquí citados, tan fácil de experimentar cuando es otro quien pone el cuerpo, parece haber menguado un tanto. Por otra parte, la supuesta "guerra justa" de Ucrania no parece ser más que una de las muchas que, desgraciadamente, han asolado la humanidad.

Este libro se articula en torno a tres temas, como tres hilos trenzados. El primero responde al intento de realizar una genealogía del argumento de la "causa justa" como *causa belli* —causa de guerra— a lo largo de la historia. Cometería un grave error si pretendiera con ello hacer una especie de "historia intelectual" de la "causa justa" a través de los tiempos, como quien se empeñara en elaborar una "historia de las ideas" o una "historia del arte" a partir de una presunta evolución unilineal de sus diferentes "tipologías" a lo largo de los siglos. Como si se tratase de un organismo vivo, o como si las "ideas" fueran entes autónomos independizados de las realidades histórico-culturales que las explican. Desde la aparición de la crítica marxista y, con mayor motivo, desde el "giro cultural" de los años setenta y ochenta del siglo pasado, sabemos que cada argumento de "causa justa" de los que se tratará en este libro habrá de explicarse a partir de la situación sociohistórica y cultural

específica en que nació. Solamente en ese entorno podremos descubrir su alcance, sentido y significado singulares.

Y sin embargo, por muchas y muy diversas que hayan sido las situaciones históricas de partida, la "causa justa" aplicada a las guerras ha venido funcionando tradicionalmente desde tiempo inmemorial, a través de distintos espacios, sociedades y culturas, como un dispositivo de legitimación de la acción militar propia, fuera esta agresiva o defensiva. Podría decirse así que, en el fondo de esta fórmula terminológica empleada en todo tiempo y lugar, ha anidado siempre la voluntad de legitimación moral de la posición propia, de diferenciación de la acción armada propia de la del enemigo. Esa voluntad ha recorrido la historia de manera prácticamente invariable, casi desde el principio de los tiempos. No fue casualidad que el Gobierno estadounidense encabezado por George H. W. Bush bautizara aquella tempranísima operación bélica de la posguerra fría, la invasión de Panamá de finales de 1989, como *Juste cause*, haciendo así un guiño a la conocida fórmula del derecho romano aplicada a la guerra empleada desde siglos atrás.

A esto se podría añadir que la vinculación de la esfera bélica con la esfera de la justicia, así como con la esfera de la razón —"lo justo y razonable"—, ha constituido desde el principio el *leitmotiv* tradicional del argumento de la "guerra justa". Como se verá en este texto, una cierta voluntad "racionalizadora" alimentó ya sus primeras formulaciones. Así, por ejemplo, detrás del *ius ad bellum* —derecho a hacer la guerra— debía existir un procedimiento, algo que ya empezó a darse con el "derecho fecial" romano. De igual manera, el primer *ius in bello* —relativo a la conducción de la guerra— reflejó ciertos intentos "racionalizadores" tendentes a proteger a la población no combatiente envuelta en el conflicto armado, así como a prescribir una cierta "proporcionalidad" en la aplicación de la muerte y la destrucción. De todo ello se desprende, como no podía ser menos, una verdadera cascada de preguntas que este libro solamente pretende dejar apuntadas. Aquí van algunas: ¿Qué tiene que ver la guerra con la justicia? ¿Es "justo" hacer la guerra? Una vez declarada, ¿es "justo" continuarla, defenderla, apoyarla directa o indirectamente? ¿Es, por lo demás, "razonable", o

"racional"? ¿Es "justo" aducir y defender, simplemente, la "justicia" o la "racionalidad" de toda guerra? ¿De qué acepción de la palabra "razón" hablamos?

La genealogía sobre la "guerra justa" pergeñada en este libro sirve al objetivo de mover al lector o lectora a preguntarse por los intereses e intenciones, declarados o no, que han alimentado toda guerra presentada como "justa" y, en ocasiones, también como "racional", empezando por las primeras del mundo grecorromano y terminando por las de los actuales conflictos de Ucrania y Palestina. Intentar responder a las diferentes preguntas surgidas sobre dichos intereses e intenciones habría sido absurdo. Me conformo, sin embargo, con sembrar modestamente la semilla de la sospecha en cada caso, con insinuar la duplicidad del argumento tantas veces invocado de la "guerra justa" como prescriptiva decisión "moral". En unos casos, como espero y pretendo demostrar, la "causa justa" no habrá sido más que un pretexto invocado unilateral y parcialmente. En otros, una altisonante justificación de una fría operación de conquista, guiada por intereses más o menos ocultos. El método de exposición de tan ambiciosa genealogía tendrá por fuerza que ser impresionista: simples pinceladas históricas que sirvan para señalar sutilmente algunas de las realidades ocultadas por los argumentos morales a favor de la movilización militar, dictados siempre en un clima de urgencia.

El segundo tema o hilo de este libro lo constituye la propia dinámica militarista occidental en la era contemporánea, entendida precisamente como una manera de "racionalizar" la guerra, de "naturalizarla" en nuestras mentes. En este sentido, su redacción me ha permitido interiorizar mejor una verdad muy básica: que la guerra ha acompañado muy de cerca todo lo referido a la génesis y desarrollo del Estado nación occidental, casi hasta fundirse con él. Ya tuve ocasión de ocuparme de la problemática militarista en dos libros anteriores, y en este vuelvo a detenerme de manera especial en la historia de la Alianza Atlántica, el "escudo militar de Occidente". He intentado iluminar especialmente el desarrollo de la OTAN durante la llamada posguerra fría (1991-2001), cuando el concepto de "intervencionismo (militar) humanitario" vivió su

momento de gloria, coincidiendo con la histórica fase de los "dividendos de la paz". Proliferaron por entonces varias intervenciones de presunta "guerra justa" que he considerado necesario diseccionar, al igual que la génesis del proyecto expansionista atlántico durante esos mismos años.

A partir de 2001, mi análisis del militarismo se ha apoyado en el marco de la llamada "guerra permanente" o "guerra civil global", según los autores: una época marcada por la proliferación de conflictos armados, de los que el ucraniano es uno de los más recientes. La ampliación acelerada de la OTAN y su conversión en una alianza militar "global" se enmarca en esta etapa, que es además proclive en procesos de "nacionalización" y "renacionalización" de Estados como la propia Ucrania y la Federación Rusa. Tirando precisamente de este grueso hilo o tema, me he ocupado de dar también algunas pinceladas sobre la actual coyuntura bélica en Ucrania, ese árbol crecido que parece ocultarnos el bosque de la "guerra permanente". Una "guerra permanente" manifestada en múltiples conflictos que, a modo de agonía, está sacudiendo hasta sus cimientos un mundo crepuscular presidido por la crisis climática, el descenso energético y la competencia cada vez más feroz por los recursos existentes.

Una precisión metodológica se impone antes de pasar al tercer hilo de la trenza de este libro. He procurado no olvidar en ningún momento que todo análisis de la guerra y del militarismo necesariamente debe incluir otras dos dinámicas históricas de exclusión, de producción de oposiciones binarias en una relación desigual de poder, presidida muchas veces por la violencia: la etnocentrista y la patriarcal. La historia del militarismo occidental está íntimamente enredada con la del colonialismo y con la del patriarcado. Las tres forman, de hecho, una especie de cuerpo único e indisociable en forma de prisma. Las realidades coloniales, algunas de ellas tratadas aquí de manera colateral —Marruecos, Congo, Próximo Oriente—, han jugado un papel principal en la construcción cultural de la masculinidad guerrera occidental que recorre este libro. Con demasiada frecuencia, por lo demás, se ha olvidado esa lúcida obviedad que dice que la guerra ha sido y sigue siendo una "cosa de hombres". Solo espero no haber perdido de vista esa mirada básica durante la

redacción de este texto, que es posible que en más de una ocasión haya podido extraviarse o divagar entre tanto episodio histórico.

El tercer hilo de este libro pretende ser de esperanza. Toda formulación de "guerra justa", por muy diversa que haya sido su tipología, ha tenido siempre sus resistencias, sus opositores, sus críticos: desde las guerras "nacionales" presentadas como defensivas que evolucionaron a ofensivas o de conquista, hasta las "guerras santas" o de religión, pasando por las que invocaron los principios humanitarios más altisonantes. En este sentido, he procurado combinar las pinceladas impresionistas de esta genealogía de la "guerra justa" con las aportadas por sus críticos, desde Erasmo de Rotterdam hasta Simone Weil, pasando por Tolstói y Bertha von Suttner. Con mayor motivo podría decirse lo mismo de las guerras abiertamente "injustas" o que han pasado a la historia como tales, epitomizadas en la de Vietnam. Juegan aquí un papel importante nombres críticos como Noam Chomsky, Kurt Vonnegut, Christa Wolf o Petra Kelly, por citar algunos ejemplos. A su manera, todas estas voces disonantes de hombres y mujeres configuran una suerte de genealogía —pacifista— alternativa a la de los voceros de las guerras. Ojalá que reseñar sus nombres y seguirlos en el hilo de la historia, como quien completa una salvífica línea de puntos, sirva para alimentar y reforzar la oposición a toda guerra, de la naturaleza que sea.

Este libro se compone de 76 estampas o pequeños ensayos históricos estructurados por bloques cronológicos. Los ensayos funcionan a manera de epígrafes, pero pueden también leerse de manera independiente, o al menos esa ha sido mi intención. A la observación de que quizá sean muchos, demasiados, solo puedo responder esto: largo es el camino que debemos desandar para desaprender todo lo aprendido y pronunciar con mi sobrino aquello de que "ninguna guerra es justa". He espigado citas diversas buscando parecerme a ese humilde "trapero de la historia" que decía Walter Benjamin, en su intento de "cepillarla a contrapelo". Las notas bibliográficas las he acumulado al final, para no entorpecer la lectura. Debo a Carlos Taibo la confianza depositada en mí desde hace años, en una amistad que se remonta a los ya lejanos tiempos de la insumisión al servicio militar y a la prestación sustitutoria en este país. Y

a Josemi Lorenzo y a Ana Peralta por su paciencia infinita con la corrección.

Este texto habría debido ser mucho más breve, pero el fruto final ha sido, como me decía un buen amigo, una especie de manual —crítico— de Historia Contemporánea. La explicación quizá radique en una sospecha: que de manera inconsciente lo haya escrito pensando en mis alumnas y alumnos del Grado de Historia, Historia del Arte y Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, a quienes está especialmente dedicado.

POSDATA

Este texto estaba prácticamente en imprenta cuando se produjeron los atentados de Hamás del 7 de octubre de 2023 en Israel y la reacción del ejército israelí en forma de bombardeos masivos sobre Gaza. El significado de todo acontecimiento o realidad histórica es cambiante: se reordena y transforma en el tiempo con relación a los que le siguen, o con aquellos otros con los que entran en diálogo. Es entonces cuando podemos verlo e interpretarlo bajo una nueva luz que, a veces, nos permite apreciar matices inesperados. A efectos de la crítica reflexiva sobre el discurso de la "guerra justa", lo que en estos momentos está ocurriendo en Palestina no puede menos que dialogar con lo sucedido en Ucrania: de ahí el añadido final de una "coda" sobre Palestina, a modo de epílogo de actualidad.

I. PRINCIPIOS DE LA 'GUERRA JUSTA'

1. GUERRAS MUY POCO (O NADA) JUSTAS

Quizá la primera observación pertinente sobre la "guerra justa" sea la asociación de la palabra "guerra", de significado prácticamente intemporal, a la palabra "moral", esta última en sus diferentes acepciones y encarnaciones históricas. Es precisamente el antónimo de este concepto de guerra moralmente justa, el basado en la concepción "realista" de la guerra, el que nos ilumina por contraste su significado. Conocido es el temprano ejemplo histórico utilizado por la escuela realista en teoría política sobre la naturaleza de la guerra, a principios del siglo V a. C.: el representado por los generales atenienses que parlamentaron con los rebeldes de la pequeña isla de Melos, poco antes de invadirlos, de masacrar a su población masculina y de vender a mujeres y niños como esclavos. Según Tucídides, los generales atenienses basaron únicamente en la superioridad de sus fuerzas su decisión de sojuzgar a los melios, por las buenas o por las malas. Ello quedó claro ya en las primeras frases de su parlamento:

> No queremos usar con vosotros de frases artificiosas ni de términos extraños, como si por derecho y razón nos perteneciese el mando y señorío sobre vosotros, por causa de la victoria que en los tiempos pasados alcanzamos contra los medos, ni tampoco será menester hacer largo razonamiento para mostraros que tenemos justa causa de comenzar la guerra contra vosotros por injurias que de vosotros hayamos recibido.

"Derecho", "razón" y "justicia" quedaban apartados de los argumentos de los militares atenienses, que se circunscribían exclusivamente a la

utilidad y conveniencia del proyecto imperial de su polis. Este ejercicio de realpolitik *avant la lettre* debía, al menos, invocar alguna legitimidad trascendente, pero esta se veía reducida a la de simple comparsa:

> Tampoco nosotros desconfiamos de la bondad y benignidad divina, ni pensamos que nos ha de faltar, porque lo que hacemos es justo para los dioses y conforme a la opinión y parecer de los hombres, según usan los unos con los otros: porque en cuanto toca a los dioses, tenemos y creemos todo aquello que los hombres tienen y creen comúnmente de ellos; y en cuanto a los hombres, bien sabemos que, naturalmente por necesidad, el que vence a otro le ha de mandar y ser su señor, y esta ley no la hicimos nosotros, ni fuimos los primeros que usaron de ella, antes la tomamos al ver que los otros la tenían y usaban, y así la dejaremos perpetuamente a nuestros herederos y descendientes. Seguros estamos de que, si vosotros y los otros tuvieseis el mismo poder y facultad que nosotros, haríais lo mismo.

No puede dejar de sorprender la resiliencia y actualidad de tales argumentos de cinismo político, formulados ya en el siglo V a. C. La "ley del más fuerte" que argumentaban los generales de Atenas se bastaba por sí misma, y solo de manera secundaria invocaba la retorcida "justicia" de los dioses, modelo más de vicios que de virtudes, así como la simple costumbre y la presunta necesidad humanas. Todo ello aderezado de la más depurada protesta de irresponsabilidad por parte de los generales atenienses, con la consabida advertencia de que, si bien no fueron ellos quienes acuñaron tal "ley", no dejarían por esa razón —amparándose precisamente en su supuesta irresponsabilidad— de perpetuarla.

¿Cuándo, entonces, surgió la asociación de lo moral (o lo inmoral) con la guerra? Seguimos en la antigua Grecia. Ya Platón —por boca de Sócrates— defendió ciertos límites: no esclavizar al enemigo vencido —salvo que fuera bárbaro— y proscribir tanto el despojo de cadáveres como la destrucción de sus campos, salvo que no fueran griegos. Esa distinción griego-bárbaro resultaba igualmente esencial en Aristóteles, quien definía la guerra como "un medio natural de adquirir" que comprendía la caza tanto de los animales salvajes como la de aquellos hombres "destinados a obedecer" —los bárbaros— que se negaran a hacerlo. Venganza, ayuda a los aliados y adquisición de gloria y recursos para la polis constituían, para el filósofo, otros tantos motivos que justificaban la guerra, en tanto que límites que remitían más a la utilidad y conveniencia de la polis que

a cualquier moralidad, o al menos a una moralidad acotada exclusivamente al ámbito helénico.

La antigua Roma realizó una importante aportación al discurso de la guerra "justa" o justificada basada, sin embargo, no tanto en la moralidad sino en el procedimiento. Lo "justo" de la acción guerrera dependía de que se ajustara o no al llamado derecho fecial —*ius fetiale*—, el del colegio de sacerdotes —feciales— encargados de regular las relaciones diplomáticas y militares de la República con los pueblos extranjeros. Pero todavía más llamativa fue la distinción explicitada por la historiografía romana —y griega bajo dominio romano, véase Polibio— entre causas verdaderas y pretextos públicos o justificaciones de una guerra, que se remontaba por cierto al propio Tucídides. Ninguna cita quizá más ilustrativa de esta diferencia que la explicación que dio Polibio de la decisión tomada por Roma de declarar la guerra a Cartago, la que desató la tercera guerra púnica:

> Hacía tiempo que la decisión había sido tomada en firme y ahora los romanos buscaban un pretexto que, a su parecer, fuera honesto de cara a los de fuera. Pues este era un aspecto que tenían muy en cuenta, ciertamente, y en ello pensaban bien. Una declaración de guerra, apostilla Demetrio, si parece justa, agranda los triunfos y aminora las derrotas, pero si parece injusta y vergonzosa, surte efectos contrarios.

Esta duplicidad entre el ser y el parecer, la causa y el pretexto, acompañó de alguna manera las primeras formulaciones de la guerra justa en el derecho romano. Cicerón, al hacerse eco del derecho fecial, aclaró que "ninguna guerra es justa sino la que se ejecuta por cosas reclamadas, o que antes sea declarada y notificada". Y sin embargo, existía un linde ambiguo, un territorio poroso, reflejo del paso de las guerras "defensivas" de Roma a las "ofensivas", las que "buscaban la gloria", como prefiguración de la Roma imperial. El propio Cicerón consideraba que la guerra debía ser emprendida "de modo que parezca que no otra cosa sino la paz es buscada". Nuevamente el juego de las apariencias y el fin —aparente— de la paz emboscando el de la "gloria" como interés del Estado.

Agustín de Hipona ha sido considerado el primer teórico de la "guerra justa". En principio, salta a la vista una característica principal que

explica su pensamiento al respecto: sus convicciones cristianas en el marco de un Imperio romano que acababa de convertir el cristianismo en su religión oficial. ¿Cómo conciliar el quinto mandamiento con los intereses del nuevo Imperio cristiano de tipo teocrático? Pues precisamente mediante el concepto de "autoridad legítima", al que el soldado debe obediencia, ya que…

> No mata quien presta su ministerio obedeciendo al que manda, así como la espada es instrumento del que la usa: por consiguiente, no violan ese precepto, "no matarás", los que por orden de Dios declararon guerras o representando la potestad pública y obrando según el imperio de la justicia castigaron a los facinerosos y perversos quitándoles la vida.

El obispo de Hipona sancionaba así el concepto de "irresponsabilidad moral" del soldado, el *minister legis*, que obedecía órdenes, las *leges*. Como simple instrumento, persona objetualizada, el soldado no tenía responsabilidad ni culpa. El impío aquí era el desobediente, el desertor: "El soldado que, obediente a su autoridad legítima, mata a un hombre, por ninguna ley estatal se le llama reo de homicidio. Es más, se le culpa de desertor y rebelde a la autoridad en caso de negarse a ello".

Que el teólogo justificara matar en nombre de esta obediencia mientras condenaba el asesinato cometido por un individuo particular en defensa propia resulta una paradoja que informaba a las claras de la importancia que concedía al principio de autoridad legal vigente. La observación es pertinente, ya que, frente a lo divulgado, Agustín en absoluto basó su concepción de la "guerra justa" en la autodefensa del individuo extrapolada a la de las naciones o los Estados. La "justicia" de una guerra dependía de la autoridad divina: o bien directamente de Dios, como las guerras que libró el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, o bien de la correspondiente autoridad legítima delegada, esto es, del Estado confesional romano, autoridad que debía mantenerse a toda costa en los procelosos tiempos de las invasiones bárbaras. De hecho, la "guerra justa" que defendió Agustín contra, por ejemplo, la herejía donatista —y su facción más radical, los circunceliones, revoltosos jornaleros africanos —, se pareció mucho más a una "guerra santa" al estilo de las futuras cruzadas medievales, que a las primeras formulaciones del derecho

romano que habíamos visto en Cicerón.

2. LAS 'BUENAS GUERRAS' (DE LA ESCLAVITUD)

Sabido es que la expansión ultramarina de los siglos XV y XVI, con el "descubrimiento del Nuevo Mundo", ejerció un enorme impacto sobre la nueva ideología europea del Renacimiento que por entonces se estaba formando. Una vez abierto aquel inmenso horizonte, el acomodo de sus novedosas realidades —empezando por los "indios" en tanto nuevos y desconocidos "salvajes"— a los marcos mentales y culturales europeos desató un buen número de enjundiosos debates teológicos y jurídicos, de gran importancia práctica, particularmente en el ámbito de los reinos hispánicos. Uno de ellos fue el de la presunta "esclavitud natural" de los indios, que se apoyaba en las prácticas esclavistas anteriores sobre "moros, negros y canarios", capturados en "buena guerra". Hay que ver aquí la larga sombra de la doctrina aristotélica sobre la esclavitud natural de aquellos hombres —bárbaros— destinados a obedecer, reforzada por la escolástica tomista. El Doctor Angélico había citado específicamente la *Política* de Aristóteles cuando declaraba natural la servidumbre entre los hombres, "pues algunos son, por naturaleza, siervos", esto es, "instrumentos animados" en tanto que seres inferiores sometidos en cuanto al cuerpo. El reconocimiento, sin embargo, de una servidumbre natural —que en principio debía resultar beneficiosa y útil tanto al señor como al esclavo— era cosa distinta de la defensa de la esclavitud civil, tan naturalizada en la antigua Grecia como opuesta —también en teoría — al principio cristiano de la igual dignidad de los hombres ante Dios, para no hablar del origen pecaminoso de la misma.

En cualquier caso, es posible identificar una articulación histórica de argumentos filosóficos y teológicos de largo aliento que confluyeron en la firme sanción de la esclavitud por parte de las monarquías europeas ya en el siglo XV —cuando empezó a cobrar auge el "tráfico de negros"— y que vino a proyectarse en las Indias recién "descubiertas" mediante su aplicación a los nuevos "salvajes". Procedentes ambas de la tradición aristotélica, la concepción de la esclavitud natural acabó reforzándose

con la de la "guerra justa" o "buena guerra". Los ejemplos son numerosos. Retomando lo mencionado sobre los "moros, negros y canarios", en el último tercio del siglo XV la normativa del reino de Valencia para los esclavos desembarcados en el puerto, y con carácter previo al cobro del impuesto de venta, exigía que fueran declarados "de buena guerra" tras el preceptivo interrogatorio ante el bayle real. Hablamos, para el caso valenciano y durante el reinado de los Reyes Católicos, de personas negras musulmanas de Berbería, pero también de "traficadas" en "Guiné" —la costa occidental africana— e incluso de diversos territorios africanos del Índico, en su inmensa mayoría fruto de los "asientos de negros" de monopolio real concedidos a los comerciantes portugueses y, en menor medida, castellanos. Dado que este segundo grupo de esclavos era mayoritariamente "bozal" —que solo hablaba la lengua propia—, para no mencionar la gran cantidad de niños apresados, poco garantista debía de ser el interrogatorio al que, supuestamente, eran sometidos para certificar su legitimidad como cautivos de "buena guerra". Solo en 1495 fueron desembarcados 640 esclavos y esclavas por este procedimiento en Valencia, un puerto o centro de entrega que no debía de figurar precisamente entre los principales de los reinos de la monarquía hispánica.

Prácticamente sin solución de continuidad, como quedó demostrado por las prácticas esclavistas de Colón con los aborígenes de La Española, los "nuevos salvajes" del continente americano pasaron a recibir el mismo trato. Frente a las primeras críticas y actuaciones, entre ellas las del cardenal Cisneros en 1500, parece ser que los juristas cortesanos inventaron la distinción de "indios de paz" e "indios de guerra" —susceptibles de ser esclavizados— según la arbitraria clasificación o reparto de los territorios a conquistar y ocupar. Fue uno de ellos, Juan López de Palacios Rubios, quien recurrió a la conocida teoría aristotélica de la esclavitud natural para justificar la esclavización de aquellos "tan ineptos e incapaces" que "no saben en absoluto gobernarse, por lo cual, en sentido lato, pueden ser llamados esclavos, como nacidos para servir y no para mandar", de lo que se deducía que era lícito reducirlos a esclavitud mediante guerra. El cronista regio Juan Ginés de Sepúlveda se

destacó sobre los demás a la hora de justificar la guerra de conquista. Para el filósofo y sacerdote cordobés, los indios americanos eran de "naturaleza bárbara", "faltos de razón, por causa del clima o por alguna mala costumbre por la que los hombres se convierten casi en bestias". Recurría así al tradicional juego de binarismos y jerarquías de raíz aristotélica, dado que "los bárbaros del Nuevo Mundo" eran en "prudencia, ingenio, virtud y humanidad" tan inferiores a los españoles "como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentes y templados, y estoy por decir que de monos a hombres".

La autoridad del filósofo griego reinterpretado al gusto europeo servía para apuntalar el juego de exclusiones y oposiciones —alteridades— que llevaba ya tiempo organizando el mundo conocido, el Viejo y el Nuevo: humano/animal, varón/mujer, adulto/niño, griego/bárbaro y civilizado/salvaje. La relación entre los diferentes polos, de mandato y servidumbre, incluía la violencia precisamente en forma de "guerra justa" contra el bárbaro, casi animalizado por Sepúlveda. Dicho concepto encajaba bien en el discurso de la alteridad cultural proyectada sobre el no-europeo, presidido por una relación que debía oscilar entre la condescendiente tutela, de un lado, y la violencia y la guerra, del otro. Como bien ha señalado el antropólogo Roger Bartra, los europeos llevaban ya una suerte de formato o molde del "salvaje" traído de casa: el salvaje medieval procedente en primera instancia de la Antigüedad clásica, como *homo silvestris* o *silvaticus* —*agriós* en griego—, que no se correspondía del todo con el "bárbaro" no griego de Aristóteles. Ahora bien, fue aquel mito histórico-legendario del "bárbaro europeo" el que terminó por proyectarse sobre el indígena americano conformando un sujeto subalterno destinado a ser sometido y esclavizado, como hasta el momento había sucedido con otros "salvajes" anteriores, fueran estos aborígenes de Canarias o "negros bozales" del África.

3. DE GUERRAS JUSTAS E INJUSTAS

Pero volviendo a la guerra justa, fue precisamente un destacado dominico español de la llamada Escuela de Salamanca, Francisco de Vitoria (1483-1546), quien demostró en 1539 la "injusticia" de la guerra promovida contra los indios y su esclavización, apoyándose precisamente en las formulaciones ya mencionadas de la "guerra justa" según Agustín de Hipona y Tomás de Aquino. Dado que, según ambos autores, las guerras justas se definían como las que vengaban las injurias recibidas, y dado que los europeos no habían recibido injuria previa alguna de los "bárbaros" americanos, "ninguna causa hay de guerra justa" contra ellos. Tampoco constituía, según el teólogo, "causa justa" de guerra "la diversidad de religión", esto es, que los indios se negaran a recibir la fe cristiana —otro de los argumentos de sus oponentes—, ni la gloria buscada por el príncipe o su deseo de ensanchar el imperio. Y todavía iba más allá Vitoria al introducir una curiosa precaución: la de que "no siempre es suficiente que el príncipe crea tener justa causa para hacerla", porque "puede errar invencible o afectadamente". Para precaverse de este error, y citando una vez más a Aristóteles en su apoyo, disponía que el acto se hiciera "conforme al juicio de los sabios". El ejercicio de empatía —o de imaginación— del teólogo era notable, ya que no dudaba en colocarse en lugar del otro:

> De una doctrina contraria resultaría que muchas guerras serían justas por entrambas partes. Porque generalmente ocurre que los príncipes no hacen la guerra de mala fe, sino creyendo defender una justa causa, y de esta suerte serían inocentes todos los soldados y, por consiguiente, no se les podría matar. […] Además, con tal doctrina resultaría que hasta los turcos y los sarracenos harían guerra justa a los cristianos, pues al mantenerla piensan que con ella realizan un gran servicio a Dios.

El teólogo recomendaba aún más precauciones, como su apuesta por la negociación —"al varón prudente le conviene experimentar todas las cosas antes con las palabras que con las armas"— y por la escucha del contrario: "Para que una guerra sea justa conviene examinar con grande diligencia la justicia y las causas de ella, y escuchar asimismo las razones de los adversarios, si acaso quisieren discutir a la luz de lo bueno y lo equitativo". En verdad, hasta la aparición de Francisco de Vitoria, ningún teólogo ni jurisconsulto se ocupó con tanto detalle —y precauciones—

del presunto derecho de guerra justa en sus dos versiones: *ius ad bellum*, para declararla, e *ius in bello*, esto es, mientras se desarrollaban las hostilidades. Las consecuencias fueron evidentes, toda vez que, de alguna manera, el teólogo vino incluso a justificar una especie de "objeción de conciencia" *avant la lettre*, ya que "cuando los súbditos tengan conciencia de la injusticia de la guerra, no les es lícito proseguirla, tanto si están en lo cierto como si se equivocan".

Vitoria no llegó a vivir la histórica Controversia o Junta de Valladolid (1550-1551), la que enfrentó a críticos tan contundentes de la conquista y esclavización de los indios como Domingo de Soto —discípulo suyo— o el padre Bartolomé de las Casas con el mencionado Juan Ginés de Sepúlveda. Triunfaron en aquella disputa las tesis humanistas sobre las "esclavistas", algo de lo que se habría congratulado el fraile dominico. De hecho, el discurso de Sepúlveda ni siquiera llegó a recibir la venia real de impresión por entonces: ya se encargaría de ello, mucho tiempo después, el polígrafo conservador Marcelino Menéndez Pelayo, debelador de heterodoxos españoles, allá por 1894. Pero una cosa eran las discusiones teológicas y otra la realidad, con los impacientes encomenderos sojuzgando a los indígenas. Las prácticas de esclavitud sobrevivieron emboscadas como tutela de los "inferiores" al paso que continuaba la guerra de conquista, como las expediciones al actual territorio chileno o las protagonizadas en el Amazonas por los "marañones", con aventureros tan sanguinarios como el famoso Lope de Aguirre.

No es de extrañar que Vitoria no fuera bien visto en la corte, defensor como era de unas tesis que venían a reforzar la independencia de la conciencia individual en detrimento de la autoridad del príncipe en cuestiones tan delicadas y de tanta actualidad como la guerra y la conquista de nuevos pueblos, para no hablar de su argumento de fondo sobre la superioridad de la teología sobre el derecho. Pero si traemos a colación su caso es porque el autor que ha sido considerado —y que alcanzaría fama mundial por ello— como el primer gran teorizador de la "guerra justa", fue quien, al mismo tiempo, más precauciones y restricciones proyectó sobre el concepto. Su sensibilidad hacia los males de la guerra lo aproximó a un gran escritor de una generación anterior, al

margen de que recibiera una mayor o menor influencia suya: Erasmo de Rotterdam. Véase al respecto esta crítica cita erasmiana sobre las guerras presuntamente "justas" de su época: "Qué desastroso y criminal es un asunto y qué cortejo de males deja a su paso incluso aunque se trate de la más justificable guerra, si es que acaso alguna guerra puede ser denominada 'justa'".

En otra cita afirmaba que no existía paz, por injusta que sea, que no fuera "preferible a la más justa de las guerras". Por lo demás, y en esto le seguiría Vitoria, Erasmo se ocupó de destacar lo fácil que era que un "príncipe" se engañara a sí mismo al considerar "justa" su guerra, razón por la cual el buen príncipe cristiano debía desconfiar de todas por principio. No olvidemos que esta postura la defendió firmemente en la práctica, negándose a alinearse bien con el emperador Carlos V, bien con Francisco I de Francia.

La impugnación erasmiana es total: la guerra, opuesta a la razón y a la ética cristiana, deshumaniza al ser humano, lo convierte en una bestia sanguinaria: el soldado, el mercenario como hombre de guerra característico de aquellos tiempos. Erasmo compartía por cierto aquella antipatía hacia el soldado con su gran amigo Tomás Moro, para quien "los ladrones no son los peores soldados, y los soldados no se paran en barras a la hora de robar. ¡Tan bien se compaginan ambos oficios!". Para el de Rotterdam, las previsoras razones en contra de librar una guerra eran siempre las más poderosas:

> Que los gobernantes no contemplen únicamente el objeto que desean obtener, sino la gran pérdida de cosas buenas, los muchos y graves peligros y las aterradoras calamidades que seguro provocarían al intentar obtenerlo; y si descubren, juzgando con ecuanimidad, y sopesando ventajas y desventajas, que la paz, incluso bajo circunstancias injustas, es mejor que una guerra justa, ¿por qué deberían arriesgarse a la muerte en batalla?

Era la "gran pérdida de vidas cristianas" lo que le preocupaba a Erasmo, más que el fin justo o injusto de la guerra: los medios no justificaban el objeto. A años luz figuraban estas recomendaciones de las de su contemporáneo Maquiavelo, el primer gran referente de la escuela realista en teoría política, para quien, con tal de conservar el Estado,

todos los medios aplicados eran "juzgados honorables". Con vistas a ese objetivo, el gobernante a menudo se veía forzado a "obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión". En su educación, el príncipe nunca debía apartar su pensamiento del ejercicio de la guerra, para la cual debía prepararse mediante el ejercicio de la caza, en curioso eco de aquella similitud que encontraba Aristóteles entre ambas actividades. El florentino partía precisamente de la necesidad e inevitabilidad de la guerra, y de ahí la supuesta legitimidad y hasta "humanidad" de esta: "Una guerra es legítima por el solo hecho de ser necesaria, y las guerras son actos de humanidad cuando no hay esperanza más que en ellas".

Ya en un contexto histórico diferente, merece la pena que nos detengamos en otro gran pensador de la paz y de la guerra, el holandés Hugo Grocio (1583-1645), uno de los primeros grandes teóricos del "derecho natural". Tradicionalmente se ha creído ver en el "derecho natural" de Grocio, más o menos deudor aún del lenguaje religioso, una especie de movimiento adaptativo del derecho hacia las nuevas circunstancias del capitalismo comercial en boga, a cuya cabeza se encontraba por entonces la República de las Siete Provincias de los Países Bajos. Así lo demostraría, por ejemplo, su justificación del derecho "natural" de la nueva república neerlandesa a navegar y comerciar en las Indias: "El derecho que reclamamos es tal, que ni el rey lo debe negar a sus súbditos, ni el cristiano a los no cristianos". Otros autores han situado su teorización sobre la "guerra justa" en la crítica de las "guerras santas" que asolaban por entonces Europa, como la de los Treinta Años (1618-1648), con su apuesta por un precario "derecho internacional" que introdujese un mínimo de "racionalidad" entre tanto conflicto.

La relación que establecía Grocio entre "ley natural" y la "ley humana" resultaba curiosamente acomodaticia por ambas partes: "La ley humana no puede ordenar lo que la ley natural prohíbe o prohibir lo que la ley natural ordena". Pero la ley humana sí podía "permitir" lo prohibido por la ley natural. Ese era, por ejemplo, el caso del comercio de esclavos, en el que descollaron los Países Bajos como principal potencia a lo largo del siglo XVII, y el de la guerra entre Estados se le parecía

mucho. Una guerra declarada formalmente por un soberano por razones de Estado, las que fueran, siempre era "legal" (*bellum publicum* o *bellum legale*), esto es, *in foro externo*: otra cosa diferente era que fuera justa según la ley natural, *in foro interno*. De esa manera, una guerra "legal" podía ser justa o injusta según respetara o no uno o varios de estos tres criterios: el derecho a castigar un mal "inequívocamente destructivo", la reivindicación de derechos legales y la reparación de daños sufridos. Conviene notar que Grocio mantenía en principio una actitud restrictiva en cuanto a las intenciones y motivos utilizados a la hora de desatar una guerra —siempre según el derecho natural, que no el positivo—, cosa que se evidenciaba en su rechazo de la legitimidad de la guerra por mandato divino —Agustín de Hipona *dixit*— o por imposición mediante argumentos religiosos.

Y sin embargo, en el terreno de la "guerra legal", sus teorizaciones sobre la "guerra justa" sirvieron de manera simultánea para ampliar su casuística, al incorporar a la joven república de los Países Bajos y a sus diversos agentes privados como actores internacionales en pie de igualdad con los demás Estados. De hecho, uno de los primeros trabajos de Grocio no fue otro que la justificación, por el principio de "guerra justa", del apresamiento y saqueo en 1604 de un barco portugués por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, teóricamente un agente privado. Abundar y profundizar en el principio de "guerra justa" podía servir así para quitar legitimación a determinados casos —las guerras desatadas por la "monarquía católica" hispánica— y para otorgarla a otros, como ocurría con las actividades militares de la citada Compañía. ¿Cómo diferenciar entonces la causa —justa o no— del pretexto? Una vez más, no son los principios en sí, sino el contexto histórico y los diversos intereses de los actores en conflicto los que nos dan la pauta.

4. LAS GUERRAS 'LEGALES' Y SUS CRÍTICOS

Si hemos de explicar el pensamiento de los diversos autores del primitivo derecho internacional por su contexto histórico, y si existen contextos internacionales más o menos favorables al desarrollo de determinadas

doctrinas, la del suizo Emer de Vattel (1711-1767) encuentra plena coherencia en un siglo presidido por las guerras en mayor medida que el anterior. No por casualidad conflictos como la guerra de Sucesión Austríaca (1740-1748) o la de los Siete Años (1756-1763) tuvieron ya un alcance mundial, al desarrollarse en escenarios tan alejados de Europa como las Américas del Norte y del Sur, el África occidental o la India. Historiadores como Bayly han explicado que la ventaja adquirida precisamente a lo largo del siglo XVIII en el aspecto militar —armamento, arquitectura militar, flotas— por las "revoluciones industriosas" de Europa, frente a otras en Asia, África o América, contribuyó en gran medida a asegurar su hegemonía mundial a mediados del siglo siguiente. Así, un ilustrado príncipe indopersa, Mirza Abu Taleb Khan, dejaría constancia en sus crónicas viajeras por Europa, durante el cambio de siglo, de la "gran perfección" alcanzada por la flota militar británica, "causa mayor de su prosperidad y fuente principal de toda su riqueza".

Frente a Grocio, Vattel, como principal representante de la escuela "legalista" o "positivista", diluyó el papel del "derecho natural" en el debate sobre la "guerra justa", con lo que vino a expulsar del mismo cualquier argumento moral o racional de alcance universal. Si se partía del axioma de que todos los Estados eran libres, independientes y soberanos, y que contraían relaciones entre sí a partir de este único principio, la única fuente de legitimidad de un hipotético derecho internacional o "derecho positivo de las naciones", como él lo denominaba, eran ellos mismos y las obligaciones a las que se comprometían (o que incumplían). Conviene señalar que, según la mayoría de los autores, ese y no otro sería el punto de vista predominante en derecho internacional hasta el siglo XX, en la estela del pensamiento "realista" de Thomas Hobbes sobre las relaciones internacionales. Porque recordemos que, si según el autor británico, el ser humano superaba su "estado de naturaleza" y se socializaba otorgando al Estado el monopolio de la fuerza y el derecho a gobernarlo, ese mismo Estado se hallaba frente a los demás Estados o naciones —que se habían creado de la misma manera— en situación de constante competencia, únicamente obligado

por la ley natural de la autopreservación. Paradójicamente, el estado de sociedad en el individuo entrañaba en el ámbito internacional, de manera necesaria, una especie de "estado de naturaleza" hobbesiano de lucha continua por la supervivencia, de todos contra todos. Fue precisamente en el contexto dieciochesco de luchas y conflictos entre monarquías —absolutas— donde Vattel se convirtió en la voz teórica más autorizada.

Merece la pena que nos detengamos ahora en la lúcida voz discrepante de los discursos de las "guerras legales" que se alzó en Europa a finales del siglo XVIII: la del filósofo Immanuel Kant. Para Kant, y así lo dejó reflejado en su *Paz perpetua,* si tanto los autores iusnaturalistas —Grocio — como los "realistas" —Vattel— seguían siendo tan citados en su época era porque "justificaban la agresión militar". La causa de toda guerra, para el filósofo de Königsberg, era en realidad su pretexto: es difícil encontrar una crítica más rotunda al concepto de "guerra justa". Quizá de manera algo inocente, Kant sostuvo que los diferentes Estados debían ponerse de acuerdo en una serie de puntos normativos que limitasen sus atribuciones, en principio irrestrictas, y se obligaran a una serie de compromisos entre sí, con el horizonte último de un mundo sin guerras. Su pensamiento utópico referido a los Estados se apoyaba en una suerte de imperativo moral, correlato del imperativo práctico —la "razón práctica"— del individuo. Esa era la clave de bóveda de su pensamiento sobre la guerra, de carácter universalista: "El imperativo práctico será por lo tanto este: obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca simplemente como medio".

El hecho de considerar a las personas como fines en sí mismos y no como objetos situaba a Kant fuera de esa "razón instrumental" de origen también ilustrado que terminaría vertebrando el proyecto modernizador europeo a lo largo de los dos siglos posteriores. Andando el tiempo, la que se impondría sería esta "racionalidad" también de vocación universalista pero esencialmente excluyente —etnocéntrica, heteropatriarcal y destructora de la naturaleza— definida a partir del secular juego de oposiciones binarias que citábamos antes: individuo/naturaleza, varón/mujer, occidental/no occidental. Tendremos que esperar a las

décadas centrales del siglo XX, presididas por las mayores y más destructivas guerras nunca vistas, para asistir a la disección de esta "razón instrumental" por la llamada Escuela de Frankfurt, con su apuesta por una "razón crítica", denunciadora de un estado de cosas esencialmente injusto. Y es que, según Horkheimer, esa razón crítica que oponía a la instrumental debía encargarse de la denuncia "de los temas que aún tiene el pensamiento planteados: las crasas diferencias de poder, que nadie percibe por ser patentes; la miseria tras los muros de manicomios y presidios; lo radicalmente material de las razones determinantes en política —ante todo, allí donde se presenta como especialmente noble—".

¿Cómo no ver en esta última frase una crítica a esas causas "justas" o "nobles" que desde tiempo inmemorial habían enmascarado decisiones políticas de una racionalidad instrumental mucho más prosaica? Pero volviendo a Kant, quizá lo más interesante de su punto de vista sea precisamente esa ruptura tan radical y temprana, tan *originalmente* ilustrada, con cualquier lógica instrumental de lo humano y de la vida. No por casualidad, esa racionalidad crítica suya parece nutrirse del sentimiento y la sensibilidad humanos, que no de la razón despersonalizada y despersonalizadora de la máxima latina del *Si vis pacem, para bellum,* del medio indeseable pero imprescindible para el fin perseguido. Para Kant, el sueño de una paz perpetua debía prepararse con la aplicación progresiva de unas prácticas concretas que no podían estar más lejos del discurso justificador de la guerra y de las armas, tales como la abolición de los ejércitos permanentes o el compromiso de los Estados de no endeudarse para la guerra.

El filósofo alemán bebía de la misma sensibilidad antibelicista que habíamos visto en Erasmo y que cerca de 30 años antes de la redacción de *Paz perpetua*, en 1759, había expresado Voltaire en su *Cándido*, en referencia a aquellas "guerras santas" que infectaban el siglo. Como Erasmo, Voltaire asimilaba el soldado al ladrón. En su opinión, la profesión militar no podía ser más negativa, en una época en que los ejércitos eran mayoritariamente profesionales, de paga o de soldada. Así, en su *Diccionario filosófico* afirmaba que determinadas profesiones

convertían en implacable "al hombre que las ejerce; por ejemplo, las de soldado, matarife, arquero, carcelero y demás oficios relacionados con la desgracia ajena". El desastre absoluto de toda guerra se imponía a cualquier consideración:

> Qué pueden importarme la humanidad, la beneficencia, la temperancia, la modestia, la sabiduría y la piedad, si media libra de plomo disparada a 600 pasos me mata a la edad de 20 años en medio de terribles sufrimientos, entre 5.000 moribundos, mientras por última vez mis ojos se abren y ven la ciudad donde nací destruida por el hierro y el fuego, y que los últimos sonidos que oigo son los gritos de mujeres y niños expirando bajo ruinas. Y todo por los intereses de un hombre al que no conocemos.

Voltaire no estaba solo en su denuncia: de alguna manera se apoyaba en una genealogía que se remontaba como poco a Erasmo y que pasaba por un autor contemporáneo suyo, de una generación anterior y con igual talento para la sátira: el irlandés Jonathan Swift. La conversación entre su personaje Gulliver con el rey de Brobdingnag, el país de los gigantes, proyecta una mirada tan crítica como irónica sobre el desarrollo armamentista de la época, en una obra publicada en 1726. Ante el ofrecimiento de Gulliver de asesorar a sus súbditos en la fabricación de pólvora y cañones, con un poder destructivo capaz, a la hora de asaltar una ciudad, de "desgarrar la tierra, reducir las casas a pedazos, estallar y proyectar astillas por doquier, reventando los cerebros de todos aquellos que estén cerca", el rey de los gigantes reaccionó con horror, negándose a utilizar sus servicios y ordenándole que, si en algo estimaba su vida, no volviera a mencionarlos. El comentario del narrador —Gulliver—, resulta un alarde de ironía. Asombrado de que un príncipe tan sabio, prudente y estimado de sus súbditos hiciera gala de tan "estrechos principios y cortas miras", Gulliver no pudo menos que escandalizarse ante "tan innecesario escrúpulo", desconocido por los monarcas europeos de entonces.

II. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (I)

1. LAS GUERRAS 'MODERNAS' DEL ESTADO NACIÓN

La modernidad trajo consigo un nuevo tipo de guerra, mucho más masiva y relacionada estrechamente con el nacimiento y desarrollo de los Estados nación. Los contingentes de la primera de esas guerras modernas, la napoleónica, así lo demuestran. Amparados bien tras un discurso revolucionario de tendencia universalista, al modo francés, bien tras otro abiertamente nacionalista de raíces culturales, al modo alemán, cundieron por todo Occidente los llamamientos a la "guerra total". Se llamaba al "pueblo" a tomar las armas o a apoyar cuando menos el esfuerzo de guerra. El primer ejército masivo "ciudadano", el francés de 1792, lo fue sobre todo de voluntarios: más de 220.000. Poco después, en el verano de 1793, se promulgaba el decreto de movilización forzosa de la *levée en masse*, ejemplo de la nueva "guerra total":

> Los jóvenes irán al combate, los hombres casados proporcionarán las armas y transportarán las subsistencias; las mujeres harán las tiendas de campaña, los trajes, y servirán en los hospitales; los niños se ocuparán de preparar los vendajes; los viejos se harán llevar a las plazas públicas para dar ánimos a los combatientes y predicar el odio a los reyes y la unidad de la República.

El discurso "revolucionario" se amalgamaba bien con el nacional en la movilización armada del pueblo. La "guerra justa" de la Francia de aquel tiempo no fue otra, en un principio, que la de la defensa desesperada de la revolución a manos de un ejército "ciudadano". Con Bonaparte, la militarización de la nación alcanzó su apogeo. En declaraciones a su fiel

Gourgaud, confinado ya en Santa Helena, el corso insistía en que para gobernar era preciso ser militar: no se gobernaba más que con "espuelas y botas". A la altura de 1815, el resultado había rondado los cinco millones de muertos, buena parte de ellos franceses. En sus memorias recogió estas ilustrativas frases sobre la "guerra justa" que había promovido, y que serían reproducidas por Tolstói en su *Guerra y paz*, entreveradas con sus reflexiones sobre los militares y los conflictos armados: "La guerra de Rusia debió de ser la más popular de los tiempos modernos; era la guerra del buen sentido y de los intereses verdaderos, del descanso y de la tranquilidad de todos: una guerra puramente pacífica y conservadora. Se hacía por la gran causa, por el fin de todo riesgo y el comienzo de la seguridad".

La perspectiva, claro está, no era otra que la de la nación francesa. Pero otras tradiciones "nacionalistas" no se quedaban atrás en la justificación y glorificación de la guerra. Así, para Hegel, partiendo de su consideración del Estado como un "individuo" histórico —realización concreta del espíritu o razón universal en cada pueblo— las disputas entre los diferentes Estados, caso de que no llegaran a un acuerdo, solo podían decidirse por la guerra. Su visión del panorama internacional no era, de hecho, muy distinta de la planteada por Hobbes, la de los diferentes Estados inmersos en un "estado de naturaleza" mundial y enfrentados por tanto entre sí, a falta del horizonte de un poder superior reconocido por todos.

Pero es que, además de ello, para Hegel la guerra podía funcionar y funcionaba de hecho, a nivel interno de cada Estado, como un "momento ético" que fortalecía al pueblo que lo conformaba, alejándolo al mismo tiempo del "hundimiento en el vicio" tan propio de las épocas de paz demasiado prolongadas. Las propias "individualidades" que eran los Estados generaban por negación nuevas oposiciones y nuevos enemigos, los Estados vecinos, de manera que las guerras resultaban tan necesarias como saludables para unos y para otros: "De las guerras los pueblos no solo salen fortalecidos, sino que también naciones que en sí mismas son incompatibles conquistan con la guerra exterior la paz interna". El concepto de "guerra total" se articulaba estrechamente con la defensa del

Estado de turno en situación de alerta, cuando resultaba amenazado por otro: "Si está en peligro el Estado en cuanto tal, su independencia, el deber convoca en su defensa a todos sus ciudadanos. Cuando la totalidad es así convertida en fuerza, arrancada de su vida interior y proyectada hacia el exterior, la guerra de defensa se transforma en guerra de conquista".

A la altura de 1821, año de la muerte de su admirado Bonaparte, Hegel no pensaba tanto en la expansión del reino de Prusia como en la propia deriva revolucionaria y, sobre todo, imperial, de Francia. Pero lo más llamativo de su mirada es su falta de sensibilidad humana, proporcional a la admiración que sentía hacia "el gran hombre", fuera este Alejandro, César o Napoleón. Era esta colosal figura la que, en la marcha de la historia, "aplastaba muchas flores inocentes, destruía muchas cosas a su paso", sin el menor remordimiento.

2. GUERRAS 'PATRIÓTICAS', O JUSTAS EN SÍ MISMAS

Quizá, detrás de los razonamientos de Hegel, debamos ver la irrupción de lo que el historiador George Mosse denominó el "mito de la experiencia de guerra", surgido precisamente por entonces al calor de las guerras revolucionarias y napoleónicas, las que mayor mortandad habían producido en Europa. Este mito, que alcanzaría su máxima cota con la Gran Guerra de 1914, podría definirse como la mitificación y glorificación de la experiencia bélica, rastreable en manifestaciones culturales de todo tipo en los más diversos campos: desde la poesía y las canciones populares hasta el arte, la arquitectura o los cementerios "memoriales a los caídos", pasando por la filosofía. Este mito de glorificación, embellecimiento y trascendencia de la guerra —muy relacionado con un modelo de masculinidad violento que celebraba la muerte con la pretensión de trascenderla— cifraba precisamente su supervivencia y su desarrollo en la exclusión de la verdadera realidad y consecuencias de los conflictos bélicos: los asesinatos masivos y las destrucciones que habían denunciado Erasmo y Voltaire.

No por casualidad, la profesión del soldado, tan denostada antes por

estos mismos autores, fue ganando respeto y prestigio al calor de este mito. De alguna manera quedaron aquí hermanados tanto los nuevos ejércitos ciudadanos de voluntarios y conscriptos de la Francia revolucionaria como aquellos otros, también masivos, que se les opusieron en nombre de la libertad, del rey o de la religión. Todos defendían al fin y al cabo a su respectiva patria, bajo banderas diversas pero semejantes todas ellas en su glorificación de la guerra, fueran estas la "revolución", el emperador, el rey o Dios mismo. En el otro extremo de aquellos ejércitos ciudadanos que entonaban *La marsellesa*, todo un himno de guerra patria, la Iglesia católica movilizaba militarmente a los súbditos de la monarquía hispánica bajo la bandera de la religión.

El *Catecismo civil* de España de 1808-1809, remedo del catecismo imperial napoleónico redactado por la Junta Suprema de Sevilla, lo exponía a las claras. Como "cristiano católico, obediente a su rey y amante de su patria", la obligación del español era dar la vida por ella. Para oponerse al "pérfido emperador de los franceses", "precursor del Anticristo", "emperador de todos los diablos", era necesario que los españoles derramaran hasta la última gota de su sangre. La victoria debía pasar por la necesaria "subordinación a los ejércitos" mediante la movilización militar total:

Pregunta: ¿Qué personas deben tomar las armas?
Respuesta: Todas las que sean capaces de usarlas á excepción de aquellas á quienes dispensan de esto las leyes.
P.: ¿Es lícito alegar excepciones falsas?
R.: No lo es, y sí un delito muy grave.
P.: ¿Contra quién es este delito?
R.: Contra la patria á la qual se priva injustamente de un soldado.

Siguiendo la tradición agustiniana que habíamos visto más arriba, se aprobaba la infracción del quinto mandamiento. La inflamada propaganda de esta clase venía a encubrir lo que era la realidad de la guerra para las clases populares: muerte, enfermedad, hambre y, por encima de todo, miedo, como se ha ocupado de reseñar Ronald Fraser en su libro *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*. Según el autor británico, fue un liberal como

Goya, "escandalizado por la guerra y por las atrocidades de unos y otros", quien, en su serie de grabados conocidos popularmente como *Los desastres de la guerra*, informó de sus verdaderas consecuencias, más allá de engañosos discursos movilizadores. No por casualidad uno de los últimos aguafuertes, el que representaba el cadáver de una joven a punto de ser enterrada por un coro de figuras diversas —obispos, monjes, algún rey— recibió este expresivo título: *Murió la verdad*.

La propaganda de folletos y canciones patrióticas españolas de la época no se cansó de subrayar que aquella guerra era la única "justa e indispensable" que se había hecho desde la expulsión de los musulmanes. Semejante énfasis en la urgencia de la guerra presente —como negando indirectamente las urgencias de las pasadas— se repetiría más adelante a manera de trilladísimo argumento de ocasión. Si bien es verdad que la propaganda de la guerra de la Independencia española presentó caracteres que la acercaban a las "guerras santas" anteriores —se libraba al fin y al cabo contra un ser de doble naturaleza, "diabólica y humana"—, fue la defensa de la patria la que actuó como argumento de "causa justa". La "patria" a defender podía ser tanto un Estado premoderno —los reinos de Prusia y de España— como un temprano Estado nación de incipientes rasgos modernos, tal que el francés, con un discurso igualmente trascendente y en ocasiones no menos religioso, como lo demuestra el *Catecismo imperial* de 1806:

> Los cristianos deben a los príncipes que les gobiernan, y nosotros en particular debemos a Napoleón I, nuestro emperador, el amor, el respeto, la obediencia, la fidelidad, el servicio militar, los tributos ordenados para la preservación y la defensa del Imperio y de su trono; le debemos también fervientes oraciones por su salud y por la prosperidad espiritual y temporal del Estado.

3. GUERRAS 'ROMÁNTICAS' Y 'ORIENTALISMOS' GUERREROS

La noción de "guerra patriótica" se justificaba en sí misma, tal y como lo había hecho en siglos anteriores la de "guerra santa" o de religión. El discurso bélico ganaba así una nueva legitimidad que hacía ociosa cualquier distinción entre "guerra justa" o "injusta": toda guerra, en tanto

convocada y protagonizada por la nación o la patria, era justa *per se*. Lo que hizo el "mito de la experiencia de guerra" fue adornar y glorificar su práctica, nimbarla con un sentido trascendente, más o menos religioso, en unos tiempos abocados ya a la nueva estética romántica.

Para la segunda década del siglo XIX, la nueva estética romántica popularizó a escala internacional una singular "guerra patriótica" en la que la "causa justa" defendida fue la emancipación de un pueblo en principio sometido, embrión de un nuevo proyecto nacional: la guerra de independencia griega de 1821-1832. La campaña de solidaridad internacional que desató, en la que intervinieron unos 12.000 soldados voluntarios, en su mayoría británicos —apoyada por figuras intelectuales tan señaladas como los poetas Byron y Shelley—, reunió caracteres tan variados como complejos. Por un lado, la reacción de la incipiente opinión pública europea a matanzas como la de Quíos, inmortalizada por las pinturas de Delacroix o las plumas de Chateaubriand, Lamartine y Hugo, sería contemplada en el futuro como antecedente de "causas justas" muy posteriores. Según el propio Byron, "nunca antes hubo una causa que haya tenido tan fuertes y decisivas pretensiones sobre la simpatía de toda la gente de Europa". Cerca de medio siglo después, por citar un ejemplo muy posterior, sería incluso desempolvada como pionera "causa justa" del nuevo intervencionismo militar del siglo XX, a propósito del conflicto que asoló los Balcanes occidentales con ocasión de la disolución de la República Federal Yugoslava (1990-2000).

Por otro lado, la gran campaña internacional por la independencia de Grecia no dejó de acusar, cabalgando la ola de la nueva sensibilidad romántica, un acusado acento "orientalista", según el concepto pergeñado por el ensayista palestino Edward Said. Si algo ejemplificó bien ese acento fue la mirada exótica fuertemente prejuiciada que vino a proyectarse sobre el Imperio otomano, verdadero "otro cultural" europeo y estereotipo negativo de largo aliento que retomaba el antiguo testigo del "turco" como "enemigo de la cristiandad". Si el Imperio otomano era la cruz, la cara de esta mirada bifronte sobre "el Oriente" llegó a ser, en un determinado momento, la idealizada imagen del pueblo griego oprimido, supuestamente depositario de las esencias europeas cifradas en la cultura

e historia de la Hélade. Hacia 1825, Chateaubriand escribió que la "barbarie reglamentada" del poder otomano, establecido "sobre las ruinas de la Grecia antigua y sobre los cadáveres de la Grecia cristiana", amenazaba directamente "la civilización": de nuevo la tradicional oposición entre civilización y barbarie. Y sin embargo, en el marco de ese juego de exclusiones binarias que constituía y que constituye aún el etnocentrismo orientalista, hasta los propios "griegos" —no ya los turcos — resultaron perjudicados. Buena parte de los observadores británicos —filohelenos— del primer tercio del XIX no dudó en considerar a los griegos contemporáneos una "degenerada raza de esclavos", resultado de "siglos de opresión otomana" e indigna, en su inmensa mayoría, de sus ilustres ancestros.

Cerca de 20 años después de la finalización de la guerra de independencia griega, justamente al otro extremo del Mediterráneo, el proceso de cristalización del Estado nación español en el marco político liberal también tuvo algo que ver con la imagen europea del "Oriente". La ocasión no fue otra que la oportunista aventura militar del Gobierno O'Donnell en Marruecos en la llamada "guerra de África" (1859-1860). Lógicamente, era necesario inventar un *casus belli* de cara a la opinión pública, y el elegido fue un supuesto "ultraje inferido al pabellón español por las hordas salvajes" próximas a Ceuta. Un liberal masón y progresista como Ricardo Muñiz Viglietti, contemporáneo de los hechos, recogió en sus memorias la cualidad esencialmente "injusta" de aquella guerra de agresión, así como sus verdaderos motivos:

> Guerra injusta porque los infelices moros daban todas cuantas satisfacciones pedíamos, incluso ahorcar a los pobres diablos que habían sido la causa del conflicto; pero era preciso distraer a la corte ultramontana con la guerra contra infieles, que por su atraso y pobreza se los vencía con facilidad, y de este modo la gloria militar haría fuerte al Gobierno y mataba las intrigas cortesanas.

La inflamación nacionalista fue mayúscula: fueron las primeras victorias españolas sobre un enemigo exterior después de la batalla de Bailén de 1808 contra Napoleón. Una vez más, la nación y el discurso guerrero, esta vez contra el "otro cultural" hispánico por antonomasia —el *moro*—, parecieron amalgamarse en el discurso orientalista. Al igual

que en Alemania, Francia y otros lugares, las canciones patrióticas constituyeron un vehículo privilegiado del discurso nacionalista fuertemente imbuido de tinte religioso, como lo demuestra el himno *¡Guerra, guerra!* de Juan de Castro, de 1860:

Guerra, guerra al audaz africano
Guerra, guerra al infiel marroquí, que de España el honor ha ultrajado:
¡Guerra, guerra, vencer o morir!
Hoy los hijos de Alfonso y Pelayo, de Ysabela, de Jaime y del Cid,
El valor de los héroes iberos, llevarán su pecho a la lid.
Con tu manto Purísima Virgen,
Salva pía al guerrero español.

La Virgen era la del Pilar, la patrona de España, que en 1908 sería declarada capitana del Ejército español. Himnos, canciones y pinturas elegíacas como la famosa *Batalla de Tetuán* de Marià Fortuny, de 1864, que se insertaba en la ya larga tradición de pinturas de batallas, vinieron a disimular la realidad de toda guerra: para el caso español, cerca de 8.000 muertos. Todavía más lúcido que el de Muñiz Viglietti fue el juicio formulado por Benito Pérez Galdós, unos 50 años después, en su novela *Aita Tettauen*:

Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público, en el interior, un elemento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política inventando aquel ingenioso saneamiento de la sicología española. Imitador de Napoleón III, buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política.

Galdós supo identificar la íntima relación entre los conceptos "guerra" y "nación". Así, en boca de su protagonista Santiuste, reflexionaba de esta manera: "No sé en qué consiste que el patriotismo es casi siempre un sentimiento guerrero; no concebimos la patria sino incrustada en la idea de conquista; no pronunciamos su nombre sin que en el aire repercuta con son de trompetas y tambores".

Guerra patriótica y mirada etnocéntrica —orientalista— se combinaron así en la aventura africana española de los años centrales del siglo. Juan Goytisolo ha descrito muy bien esa continua oscilación, tan

occidental, "entre el desprecio al moro real y la fascinación por su imagen idealizada", revelada no ya solamente por los pintores y escritores franceses contemporáneos, sino por los propios españoles para con sus vecinos próximos, como el Pedro Antonio de Alarcón del *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859) o el ya mencionado Fortuny de *La batalla de Tetuán.*

4. DE LA 'GUERRA PATRIÓTICA' A LA *RAISON D'ÉTAT*

El "mito de la experiencia de guerra" recorrió Europa durante todo el siglo XIX. En los países de habla alemana, por ejemplo, se difundió a través de la palabra y la canción para cobrar vigor más adelante gracias a la filosofía y a la historia: razón y emoción araban en un campo común. Ya habíamos visto cómo Hegel consideraba necesaria y saludable la guerra de defensa-conquista para todo Estado. Para cuando el viejo objetivo de un Estado nación alemán de raíces étnicas —lengua y cultura— como encarnación de su *Volksgeist* —"espíritu del pueblo"— fue alcanzado en 1871 con la unificación de territorios bajo el emperador Guillermo I, la guerra "nacional" o "patriótica" había adquirido plena carta de legitimidad. Para el historiador Heinrich von Treitschke (1834-1896), quien ya había advertido en 1869 que solo la Prusia protestante sería "la realización suprema del pueblo alemán", la fuerza guerrera era

> el fundamento de toda virtud política; es el rico tesoro de las glorias de Alemania, la gloria militar prusiana es una joya tan precisa, tal lealmente adquirida como las obras maestras de nuestros poetas y nuestros pensadores: el sagrado carácter de la lealtad a nuestra bandera es testigo de la fuerza moral de nuestro pueblo.

La "gloria" de la guerra se equiparaba a las grandes obras culturales del Estado, en un discurso situado en las antípodas del sueño kantiano de una federación de Estados tendente a una paz perpetua. Para Von Treitchske, "aquellos que predican el absurdo de una paz perpetua no entienden la vida nacional aria", mientras que Dios debía asegurarse de que la guerra siempre se repitiera como "drástica medicina para la raza humana". La guerra, la religión y la "salud de la nación" quedaban

hermanadas.

El trasfondo de este mito guerrero, o la realidad que venía a ocultar, no parecía, sin embargo, tan saludable. La guerra franco-prusiana de 1870-1871 arrojó un saldo de unos 300.000 muertos, la mayoría franceses. Para entonces, las guerras entre los Estados nación modernos de Occidente habían multiplicado su poder destructor con las nuevas tecnologías del capitalismo industrial: ametralladoras, artillería pesada, ferrocarriles, telégrafo, etc. Casi dos millones de soldados llegaron a combatir en la guerra de Crimea de 1853-1856, con más de medio millón de muertos, mientras que la guerra de Secesión estadounidense movilizó a dos millones y medio, con un saldo de 600.000 víctimas mortales. A partir de mediados del XIX, el poder del Estado moderno occidental creció al albur de la nueva tecnología militar, y viceversa.

Es en este marco militarista donde hemos de situar la progresiva extensión del servicio militar a lo largo del siglo XIX y comienzos del siguiente, con legislaciones que prolongaban su duración y acotaban mejor las exenciones. La "Ley de los Tres Años" francesa, de 1913, promulgada un año después de la Ley de reclutamiento española, constituye un buen ejemplo. Ambas leyes se inspiraban en el temprano modelo prusiano: no por casualidad, para el mariscal Moltke —*el Viejo*—, artífice de la victoria alemana sobre Francia y admirador de Clausewitz, el Ejército era "la escuela de la nación". Pero este proceso de militarización de los diferentes Estados nación a lo largo de la segunda mitad del XIX no se limitó a Occidente. Afectó también al Imperio chino Qing a partir de 1870, mientras que los nuevos gobernantes de la dinastía Meiji convirtieron a Japón, a principios del siglo siguiente, en la mayor potencia militar de la región Asia-Pacífico. Para entonces, el término francés *raison d'État* se había erigido en principio legitimador y justificador de toda guerra, por encima de consideraciones legales o morales. El milanés Giuseppe Ferrari, autor de una *Historia de la razón de Estado* que llegaría a conocer más de 20 ediciones desde 1860, sentó las bases teóricas del concepto:

No es la justicia lo que funda los reinos, no la virtud la que distribuye las coronas; el crimen puede presidir el origen de los imperios, la impostura crea a veces vastas

religiones, y una evidente iniquidad hace a menudo aparecer y desaparecer los Estados, como si el mal fuera tan necesario como el bien. Una naturaleza igualmente indiferente a Dios y a Satán explica por sí misma las libertades, las servidumbres, los partidos, las guerras, las revoluciones.

En su análisis de la rivalidad entre Estados, Ferrari recurría a la analogía con la "naturaleza" insensible a los asuntos humanos, la lucha por la vida o "la supervivencia del más fuerte", en palabras del que muy poco después se convertiría en *el Filósofo* por excelencia del siglo: Herbert Spencer. Para el italiano, desencantado con las tentativas unificadoras de su península, sofocadas por el Imperio austriaco…

Nada repugna más a la naturaleza que hacer a los hombres libres e iguales. Ella prodiga la vida sin regla ni mesura; se complace en la lucha, en los contrastes; la discordia es su elemento; la guerra parece su última meta; por todas partes nos encontramos con el reino de la fuerza. Tomad la familia: el hombre manda a la mujer, el padre al niño, el amo al criado que se rebaja al rango del buey y del asno; considerad el Estado; él es la presa del más fuerte que da el nombre de rebeldes a los vencidos: mirad la humanidad; el blanco condena al negro a la esclavitud, todas las razas se disputan la tierra con las armas en la mano…

Resuenan en este discurso voces antiguas, desde un Aristóteles hasta un Hobbes. Si para Clausewitz la guerra había sido "la continuación de la política por otros medios", con lo que quedaba clara la subordinación de la estrategia militar —aunque poseyera su propia "gramática"— al interés del Estado, para sus discípulos la esfera de la guerra ganó todavía más en poder y autonomía. Así, para Moltke *el Viejo*, "los medios sirven mejor a la política, o al menos a su objetivo, pero dentro de una acción absolutamente independiente de ella". En nombre de esa teórica obediencia o servicio ofrecido a la política, la guerra se libraba precisamente de toda subordinación para encontrar su propia lógica y razón de ser en sí misma, lo que significaba, dicho sea de paso, la autonomía del estamento militar respecto del político. ¿Cuál era esa lógica propia? La de la mayor eficacia destructora, simplemente. Otro militar prusiano, Colmar von der Goltz, el teorizador de la "guerra total" en su obra *La nación en armas* (literalmente, *El pueblo en armas*, 1883), ahondaría aún más en este discurso, al defender que la guerra podía

"servir mejor al fin de la política con la derrota completa del enemigo".

5. 'LA GUERRA ES EL INFIERNO'

Es en este marco de general de hegemonía discursiva de la *raison d'État* y de la "guerra total" donde adquirió sentido la tan famosa como aparentemente vacua frase del general yanqui William T. Sherman durante la guerra civil estadounidense de 1861-1865: "La guerra es el infierno". Lo que venía a decir Sherman era que en la guerra no había reglas ni limitación alguna que valiera más allá de la propia eficacia de las operaciones militares. Fue así como justificó, por ejemplo, el bombardeo en 1864 de las zonas residenciales de la Atlanta confederada y su posterior arrasamiento, en una acción que escandalizó a la opinión pública por su negativa a distinguir entre población combatiente y no combatiente. La "guerra de terror" de Sherman se basó en el único criterio de la eficacia: en su defensa, sostuvo que sus soldados nunca podrían ser culpados de lo que hicieran "para llegar antes a la victoria".

Este argumento convivió, por cierto, con la declarada irresponsabilidad de sus propias acciones militares, a partir de su convencimiento de que los primeros y únicos responsables de toda la sangre derramada a lo largo de la guerra eran los que presuntamente la habían declarado, esto es, los Estados confederados que habían optado por abandonar la Unión. Solo había un pequeño detalle: que cada bando interpretó que era el otro quien había declarado la guerra. Y ello en sentido lato, ya que, en puridad, ni uno ni otro habrían podido declararse formalmente la guerra como lo habría hecho un Estado soberano con otro, al tratarse de un proceso de secesión interno, donde el Gobierno federal se negó a reconocer a los secesionistas y, por tanto, a entablar conversaciones de paz con ellos. Jefferson Davis, presidente provisional de los Estados recién separados, anunció en su discurso al nuevo Congreso confederado en Montgomery, el 29 de abril de 1861, la toma de todas las medidas necesarias para defenderse de "la declaración de guerra contra la Confederación" efectuada por Abraham Lincoln en su proclamación del día 15 del mismo mes. Davis subrayó en su discurso que la causa de los confederados era

"justa y sagrada", que "deseaban la paz a costa de cualquier sacrificio que no fuera el del honor y la independencia", y que lo único que pedían era que los dejaran en paz. Los argumentos de Davis no eran nada débiles, ya que sostenía además que la "abierta declaración de guerra" de Lincoln había sido inconstitucional, dado que la Constitución exigía que una declaración de esa clase fuera firmada por el Congreso, y no por el presidente.

Efectivamente, la proclamación firmada por Lincoln el día 15 había sido, en realidad, un decreto de movilización de la milicia contra los Estados "insurgentes" por haberse rebelado "contra las leyes, la Constitución y el Gobierno de los Estados Unidos", tal como fueron denominados en la proclamación del día siguiente, el 16. Lincoln se había apoyado para ello en el ataque contra la guarnición federal del fuerte Sumter, el 12 de abril, en Carolina del Sur, una escaramuza que casi inmediatamente fue magnificada como la primera "batalla de la guerra" y celebrada desde entonces. En verdad, la "batalla del fuerte Sumter" no había durado más de un día, con el saldo de unas cuantas bajas producidas solamente tras el final de las hostilidades, cuando los confederados rindieron homenaje a la bandera de la Unión con una ronda de salvas y una chispa hizo explotar un montón de cartuchos.

Lo poco lucido de la gesta no impidió que la dicha bandera se convirtiera en símbolo del bando federal, inspirara el famoso lienzo de Frederic Edwin Church —*Our Banner in the Sky*— y fuera reproducida en cromolitografía para su venta en beneficio de las familias de los soldados. Semejante tratamiento artístico de la guerra, tan ensalzador, no pudo contrastar más con otro posterior mucho más consciente de su verdadera cara. Siguiendo la estela de Goya y sus *Desastres*, fue un fotógrafo escocés, Alexander Gardner, quien asombró y conmovió al mundo con sus instantáneas de cuerpos destrozados de uno u otro bando: las rotas y deformadas figuras del "infierno" de Sherman.

6. 'RACIONALIZAR' LA GUERRA

"El sueño de la razón produce monstruos" fue la frase con que firmó Goya

su famoso aguafuerte de 1799. Podemos concebir la palabra "sueño" como periodo de inactividad de la razón en fase de vigilia y, por tanto, como fase de emergencia de lo irracional, en el juego de oposiciones binarias que se haría clásico en el pensamiento occidental. Nos referimos a la razón como valor positivo frente al sentimiento y a la irracionalidad, a la civilización frente a la barbarie, al logos frente al caos. Pero si entendemos el término "sueño" en su acepción de "anhelo" o "ilusión halagüeña", entonces puede que hallemos que los monstruosos seres que acechan al durmiente sean precisamente la encarnación de esa misma racionalidad histórica en figuras de pesadilla. Entendido así, "el sueño de la razón" sería entonces la persecución de una meta desaforada en forma de mito de progreso material —y, originariamente, también moral— constante, impulsada por el proyecto ilustrado occidental a finales del siglo XVIII, precisamente cuando Goya elaboró su aguafuerte. Una suerte de sueño o de "mito racional" que, transmutado en imparable proceso de modernización en el marco de la economía capitalista, opuso, en una relación de dominación, la razón a las emociones, la naturaleza a la técnica y el "civilizado" al "salvaje". En el proceso consiguiente de individualización de las sociedades, la operación habría significado, al mismo tiempo, la subordinación de las identidades relacionales (históricamente femeninas) a las individuales (históricamente masculinas), en palabras de la antropóloga Almudena Hernando. Los monstruos serían, pues, la nefasta consecuencia del "sueño" de la razón técnico-instrumental, esencialmente utilitarista, que denunciaría la teoría crítica de Adorno y Horkheimer a mediados del siglo XX: una razón que para entonces habría ofrecido, como frutos maduros, no solamente colosales avances materiales, sino también las mayores guerras y matanzas de la historia.

Esta suerte de "sueño dogmático" de la razón constituyó el pensamiento moderno dominante a finales del siglo XIX y principios del XX: el del imparable proceso de "racionalización técnico-burocrática" descrito por el sociólogo Max Weber, fundamentado en el concepto de autoridad o dominación legal-racional. Para el alemán, la "burocracia" —como "tipo ideal" o herramienta teórica de análisis, no como realidad

histórica— constituía "la forma más racional de ejercer la dominación", en virtud de su mayor capacidad para alcanzar "desde un punto de vista técnico, el máximo grado de eficiencia en sus actuaciones". Ello entrañaba, a efectos reales, la tendencia a una burocracia despersonalizada, un cuerpo de expertos ajenos a "todo sentimiento puramente personal, especialmente irracional y no cuantificable, de las tareas oficiales". Ese proceso de burocratización, necesario e indispensable en la nueva sociedad de masas en Occidente, supuso a su vez otro de despersonalización, especialización y profesionalización: "En lugar del gobernante al estilo antiguo, movido por la simpatía, el favor, la gracia y la gratitud, la cultura moderna requiere, para su aparato externo de sostén, al experto, emocionalmente ajeno a todo y, por lo tanto, rigurosamente profesional".

Teóricamente, a partir de esa perfecta adecuación de los medios a los fines desde un punto de vista técnico-formal, la burocracia entendida en su sentido amplio —en su forma estatal de tipo administrativo o institucional, pero también en su forma privada o empresarial— era capaz de alcanzar el mayor grado de eficacia y racionalidad. La facultaba para ello su capacidad para producir una "disciplina racional" protagonizada, principalmente, por el ejército y la gran empresa privada. La encarnación concreta de ese capitalismo que, en su variante estadounidense, Weber definió como "agonal", esencialmente competitivo, fue el concepto de "organización científica" del trabajo acuñado por Frederick Taylor en 1891. En el modelo "taylorista" el ser humano quedó objetualizado y reducido a un simple engranaje, mientras que la industria pesada ganaba una fuerza inusitada con los contratos estatales de producción de armamento. Por algo la teorización weberiana nacía de los fenómenos contemporáneos y volvía a ellos para comprenderlos armada de sus "tipos ideales". Como resultado, a finales del XIX y principios del XX, el desarrollo del capitalismo en Occidente se presentó de la mano de altos niveles de concentración técnica y empresarial —al calor de la extensión de los nuevos métodos industriales—, así como del exagerado crecimiento de los aparatos militares de los Estados.

La *raison d'État* como pensamiento dominante en teoría política vino a

ser el trasunto de esa misma racionalidad práctica que justificó la adopción de todos los medios que fueran útiles y necesarios para alcanzar el fin propuesto: para el caso, la supervivencia o el engrandecimiento del Estado nación respectivo. Ahora bien, el resultado de dicho proceso de racionalización se había traducido a escala internacional, en el mismo Occidente y gracias a un constante desarrollo de las máquinas de matar, en una sucesión de conflictos armados y batallas cada vez más sangrientas: desde Sebastopol hasta Sedán, pasando por Gettysburg. Volviendo a Weber, el horizonte de la humanidad se vislumbraba como la "jaula de hierro" racional de un mundo fríamente despersonalizado y progresivamente letal. Si a eso nos estaba conduciendo la razón, ¿dónde había quedado entonces el primitivo ideal ilustrado enunciado por sus primeros paladines —un Diderot o un Condorcet—, en el sentido de un progreso moral indisolublemente ligado a un progreso técnico?

Llegados a esta encrucijada, la pregunta se resolvió en falso para el "sueño dogmático" occidental, empecinado en una huida hacia adelante a través de los diversos esfuerzos por "racionalizar" la propia guerra, esto es, lo irracional por excelencia: la muerte y la destrucción de la humanidad. Un contemporáneo de Spencer, el pensador victoriano Henry Sidgwick, continuador de la tradición utilitarista británica, propuso en 1891 racionalizar la conducción de la guerra sobre la base de un cálculo de beneficios y perjuicios. No debería así permitirse, en una guerra "cualquier perjuicio que no conduzca materialmente al fin [la victoria], como tampoco cualquier perjuicio cuya contribución a dicho fin sea leve, comparada con la cantidad de perjuicio ocasionado".

Lo que se buscaba era la exacta calibración del medio adecuado —la cantidad exacta de perjuicio ocasionado, esto es, de la muerte y destrucción adecuadas— para el fin de la victoria en la guerra. Por muy absurdo que resultara semejante cálculo, Sidgwick se embolsaba al menos el consuelo de la intención: "racionalizar" la guerra, que era precisamente la premisa —el fin— que por principio no se cuestionaba racionalmente. Que no se cuestionara la guerra y no se abominara de ella, cosa que sí habían hecho la mayoría de los ilustrados del siglo XVIII, encabezados por Kant, informa bien de la profundidad de la ruptura que

en algún momento debió de producirse entre el impulso de la Ilustración y el proceso racionalizador, modernizador y militarista en que se había transmutado.

7. GUERRA Y DERECHO

Pero ¿no habíamos quedado en que, según el general Sherman, "la guerra era el infierno" y no cabía por tanto regla ni normativa alguna? Otro intento de "racionalizar" la guerra, este menos filosófico y de vocación mayormente práctica, había nacido precisamente en el marco de la guerra civil estadounidense. El llamado Código Lieber, promulgado en pleno conflicto, constituyó un primer y tímido intento de regulación del *ius in bello*, es decir, del comportamiento de los soldados en la batalla y ante la "población no combatiente", neologismo por primera vez recogido en un texto legal. Para entonces, hacia el verano de 1863, la victoria empezaba a inclinarse del lado de las tropas unionistas y la "necesidad militar", la máxima "racional" a la que se habían subordinado todas las demás consideraciones, no parecía ya tan apremiante. El Ejército prusiano adoptó el código durante la guerra con Francia en 1870 —Franz Lieber, el filósofo político que le había dado nombre, era de origen alemán— y lo mismo harían otros durante los años siguientes: otra cosa sería su aplicación efectiva. En adelante, cualquier intento de codificación militar sobre el papel de esta clase se vería enfrentado a las consideraciones de orden "práctico" en la conducción concreta de cada guerra.

El año de 1863 fue también el del nacimiento de la Cruz Roja y el del arranque del proceso que culminaría al año siguiente con la firma del primer Convenio de Ginebra, para el mejoramiento de la suerte de los militares heridos en los ejércitos en campaña. El contexto histórico que alumbró esta dinámica no fue otro que el de las guerras que habían sacudido Europa: la campaña de Crimea (1853-1856) y las guerras asociadas al proceso de unificación italiano, una de cuyas batallas, la de Solferino en 1859, se había saldado con cerca de 6.000 muertos y 40.000 heridos. Precisamente un popularísimo libro publicado en 1852 sobre dicha batalla —*Un recuerdo de Solferino*, de Henry Dunant—, había sido

de algún modo el inspirador de los principios humanitarios que nutrieron tanto el nacimiento de la Cruz Roja como las reuniones de Ginebra.

Si bien el Convenio de Ginebra de 1864 significó un paso adelante en cuanto a la protección y estatuto de neutralidad del personal sanitario y de los propios heridos en combate, no faltaron voces de gran resonancia que criticaron el carácter esencialmente retórico de la conferencia. Florence Nightingale, la enfermera que tanto se había destacado en Crimea, llegaría a calificarla de "coro de ópera" con escasas consecuencias prácticas. En ello se ratificaría poco después, ya convertida en "heroína nacional", cuando denunció en la guerra franco-prusiana que las tropas de Guillermo I se estaban desentendiendo de sus propios heridos. Nightingale apostaba, más que por los cuerpos voluntarios de ayuda, por el refuerzo de los respectivos servicios médicos militares. Lo hacía, sin embargo, en el entendido de que, si bien no se tenía por una "persona inhumana", podía concebir "circunstancias de *force majeure* en la guerra en las que cuantas más personas mueran, mejor". Que la "necesidad militar" como principio de racionalización práctica en la conducción de la guerra fuera algo absolutamente aceptado por las figuras públicas más comprometidas con el humanitarismo evidenciaba el grado de naturalización o de normalización que había alcanzado.

Sin embargo, las sangrías demográficas de las guerras de la segunda mitad del siglo parecían contradecir cada vez con mayor fuerza el discurso occidental sobre las bondades de la razón y el progreso, para no hablar del horizonte último de paz entre los pueblos anunciado por el primer liberalismo. El ultraliberal Herbert Spencer, teorizador del proceso racionalizador occidental en clave biologicista, pudo ver hacia el final de su vida cómo su propio país se alejaba del modelo de sociedad por él imaginado. El Imperio británico, más que afirmarse en el modelo de sociedad moderna de carácter industrial y comercial que teóricamente debía encarnar, parecía acercarse a una "sociedad militar" —la Alemania unificada, por ejemplo— definida por el papel preponderante del Estado. En 1906, tres años después del fallecimiento de Spencer y cinco del de la reina Victoria, el almirante Fisher oficiaría la botadura del gran acorazado

Dreadnought, el primero de una larga serie destinada a mantener el pulso a la carrera naval desencadenada por el káiser Guillermo II, el nieto alemán de la reina.

No deja de resultar paradójico que este proceso de militarización creciente de los Estados nación occidentales, en forma de rearme continuo y extensión del servicio militar obligatorio, con su aplicación efectiva a guerras cada vez más letales, conviviera durante toda la segunda mitad del siglo y principios del siguiente con continuos llamamientos a la paz. La Conferencia de Ginebra de 1864, con su carga de humanitarismo retórico criticada por Nightingale, había sentado un precedente al respecto. El "militarismo", concepto profusamente utilizado por entonces, no dejaba de tener cierta mala fama —quizá por el mentís que suponía al primitivo "sueño liberal"—, en proporción directa a los exagerados alardes marciales del propio káiser. El crudo "interés nacional" de todo Estado, reflejado en el creciente volumen del negocio armamentístico, así como en una diplomacia —secreta— de carácter más bien guerrero, podía verse cuestionado por una opinión pública cada vez más extensa y por unos medios de información cada vez más poderosos. Esta nueva tensión se daba especialmente en el marco de sistemas que tendían progresivamente a la ampliación de su base electoral, allá donde esta existía.

Una de aquellas voces que se elevaron en el cada vez más influyente "público crítico" europeo fue la periodista Concepción Arenal, pionera del feminismo español. Después de haber conocido de primera mano los horrores de la tercera guerra carlista (1872-1876), se ocupó de denunciarlos en su obra *Cuadros de la guerra*, publicada en 1880. Lo relevante de su postura fue su valiente empecinamiento en negar toda "racionalidad" a la guerra, algo que ya había venido haciendo el escritor Lev Tolstói y que algunos años después haría la novelista Bertha von Suttner. Ante los intentos "racionalizadores" a la vez que "humanizadores" de la guerra en convenciones como la de Ginebra, Arenal intentó, valga la redundancia, introducir un mínimo de "racionalidad" en los debates:

¡EL DERECHO A LA GUERRA! Hay una cosa que se llama así; asunto sobre el cual se

escriben libros, se discuten tesis y se celebran congresos internacionales. ¿Cómo pueden armonizarse dos elementos que se repelen constantemente, sin que en ninguna circunstancia tengan afinidad de ningún género? El *derecho* es la mesura, la lealtad, la justicia; la *guerra* es la temeridad, la violencia, la injusticia y la traición.

8. EL POLVORÍN DE EUROPA

Recién terminada o a punto de terminar la tercera guerra carlista en España, en 1876, otro conflicto sacudió la otra esquina del continente, generando, este sí, un animado debate público en toda Europa, desde Gran Bretaña hasta Rusia: el motivo no fue otro que las atrocidades cometidas por el Imperio otomano contra los rebeldes búlgaros. Lo curioso del caso fue que una declarada mayor sensibilidad pública occidental hacia esa clase de atrocidades ajenas, cometidas por los pueblos "semisalvajes" de la región balcánica, podía convivir perfectamente con la ceguera ante las propias. De alguna manera, durante el último tercio del siglo XIX y hasta 1914, la violencia más escandalosa pareció —solamente lo pareció— concentrarse en los Balcanes europeos, la región que en vísperas de la Gran Guerra fue comúnmente conocida como el "polvorín de Europa".

Hacia 1876 la palabra "Balcán" o "Balcanes" empezó a alcanzar resonancia mundial, amplificada por su presencia en las primeras planas de los periódicos de gran tirada. La "cuestión de Oriente", que había empezado con la sangrienta guerra de Crimea, tuvo sus derivaciones en una larga serie de episodios bélicos en la región balcánica, con procesos de expulsiones masivas de población, que se prolongarían hasta el derrumbe del Imperio otomano en 1912-1913 y el estallido de la Gran Guerra en 1914. Tras Crimea, la cadena de conflictos comenzó con las sublevaciones de bosnios y búlgaros en 1875, la intervención rusa en apoyo de estos últimos y la guerra ruso-turca de 1877-1878. Esta última terminó con el Tratado de San Stefano de marzo de 1878, corregido por el de Berlín apenas unos meses después debido a las presiones de Gran Bretaña y del Imperio austrohúngaro.

Ya por entonces se dejaron ver los dos ingredientes que alimentarían

las futuras campañas bélicas en los Balcanes. Uno de ellos era el modelo de proceso más o menos violento de emancipación de territorios del Imperio otomano en forma de nuevos y precarios Estados asentados sobre realidades étnicoculturales enormemente diversas. Fueron esos los casos de Rumania, Serbia y Montenegro en 1878, con una Bulgaria capitidisminuida que formaría reino en 1885, así como los de otros territorios en disputa: Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Albania o el Epiro. El segundo ingrediente no era otro que el constante intervencionismo de actores mayores y de intereses enfrentados. Eran, por ejemplo, los casos del Imperio ruso, fiado a un expansionismo de ideología paneslavista, o el austrohúngaro, ya asentado en los territorios balcánicos del norte —Eslovenia, Dalmacia— y especialmente empeñado en el control de Bosnia-Herzegovina, nudo geoestratégico de la región junto con Montenegro y Macedonia. Si a estos actores unimos otros más lejanos, pero igualmente interesados en participar en aquel juego de estrategia que tenía al declinante Imperio otomano en proceso de despiece, como la Alemania de Bismarck o una Gran Bretaña preocupada por sus rutas comerciales en el Mediterráneo oriental, podremos explicarnos la complejidad política y la trascendencia mediática del llamado "polvorín de Europa".

Historiadores como Christopher Bayly han destacado el carácter esencialmente dinámico del nacionalismo: más que "un hecho", ha sido y es "un proceso". Y a lo largo de todo el siglo XIX este proceso, tanto a escala general como en el caso balcánico, estuvo presidido por la creación de Estados nación de tipo moderno por medio de la violencia, con constantes tentativas de homogenización étnico-cultural que se tradujeron en matanzas y expulsiones masivas de poblaciones civiles. Poblaciones étnicamente diversas que hasta los procesos de independencia de la segunda mitad de siglo se habían definido mayormente por la religión —cristiana ortodoxa—, en el marco político multiétnico otomano, comenzaron a fragmentarse en "naciones" con pretensiones homogeneizadoras. Todo ello se hizo, conviene recordarlo, bajo la mirada depredadora de las grandes potencias e imperios europeos en competencia entre sí. De manera paralela, en el imaginario cultural de

Occidente, los territorios balcánicos de la "Turquía europea" pasaron a convertirse en una especie de "patio trasero", una suerte de "Oriente" enclavado en la misma Europa. Como ya había ocurrido con la guerra de independencia griega, la mirada orientalista abarcó los antiguos territorios otomanos para volver a exhibir su doble cara de amor y odio, admiración y miedo, idealización y satanización.

En el caso balcánico, la mirada occidental presentó a sus habitantes como unos seres naturalmente inclinados a la violencia, a una violencia atávica y salvaje, de origen inmemorial. Dos observaciones habría que hacer aquí. La primera es que los procesos de violencia política en los Balcanes del último tercio del XIX no se apoyaron en fórmula propia alguna, sino en la del "nacionalismo" del Estado moderno gestado en Occidente, en sus dos variantes, por lo general mezcladas: la francesa del nacionalismo político-ciudadano y la alemana de raíz étnico-cultural. Esta fórmula moderna era la seguida por entonces en toda Europa, tanto en la occidental como en la meridional o en la oriental. Los nacionalismos etnocéntricos suelen parecerse, por muy lejanos que sean sus orígenes: un buen ejemplo lo constituyen las reflexiones del político español Emilio Castelar en su libro titulado, precisamente, *La cuestión de Oriente*, publicado en 1876. En el texto, el autor comparó los dos "hechos capitales" constitutivos de las naciones española y serbia, las "semilegendarias" batallas de Guadalete (711) y Kosovo (1389), libradas ambas contra sus "otros" culturales: el "moro" y el "turco". Hispanos y eslavos quedaban así hermanados en la exclusión de su respectivo "otro" cultural.

La segunda observación resulta tan obvia que muy a menudo ha sido obviada: la de que los grandes Estados e imperios europeos —Rusia, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Francia—, lejos de permanecer al margen de aquellas violencias producidas en la región balcánica, armaron y sostuvieron a sus contendientes, cuando no intervinieron de manera decisiva. A ello les movió la defensa de intereses de toda clase, desde los económicos hasta los geoestratégicos pasando por los propagandísticos, con el fin de cohesionar sus respectivas sociedades o reprimir a sus disidentes. Y, en ocasiones, se sirvieron para ello de algún oportuno

argumento de “causa justa”.

9. LAS ‘ATROCIDADES BÚLGARAS’ Y ALGUNAS OTRAS

Fue en Gran Bretaña, país presuntamente pionero en la exhibición de una cierta sensibilidad contra el “militarismo” y la crueldad de la guerra, donde las denuncias de la represión otomana en Bulgaria, en 1876, conocieron una mayor popularidad. La principal piedra de toque no fue otra que el exitoso panfleto de un político liberal, William Gladstone, editado casi de manera simultánea al libro citado de Emilio Castelar. A partir de aquel momento las noticias de “las atrocidades búlgaras” recorrieron toda Europa, además de jugar un importante papel en la propia campaña electoral británica de 1878, en la que Gladstone destacó por su estrategia como orador de masas. El político liberal pasó desde entonces a la historia de Bulgaria como una suerte de héroe nacional, por haber denunciado la masacre de miles de civiles, en una cifra que osciló entre los 12.000 y los 30.000.

Como resultado de aquella campaña, políticos, científicos, artistas y filósofos tan famosos como Spencer, Darwin, Carlyle, Ruskin o el propio Sidgwick —el “racionalizador de la guerra”—, denunciaron la política otomana y llamaron a una intervención internacional, que finalmente se produjo mediante el envío de ayuda médica y humanitaria. El sentimiento antiotomano que se extendió por Gran Bretaña fue todavía mayor que el desatado durante la guerra de independencia griega de 1821-1832, dado que la sensibilidad ética y religiosa victoriana se hallaba precisamente en su apogeo: se trataba de una nueva “causa justa”, semejante a la publicitada menos de medio siglo atrás.

La campaña de Gladstone vio aún más amplificado su efecto en el Imperio ruso, donde se desató un notable sentimiento patriótico paneslavista que, esta vez sí, sirvió de apoyo y justificación para una intervención decididamente militar. Toda Europa vivía por entonces el empuje de un nacionalismo extremo, de uno a otro rincón del continente: si el término “jingoísmo” se popularizó por aquellos años en Gran Bretaña como sinónimo de “patrioterismo” o “ultranacionalismo”, el de

"chauvinismo" hizo lo propio en Francia. El Imperio del zar, todavía baqueteado tras la guerra de Crimea, tuvo así su propia "causa justa" en la defensa de las poblaciones insurgentes balcánicas. La ola patriotera paneslava alcanzó en Rusia altísimas cotas, con representantes tan destacados de la causa intervencionista y paneslava como Fiodor Dostoievski, frente a críticos escépticos como Turguéniev y Tolstói. Cuadros orientalistas como el de Makovsky de *Las mártires búlgaras* (1877), que recurrió al secular icono de las vírgenes violadas y asesinadas por malvadas figuras masculinas de aspecto exótico, tanto semíticas como negroides, sirvieron de banderín de enganche para la intervención armada. El remedio, sin embargo, se reveló peor que la enfermedad. El consiguiente estallido de la guerra ruso-turca de 1877-1878 se saldó con cerca de un cuarto de millón de víctimas turcas entre asesinadas y desaparecidas, con expulsiones masivas de centenares de miles de los territorios en los que habían residido durante siglos.

Aquellas prácticas de violaciones masivas y matanzas sistemáticas, que los medios británicos llegaron a comparar con las "guerras africanas" y "las crueldades de Gengis Khan", no parecieron, sin embargo, diferenciarse mucho de las violencias practicadas por Europa occidental en sus propios territorios y colonias. La conclusión no era otra que la tendencia del etnocentrismo europeo a ver la paja en el ojo ajeno y despistarse de la viga en el propio. Ya habíamos visto que la guerra franco-prusiana de 1870-1871 se había saldado con la muerte de unos 160.000 soldados, la mayoría franceses. Diez años antes, la represión de la insurrección india de 1857 por los soldados de la Compañía Británica de las Indias Orientales y sus aliados había acabado con las vidas de cerca de 100.000 civiles. La diferencia no estribaba tanto en el grado de violencia sino en la manera en que era considerada: si una, la propia, era "heroica" o "civilizadora", la otra, la ajena, era "bárbara" y "salvaje".

Una de las enseñanzas del caso de las "atrocidades búlgaras" en Europa fue el trascendental impacto de los medios de comunicación masivos, aún incipientes por entonces, en la preparación de toda guerra. La confirmación se revelaría en toda su crudeza menos de 20 años después, en el seno de la que se presentaba como la aventajada sociedad

de masas del futuro, los Estados Unidos de América, a raíz de la guerra de independencia de Cuba (1895-1898). La formidable campaña de propaganda lanzada entonces por la "prensa amarilla" de los magnates Hearst y Pulitzer amparó e impulsó la decisión gubernamental de amenazar a España con la guerra si no cumplía con su exigencia de renunciar a toda autoridad y gobierno en la isla antillana. La exigencia se apoyó principalmente en motivaciones humanitarias, a partir de la denuncia de la política de tierra quemada y "reconcentración" forzosa de la población civil impuesta por el general Weyler en su lucha contra los rebeldes. De hecho, la resolución adoptada por el Congreso el 20 de abril de 1898, en la que amenazaba con declarar la guerra a España si no renunciaba a su gobierno y autoridad sobre la isla, incorporó el argumento de las "abominables condiciones que han venido existiendo desde hace más de tres años en la isla de Cuba, tan cerca de nuestras fronteras". Al parecer, el conocimiento de dichas condiciones había conmocionado "el sentido moral del pueblo de los Estados Unidos", además de suponer "una desgracia para la civilización cristiana". De nuevo, otra "causa justa" aparecía en el horizonte.

España declaró las hostilidades el 23 de abril de 1898 y la declaración oficial de guerra del Congreso de Estados Unidos llegó el 25. Pese a que entre las motivaciones expuestas por el presidente McKinley figuraban algunas bastante más prosaicas de "interés nacional" —como las "enormes pérdidas" causadas al comercio del país por la guerra iniciada en 1895—, el acento se puso más bien en el "ejercicio de crueles, bárbaras e incivilizadas prácticas de guerra" que habían ofendido la sensibilidad del pueblo estadounidense. En el clima "jingoísta" de fervor patriótico jaleado por los medios, jugó un importante papel la explosión del buque Maine y su falsa atribución a un sabotaje español, que hizo famosa la consigna: "*Remember the Maine, to Hell with Spain!*". Décadas después, la versión más aceptada fue la de un incendio fortuito en la carbonera del barco, pero el impacto de los aparatos de propaganda del momento, alentados por los sectores imperialistas —encabezados por Theodor Roosevelt— y los estrategas navales, entre otros actores, resultó determinante.

Hacia 1911, la líder anarquista Emma Goldman lanzó una lúcida e irónica mirada retrospectiva sobre aquella guerra que las autoridades norteamericanas presentaron como "justa":

> ¡Cómo nuestros corazones ardían de indignación contra los atroces españoles! En verdad, nuestra indignación no ardió espontáneamente. Fue nutrida por meses de agitación periodística, y mucho después de que el *Carnicero* Weyler hubiera asesinado a muchos nobles cubanos y ultrajado a muchas mujeres cubanas. […] Pero cuando el humo se disipó, y los muertos fueron enterrados, y el coste de la guerra supuso para las personas un incremento del precio de los bienes y las rentas, es decir, cuando se pasó la borrachera de nuestra juerga patriótica, de pronto nos percatamos que la causa de la guerra hispano-norteamericana fue la cuestión del precio del azúcar; o, para ser más explícitos, que las vidas, sangre y dinero de los norteamericanos se habían empleado para proteger los intereses de los capitalistas norteamericanos.

10. EL FUTURO DE LA GUERRA

En 1899, menos de un año después de los acuerdos de París que sellaron la victoria estadounidense sobre España, un oscuro texto de un próspero empresario liberal de la Rusia polaca, Jean de Bloch, contribuyó a popularizar en Europa la cuestión de la "racionalidad" de la guerra. En *El futuro de la guerra*, ensayo de carácter científico pertrechado de numerosos datos estadísticos, Bloch desgranó varias ideas que generaron un importante debate en el que los partidarios del militarismo no tuvieron más remedio que posicionarse. Una de ellas era que el progreso en las técnicas de matar, al igualar a los contendientes en capacidad letal, había hecho inviable en la práctica la guerra entre las diversas potencias europeas, al menos la ofensiva. Quien diera el primer paso del ataque podría triunfar, pero a costa de unas pérdidas materiales y humanas insoportables que, además, acarrearían la inestabilidad política y la caída del régimen en cuestión. La posibilidad de una guerra ofensiva se convertía, así, en un suicidio anunciado. Bloch, en cierta manera, se erigía en un curioso precursor de la doctrina de destrucción mutua asegurada —MAD, por sus siglas en inglés— que se haría famosa durante la década de los cincuenta del siglo XX, en plena Guerra Fría.

No fue una idea que compartiera solamente Bloch. Aunque ahora

pueda parecer absurdo, el proyecto de invención de la dinamita por Alfred Nobel respondió también a ese objetivo: "Mis fábricas pueden poner fin a las guerras antes que sus Congresos [por la paz]. El día que dos ejércitos puedan aniquilar mutuamente en un segundo todas las naciones civilizadas, es de esperar, renunciarán a la guerra y licenciarán sus tropas".

De semejante argumento se deducía, por tanto, que desatar una futura guerra entre potencias en Europa no sería ni útil, ni conveniente, ni razonable. Ocurría, además, que Bloch calificaba directamente de "irracional" la propia guerra y todo lo que aparejaba en términos de rearme y militarización de la política, de la economía y de la sociedad, en coherencia con su pensamiento liberal. La carrera de armamentos y el gasto creciente en armas y soldados significaba un irracional derroche de recursos, algo que Bloch pretendió demostrar con complejos cálculos sobre los costes de las últimas guerras en Europa y Estados Unidos, así como con sus proyecciones de gasto en futuras guerras mucho más tecnificadas y, por tanto, mucho más ruinosas. El servicio militar obligatorio estaba incluido en ese gasto, con el agravante de que, en su opinión, "desorganizaba la familia" y era una de las causas del "debilitamiento de las naciones en su lucha por la existencia al arrebatar varios de los mejores años de las vidas de los varones". Por si esto fuera poco, el objetivo declarado de la existencia del ejército de conscripción por los Gobiernos que la mantenían, que era el de "actuar de manera beneficiosa sobre las masas enseñándoles disciplina, obediencia y orden", había evidenciado su fracaso ante la creciente presencia del "anarquismo" en Occidente. La debacle económica que podía producir el "militarismo" estaba destinada a convocar precisamente lo que Bloch denominaba su némesis: una situación de inestabilidad y desorganización política que diera pie a levantamientos internos y a la extensión del movimiento anarquista, auténtica pesadilla para un liberal como él.

Pero no todo eran análisis económicos con corolarios políticos. En una entrevista incorporada a su obra *El futuro de la guerra*, Bloch se hizo eco de los cambios recientemente producidos en la sensibilidad occidental hacia el militarismo y las guerras. Estas eran las preguntas retóricas que

se hacía a sí mismo en un tiempo en que todo parecía haberse acelerado, al comienzo de aquellos "años de vértigo" que desembocarían en la Gran Guerra:

> ¿Cuál es la característica principal de la Europa moderna? ¿No es acaso el aumento del nerviosismo y la falta de una resistencia flemática, de la apatía resignada? El europeo moderno siente con mayor agudeza y es mucho más excitable e impresionable que sus antecesores. Sobre esta población altamente excitable y sensible, [el Estado en la hipótesis de una guerra futura] se dispone a infligir las desgracias del hambre y todos los horrores de la guerra.

En opinión de Bloch, el sentimiento opuesto a la guerra se estaba extendiendo entre las poblaciones europeas, cada vez más reacias a un militarismo obsoleto, con sus cargas y efectos, a la vez que menos preparadas para soportar las desgracias de un nuevo conflicto armado entre potencias. Si añadimos a ello su énfasis en la capacidad destructiva de una próxima guerra, mucho mayor que las anteriores, y su creencia en las difundidas tesis finiseculares sobre la "decadencia física y moral de la raza", se entenderá mejor su llamada de alarma. Frente a ello, la respuesta de los sectores militaristas —militares, políticos, periodistas— fue precisamente la de insistir aún con mayor empeño en una guerra ofensiva y en insuflar una nueva moral de ataque y mayores dosis de entusiasmo y agresividad a los soldados, todo lo cual acabaría por disparar al alza los gastos militares.

Al abogar por esa "huida hacia adelante", los críticos de la tesis de Jean de Bloch sobre el absurdo del militarismo no destacaron especialmente por su racionalidad, entendida esta en su sentido habitual. En el proceso de modernización antes descrito, eran otras las fuerzas que parecían jugar subterráneamente un papel director: la "racionalidad instrumental" de los Estados capitalistas, por ejemplo. Pese a ello, los gobernantes de las modernas y civilizadas sociedades de la época no tuvieron más remedio esta vez que soportar el envite de sus respectivas opiniones públicas, cada vez más críticas con la guerra, como ya habíamos visto que ocurrió en 1863-1864 con el nacimiento de la Cruz Roja y el primer Convenio de Ginebra. De algún modo, hasta la escandalizada opinión pública británica que reaccionó ante las

"atrocidades búlgaras" de 1876 había revelado esa mayor sensibilidad humanitaria: otra cuestión era que fuera fácilmente manipulable o no. Hacia 1899, los gobernantes occidentales se vieron más o menos obligados a confesar abiertamente —y cínicamente, dirían algunos— su preocupación y a mostrar su disposición a hacer algo al respecto. Es en este marco donde cabría entender el intento de imponer unas mínimas reglas a la guerra —"civilizarla"—, retomando los tímidos pasos dados en Ginebra.

11. CIVILIZAR LA GUERRA

El historiador Philipp Blom ha enmarcado históricamente muy bien el entonces celebrado paso adelante en el *ius in bello* que significó la primera Conferencia de Paz de La Haya en mayo de 1899, apenas medio año después del fin de la guerra hispano-estadounidense de Cuba y en vísperas de la guerra anglo-bóer en África del Sur. Que la iniciativa de celebrar una reunión de diplomáticos, juristas y militares para diseñar "los medios más eficaces para asegurar a todos los pueblos los beneficios de una paz real y duradera y de poner, sobre todo, término a los armamentos actuales" partiera precisamente del principal autócrata de Europa, Nicolás II de Rusia, no dejó de levantar sospechas.

Si algo demostró el altisonante llamamiento del zar fue que los Gobiernos y Estados europeos podían y debían instrumentalizar y fagocitar en su beneficio los llamamientos a la paz, algo necesario a la luz del progresivo éxito que estos empezaban a gozar entre sus opiniones públicas. Con estas premisas, la conferencia resultó lógicamente un fiasco. Los representantes alemanes negaron las tesis de Jean de Bloch sobre la ruina y el despilfarro de recursos de la "paz armada". Al fin y al cabo, apenas un año antes el Reichstag había aprobado la ley naval que sentaría las bases de su futura gran flota. Sería precisamente ese el motivo aducido por Gran Bretaña para lanzar su proyecto de radical renovación de la suya, que desembocaría en la ya mencionada botadura del Dreadnought en 1906. Si para Jean de Bloch la decisión de la aprobación de la ley naval alemana resultaba "irracional" —al igual que para la

bancada de diputados socialdemócratas alemanes que habían votado en contra—, lo contario podría argumentarse desde el punto de la "racionalización capitalista" con su búsqueda constante de beneficio como objetivo primero e inmediato. Aquella ley naval y la siguiente, con la construcción de más y más poderosos acorazados, apoyadas con fruición por la burguesía nacionalista, significarían un suculento negocio para los magnates de la industria pesada alemana, en los que el káiser Guillermo II empezaba a apoyarse cada vez más.

Por lo que se refería a Gran Bretaña, la Conferencia de Paz de La Haya de 1899, en la que forzosamente tuvo que participar para no ofrecer una mala imagen de cara a la opinión pública nacional e internacional, no dejaba de ser una molesta piedra en el zapato. De hecho, para entonces el Gobierno conservador de lord Salisbury andaba ya preparando su proyecto de renovación de su obsoleta flota. La conferencia, además, se celebró en pleno conflicto entre las autoridades británicas del África del Sur y las repúblicas de colonos de origen holandés, conflicto que daría lugar a una sangrienta guerra en octubre de aquel mismo año: la segunda guerra anglo-bóer. En cierta forma, la "libre competencia" y una suerte de darwinismo social dominaban la escena internacional por entonces, a partir de las mínimas reglas establecidas en la Conferencia de Berlín de 1885, que sancionó el principio de ocupación efectiva como requisito para la reclamación de derechos de soberanía sobre los territorios africanos.

Famosa había sido al respecto la declaración de lord Salisbury sobre "la vida y muerte de las naciones" del 4 mayo de 1898, justo un año antes de la Conferencia de La Haya, sobre los Estados débiles que progresivamente lo eran más, y los fuertes que cada vez se hacían más poderosos:

> Por una razón o por otra, tanto si procede de la necesidad de la política como si se produce bajo la pretensión de la filantropía, las naciones vivas ampliarán sus territorios a costa de las moribundas, con lo que las semillas y causas de conflicto aparecerán rápidamente. Por supuesto, no es ninguna suposición que a alguna de las naciones vivas le será permitido ostentar el provechoso monopolio de curar o amputar a dichos desgraciados pacientes —risas— y la controversia se refiere a quién tendrá el privilegio de hacerlo y en qué medida lo hará.

Lord Salisbury presentaba un futuro sombrío que sometería a la máxima tensión la tenacidad, la resolución y "los instintos imperiales" de la nación. Estamos ya a años luz del horizonte liberal de paz entre naciones avizorado por sus precursores. El político conservador había dejado claro que en esa "lucha por la vida" entre Estados, las naciones más débiles eran mayoritariamente "no cristianas, aunque lamento que ese no es exclusivamente el caso, y que en esos Estados la desorganización y el decaimiento están avanzando, casi tan rápido como la concentración y el poder crecientes progresan en las naciones vivas que son vecinas suyas".

La tesis típicamente spenceriana de Salisbury se articulaba estrechamente con las nuevas tesis eugenésicas del científico victoriano Francis Galton (1822-1911), de inmensa influencia en la época, que se apoyaban en las teorías lamarckianas de la herencia genética. Si la utopía —¿racionalista?— de la mejora genética de la especie humana exigía la esterilización y extinción de los individuos menos dotados, en favor de aquellos considerados de calidad superior, lo mismo podía decirse de las naciones. Ya en 1865 Galton había escrito que las naciones del mundo estaban cayendo "forzosamente ante las variedades más nobles de la humanidad", que era precisamente lo que procedió a constatar lord Salisbury en mayo de 1898. Uno de los Estados débiles que sufrieron "amputación" por esas fechas fue un viejo aliado de Gran Bretaña, el reino de Portugal, que en enero de 1890 recibió un ultimátum, en forma de memorando, para que retirase sus fuerzas de la zona comprendida entre Angola y Mozambique. Era mucho lo que se jugaba por entonces en África del Sur, tras el descubrimiento de oro en 1884-1886 en las montañas de las entonces repúblicas *afrikaaners* de Transvaal y Orange, que perderían su independencia y serían anexionadas por el Imperio británico en 1902 como consecuencia de la segunda guerra anglo-bóer.

La otra gran "nación débil" cristiana que poco después del discurso de Salisbury sufrió una severa amputación no era otra que el precario Imperio colonial español tras su derrota en la guerra hispano-estadounidense, con la pérdida de Cuba y Filipinas a finales de 1898. El interés nacional de la poderosa "nación fuerte" emergente contaba por

entonces con el impulso teorizador del marino e historiador Alfred Thayer Mahan, uno de los miembros de la delegación estadounidense en la Conferencia de La Haya de 1899, que proponía la construcción de una potente armada y el establecimiento de una red de bases estratégicas que garantizasen el control de las rutas y el aprovisionamiento navales en el Pacífico y el Caribe. Por lo que se refería a la isla de Cuba, sus objetivos se conseguirían a lo largo de los próximos años mediante la Enmienda Platt y el Tratado cubano-estadounidense de 1903.

Volviendo a la Conferencia de La Haya de 1899, no resulta en absoluto extraño que tanto Mahan como el almirante Fischer —el impulsor del rearme naval británico—, en su calidad de delegados de sus respectivos países, contemplaran las conversaciones con una actitud tan descreída como escéptica. Como era de esperar en aquel clima de rearme acelerado internacional, los resultados en materia de reducción de armamento desembocaron en un fracaso tanto más evidente a la luz de la retórica declaración que fue aprobada por unanimidad: "La conferencia estima que la limitación de cargas militares que pesa actualmente sobre el mundo es deseable en gran manera para el crecimiento del bienestar material y moral de la humanidad".

Resultados parecidos alcanzó la segunda Conferencia de La Haya de junio de 1907 —también a iniciativa del zar Nicolás II—, cuya preparación llevó nada menos que ocho años, durante los cuales estalló la guerra ruso-japonesa. El clásico "metarrelato" de la disciplina por entonces recién nacida de las Relaciones Internacionales ha querido destacar los logros de ambas conferencias, en realidad más bien modestos. Desde el punto de vista del *ius ad bellum*, ambas conferencias contribuyeron a sancionar el derecho absoluto de todo Estado a declarar la guerra a otro, teórica y mínimamente limitado por el compromiso retórico de aceptación de un sistema de arbitraje internacional. Si bien la primera conferencia aprobó la creación de una corte permanente de arbitraje —en realidad un simple dispositivo para crear tribunales arbitrales, que no un tribunal en cuanto tal—, esta quedó desactivada en la práctica con la voluntariedad de los Estados de someterse o no a ella. En cuanto al *ius in bello,* todo quedó en la intención solemnemente

proclamada de evitar un "sufrimiento innecesario" en la línea de las "racionalizaciones" de Sidgwick. Ni siquiera el acuerdo de 1899 de no usar gases asfixiantes sería respetado en el futuro. La posteriormente harto invocada Cláusula Martens de 1899 simplemente recogió que las "poblaciones y beligerantes" permanecían, en los casos no comprendidos en las disposiciones reglamentarias adoptadas, "bajo la garantía y el régimen de los principios del derecho de gentes preconizados por los usos establecidos entre las naciones civilizadas, por las leyes de la humanidad y por las exigencias de la conciencia pública".

Esta invocación de un derecho natural tan gaseoso, sin encarnación alguna en el derecho positivo, informa bien sobre el alcance práctico de resoluciones de esta clase, útiles tan solo a efectos retóricos o propagandísticos. El arbitraje internacional obligatorio tampoco fue aprobado en la segunda conferencia de 1907 y no se llegó a acuerdo alguno sobre el control de la carrera de armamentos. Pero, al margen de los magros resultados concretos de ambas conferencias de la Haya, lo que sí habían logrado los Gobiernos convocantes y firmantes de los acuerdos de las mismas era un cierto rédito mediático. Habían conseguido proyectar una cierta imagen "civilizada", obedientes como se pregonaban —hasta cierto punto— a las "leyes de la humanidad" y a las "exigencias de la conciencia pública", como rezaba el texto de la Cláusula Martens de 1899, revisada en 1907. En esta última versión, por cierto, el concepto "leyes de la humanidad" fue sustituido por el de "principios", en el sentido de que estos proscribirían los medios y métodos que no fueran necesarios para obtener una ventaja militar definitiva, con el fin de salvar la mayor cantidad posible de vidas de la población civil no combatiente. Leída esta frase entre líneas, el principio más poderoso de todos no era otro que el de la vieja "necesidad militar".

12. EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

Tante retórica quedaría en humo de pajas, como se comprobaría con las primeras acciones de la Primera Guerra Mundial. No hace falta, sin embargo, adelantarse tanto, porque ya la convención relativa a las leyes y

usos de la guerra en tierra —que debía entrar en vigor en 1900 y que recogía en su preámbulo el consabido llamamiento al "interés de la humanidad y los siempre crecientes requerimientos de la civilización"— fue sistemáticamente incumplida por los Estados firmantes en sus "patios traseros" coloniales. Las evidencias de este lado opaco u oscuro de dicha fachada "humanitaria" asaltaban de cuando en cuando las primeras planas de la prensa, provocando recurrentes estallidos de indignación pública. Fue ese el caso, por ejemplo, de la política británica de tierra quemada y encierro forzoso de mujeres y niños en "campos de concentración" en Sudáfrica —tras el precedente del general español Weyler en Cuba—, impuesta por lord Kitchener en la segunda guerra anglo-bóer (1899-1902). Se calcula que 28.000 civiles murieron de hambre en aquellos campos, la cuarta parte de todos los prisioneros. El impacto sobre la opinión pública europea fue tanto mayor cuanto que se trató de afrikáneres, colonos oriundos de los Países Bajos. Otro caso, este de 1904, fue el de la represión holandesa de la insurrección de Aceh, en la isla de Sumatra, con 2.900 nativos asesinados, entre ellos más de un millar de mujeres. Uno de los oficiales responsables de la matanza, Hendrikus Colijn, sería nombrado primer ministro de su país en 1925. El Imperio alemán fue también responsable de la muerte de una tercera parte del pueblo herero —de África Sudoccidental, que se había insurreccionado contra el teniente general Von Trotha—, con la muerte por sed de hasta 14.000 hombres, mujeres y niños.

La matanza que provocó, sin embargo, un mayor escándalo en la opinión pública europea fue el genocidio del Congo, bajo responsabilidad directa del rey Leopoldo II: el precio de la explotación masiva del caucho no fue otro que el trabajo forzoso, las matanzas y las violaciones masivas. Los cálculos actuales hablan de unos diez millones de víctimas mortales, entre asesinadas y fallecidas por enfermedad, en el llamado Estado Libre del Congo, propiedad personal del monarca, entre 1885 y 1908, una cifra algo superior a la de las víctimas de la futura Gran Guerra. El caso saltó a los periódicos hacia 1904 gracias al tesón del publicista británico Edward Dene Morel y al funcionario de origen irlandés Roger Casement, entre otros. Las campañas de denuncia en prensa hubieron de enfrentarse a

contracampañas financiadas por Leopoldo II, en un momento en que los periódicos de gran tirada ocupaban ya un lugar principal en la conformación de la opinión pública. Uno de los castigos impuestos por los funcionarios y soldados belgas a los rebeldes congoleños, incluidos aquellos trabajadores del caucho que no alcanzaban el corte de producción, era la amputación de manos. La fotografía de un padre contemplando el pie y la mano cortados de su hija de cinco años, tomada en 1904 por la periodista y misionera británica Alice Seeley Harris, dio la vuelta al mundo junto a muchísimas otras que recogían a adultos y a niños mutilados.

Todos estos casos venían a demostrar que los publicitados y tímidos intentos de "civilizar" la guerra protagonizados por las "naciones civilizadas", a través de la inclusión de unos mínimos principios de "racionalización" y "humanización" en su declaración y conducción, convivían con la vulneración, en el opaco espacio colonial, de aquellas mismas "leyes de la humanidad" y "exigencias de la conciencia pública" que habían acordado respetar. Si el "sueño de la razón" producía monstruos, el envés del proyecto racionalista, modernizador y "civilizador" occidental no era otro que el "horror" impensado, pero real, explicitado por el personaje del capitán Kurtz de la famosa novela de Joseph Conrad, con quien Casement coincidió, por cierto, en el Congo. Publicada en 1899, *El corazón de las tinieblas* reflejó admirablemente en una concreta escena el profundo contraste entre la "racionalidad burocrática" occidental y el infierno al que daba pie y entrada, como cuando describió los fríos trámites y formalidades por los que tuvo que pasar el protagonista, Marlow, en las oficinas de la Sociedad Anónima para el Comercio en el Alto Congo, en Bruselas. Las pinceladas con que el escritor describió a las dos funcionarias que guardaban la sala de espera de la oficina, símbolos de la racionalidad fatídica e indiferente de la empresa que gestionaba con tranquila eficiencia funcionarial los horrores producidos en África, dotó a la escena de un aire mítico: "A menudo, cuando estaba lejos, pensé en aquellas dos, guardando la puerta de las Tinieblas, haciendo punto con lana negra como para un cálido paño mortuorio; la una, introduciendo continuamente a lo desconocido; la otra,

escrutando los alegres y estúpidos rostros con ojos viejos e indiferentes".

13. SUTTNER, TOLSTÓI Y GANDHI

Tras las dos rondas de La Haya, la próxima guerra mundial estaba ya servida, para desesperación de la baronesa Bertha von Suttner, autora de la famosísima novela *¡Abajo las armas!* (1889). La escritora, que en 1899 había asistido a la primera Conferencia de La Haya como corresponsal de prensa —la única mujer presente en esta—, terminaría concluyendo una década después que ambas conferencias habían sido sendas oportunidades desperdiciadas. Su vaticinio de "magnífica y generosa Casandra de nuestra época", en palabras del escritor Stefan Zweig, se cumpliría sobradamente, como lo demuestra esta vívida imagen que terminaría por hacerse realidad:

> Cada poblado será un holocausto, cada ciudad una pila de escombros, cada campo, un campo de cadáveres, y la guerra seguirá haciendo estragos: disparando bajo las aguas, los torpederos hundirán potentes buques de vapor; en las nubes, aviones armados y tripulados se enfrentarán contra tropas aerotransportadas, y guerreros mutilados caerán desde una altura de 2.000 metros como copos de nieve ensangrentados.

Suttner había visto los efectos de una guerra de la periferia europea —la ruso-turca de 1877— en primera persona, una experiencia que la dejó vacunada contra cualquier lectura heroica o épica de la misma para convertirla en una antimilitarista visceral. En su novela denunció la forma en que los europeos habían "naturalizado" la guerra y los ejércitos en sus vidas y en sus conciencias, a través de la educación patriótica:

> Es la *historia*, sin duda esa que hemos aprendido en la juventud, la que infiltra la admiración por la guerra, la que inculca al niño, desde su edad temprana, la idea de que el "Señor de los Ejércitos" decreta las batallas y que estas, por así decirlo, son el vehículo sobre el que rueda el destino de los pueblos a través de los tiempos. Le enseña que la guerra es el cumplimiento de una ley natural cuyos efectos se dejan sentir de tanto en tanto, como se dejan sentir los de las corrientes marinas y los de los terremotos con sus horrores y desastres.

En esta educación jugaba un papel fundamental el "mito de la experiencia de guerra" en tanto conjunto de mixtificaciones culturales

que envolvían, escamoteándolas, su cruda realidad:

> Todo ello pertenece al sistema de educación patriótico, puesto que todo escolar ha de ser con el tiempo un defensor de la patria, por lo que es preciso despertar su entusiasmo hasta este su primer deber cívico, apartando de él la repulsión natural que inspiran los horrores de la guerra. Los horribles baños de sangre y carnicerías que de esta son obligada consecuencia deben ser vistas como algo completamente natural y necesario; y es preciso que se les haga ver únicamente el lado grandioso, el lado ideal de esta antigua tradición. Así es como se consigue formar generaciones valientes y dispuestas para la guerra.

En esa educación para la guerra, las niñas también tenían reservado un papel:

> No van a la guerra las niñas, pero son educadas con los mismos libros, estos que tienen por objeto desarrollar en los niños las virtudes militares, de lo que resulta que las unas y los otros se forman la misma concepción de la idea, y de la admiración por la condición militar. […] Así lo comprenden las niñas, porque han tenido que aprender de memoria poemas enteros consagrados a la glorificación de las empresas bélicas: así se forman las madres espartanas, las madrinas de estandartes.

Suttner venía a evidenciar así que la épica masculina y el "mito de la experiencia de guerra" funcionaban también en el modelo de feminidad doméstica imperante por entonces, basado en la rígida "teoría de las dos esferas" de raíz victoriana: la masculina —racional, política, pública y activa— y la femenina —sentimental, privada, íntima y pasiva—, teóricamente complementarias. Para la escritora austriaca se imponía por tanto una verdadera revolución en la educación tanto de varones como de mujeres. Su feminismo, lejos de pecar de esencialista, se afirmaba en la importancia de lo cultural.

Es posible que el éxito inicial de Bertha von Suttner se explicara precisamente por la hegemonía de ese binarismo del sistema sexo-género, que a finales de siglo todavía no había empezado a agrietarse. Al fin y al cabo, resultaba lógico que los llamamientos a la paz entre las naciones de una representante del "sexo débil" como ella —sexo presuntamente inclinado por naturaleza a la exhibición de los sentimientos— se hicieran merecedores de universal admiración y respeto según ese mismo pensamiento dominante. Ahora bien, los llamamientos por la paz de

Suttner se tradujeron en una gran movilización de la opinión pública mundial gracias al enorme éxito de su novela. La popularidad que le reportó la concesión del Premio Nobel de la Paz en 1905 disparó aún más las ventas de una obra que, traducida a más de 20 idiomas, se convirtió en uno de los libros más leídos del siglo al lado del gran título de la causa abolicionista, *La cabaña del Tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe (1852). Al castellano fue traducida en 1906, un año después de que recibiera el Nobel. La difusión de *¡Abajo las armas!* convirtió a Suttner en activista, como si la propia novela fuera la "causa de su compromiso", según reconoció ella misma. Una vez lanzada a la esfera de lo público, sin embargo, tuvo que pagar el precio de semejante transgresión y soportar las descalificaciones provenientes de todo el arco político: desde "pacifista antipatriota" hasta "fierecilla de la paz", pasando por la de "marisabidilla histérica" que le dedicó el polemista de izquierdas Karl Kraus, quizá su enemigo más enconado.

Resulta curioso observar cómo el proceso de racionalización de la guerra, conforme al "sueño de la razón" perseguido por racionalistas impenitentes y utilitaristas como Sidgwick, estuvo siempre muy lejos de exhibir una forma pura y coherente. Desde un principio, el sentimiento épico resultó fundamental en su naturalización —como bien señalaba Bertha von Suttner—, entreverado con todo tipo de mixtificaciones patrióticas y manipulaciones históricas. En el campo teóricamente opuesto a la razón, el de la fe reglada, las instituciones religiosas se sumaron asimismo a la labor. A lo largo del siglo XIX se fue generando en cada Estado nación una narrativa bélica cargada de sentimientos religiosos, personajes mártires y lugares de culto, empezando por los primeros cementerios militares, monumentos de guerra y memoriales a los "caídos". Se trató de una verdadera "religión cívica universal" cuyos cimientos terminarían de forjarse en 1914. Los primeros cementerios cristianos militares, los de los soldados de tropa muertos en batalla, fueron los estadounidenses al término de la guerra civil, y sus imitadores en Europa solamente adquirieron una verdadera sistematización con el comienzo de la Gran Guerra. Por lo demás, la vinculación de los ejércitos nacionales con su Iglesia o Iglesias institucionales era todavía más añeja,

como lo demuestra la historia de los diferentes cuerpos de capellanes castrenses integrados jerárquicamente en ellos, empezando por el británico y el estadounidense, ambos instituidos a finales del XVIII, y continuando con la moderna *aumônerie militaire* francesa de 1880.

Fue otro gran crítico de las guerras y los ejércitos, Lev Tolstói, quien arremetió contra este papel cómplice de la institución religiosa con la violencia estatal en una obra casi tan famosa como la de Bertha von Suttner: *El reino de Dios está en vosotros*, publicada en 1894. El famosísimo escritor publicó este alegato en favor de la no violencia en la etapa final de su vida, mientras apoyaba a los conscriptos que se negaban a realizar el servicio militar. En su texto afeaba a la Iglesia precisamente su secular vinculación al Estado y la traición de su precepto fundamental, el *no matarás* del Decálogo, a la vez que reivindicaba el retorno a un cristianismo primitivo. Su cuestionamiento de los ejércitos estatales era total, toda vez que apuntaba a su función de represión interna: "Se suele pensar que los ejércitos se refuerzan únicamente para que el Estado se defienda ante otros Estados, pero se olvida el hecho de que para lo que más necesita un Estado al Ejército es para defenderse de sus propios súbditos y de aquellos a los que ha esclavizado".

Esta posición era asimismo compartida por el antimilitarismo de los sectores marxistas y libertarios. El socialismo internacional llevaba condenando la guerra desde sus primeros congresos, como el de Lausana de 1867, que aprobó la adhesión de la Internacional de Trabajadores (AIT) al congreso fundacional de la Liga de la Paz y de la Libertad de septiembre de aquel mismo año, y que contó con apoyos tan diversos como Víctor Hugo, Garibaldi, Marx o Bakunin. Ahora bien, la diferencia estribaba en la actitud tolstoiana ante la violencia, expuesta ya en su obra *¿En qué consiste mi fe? (*1884), en la que señalaba como principal desviación de la Iglesia —las diversas Iglesias del cristianismo— respecto de las enseñanzas de Cristo, "el no reconocer el mandamiento sobre la no resistencia al mal con la violencia". El diálogo que, tras la publicación de aquel primer libro, mantuvo con los cuáqueros estadounidenses, reforzó sus argumentos a favor de la objeción de conciencia a los ejércitos:

Al conocer la labor de los cuáqueros y sus obras [...] comprendí que no solamente hace mucho que hay conciencia entre la incompatibilidad entre el cristianismo, la violencia y la guerra, sino que esta incompatibilidad hace tiempo que fue demostrada de manera clara e inequívoca, y solo cabe sorprenderse de que la Iglesia haya propugnado y siga propugnando esta conjunción imposible entre doctrina cristiana y violencia.

A lo largo de la década final de su vida, Tolstói mantuvo un breve pero intenso diálogo epistolar con el joven Mohandas Karamchad Gandhi, fuertemente influido por su obra *El reino de Dios está en vosotros*, que parece que leyó en 1896. Ambos compartían su convicción de que la "resistencia al mal" debía ser no violenta: una lucha de "la dulzura contra la brutalidad, de la humildad y del amor contra la arrogancia y la violencia", en palabras del escritor ruso. Anarquista cristiano y no violento como era, profundamente religioso pero reticente a cualquier Iglesia, cuando hablaba de racionalidad lo hacía para asimilarla a lo bueno y deseable, a la "ley del amor", y oponerla así a una "irracionalidad" que asimilaba al crimen y a la crueldad. La coherencia moral entre los medios y los fines resultaba fundamental en ambos pensadores. Para Gandhi, según escribiría en 1947, "los medios impuros dan por resultado fines impuros", esto es, que un medio injusto comprometía siempre la justicia de su fin, y viceversa. Era lo contrario de la racionalidad pragmática weberiana con arreglo a fines, aquella que exhibía como único criterio la eficacia en la consecución de la meta buscada, como si medios y fines fueran elementos completamente independientes.

Era esta racionalidad básica la compartida por gentes que habían conocido la cruel realidad de la guerra de primera mano. No por casualidad el popular escritor, antiguo veterano del Cáucaso, había criticado asimismo aquella misma guerra ruso-turca que tanto había marcado a Suttner en su experiencia de enfermera. Como se encargó de señalar esta última, "a ningún hombre razonable se le ocurriría limpiar las manchas de tinta con tinta. Solo la sangre se lava una y otra vez con sangre".

14. LA GUERRA ES COSA DE HOMBRES

La decepción de Suttner con las dos conferencias de La Haya se tradujo en esta lapidaria frase, a propósito de la segunda conferencia de 1907: "No fue una conferencia sobre la paz, sino sobre los hábitos de la guerra". Precisamente, y haciendo gala de lo que Jean de Bloch consideraba una actitud "irracional", los Estados nación afirmaron precisamente por aquellos años su voluntad de armarse para la guerra. El historiador Phillip Bloch ha puesto en relación este nuevo "militarismo" con la batería de novedosos y profundos cambios operados en la sensibilidad europea y occidental desde finales del siglo XIX. Entre esos cambios, el empuje del movimiento sufragista, la renegociación del reparto de papeles sociosexuales entre hombres y mujeres y la consiguiente crisis de la identidad sexual masculina ocuparon un lugar principal. Esta última crisis se manifestó, por ejemplo, en la aparición de nuevas enfermedades y afecciones de tipo social asociadas en buena medida a los varones. La "neurastenia", la debilidad nerviosa y la mayor excitabilidad e impresionabilidad que Bloch tan bien supo analizar en el varón europeo moderno de 1899 habrían terminado generando así una especie de contrarréplica, una reacción a la defensiva.

No fueron pocas las voces lúcidas —femeninas la mayoría— que denunciaron a comienzos del siglo XX esa íntima relación entre la masculinidad tradicional y la guerra, partiendo de posiciones que vinculaban el movimiento explícitamente feminista sufragista de origen burgués —pero también el socialista femenino de una Clara Zetkin— con el antimilitarismo. No es posible dejar de mencionar aquí a la escritora feminista austriaca Rosa Mayreder que, criticando ese "viejo ídolo divino" en crisis de la masculinidad tradicional, para la que el militar seguía ostentando una posición de prestigio, afirmaba que su "erotismo" conducía a "la violencia normativa". Lo lúcido de su mirada descansaba en su alcance: semejante "violencia normativa" podía y solía hacerse presente tanto en el hogar como en el campo de batalla. El enfoque de Mayreder presentaba además el mérito de no anclarse en una teoría esencialista de esta "diferencia" sexual, toda vez que, según ella, el reparto de roles sexuales tenía un origen cultural, que no natural. Se alejaba así de la tradicional teoría de las dos esferas, aquella que

asignaba por "naturaleza" a las mujeres un papel pasivo, reducido al hogar familiar, apartado de la política y vinculado con el mundo de los sentimientos. Muy al contrario, para Mayreder resultaba expeditivo oponerse a una teoría de la diferencia sexual "natural" que, por entonces, era propugnada por psiquiatras como Möbius y Weininger, los cuales defendían la inferioridad femenina a partir de presupuestos biológicos.

Según Blom, a lo largo de aquellos años marcados por un militarismo clásico —generalmente asociado al alemán, pero no solo—, "sociedades enteras vivían subyugadas por los uniformes y la fuerza militar". En Francia se había producido una fuerte reacción chauvinista-militarista de fuerte componente antisemita a propósito del caso Dreyfus (1894-1906), mientras que el militarismo prusiano dominaba la Alemania de Guillermo II, firmemente enraizado en el aparato del Estado desde el momento en que cualquier alto cargo de la Administración o de la Judicatura ostentaba un rango militar en la reserva. A nivel social, la reacción tomó la forma de una cierta glorificación de la masculinidad tradicional, manifestada de múltiples y diversas maneras. Una de ellas fue la difusión del culto a la fuerza física masculina —con los primeros culturistas, como Eugen Sandow—, mientras que otras cobraron forma en el delirante y popular ataque de Otto Weininger contra los judíos y las mujeres como "enemigos de la individualidad y la masculinidad". El comunista austriaco Ernst Fischer describió de primera mano ese *ethos* militar, esa rígida mentalidad jerárquica y excluyente, al evocar a su padre, oficial de Estado Mayor, en sus memorias: "Mi padre saboreaba la súbita inmovilidad de los inferiores, de la cual —deseaba por lo bajo— deberían participar no solo los soldados, sino también la esposa, los hijos, todos los objetos animados e inanimados. Así lo exigía el orden del mundo". Una inmovilidad —emparentada con la muerte— que no era más que la réplica visceral a una época de cambios acelerados, imposibles de asumir para determinadas mentalidades tradicionales, nostálgicas de pasadas seguridades.

Algo parecido habría ocurrido en el capitidisminuido Imperio español, aquella "nación débil" al decir de lord Salisbury, cuyos últimos territorios coloniales quedaron sometidos a la pujante potencia estadounidense. Si

cierta tradición historiográfica —y militar— conservadora española ha tendido a erigir el "Desastre" de 1898 como factor clave del divorcio entre pueblo y ejército, el historiador Rafael Núñez Florencio ha fijado su inicio algo antes, a principios de los noventa del siglo anterior. En la crisis colonial española, el Ejército se evidenció como problema, que no como solución, debido al fracaso de los anteriores intentos por reformarlo y regenerarlo desde una perspectiva liberal. Fue a comienzos de los noventa cuando se dio la ruptura implícita de la alianza entre civiles y militares que había vertebrado el régimen de la Restauración. El "Desastre" de 1898 no hizo sino agravar ese divorcio, ante el cual el estamento militar optó por una huida hacia adelante. Si Unamuno diagnosticaba a la altura de 1906 que "el Ejército, con razón o sin ella, no es popular en España", los altos estamentos militares adoptaron un discurso corporativista y victimista, agresivo y defensivo a la vez, visceralmente españolista en medio de una fuerte tensión con los "nacionalismos periféricos" catalán y vasco. Al final, su presunta solución fue la de atrincherarse en un patriotismo dogmático y excluyente, monopolizador de la idea misma de "patria".

Lo relevante aquí, y que sirve también para relacionar la experiencia española con la europea, es ese desesperado énfasis por defender el "orden del mundo" que Ernst Fischer criticaba en su padre, en medio de una época de cambios acelerados. A la altura de 1910, un año después de los sucesos de la Semana Trágica en Barcelona en protesta por el embarque de tropas de quintos a África, el teniente coronel Antonio Pacheco y Yanguas lo expresaba así:

> En esta desquiciada sociedad donde se han aflojado todos los lazos, donde el principio de autoridad ha visto rebajarse el nivel de su prestigio, el Ejército conserva en el ara de su institución el fuego santo del profundo respeto a la autoridad; sin diferencia de categorías ni excepción de clases, el inferior ha de obedecer al superior gerárquico [*sic*], ha de acatar sin réplica sus órdenes, ha de someterse hasta morir, si así conviene.

En esta constelación de significados asociados al militarismo —disciplina, obediencia, autoridad, tradición, redención— hay uno que se refiere al sistema heteropatriarcal dominante: la "virilidad". Para Pacheco, "en el principio de autoridad está la sólida base y el firme

asiento de todo el edificio social. Sin comenzar por ahí, no es posible restaurar las costumbres, reponer la virilidad, resucitar la energía [...] levantar de su abyección y abatimiento las dotes que, dando carácter a los ciudadanos, se lo dan a la nación".

Esta crisis de la "virilidad" de la nación española, menoscabada por la derrota de 1898 y por lo que militares como Pacheco denominaban abiertamente "antimilitarismo" —así tituló su obra de 1910— no puede menos que recordar la crisis "nacional" que había sufrido Francia en vísperas del caso Dreyfus, cuando en 1891 murieron por primera vez más franceses de los que nacieron. Fue aquel dato el que avivó el debate de la "vitalidad" y la "virilidad" de la nación francesa, cada vez más rezagada ante naciones más poderosas como Inglaterra y, sobre todo, Alemania. En cualquier caso, y siguiendo una vez más a Blom, los "años de vértigo" de 1900-1914 caracterizaron una era de rearme en la que no solamente pudo haber estallado la Primera Guerra Mundial, sino que puso directamente en relación un renovado militarismo con la airada reacción defensiva de un modelo tradicional en crisis:

> Con su posición cuestionada por el cambio social y la incertidumbre "sexual", los hombres se refugiaron en una afirmación de exageradas ideas de masculinidad. Entre 1900 y 1914 hubo más duelos en las calles —y más uniformes— que en los 30 años anteriores; los bigotes eran más grandes; los culturistas tenían más músculos, y los acorazados, cañones imponentes.

La guerra representaba en cierto sentido una "gimnasia" de un Estado nación masculinizado, una vacuna contra su decaimiento, degeneración o pérdida de la virilidad. La guerra concreta como "ajente [*sic*] más poderoso de la civilización y alta cultura de los pueblos" que en 1910 estaba demandando Pacheco era la de África, la "guerra santa y justa de España". Al año siguiente, la Primera Guerra Mundial estuvo a punto de estallar con ocasión de la crisis de Agadir entre Alemania, Francia e Inglaterra, un conflicto que habría dejado pequeñito el demandado por nuestro teniente coronel y que, finalmente, se haría realidad en 1914.

Frente a esta postura, y como muestra de la dispar sensibilidad frente al "principio de autoridad" que se abría a fuerza de codos en la primera década del nuevo siglo, cabría citar cierto episodio protagonizado en

Inglaterra por un pintoresco grupo de figuras, relacionado además con el famoso acorazado Dreadnought, botado en 1906. Ocurrió precisamente en 1910, en febrero, cuando el falso príncipe abisinio Makalen y su séquito visitaron de manera oficial el acorazado atracado en Weymouth, donde fueron recibidos con honores militares y agasajados por el propio vicealmirante May. Al poco se supo que se había tratado de una elaborada broma protagonizada por un grupo de jóvenes impostores ingleses que se habían tiznado las caras y vestido con ropas exóticas para representar, al parecer con veracidad suficiente, sus respectivos papeles. Figuraban entre ellos los jovencísimos hermanos Stephen, Adrian y Virginia —la futura Virginia Woolf—; Horace de Vere Cole, excombatiente de la guerra anglo-bóer que posteriormente cobraría fama por esta clase de bromas, y Duncan Grant, primo del escritor Lytton Strachey. Strachey ya había sido mencionado en este libro con ocasión de su divertida declaración, cinco años después, en el consejo de guerra al que sería sometido por negarse a combatir en la guerra mundial. Y es que la broma, la burla y el humor se antojaban los mejores antídotos contra tanta rimbombante y vacua solemnidad militarista.

15. A LA GUERRA MUNDIAL CON ENTUSIASMO

Un sentimiento de júbilo pareció apoderarse de buena parte de los europeos a finales de junio de 1914, con el estallido de la Gran Guerra. Voces liberales tan poco propicias a los ardores guerreros y patrióticos, como el entonces escritor *superventas* Stefan Zweig, reconocieron el contagioso entusiasmo que acompañó la declaración de guerra del Imperio austrohúngaro a Serbia, antesala de los primeros bombardeos sobre Belgrado. Si hemos de hacerle caso, aquel primer entusiasmo tomó la forma de un "torrencial sentimiento de fraternidad" que iba más allá del simple cálculo político de una guerra útil y necesaria en la línea de la *raison d'État*. Para muchos austriacos fue aquella una "guerra justa y querida por Dios", o al menos así la presentaron los aparatos de propaganda, ya de enorme poder en aquel entonces.

Zweig describió magistralmente en *El mundo de ayer* las

características de la ofensiva propagandística que cabalgó aquella primera ola de entusiasmo en Austria y Alemania para luego "doparla" cuando comenzó a perder fuerza, hacia el final del primer año de la guerra. La guerra volvía a presentarse como una actividad saludable, vigorizante —la palabra fatídica de la época era "decadencia", o "degeneración"—, ligada a un estado de "exaltación sentimental" que exigía "entusiasmo por la causa propia y el odio al enemigo". Por aquellos años, el intelectual estadounidense Randolph Bourne, defensor de un patriotismo "transnacional" —integrador de los diversos colectivos de inmigrantes frente al "anglosajonismo" dominante—, vinculó también los dos términos, solo que con un sentido crítico. La guerra era para Bourne, nótese la ironía, la "salud del Estado".

Uno de los primeros teóricos del cine como nuevo espectáculo de masas, Hermann Häfker, ensalzó de esta manera la guerra a la altura de septiembre de 1914, esto es, recién desatada: "Quiera [la guerra] purificar nuestra vida pública así como un trueno limpia la atmósfera. Quiera permitirnos volver a vivir y darnos ansias de arriesgar la vida en acciones tales como lo ordena esta hora. La paz se ha tornado insoportable".

En este clima de frenesí guerrero militaron legiones de poetas, periodistas, escritores y artistas, con majaderías tales como la proscripción de Shakespeare de los teatros alemanes o la desaparición de letreros y marcas francesas e inglesas de los comercios, ejemplos todos que recogió Zweig con cierto detalle en su libro. La disolución del individuo libre y consciente en una masa patriótica exaltada tanto en el amor como en el odio —pesadilla de un liberal individualista como Zweig —, acarreó asimismo la delación de los *derrotistas*, esto es, de aquellos ciudadanos que, por la razón que fuera, no compartían ese estado de ánimo exaltado. El neologismo francés —*défaitistes*— gozó de un asombroso éxito de difusión en los demás idiomas.

Resulta oportuno relacionar este clima de entusiasmo con la apoteosis del "mito de la experiencia de guerra" según Mosse, porque fue en el contexto de la Gran Guerra cuando aquel alcanzó su máximo desarrollo. El mito, representado fundamentalmente por una elite juvenil mayoritariamente burguesa —que no constituía ni mucho menos el grueso

del personal movilizado, compuesto por varones de edad media y clase trabajadora—, adoptó tres formas principales. Una fue la experiencia comunitaria o sentimiento de camaradería (nacional), tan cercano al descrito por Zweig cuando se refirió a aquel sentimiento "grandioso, arrebatador, incluso cautivador, al que era difícil sustraerse". La segunda fue el concepto de hombría, identificado con aquella reacción defensiva en favor de una masculinidad tradicional que había marcado la primera década y media del siglo, encarnado tanto en un *ethos* como en un canon estético. La tercera, en fin, aparecía asociada al culto a la muerte, pero en su calidad más religiosamente trascendente: la muerte heroica en combate del (joven) soldado que redimía con su sufrimiento a la nación, fuera esta perdedora o ganadora.

Un ejemplo especialmente revelador de este mito guerrero fue el de la batalla de Langemarck, en Flandes Occidental (Bélgica), en noviembre de 1914. La batalla fue protagonizada supuestamente por regimientos de estudiantes y voluntarios que avanzaron victoriosamente sobre el enemigo al tiempo que entonaban un canto que, menos de una decena de años después, se convertiría en himno nacional: *Deutschland über alles*. La realidad fue muy distinta: para empezar, los jóvenes universitarios no llegaron al 20% de los efectivos, compuesto mayormente por varones de edad reclutados a la fuerza y reservistas. La batalla no se libró en Langemarck, sino en una población de nombre bastante menos "germánico" —Bixschoote— y, en fin, lejos de constituir una victoria, fue un avance frustrado que se zanjó con unas 14.500 víctimas mortales. Para colmo, parece que ni siquiera se cantó el *Deutschland über alles*. Este último detalle no era de extrañar. El escritor británico Robert Graves relató en sus memorias la diversión de su batallón cuando, con ocasión de una carga, leyeron la versión oficial del periodista del cuartel general, según la cual asaltaron las trincheras enemigas a los gritos de "¡Recordad a Kitchener!" y "¡Vengaremos al Lusitania!": "¡Qué estupidez hubiera sido gritar semejantes cosas! —dijo alguien—. El viejo Kitchener estaba muy bien como figura representativa, pero nadie quería verlo volver, por lo que he oído, al Ministerio de la Guerra".

En cualquier caso, por lo que se refiere a la batalla de Langemarck,

como en el mensaje de la película de John Ford *¿Quién mató a Liberty Valance?* (1962), lo relevante y lo que quedó al final de aquella carga —hasta hoy, con su cementerio de guerra— fue la leyenda. Ahí era donde residía precisamente la virtualidad del mito, en su capacidad para "disfrazar la derrota y el despilfarro de vidas", la verdadera realidad reacia a ser romantizada. Por lo demás, como imitando el persistente brillo de una estrella ya apagada, leyendas "heroicas" como la de la batalla de Langemarck continuarían proyectando su luz no ya durante el resto de la guerra mundial, sino incluso después, en el proceloso e inquieto "tiempo de paz" de entreguerras.

III. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (II)

1. BÉLGICA 1914: LAS MANOS CORTADAS DE LOS NIÑOS

Volviendo al inicio del conflicto vaticinado por lúcidas voces como la de Bertha von Suttner, a finales de junio de 1914 los anteriores intentos por "civilizar" la guerra pergeñados en tiempo de paz en las dos Conferencias de La Haya terminaron evaporándose ante la lógica de la "necesidad militar" como "racionalidad profunda" de toda dinámica bélica. No solo el principio del *ius in bello* —durante la guerra—, sino también el del *ius ad bellum* —el derecho aducido a la hora de declararla— fue rotundamente violentado. Alex Bellamy ha citado al respecto el caso de la invasión alemana de Bélgica de agosto de 1914. La justificación aportada por el canciller Theobald von Bethmann Hollweg a la hora de violar la neutralidad belga fue, lisa y llanamente, la "necesidad militar":

> Estamos en un estado de legítima defensa. Ante la necesidad, no existe ley alguna. Nuestras tropas han ocupado Luxemburgo y quizás ya han penetrado en Bélgica. Esto es contrario a la ley de las naciones [...] Un ataque francés a nuestro flanco en la región del Bajo Rin podría haber sido fatal. Es por esa razón que nos hemos visto obligados a ignorar las justas protestas de los Gobiernos de Luxemburgo y Bélgica.

Justicia y legalidad, aunque reconocidas, eran secundarias y debían ser sacrificadas en aras de la necesidad invocada en nombre de la autodefensa, y todo ello en el marco de una guerra de agresión, desatada en territorio enemigo, que no en el propio. Ocurría, sin embargo, que hacia 1914 la opinión pública de las incipientes sociedades de masas había empezado a pesar bastante más que antes. Para Bismarck, por

ejemplo, "la opinión pública está demasiado dispuesta a considerar las relaciones públicas y los acontecimientos a la luz de aquellos que contemplan de manera general el derecho civil y las personas privadas". Ello evidenciaba "una completa falta de comprensión de los asuntos políticos", reservados, claro está, a la informada minoría profesa de la realpolitik.

¿Cómo resolver entonces esta disociación entre *raison d'État* y la cada vez más amplia opinión pública, "ignorante" de la alta política? La respuesta era evidente: con la movilización de los también nacientes medios de propaganda masiva controlados o dirigidos en mayor o menor medida por el Estado o en sintonía con él. Ya habíamos visto más arriba un par de ejemplos, en la línea de lo ensayado con las "causas justas" de las "atrocidades búlgaras" de 1876 y de la guerra hispano-estadounidense de 1898. Era un momento, además, en que la fotografía retocada de tipo pictorialista empezaba a ocupar un puesto principal en la mayoría de las cada vez más numerosas publicaciones gráficas. Los primeros fotomontajes o trucados fotográficos habían nacido precisamente durante el último tercio de siglo, con la conocida serie de *Los crímenes de la Comuna* del fotógrafo Eugène Appert, buen combustible para la represión subsiguiente de los *communards* de 1871.

Volviendo a la invasión alemana de Bélgica en agosto de 1914, con la consiguiente violación de la neutralidad del país, el suceso se convirtió en un privilegiado campo de lucha propagandística en forma de noticias, informes, reportajes gráficos y novelas. El tema de las "atrocidades" cometidas por los soldados alemanes con la población civil belga adquirió quizá su imagen más famosa con los casos de amputación de manos de niños, epítome máximo de la crueldad, pero la propaganda alemana contraatacó a su vez con episodios de soldados asesinados por presuntos francotiradores y linchados y mutilados por la población civil. En todos esos casos, la propaganda pública y privada no hizo sino dar eco, amplificar y, hasta cierto punto, exagerar escenas de pánico y psicosis colectiva que, a menudo, operaban sobre sustratos anteriores de miedos y estereotipos colectivos. Para un autor como John Horne, el caso concreto de las "atrocidades" alemanas y su éxito de difusión significó "la

reaparición de lo irracional como respuesta a la experiencia directa o indirecta de la guerra moderna".

Ahora bien, estudiosos como el propio Horne y Alan Kramer han rastreado, tanto en los diarios de guerra de los propios soldados como en las denuncias de los aliados a partir de los relatos de las víctimas amplificados por la propaganda, la realidad incontestable de la invasión alemana. Esa realidad se caracterizó de manera innegable por ejecuciones sumarias y asesinatos de civiles —cerca de 6.000 en pocos meses—, utilización de población combatiente como "escudos humanos", aldeas e iglesias incendiadas, violaciones y saqueos masivos a cargo de las tropas alemanas. Especialmente ilustrativas resultaron las reacciones de los altos mandos militares a tales acusaciones públicas. En no pocos casos los justificaron como reacciones lógicas ante "traicioneras" formas de guerra, citando al respecto la figura fantasiosa y estereotipada de los "francotiradores", cuando en realidad la resistencia armada opuesta por la población civil fue harto escasa. Los códigos "caballerescos" del estamento militar prusiano no parecían funcionar con los civiles, calificados en ocasiones de *canaille* a exterminar. Una instrucción del Ministerio de la Guerra de agosto de 1914, adelantada el día 14 por el jefe de Estado Mayor, Moltke *el Joven* —sobrino de *el Viejo*—, había dispuesto que cualquier persona que ofreciera resistencia y que no perteneciera de manera incuestionable a las fuerzas armadas, fuera fusilada sin consejo de guerra previo. Las represalias anunciadas de manera oficial incluían también la quema indiscriminada de las ciudades o villas desde las que se disparase contra las tropas alemanas, medidas que el propio Moltke reconoció que serían "extraordinariamente duras" y que, bajo determinadas circunstancias, afectarían a población inocente. Lo que los informes de denuncias franceses denunciaron como "atrocidades" no fueron, para los portavoces militares alemanes que se defendieron de las mismas, sino medidas tan necesarias como legítimas. Recordemos que todo ello se producía en el escenario de un país neutral que había sido invadido por una cuestión de "necesidad militar".

¿Y las manos cortadas de los niños belgas? El escritor Robert Graves, movilizado por el Ejército británico, reconoció en sus memorias que, al

poco tiempo de su llegada al frente, tanto él como sus camaradas habían dejado de creer en los informes propagandísticos sobre las atrocidades de la guerra, que calificaba de "ridículos": "La población civil de Francia y Bélgica había tratado a menudo ganarse nuestra simpatía al exhibir mutilaciones de niños —muñones de manos y pies, por ejemplo—, presentándonoslas como atrocidades deliberadas y diabólicas, cuando lo más probable es que fueran consecuencia de los bombardeos".

Y, sin embargo, al margen de un uso deliberadamente propagandístico, que bien hubiera podido producirse en un principio, la pregunta orbita en torno al clima de psicosis y credulidad colectiva que generó aquellas leyendas, las de soldados alemanes amputando a propósito manos y pies de niños. Horne propuso rastrear los estereotipos de las culturas populares europeas a la hora de explicar el componente "legendario" de tales fabulaciones y, para ello, recurrió al recuerdo dejado en la memoria colectiva por Jack *el Destripador* y Joseph Vacher en Inglaterra y Francia, respectivamente. La referencia más cercana y más probable, sin embargo, asociada estrechamente a la nación belga y a su anterior monarca, ¿no debería ser la de las manos cortadas de los niños negros del Estado Libre del Congo de Leopoldo II, cuyas fotografías habían dado la vuelta al mundo? Si ese fuera el caso, la imagen de los horrores africanos, perfectamente reales, habría emprendido el camino de vuelta a la metrópoli para nutrir las pesadillas de los ciudadanos de la nación imperial, a manera de línea transversal que recorriera, comunicándolos, la conciencia y el inconsciente humanos. La hipótesis vendría a ser la misma que la de la película de Michael Haneke, *Caché* (2005): la antigua pesadilla colonial alojada en las almas de los ciudadanos de la metrópoli y manifestada en neurosis, alucinaciones y pánicos colectivos, como los de la población belga ante las atrocidades alemanas.

2. PIETÀ KOLLWITZ

Los cementerios militares, que empezaron a desarrollarse de manera masiva ya durante el conflicto, nos dan la pauta de la imagen mítica de la guerra heroica, de sentido trascendente —redentor— para el individuo-

nación. El proceso se prolongó una vez finalizada la guerra, a manera de recordatorio constante, con pretensiones de eterno. No por casualidad los fundamentos de la guerra, su justificación y su sentido, así como su naturalización e incorporación a la vida cotidiana de los ciudadanos, se asientan sobre todo durante los periodos de paz. En los cementerios militares encontramos aquella simbología tan cara al culto de la masculinidad juvenil y heroica del soldado caído, sacrificado en el altar —casi siempre religioso— de la patria. Los ejemplos son numerosos: desde los Monolitos del Recuerdo, con los nombres de los caídos inscritos, y las Cruces del Sacrificio británicas —con la espada dentro de la cruz— hasta los llamados *Totenburger*, las "fortalezas de los muertos" alemanas, como la capilla del cementerio de Langemarck, tipo mastaba egipcia. Lo mismo, y con mayor razón, podría decirse de los monumentos de recuerdo y homenaje al "soldado desconocido" —las primeras iniciativas británicas, francesas e italianas datan de 1920—, como el Cenotafio de Londres —sin el cadáver de su soldado desconocido, enterrado en la abadía de Westminster— o la *Neue Wache* —Nueva Guardia— de Berlín, que sería inaugurada en 1931.

Asociados a dichos monumentos, proliferaron asimismo los frisos o esculturas que representaban a juveniles soldados caídos, a veces desnudos, de factura clásica, sobre todo en Italia. Contrastando con aquellos símbolos de una masculinidad violenta y heroica, tan propios del mito encubridor de la experiencia de guerra, merece la pena mencionar obras tan excepcionales como la de la artista alemana Käthe Kolwitz (1867-1945), buena conocedora de los efectos de la guerra. Fue, de hecho, la muerte de su hijo Peter en el frente belga, en octubre de 1914, lo que la vacunó contra toda lectura complaciente de los conflictos armados. No de manera inmediata, sino a partir de 1918, Kollwitz se propuso desmitificar no ya la guerra heroica de los hombres, sino la figura asimismo heroica, épica, de la madre que sacrifica a sus hijos a la patria. Muestra inmejorable de esa mirada suya es la reproducción de la *Madre con su hijo muerto* (1937) que ocupa desde 1993 el lugar central de la *Neue Wache* de Berlín. La llamada *Pietà Kollwitz* abraza y envuelve a su hijo —al que parece dar a luz de nuevo, cadáver adulto encogido entre

sus piernas— como madre doliente, pero a la vez reflexiva y contrita por haberlo dejado marchar a la guerra. Otra obra suya, *Los padres* (1932), instalada actualmente en el cementerio militar belga de Vladso, ahuyenta asimismo toda lectura heroica o trascendente del estéril sacrificio de una vida valiosa. Ambos padres, separados y envuelto cada uno en una burbuja de soledad, penan de rodillas ante la tumba del hijo.

En 1914, Köllwitz no compartía seguramente el entusiasmo bélico del verano descrito por Zweig, pero aceptó resignada que su hijo menor Peter se presentara voluntario al frente porque, según sus palabras, "había la convicción de que Alemania estaba en su derecho y tenía el derecho a defenderse". Tanto para alemanes como para británicos, y tanto para franceses como para serbios, rusos y turcos, aquella fue una "guerra justa". Lo fue incluso para un nacionalista irlandés como Roger Casement, el valiente diplomático que había denunciado las atrocidades ocurridas en el Congo y que, en 1916, enfrentado al Imperio colonial británico, buscó y consiguió el apoyo alemán a su "causa justa" —de signo independentista—, para terminar siendo condenado y ejecutado por ello. No olvidemos que hasta un autor tan opuesto a los Estados "burgueses" y sus ejércitos como el anarquista Piotr Kropotkin, denunciador del militarismo alemán desde hacía décadas, defendió la toma de partido por los aliados y el cierre de filas en torno a los respectivos Gobiernos. De hecho, quedó en minoría frente a la postura del mundo libertario opuesta a la participación en la guerra, representada por figuras como Errico Malatesta o Emma Goldman, entre otras.

Si Käthe Köllwitz, tras la muerte de Peter en el frente, no renunció en un primer momento a la idea de seguir apoyando aquella guerra "defensiva" que se estaba cobrando tantas vidas, fue por respeto al ideal del hijo: resignarse a la inutilidad y absurdo de su muerte habría sido como traicionar sus ideales. Para 1916, sin embargo, aquella precaria fe había flaqueado:

> Siempre será verdad que la vida debe subordinarse al servicio de un ideal. Pero, en este caso, ¿a dónde nos ha llevado ese principio? Peter, Erich, Richard, todos ellos subordinaron sus vidas a la idea de patriotismo. Los jóvenes ingleses, rusos y franceses han hecho lo mismo. La consecuencia ha sido esta terrible matanza y el

empobrecimiento de Europa.

Poco antes del fin de la guerra, el resignado convencimiento de la inutilidad de la muerte de Peter terminó *pariéndola* como irreductible pacifista. La paz más injusta era preferible a la continuación de la carnicería. Ni una sola muerte más: ese fue el grito de protesta que escribió en su diario en octubre de 1918, en respuesta al llamamiento del poeta Dehmel a continuar combatiendo. Recurrió para ello a una cita de su admirado Goethe, con la que en 1941 titularía uno de sus más famosos y bellos grabados: "Las simientes no deben molerse".

3. MUJERES POR LA PAZ

En abril de 1915 tuvo lugar, en el gran salón del Jardín Botánico de La Haya, una conferencia internacional de paz que, si bien modesta en comparación con las anteriores de 1899 y 1907, tuvo una significación singular. La convocaron exclusivamente mujeres, las mismas que no habían participado en las decisiones de la guerra, que no ostentaban ningún alto cargo político o militar, que no combatían, que ni siquiera —la inmensa mayoría— votaban en aquellos países donde se celebraban elecciones y que, por tanto, no eran aún ciudadanas de pleno derecho. Procedían del movimiento sufragista, que llevaba años articulándose internacionalmente, pero no estaban todas. El movimiento se había escindido con ocasión de la guerra, en un reflejo de lo que había ocurrido con el movimiento internacionalista socialdemócrata y también con el anarquista, como habíamos visto en el caso de Kropotkin.

A pesar de la restricción de movimientos existente, 1.136 mujeres delegadas de una docena de países lograron reunirse en la neutral Holanda. Si la delegación británica de una veintena de mujeres de la National Union of Women's Suffrage Societies no pudo finalmente embarcar, fue por la repentina prohibición de navegación en el mar del Norte impuesta por el Almirantazgo. Simultáneamente, las sufragistas alemanas eran detenidas en la frontera, aunque 28 consiguieron finalmente atravesarla, entre ellas la primera mujer jueza, Anita Augspurg. Las 47 delegadas de Estados Unidos arriesgaron la vida para

cruzar el Atlántico en plena guerra, con la activista y futura premio nobel de la paz, Jane Addams, entre ellas. Las francesas, estigmatizadas como antipatriotas, no pudieron alcanzar La Haya, como tampoco lo lograron las rusas.

La historiadora Carmen Magallón ha destacado de esta reunión su importancia simbólica. Todas aquellas mujeres, que partían de una vinculación estrecha entre feminismo y antimilitarismo, enraizada en la teoría de las dos esferas —el sexo femenino, "débil y amante de la paz", vinculado a la esfera de los afectos, frente al sexo racional y agresivo—, inventaron un nuevo paradigma por lo que se refería a las guerras y a los ejércitos. De alguna manera, la situación de "encasillamiento" victoriano de la que partían las dotó, paradójicamente, de capacidad de agencia, o dicho de otra manera: las feministas europeas idearon una estrategia de empoderamiento sirviéndose de la misma teoría que las había marginado. Como sexo "amante de la paz" por excelencia, se consideraron obligadas a salir a la palestra pública para defender públicamente su oposición a la guerra. Si las anteriores conferencias de paz —esencialmente masculinas — habían pretendido "humanizar" la guerra por medio de sus vanos intentos de reglamentación, lo que equivalía a aceptar el axioma de su existencia, las mujeres de La Haya impugnaron directamente el paradigma: había que abolir la guerra.

Ya en la conferencia inaugural, las feministas opusieron a la tradicional lógica de la guerra, de tipo racional-capitalista, otra muy diferente. En palabras de la médica holandesa Aletta Jacobs:

> Nosotras, las mujeres, juzgamos la guerra de forma diferente a los hombres. Estos consideran, en primer lugar, los resultados económicos, el coste monetario, las pérdidas y ganancias en el comercio nacional o la industria, la expansión del poder […] Nosotras, las mujeres, consideramos ante todo el daño a la raza que provoca la guerra, la aflicción, el dolor y la miseria que engendra.

En la segunda resolución de las 20 aprobadas en el texto final, las delegadas protestaron contra "la locura y el horror de la guerra", remarcando además los "sufrimientos específicos de las mujeres", incluidas las violaciones. Andando al tiempo correría la tinta sobre la violación de las mujeres "como arma de guerra", pero fue en 1915

cuando, por primera vez, se denunció públicamente esta práctica a raíz de lo ocurrido, por ejemplo, con la población civil belga, más allá de las "atrocidades búlgaras" y otras tantas utilizadas tradicionalmente en los discursos patriarcales para justificar las intervenciones armadas. Y es que las mujeres, aunque no les fuera permitido combatir, sufrían igualmente y de manera sistemática, a través de prácticas concretas, los conflictos armados: una perogrullada que lamentablemente era necesario denunciar en voz alta.

La tercera resolución revistió un especial interés como argumento desmontador de la teoría de la causa o guerra justa, esgrimida por cada Gobierno contendiente. Las mujeres expresaron su simpatía con

> el sufrimiento de todos y puesto que las gentes de cualquiera de los países hoy en guerra piensan que lo hacen, no como agresores, sino en defensa propia y de su existencia nacional, no puede haber diferencias irreconciliables entre ellos; de modo que sus ideales comunes proporcionan una base sobre la que puede construirse una paz magnánima y honorable.

Si todos los contendientes alegaban luchar en defensa propia —la *ultima ratio* justificadora de la guerra— y todos se presentaban y percibían como defensores y no como agresores, no tenía sentido continuar la lucha y se imponía el diálogo y arreglo de las diferencias, una iniciativa que debían protagonizar en primer término las naciones neutrales como Holanda. Otras lúcidas resoluciones fueron la octava y la novena. La octava reconocía otra verdad de Perogrullo, todavía hoy de máxima actualidad: si la guerra, en general, no era "provocada por la masa del pueblo, que no la desea, sino por grupos que representan intereses particulares", la solución no era otra que el "control democrático" sobre las decisiones de política exterior, algo que pasaba tanto por la democratización de los Estados como por la abolición de la diplomacia secreta y su monopolio por determinadas elites gobernantes. La novena, en fin, tampoco se quedaba atrás, y vinculaba sufragismo, esto es, avances en los derechos políticos de las mujeres, con democracia y pacifismo. Dado que:

> La influencia combinada de mujeres de todos los países es una de las fuerzas más potentes para prevenir la guerra, y puesto que las mujeres solo podrán tener plena

responsabilidad y una influencia efectiva cuando tengan iguales derechos políticos que los hombres, este Congreso Internacional de Mujeres reclama su derecho al voto.

La convocatoria de una conferencia de países neutrales como primera solución para desactivar la guerra, demanda que presentaron las diversas delegaciones nacionales de mujeres a sus respectivos Gobiernos, una vez finalizada la Conferencia de La Haya, a través de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, fundada en 1915, no sería finalmente atendida. El propio movimiento sufragista se dividió. La señora Fawcett, líder de la británica National Union of Women's Suffrage Societies, la asociación de tendencia moderada fundada en 1902, se había opuesto incluso a la celebración de la conferencia. A su vez, feministas tan señaladas como las *suffragettes* Emmeline Pankhurst y su hija mayor Christabel, de la Women's Social and Political Union, se sumaron a la propaganda patriótica oficial colaborando en la campaña de la Orden de las Plumas Blancas, diseñada por el almirante Fitzgerald para avergonzar a los varones que se mostraban reacios a cumplir con el servicio militar obligatorio impuesto en 1916.

Como botón de muestra de la ruptura del movimiento sufragista en Gran Bretaña, Sylvia, la hija menor de Emmeline, la feminista socialista del deprimido East End londinense, fue una de las principales defensoras de la corriente antimilitarista británica, absolutamente minoritaria. Para Sylvia, el militarismo era una potente "arma de opresión en las manos de los poderosos y, por extensión, una forma de patriarcado que entrañaba el sometimiento de las mujeres". No estaba sola. Otras *suffragettes* como Mary Sargant Florence tenían muy clara la estrecha asociación entre militarismo y patriarcado: no por casualidad, en 1915 publicó, de forma anónima, un panfleto titulado *Militarism versus feminism.*

4. MADRES Y MADRINAS DE GUERRA

La Gran Guerra supuso una suerte de renegociación más o menos brusca de los roles sociosexuales en un momento de redefinición de los conceptos de ciudadanía y nación, con la mayoría del movimiento sufragista haciendo profesión de fe patriótica con la esperanza de su

integración completa como ciudadanas de pleno derecho. Es verdad que las mujeres accedieron a gran cantidad de empleos remunerados anteriormente reservados para varones, pero también lo es que, de manera simultánea, la propaganda reforzó su rol tradicional de feminidad doméstica canalizándolo hacia el esfuerzo nacional de guerra. En este sentido, los aparatos de propaganda ejercieron un enorme efecto amplificador de su "causa justa" a partir de la instrumentalización de las madres de los soldados enviados al frente.

El escritor Robert Graves, movilizado en la guerra, fue muy crítico con el discurso patriótico. Repatriado en el verano de 1916 a consecuencia de sus heridas, se encontró con una Inglaterra extraña, incapaz de comprender "la histeria bélica que se extendía enloquecidamente por todo el país. Los civiles hablaban un lenguaje que nos resultaba ajeno; era el lenguaje de los diarios". Graves citaba como ilustración una carta anónima —firmada por una "pequeña madre"— publicada en el diario conservador *The Morning Post* y dirigida a los "pacifistas", a los "afligidos" y a las "trincheras", con fecha de 14 de agosto. La carta alcanzó un éxito enorme, tanto que terminó siendo editada en forma de folleto, con una presentación a cargo de la reina. Se trataba de la respuesta a la carta de un soldado que previamente había sido publicada en el mismo diario, Tommy Atkins. La "pequeña madre" de un hijo único que había sido movilizado afirmaba, en nombre de todas las mujeres de la patria, que no tolerarían

> el grito de "¡Paz! ¡Paz!" donde no hay paz. El maíz que saludará la tierra regada por la sangre de nuestros bravos muchachos testimoniará al futuro que su sangre no habría sido derramada en vano […]. Ellos han hecho su parte, y nosotras, como mujeres, haremos la nuestra sin murmurar y sin queja alguna […]. Nosotras, las mujeres, legamos la munición humana de nuestros "hijos únicos" para colmar los vacíos [de los muertos].

La maternidad privada se volvió, pues, patriótica a través de la aceptación —entusiasta en este caso— del sacrificio y, de una manera efectiva, por medio de la gran movilización de enfermeras y cuidadoras en el espacio público, importantísima para el esfuerzo nacional de guerra. Otra movilización, esta de importancia más bien simbólica pero no menos eficaz, tuvo que ver con la figura de la "madrina de guerra", un modelo

presente en todos los bandos del conflicto. La historiadora Elena Hernández Sandoica se ha referido a esa figura de la madre-ciudadana o patriota de larguísima proyección y aliento, ejemplificada en las primeras *marraines* o "madrinas de guerra" francesas de 1915. El ejemplo no tardó en irradiarse. Pasada sobradamente la sesentena, la gran escritora española Rosario de Acuña —aliadófila— se sumó a aquel primer contingente de madrinas de guerra que apoyaron con cartas y otras atenciones a los soldados españoles voluntarios en Francia. Fue esta, por cierto, una actividad que conocería un gran desarrollo durante la guerra civil de 1936-1939 por parte de los dos bandos enfrentados.

5. MASCULINIDADES NO GUERRERAS

Dado que el sistema sexo-género es relacional, era de suponer que semejante cambio en los roles femeninos operaría asimismo en los masculinos. Habíamos visto a las *suffragettes* encabezadas por Emmeline Pankhurst asaltando en plena calle a los varones reacios a cumplir con sus deberes militares para endosarles una pluma blanca y estigmatizarlos públicamente como cobardes. La escena nos pinta aquí a las dos figuras: la mujer-madre-patriota, presta a apoyar el esfuerzo nacional de guerra, y el varón débil y temeroso, indigno de su condición natural de ciudadano, pintado con los trazos del decadentismo y el afeminamiento. El modelo de masculinidad heroica y viril, sacrificada y redentora, normativizó comportamientos y actitudes. Los que no se amoldaron fueron tachados de "decadentes" o "afeminados", además de malos ciudadanos o antipatriotas. Ese fue precisamente el destino de los primeros objetores de conciencia y pacifistas británicos, que hubieron de soportar las pullas y la animadversión de buena parte del país.

Robert Graves mencionó en sus memorias el conocimiento que tuvo, tras su repatriación en 1916, del heterogéneo grupo de "pacifistas" que solían reunirse en la residencia rural del matrimonio formado por los aristócratas Philip y Ottoline Morrell, amigos a su vez de los escritores Sigfried Sassoon y Wilfred Owen. Se contaban entre ellos los primeros objetores de conciencia: el crítico de arte Clive Bell —que había estado

casado con Vanessa Stephen, hermana de Virginia Woolf— y el escritor declaradamente homosexual Lytton Strachey, ya citado al comienzo de este libro, que en marzo de 1916 terminaría compareciendo ante un consejo de guerra, todos ellos miembros del círculo de Bloomsbury. El filósofo y matemático Bertrand Russell frecuentaba asimismo aquel grupo en tanto que decidido pacifista. En su conjunto, todos ellos representaban un estilo de vida original y crítico con la sociedad biempensante, caracterizado por una mayor libertad sexual y de costumbres, para escándalo del tardío victorianismo de entonces.

Estos varones heterodoxos presentaban la cara visible y hasta cierto punto afortunada, gracias al círculo social al que pertenecían, de la denuncia y la oposición a la guerra. Cuestión diferente eran los soldados ya movilizados que optaban por desertar o los objetores sobrevenidos. Graves registró en sus memorias que las ejecuciones de soldados desertores en Francia solían ser frecuentes. No fueron pocos, por otra parte, los objetores de conciencia que, condenados a muerte en Francia, vieron conmutada su pena por años de trabajo forzado, mientras que otros sufrieron prisión en Inglaterra. Fueron los casos de Clifford Allen, futuro dirigente del Partido Laborista y presidente de la Hermandad de Objetores de Conciencia, o de Scott Duckers, disidente de esta, que publicaría sus memorias carcelarias en 1923.

El encarcelamiento de estos hombres fue recurrentemente denunciado en la prensa que les era favorable, mientras que la mayoritaria los tildaba de "seres cobardes y amedrentados" cuando no cuestionaba su "virilidad". En mayo de 1918, la joven Rose Allatini publicó una novela bajo el seudónimo de A. T. Fitzroy —*Despised and Rejected*— cuyo protagonista era un *musical man* —eufemismo para el varón gay— que se oponía a luchar en la guerra y que, por ello, era tachado de "anormal" y "pervertido". El editor del libro, Charles William Daniel, fue denunciado por la Ley de Defensa del Reino de 1914 y multado debido a que "perjudicaba el reclutamiento, entrenamiento y la disciplina de las personas de las fuerzas de Su Majestad". El juez, que calificó el texto de "moralmente insano y de lo más pernicioso", amonestó severamente al editor y mandó retirar y destruir las copias del libro que quedaban por

vender. Charles William Daniel, que ya antes había sido encarcelado —por negarse a pagar una multa— por la edición de un panfleto contra la guerra, era un defensor de las ideas pacifistas de raíz tolstoiana.

El filósofo Bertrand Russell, de la misma generación que Daniel, fue a parar también a la cárcel por la misma razón. Uno de sus escritos fue denunciado bajo la Ley de Defensa del Reino de 1914, con lo que fue multado y condenado a seis meses de prisión. *Bertie* se convirtió en la figura más popular entre los críticos a la guerra y a la institución militar en Gran Bretaña. No deja de resultar curioso que uno de los lógicos más importantes del siglo XX, fundador de la filosofía analítica, lanzara una crítica tan "racional" contra los anteriores intentos de "racionalizar" la guerra a través de las tímidas regulaciones de las dos conferencias de La Haya. En una fecha tan temprana como septiembre de 1914, escribió en un periódico laborista:

> El asunto de la guerra, como un juego fantasmal, está nominalmente sujeto a ciertas arbitrarias reglas. En ausencia de un árbitro, cada bando acusa al otro de la comisión de infracciones, que son denominadas "atrocidades". […]. Por lo demás, inevitablemente ocurre que cada bando incumple las reglas cuando hacerlo le reporta una ventaja militar.

En sus debates con los partidarios de la guerra, Russell se ocupó precisamente de poner al descubierto las contradicciones de sus argumentos haciendo uso de los razonamientos más exquisitamente lógicos. Fue eso lo que ocurrió con la discusión que mantuvo en prensa con un profesor de filosofía moral de Cambridge, su universidad, en febrero de 1915:

> El principal argumento del profesor Sorley es que, aunque no odiamos a los alemanes, no deberíamos procurar una reconciliación con ellos, dado que tienen la costumbre de asesinar a bayonetazos a niños en las trincheras. Si el profesor Sorley cree eso, me sorprende que no los odie; lo que no me sorprende es que ellos no nos odien a nosotros, si creemos tales cosas.

Y, refiriéndose al singular episodio de la "tregua" de la Nochebuena de 1914, en la que soldados alemanes, británicos y franceses abandonaron sus trincheras en manifestación de un auténtico espíritu navideño que sería severamente reprimido y castigado:

El profesor Sorley debe de haber leído los relatos de la tregua de Navidad, y de las grandes dificultades que tuvieron ambos bandos en compeler a los soldados para que cesaran de confraternizar. ¿De verdad piensa que nuestros soldados habrían estado tan dispuestos a hacer amistad con hombres que habían asesinado a niños a bayonetazos? Aparentemente tiene una opinión de la humanidad de nuestros soldados aún más baja que la mía.

Un siglo después, uno de aquellos episodios de confraternización, como el legendario partido de fútbol entre alemanes y británicos celebrado en Ypres (Bélgica) en la Nochebuena de 1914, sería homenajeado con un partido de la UEFA. Pero en su momento constituyó una grave insubordinación. Las "navidades de guerra" oficiales, bien reglamentadas por los cuerpos de capellanes castrenses de cada ejército, servían para inspirar los necesarios valores de sufrimiento en la lucha que había de conducir a la victoria.

Como adelantábamos más arriba, *Bertie* pasó seis meses en prisión inculpado por la Ley de Defensa del Reino, a raíz de uno de los panfletos editados por la Hermandad de Objetores de Conciencia, cuya autoría reconoció abiertamente. A manera de bucle, la organización de objetores editó a su vez un panfleto recogiendo el desarrollo del juicio del 5 de junio de 1916, los parlamentos de la acusación y la defensa del propio acusado. La joven que poco después se convertiría en su esposa, la feminista Dora Black, aportó en sus memorias una curiosa anécdota sobre dicho juicio, al que asistió como público, y que no fue recogida en acta oficial alguna. En su opinión, en realidad Russell fue a la cárcel por un chiste:

Mientras permanecíamos en la sala, el fiscal leyó las partes ofensivas del artículo: "Si la guerra continúa —había escrito Russell— las tropas norteamericanas ahora aquí serán utilizadas contra los huelguistas, un método al que están muy bien acostumbrados en su propio país. No digo que este pensamiento esté en la mente del Gobierno, creo que no hay pensamientos en su mente". En aquel momento sus simpatizantes en la sala prorrumpimos en una carcajada. "Silencio, silencio", dijeron los encargados del orden. "Lo leeré de nuevo, señoría", dijo el fiscal con la mayor pomposidad, y así lo hizo con énfasis renovado. Con lo cual, naturalmente, nos reímos mucho más.

Una vez más el humor, como en el caso de Lytton Strachey, adquiría un carácter subversivo, opuesto a la solemnidad de la institución militar y

del Estado. Para los militares, que no les tomaran en serio representaba la mayor ofensa.

6. VIRGINIA WOOLF Y LA GUERRA

Cerca de 20 años después, la escritora Virginia Woolf, miembro destacado del círculo de Bloomsbury y una de las protagonistas de la broma del acorazado Dreadnought de 1910, reflexionó en su famoso libro *Tres guineas* (1938) sobre las tres razones que conducían al combate al sexo masculino. Por un lado, la guerra era una profesión exclusiva de los varones; por otro, una "fuente de felicidad y excitación" y, finalmente, "un escape para las cualidades viriles, sin las cuales los hombres se echarían a perder". Lo que señalaba Woolf a continuación era que no todos los varones compartían aquellos sentimientos y actitudes. Ponía como ejemplo a uno de aquellos soldados muertos en la guerra europea, alguien cuyo modelo de masculinidad poco o nada tenía que ver con el tradicional y guerrero: el ya mencionado Wilfred Owen, considerado el mayor poeta de la Primera Guerra Mundial.

El poemario de Wilfred Owen *Dulce et decorum est*, que jugaba con el verso de Horacio —"Dulce y decoroso es morir por la patria"—, fue todo un alegato contra la guerra. Virginia Woolf citó en *Tres guineas* no sus poesías, editadas por su amigo Sigfried Sassoon, sino la carta que, estando convaleciente de sus heridas, remitió a su madre en mayo de 1917:

> Soy cada vez más cristiano conforme recorro los impíos caminos de la cristiandad. He entendido ya una luz que jamás se filtrará en el dogma de ninguna Iglesia nacional: concretamente uno de los mandamientos esenciales de Cristo: ¡pasividad a cualquier precio! Sufre la deshonra y la vergüenza, pero nunca recurras a las armas. […] Deliberadamente los cristianos han *extirpado* algunas de las principales enseñanzas de su código.

El soldado y poeta Wilfred Owen había visto la verdadera cara de la guerra. Sus convicciones, iluminadas por la extraña lucidez que antecedía a la muerte, lo acercaban al anarquismo cristiano de Tolstói. Minoritario era efectivamente este modelo de masculinidad no guerrera, el de los

soldados arrepentidos y los objetores de conciencia, tal como reconocía la propia Virginia Woolf. Era un modelo que recordaba otro, en cierta forma, cercano: el modelo de feminidad que proponía la escritora en su libro al referirse a la actitud de las mujeres hacia la guerra. Según Woolf, "la hija o la hermana del hombre educado" —como era ella— debía adoptar una actitud de distanciamiento e "indiferencia" ante un mundo gobernado por varones y marcado por la violencia y la guerra: un mundo que no era el suyo, puesto que la marginaba cotidianamente, y del que, por tanto, se declaraba "extraña" (*outsider*):

> Tal, pues, será el carácter de su "indiferencia", y de esa indiferencia deben surgir ciertas acciones. Se comprometerá a no tomar parte en demostraciones patrióticas; a no asentir a ninguna forma de autoelogio nacional; a no formar parte de ninguna claque o auditorio que aliente a la guerra; a ausentarse de desfiles militares, torneos, revistas, reparto de premios y todas esas ceremonias que alientan el deseo de imponer "nuestra" civilización o "nuestro" dominio sobre otras gentes.

Esa indiferencia "activa" debería, una vez terminada la guerra, evitar la siguiente. Respondía así Virginia Woolf al corresponsal que le había preguntado qué debían hacer las mujeres como ella para evitar otra guerra, pregunta que había dado origen al libro:

> Que las hijas de los hombres educados no den a sus hermanos ni la pluma blanca de cobardía ni la pluma roja de la valentía; que no le den ninguna; que cierren con fuerza sus brillantes ojos a esa fuerte influencia, o que dejen que esos ojos miren a cualquier otra parte cuando se hable de guerra: ese es el deber en el que se adiestrarán las extrañas en la paz, antes de que la amenaza de la muerte haga inevitablemente impotente a la razón.

7. ¡GUERRA A LA GUERRA!

El mito de la experiencia de la guerra mundial se difundió precisamente en la paz, como un proyectil de efecto retardado. En este sentido, el tiempo de paz deviene fundamental para asentar la guerra pasada y preparar la siguiente. El culto fúnebre a los "soldados caídos" en cementerios militares y memoriales de guerra se desarrolló principalmente durante la etapa de entreguerras, con toda su política

memorial asociada, desde los monumentos a los soldados desconocidos hasta las placas memoriales, desde los nombres del espacio público hasta los días festivos del calendario. Eso por lo que se refiere al ámbito público, porque el mito acabó invadiendo la experiencia cotidiana más íntima a través de múltiples formas de trivialización y banalización. Fue este el momento de la popularización del juguete bélico —con el soldadito de plomo como exponente más antiguo—, pero también de las postales fotográficas y de los *souvenirs* de guerra, o de las primeras rutas "turísticas" por los campos de batalla. Hasta en sus detalles más anecdóticos y aparentemente intrascendentes —y hasta irreverentes—, lo bélico se infiltró en los hogares y en los hábitos de los ciudadanos de todas las clases. Todo ello contribuyó a encubrir la verdadera realidad de la guerra, dado que ninguna de aquellas representaciones era "realista": más bien la adornaban hasta el punto de convertirla en algo bello, admirable, atractivo, entretenido y hasta divertido.

Pero la realidad, como efecto opuesto al del mito de la experiencia de guerra, se negaba a esconderse. Todos los días se manifestaba, por ejemplo, en la gran cantidad de varones tullidos y desfigurados que recorrían las ciudades viviendo de la caridad pública. Ese fue, precisamente, uno de los temas preferidos del pintor expresionista Otto Dix, también él veterano de guerra. Dix nos dejó, aparte de grabados y pinturas como *Los lisiados de guerra* o *El vendedor de cerillas,* un óleo tan espectacular como *Guerra,* el enorme tríptico pintado en 1932 según el modelo renacentista del *Retablo de Isenheim*, de Mattias Grunewald. Algo anterior fue su óleo *La trinchera*, que conoció un destino singular. Adquirido en 1923 por un museo de la ciudad de Colonia, su alcalde de entonces, que no era otro que el político del partido católico —Zentrum — Konrad Adenauer, no tardó en mandar retirarlo. La "realidad" de la guerra —el crudo detalle de las trincheras, el gas mostaza, los cadáveres — molestaba en tiempo de paz.

La imagen cotidiana de los veteranos de guerra lisiados pidiendo limosna en las calles no hablaba nada bien de los Estados nación que los habían utilizado. En los últimos años ha suscitado una cierta atención — informativa, histórica, artística incluso— el caso de las *gueules cassées* —

bocas o "picos" cascados, rotos—: los miles de soldados de rostros desfigurados por la metralla y el gas. Las cifras hablan de un mínimo de más de 10.000 de un total de medio millón de mutilados solamente en Francia. No era extraño que, avergonzados, aquellos hombres buscaran ocultarse en lo oscuro. No fueron pocos los que se emplearon como operadores de cámara en las primeras salas de cine, buscando como refugio el lugar antitético de aquel que resultaba más visible: la pantalla. Siguiendo con las metáforas, tampoco resulta casual que fuera una mujer, la escultora Ana Coleman Watts Ladd, la fundadora del taller de máscaras-retrato para soldados mutilados de la Cruz Roja estadounidense, quien proporcionara elaboradas "caras de hojalata" a miles de desfigurados. Un metraje de 1918 la mostró probando y pintando máscaras para varios soldados, ayudada por el artista Francis Derwent Wood, pionero en esta clase de técnica con cobre galvanizado de un espesor mínimo. Una mujer, tradicionalmente asociada al mundo de los cuidados, intentando reparar los "desastres" de una guerra provocada por hombres.

Ante esta gigantesca operación de escamoteo de la verdadera realidad de la guerra, Ernst Friedrich, antiguo objetor de conciencia alemán, socialista adscrito al movimiento espartaquista y después al anarquista, publicó en 1924 un libro-catálogo fotográfico con el fin de ponerla al descubierto: *¡Guerra a la guerra!* Su objetivo era oponer la imagen fotográfica embellecida y edulcorada de la guerra a la real. A un lado, vistosos uniformes y desfiles; al otro, cadáveres y hombres mutilados. Al año siguiente, con todo aquel material recogido, fundó el primer museo contra la guerra, Anti-Kriegs-Museum, en Berlín. Bajo el régimen nazi, el museo sufrió múltiples ataques por las tropas de asalto hasta que Friedrich se vio obligado a cerrarlo. Él mismo fue detenido en 1933 y, poco después, ya destruido el museo, el local fue incautado y convertido en cuartel.

8. EL 'IRRACIONALISMO' Y LA BRUTALIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Pero ¿qué se había apoderado del ánimo de los ciudadanos europeos, muy

especialmente de los alemanes, durante aquellos años de entreguerras? Después del gran conflicto armado de 1914, la guerra y la violencia se habían "naturalizado" —y trivializado— de algún modo entre la población europea y occidental. El umbral de resistencia a la violencia de sus ciudadanos había subido, eso era innegable; no dejó de subir, de hecho, hasta 1939, a uno u otro lado del Atlántico. Como ejemplo de lo último, podría citarse la violentísima represión del movimiento obrero estadounidense, con la "liquidación" de líderes de IWW (International World Workers) como Joe Hill, ejecutado en 1915 tras un juicio amañado, para no hablar de la extensión del Ku Klux Klan en los años veinte.

Por lo que se refiere a Europa, en el caldo de cultivo de una serie de razones socioeconómicas y políticas bien conocidas —los efectos de la crisis mundial de 1929, la inflación galopante, el deterioro enorme de las condiciones de vida—, se dio un proceso acelerado de "brutalización" de la política. Se impuso una nueva —o no tan nueva— actitud mental hacia el "enemigo" político tanto exterior como, sobre todo, interior, al que resultaba imperativo no ya vencer, sino aniquilar y extirpar del cuerpo social. El marco histórico-político general de esta actitud mental y cultural no fue otro que el éxito y difusión de un nacionalismo extremado, bien alimentado por los aparatos de propaganda de masas. Los nuevos movimientos fascistas italianos y alemanes constituyeron buena prueba de ello, junto con la emergencia de movimientos más tradicionales de impronta militar y religiosa, como el húngaro, el polaco, el austriaco o el español.

La brutalización de la política en el periodo de entreguerras podría explicarse, en términos culturales, por varios factores que habrían actuado con efecto más o menos retardado. Uno de ellos fue el choque que supuso para las conciencias europeas el propio impacto de la guerra mundial, que en la práctica había significado el mentís más explícito al binomio progreso técnico-progreso moral del primer impulso ilustrado. Ciertamente, el "sueño" —como aspiración— de la razón en su variante técnico-instrumental había producido monstruos, entre ellos más de diez millones de muertos y centenares de miles de mutilados. El gran desarrollo industrial experimentado por Occidente a partir de los años

setenta y ochenta del siglo anterior había culminado en grandes invenciones de matar: desde los primeros tanques, estrenados en 1916, hasta las nuevas armas químicas como la iperita o gas mostaza.

Un segundo factor entreverado con el impacto de la guerra tendría que ver con ese "malestar en la cultura" diagnosticado en las nuevas sociedades de masas por Sigmund Freud en su famoso texto de 1930. El psiquiatra vienés terminó identificando, junto a la pulsión psíquica de Eros, de origen sexual y sublimación amorosa o de fin inhibido, otra de signo diametralmente opuesto: la de Tánatos, la pulsión de la muerte y la destrucción, propia y ajena. Los años de entreguerras fueron precisamente los de la gran popularización de la teoría freudiana, de los primeros estudios de psicología de masas y de la moda del "irracionalismo". Fue el teórico Siegfried Kracauer quien, en su estudio sobre la correspondencia de los estratos más profundos del "alma" alemana y el cine como nuevo espectáculo de masas durante el primer tercio del XX, identificó toda una corriente de películas que abordaban el tema del "yo" o la personalidad dividida, con oscuras tendencias de carácter más bien siniestro en su seno. Filmes como *El estudiante de Praga* y *El otro*, de 1913; *El Golem*, de 1915, y *Homunculus*, de 1916, ya habían marcado esta tendencia, que tendría continuación con las famosísimas *El gabinete del doctor Caligari* (1920) y *Doctor Mabuse* (1922). No por casualidad, el folleto de publicidad de *Doctor Mabuse* rezaba así: "La humanidad, después de años de angustia, se venga entregándose a pasiones elementales", relacionadas en todo momento con el poder.

Las versiones popularizadas de las obras de Freud y de Nietzsche parecían acechar al fondo de aquel "irracionalismo" impugnador de la racionalidad tradicional. Friedrich Nietzsche fue otro autor absolutamente de moda en ese tiempo, lectura obligada para cualquier joven culto de aquellos años ya desde finales del siglo anterior y reclamado por una enorme diversidad de movimientos, desde el anarquismo hasta el expresionismo o el futurismo, pasando por el nacionalsocialismo. Su magnetismo radicaba principalmente en su denuncia de la civilización occidental y en la reivindicación de la dimensión extática e irracional del

individuo. Una vez más, lo relevante no es tanto el autor como el motivo del enorme éxito que disfrutó durante aquel tiempo, el estado de ánimo generalizado que lo hizo posible, lo que buscaban y querían ver en él tantos jóvenes educados de su época. El tercer factor de la "brutalización" de la política de entreguerras podría ser, entonces, ese generalizado clima cultural del "irracionalismo" en sus múltiples caras —atención al inconsciente, exaltación de los instintos— que caracterizó aquella época, dentro de un marco general socioeconómico generador de miedos e inseguridades constantes.

A lo largo del periodo de entreguerras, el "irracionalismo" y la guerra parecieron compartir de manera inconsciente una relación ciertamente estrecha. El asunto venía de antes. Es conocida la famosa frase de Marinetti, en su manifiesto de 1909: "Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas por las que se muere y el desprecio a la mujer".

Todos los elementos estaban ya aquí, incluido el sesgo misógino, tan de Nietzsche, para quien, según dejó escrito en *Ecce homo* (1888), "la mujer emancipada encarnaba el odio instintivo de la mujer *mal constituida,* es decir, incapaz de procrear, contra la mujer bien constituida". Como veremos más adelante, esa misoginia de raíz tradicional venía incorporada de por sí a los nuevos discursos "modernos" exaltadores de la irracionalidad y el instinto. Lo que cambió en este discurso de la época de entreguerras, respecto de sus primeras formulaciones a finales del XIX y principios del XX, fue su popularización en la nueva sociedad de masas tras la traumática experiencia de la Gran Guerra y, muy especialmente, en la generación demasiado joven para ser movilizada que sí llegó a vivir sus consecuencias. El socialdemócrata austriaco —después comunista— Ernst Fischer tenía en 1931 plena conciencia de pertenecer a una "generación de la guerra" separada por un abismo del mundo prebélico con sus pasadas seguridades: "Lo que hoy siente la juventud clara o borrosamente es la repugnancia por lo razonable, por lo científico, por el optimismo del progreso del siglo XIX. Lo que hoy presenciamos es una increíble *rebelión contra el racionalismo*".

Otro autor tremendamente popular, Oswald Spengler, contribuyó a minar el optimismo del progreso del siglo XIX, con su distinción entre "cultura" y "civilización", en su famosa obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922). Si la "civilización" era el destino de toda cultura en tanto que "secuencia lógica, plenitud y término" de esta, la "civilización occidental", hiperdesarrollada y fundamentada sobre el dinero, la del "hombre cerebral de las grandes urbes", avanzaba de manera natural e inevitable hacia su final. Ese final estaba marcado por la emergencia de los "hombres de cuño cesáreo" y de su poder personal, en una especie de cierre de ciclo y de retorno a lo primitivo, a la biología, a la supervivencia e imperio del "más apto", en un eco de Spencer: "Los poderes de la sangre, los impulsos primordiales de toda vida, la inquebrantable fuerza corporal, recobran su viejo señorío. Despunta pura e irresistible la raza. El éxito para el fuerte y el resto, botín".

Si los "poderes de la sangre" acabarán imponiéndose pocos años después en la "civilización" occidental, nos encontraremos entonces con la expresión culta y presuntamente científica de la "brutalización" de la política. La guerra y la rivalidad entre culturas y civilizaciones, como un estado de cosas hobbesiano a escala planetaria, constituían para Spengler una necesidad natural, un componente más de un desarrollo puramente biológico: simplemente ofrecían características diferentes según la fase en la que se encontraran. El espectáculo de este desarrollo "en su falta de finalidad, resulta sublime, un espectáculo sin objetivo y lleno de grandeza, como el curso de los astros, la rotación de la tierra, la alternancia de tierra y mar, de hielos y bosques. Podremos llorar o admirar; pero la realidad es esa".

La brutalización de la política se apoyó sobre esta naturalización de la guerra, que se reforzaría después del gran conflicto mundial a pesar de que sus nefastos efectos y consecuencias se hallaban a la vista de todos.

9. AL RESCATE DEL ESPÍRITU GUERRERO

En 1921 el filósofo español José Ortega y Gasset reflexionó, en su libro *España invertebrada*, sobre el carácter casi biológicamente natural de la

guerra: "La guerra fatiga, pero no extenúa: es una función natural del organismo humano, para la cual se halla este prevenido". Creando distancia frente al pacifismo liberal de Spencer, que asignaba un papel superior —más evolucionado— a las sociedades industriales frente a las guerreras, Ortega insistía en que la "ética industrial" era "moralmente inferior a la del guerrero". Precisamente uno de los males que identificaba en la España "invertebrada" de su tiempo era la decadencia del "espíritu guerrero":

> Medítese un poco sobre la cantidad de fervores, de altísimas virtudes, de genialidad, de vital energía que es preciso acumular para poner en pie un buen ejército. ¿Cómo negarse a ver en ello una de las creaciones más maravillosas de la espiritualidad humana? La fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual.

En 1921 estas palabras adquirían una especial resonancia a la luz de un acontecimiento ocurrido ese mismo año: el "desastre de Annual" de la campaña militar en África, que se saldó con cerca de 14.000 muertos, según un informe parlamentario de la época. La guerra mundial, ante la cual el reino de España se había mantenido neutral, no era la única referencia, ni tampoco la más cercana en el tiempo y el espacio, que tenía el filósofo a la hora de nutrir sus reflexiones.

Quien también reclamó ese "espíritu guerrero" como remedio de la España en crisis fue uno de los comandantes legionarios destacados en aquella campaña, un oficial que ya había empezado a despuntar: Francisco Franco Bahamonde. Lo que pretendió Franco con su libro *Marruecos. Diario de una bandera,* publicado al año siguiente del texto de Ortega y Gasset, fue precisamente reavivar ese espíritu empezando por el recuerdo y reivindicación de los "heroicos defensores" de Igueriben y demás "mártires" masacrados por los rebeldes rifeños en Annual. En su discurso nacionalista de corte tradicional, monárquico y permeado por lo religioso, era el heroico y maltrecho ejército destacado en África, abandonado por los políticos, quien estaba "haciendo la patria" y la estaba "rescatando". Todo esto a través de la curiosa óptica con la que se miraba a sí mismo y se retrató en el libro: según el historiador Paul Preston, una mezcla de romanticismo militar tipo *Beau Geste* —la novela del británico P. C. Wren, de 1924— y la actitud de fría insensibilidad que

desplegaba en el combate.

Si fueron las "derechas nacionalistas" europeas las que se consideraron herederas de la experiencia de guerra —la mundial— y las que empujaron de manera principal el proceso de brutalización de la política, el caso español encajaría bien en ese esquema, solo que referido a la larga guerra colonial africana, que dejaría una honda huella en la memoria del país. El mito de la experiencia de guerra en su versión española —"africanista"— se ilustra a la perfección en el discurso del comandante Franco de entonces. Según afirmaría en la famosa entrevista concedida al periodista Manuel Aznar en diciembre de 1938, cuando ya estaba próximo el final de la Guerra Civil, la campaña colonial había constituido la experiencia primordial, iniciática, del "rescate de la patria": "Mis años en África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas".

Una de las características ya reseñadas de dicho mito es su capacidad de proyección, a veces con efectos retardados, pero de largo aliento. La exégesis de *Diario de una bandera* que realizó Manuel Aznar en el prólogo de la edición de 1956, aporta importantes claves. Todavía a mediados de los cincuenta, Aznar insistía en la idea de que la "redención de la patria" había empezado paradójicamente en un suelo que no era el "patrio":

> Aquella no era tierra nuestra; mandaban allí los españoles en nombre de una ajena soberanía […] Éramos los hidalgos protectores de la minoría de edad política de un pueblo […]. Pero, al mismo tiempo, allá se rescataba España de pasados errores europeos y americanos; allá había de reanimarse la inextinguible llama del espíritu español…

Adornado por un paternalismo etnocentrista —el de la potencia occidental adjudicataria del Protectorado marroquí—, el discurso de la guerra se olvidaba de toda legitimación exterior de su causa para justificarse como instrumento de "autorrescate" de la nación española, de recuperación de una presunta esencia patriótica perdida en algún momento de la historia. El escenario era irrelevante: podía ser el

marroquí o cualquier otro. Para Aznar, en 1922 era necesario que los españoles volvieran a "confiar en las fuerzas del *espíritu*. Así se anuncia la nueva generación, que aspira a rescatar del país de los tremendos letargos de Cuba y Filipinas, y de otros más próximos a nosotros, como el de julio de 1921 [Annual]".

Una guerra siempre se justifica y apoya en una guerra anterior o, mejor dicho, toda lectura de guerra se apoya y se justifica en la lectura de una guerra anterior. El resultado es toda una genealogía militarista con una lógica histórica propia. Lo escribiría Walter Benjamin en 1940, en su *Tesis VII sobre la filosofía de la historia*: "Quien domina es siempre heredero de todos los vencedores". Las derrotas, por cierto, cuentan tanto como las victorias en los hitos militaristas, como se desprendía de las menciones a Cuba, Filipinas o Annual de la cita de Aznar. El periodista conservador, sin embargo, a la altura de 1956 hacía también recuento de las "victorias" conseguidas desde 1922, una vez recuperado el "espíritu patriótico" que supuso la derrota de los rebeldes rifeños acaudillados por Abd el-Krim. El escenario, para entonces, había cambiado: del suelo africano se había pasado al "suelo patrio":

> Ese es el ánimo que prevalecería 14 años después de la publicación del *Diario de una bandera* [1922], y por eso fueron posibles, en nuestra Guerra de Liberación, el paso del convoy entre Ceuta y Algeciras, la defensa del frente aragonés con escasísimos medios de combate, la liberación del Alcázar de Toledo, la defensa de Oviedo y de Huesca, las jornadas de Brunete, las de Teruel, la resistencia en Extremadura, la batalla del Ebro… ¡el triunfo que culminó el día primero de abril de 1939!

Un triunfo que culminó efectivamente con la destrucción del país, dado que se trató de una "victoria" sobre la propia nación.

10. PRÁCTICAS DE GUERRA BRUTALIZADA

Ocurre que este discurso guerrero se traducía en prácticas guerreras brutalizadas, si es que es posible "brutalizar" una guerra. Autores como Sebastian Balfour han estudiado la campaña española en África desde un punto de vista global, tendiendo comparaciones con otras guerras coloniales como las de Gran Bretaña, Francia o Italia, también ellas

"guerras totales" contra combatientes y población civil. La recuperación del "espíritu guerrero" que reclamaba el comandante Franco tras el desastre de Annual de 1921 pasó por un sentimiento de revancha y de odio que se tradujo en una serie de prácticas especialmente crueles, que tuvieron a la Legión o Tercio de Extranjeros, fundada en 1920 por José Millán-Astray, como epítome.

Debemos al periodista estadounidense David S. Woolman el primer estudio detallado sobre las primeras fases de implantación del Protectorado español en Marruecos, publicado en 1968. En un epígrafe dedicado a las atrocidades cometidas por españoles y rifeños, Woolman comentaba que los primeros podían llegar a ser más crueles que los rifeños cuando querían serlo:

> Por ejemplo, en septiembre de 1925, cuando las columnas que habían acudido en auxilio de Cudia Tahar desfilaron ante Primo de Rivera en Tetuán, el tan alabado Tercio paseó clavada en sus bayonetas una espantosa colección de miembros humanos mutilados —brazos cortados, ramilletes de orejas pinchadas todas juntas, corazones, etcétera—.

En algún caso quedó constancia documental de estas prácticas atroces de los soldados españoles contra los rifeños, como la famosa fotografía del libro que publicó el periodista Jacques Roger-Matthieu a partir de su entrevista con Abd el-Krim, en 1927. En ella aparecía un grupo de soldados españoles posando con cabezas cortadas de rebeldes. Se trataba de una imagen sin retocar, al contrario del —aparente— fotomontaje de una instantánea parecida publicada en 1924 en el libro *¡No a la guerra!* de Ernst Friedrich. Curiosamente, la fotografía —la auténtica— de Roger-Matthieu sería reproducida en plena guerra civil, a mediados de enero de 1938. Primero lo hizo el diario conservador italiano *Corriere della Sera* y después *Falange Española* de Sevilla, bajo el título de "monstruosidad roja", donde se aseguraba que se trataba de comunistas de las Brigadas Internacionales posando con cabezas de "patriotas" españoles. No valió de mucho que, a finales de ese mismo mes, *El Día Gráfico* de Valencia desenmascarara la maniobra, recordando el origen primero de la foto a partir de una información del diario comunista francés *L'Humanité*. Para rizar el rizo, el fotógrafo David Seymour —*Chim*

— recuperó la imagen, pero para adscribirla no a los cuerpos coloniales españoles de los años veinte, sino a los soldados franquistas durante la Guerra Civil.

Un nuevo ejemplo de la utilización propagandística de la misma imagen, perdido el pie de foto original —el fiel—, fue el del escritor Tomás Salvador, quien volvió a publicar la misma foto más de 20 años después del estallido de la guerra, adscribiéndola de nuevo a los comunistas españoles. Ello ocurría mientras las sucesivas reediciones de *Marruecos. Diario de una bandera* del entonces comandante Franco —desde la de 1939 hasta la de 1976— evitaban incluir algún episodio especialmente escabroso de los recogidos en la primera edición de 1922. Un ejemplo era la imagen del "pequeño Charlot", cornetín de órdenes, cuando apareció ante sus compañeros portando la "oreja de un moro como trofeo", en la que "no era la primera hazaña del joven legionario".

Estas prácticas brutales incorporaron, además, la no diferenciación de objetivos militares y civiles, y, de manera muy especial, el bombardeo con gases tóxicos —principalmente desde el aire— de poblados rifeños durante todo el periodo de 1921-1927, sobre todo de 1924 a 1926, ya bajo la dictadura de Primo de Rivera. Los efectos de aquellas armas químicas —gas mostaza de azufre o iperita, fosgeno, cloropreno— todavía son comprobables en los actuales descendientes de aquellas poblaciones del norte marroquí. Los ataques con ese tipo de armas durante la Primera Guerra Mundial habían provocado un clamor masivo de protesta que se tradujo en su prohibición en el Tratado de Versalles de 1919. No solo Alemania, sino los Estados signatarios —incluida la neutral España—, ilegalizaron la producción, la importación y el uso de armamento químico. Lo que no habían conseguido las dos conferencias de La Haya de 1899 y 1907, lo consiguieron los miles de víctimas mortales —entre medio millón y 1,3 millones— y los *gueules cassées* que vimos anteriormente.

Siguieron otros protocolos prohibitivos, como el Protocolo de Ginebra sobre Gases Tóxicos de 1925, que firmaron 26 Estados, entre los que se contaban Alemania, España e Italia. En cualquier caso, la aviación británica utilizó gases contra el Ejército rojo en apoyo de los blancos, en el verano de 1919, y ese mismo año bombardeó con fosgeno y gas mostaza

los poblados de las tribus de la frontera entre los actuales Pakistán y Afganistán. Al año siguiente, el elegido fue el territorio del actual Irak. Churchill, entonces secretario de Estado y Aviación, se declaró "totalmente a favor de usar gases venenosos contra tribus no civilizadas". El siguiente Estado que hizo uso de ese armamento fue España, seguido de Italia durante las campañas de Libia y Etiopía. Estos dos países mantuvieron siempre un gran secretismo respecto a esos ataques. Italia solamente los reconoció en una fecha tan tardía como 1996, mientras que España, a la altura de mayo de 2022, todavía se negaba a reconocer el crimen de lesa humanidad cometido.

El desastre de Annual (1921) fue la señal de salida para la producción de armas químicas con la colaboración alemana —de incógnito— en la Fábrica Alfonso XIII, ubicada en la finca de La Marañosa (San Martín de la Vega, Madrid), todavía existente como instituto tecnológico-militar. La guerra química "brutalizada" del Rif, que tanto recordaba otras aventuras coloniales anteriores igualmente opacas, como la del Estado Libre del Congo, se emboscaba en una especie de ángulo muerto de la historia, a salvo de convenciones "humanizadoras" de la guerra como la citada de Ginebra de 1925. El sesgo etnocéntrico funcionaba como doble rasero, mayormente contra el "moro" como "otro" cultural y tradicional "enemigo patrio". La casta de militares "africanistas" conservadores que se fogueó y destacó en esta guerra brutalizada —Millán-Astray, Franco, Cabanellas, Sanjurjo, Yagüe— fue ganando un peso especial en la política española a partir de su definitiva victoria sobre Abd el-Krim en 1927 con la fundamental colaboración francesa. Los unían muchas cosas, empezando por su ideología nacional-conservadora y tradicionalista, pero quizá la más importante de ellas fuera el mito de la experiencia de guerra de factura española y origen colonial que compartían. Como ha señalado Balfour, "su conjunto de mitos sobre la guerra colonial y el odio compartido hacia la izquierda fueron, al cabo, más importantes que sus divergencias políticas y profesionales. Cinco años después, la inmensa mayoría se uniría para derrocar a la República".

11. LA BRUTALIZACIÓN DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA

Antes del estallido de la guerra civil de 1936, sin embargo, la violencia de las prácticas brutalizadoras de la guerra colonial española se trasladó a la península. Historiadores como Eduardo González Calleja han estudiado esa suerte de violencia inusitada exportada al campo de la política convencional. La experiencia de combate de los cuerpos coloniales que, según Aznar, habían recuperado su "espíritu guerrero", sirvió para la represión de los diversos "enemigos" internos a finales de la dictadura primorriverista y durante toda la etapa republicana. No por casualidad destacados "africanistas" guerreros ocuparon altos cargos de responsabilidad de orden público tanto durante la transición de la monarquía a la República como durante esta última, sobre todo en su fase más conservadora. Eso para no hablar de la presencia de la oficialidad excedentaria de Marruecos —"meritorios" de África— en los cuerpos de policía republicana.

Es así como cabría interpretar prácticas represivas tan feroces como las matanzas realizadas por los cuerpos de la Guardia Civil y de Asalto en Arnedo (La Rioja) y Casas Viejas (Cádiz) en 1932 y 1933, o, de manera muy especial, la sangrienta intervención de las tropas regulares y legionarias mandadas por el coronel Yagüe —africanista— en la represión del movimiento revolucionario asturiano de octubre de 1934. Otro africanista se encargó de asignarle el mando: el ya general Franco, como comandante en jefe de las fuerzas destacadas. En la prensa conservadora de la época, Asturias fue calificada como una especie de "nuevo Rif" rebelde que reconquistar, mientras que el propio Franco calificó la campaña militar de "guerra fronteriza". Aunque la prensa conservadora se esforzó por cargar las tintas en las atrocidades, muy mixtificadas, de los "salvajes" obreros asturianos, la información recogida durante los meses siguientes por diputados y periodistas permitió desvelar prácticas militares previamente aplicadas en África, como ejecuciones sumarias, quema de cadáveres, torturas y violaciones. En su rendición, la única condición que puso uno de los principales líderes de la insurrección, el socialista Belarmino Tomás, fue la retirada de regulares y legionarios, con la observación de que su comportamiento "no era propio de una nación civilizada".

Ahora bien, desde el punto de vista de la extensión de toda una cultura política de la violencia, de un nuevo *ethos* de la violencia política en la sociedad, todavía más significativa que la propia acción de cuerpos represivos policiales y militares resulta la actitud, el tono y el lenguaje del personal civil. El periodista conservador César González Ruano, desde las páginas de *ABC* y una vez sofocada la insurrección catalana del 6 de octubre de 1934, casi acogía retrospectivamente con alborozo la intentona, puesto que su represión por parte del Ejército señalaba el comienzo de la recuperación del "espíritu" patriótico. Para este periodista, la "revolución" fracasada de octubre de 1934 no solamente había enterrado el fantasma revolucionario que decía Marx, sino también el de la "desmoralización del ejército": "Ya se ha visto a nuestros soldados responder contra la criminal maniobra como soldados de España, como bayonetas del Estado, como dientes dispuestos a defender la patria en todo momento".

El enemigo, según Ruano, eran "los miserables de la "anti-España", concepto profusamente utilizado por aquel tiempo. Para un intelectual tan reputado como Ramiro de Maeztu, la "revolución de 1934" también había resultado providencial, la oportunidad de "deshacer la antipatria":

> Dios está con ellos, enloqueciéndoles, porque quiere perderlos […] Dios está con la antipatria, porque quiere acabar con los que aspiran a deshacer a España, ya rompiéndola por la línea espiritual del tiempo, que la enlaza a su historia, ya por el corte horizontal de la lucha de clases, o por el corte vertical de los separatismos […] Estamos liquidando 180 años de antipatria. Se liquidarán, porque esa es obviamente la voluntad de Dios.

No solamente el lenguaje de la guerra había contagiado el de la política, sino que el modelo de la misma volvía a ser el de la antigua guerra santa, la "cruzada contra el comunismo para salvar la religión, la patria y la familia", como la denominó el obispo Plá y Deniel al poco de la insurrección militar de julio de 1936. Para el caso español, la "guerra justa" había transmutado nuevamente a "santa", desandando varios siglos de historia. Ocurrió, sin embargo, que este discurso "violento" de las derechas conservadoras topó con otro igualmente excluyente, aunque de origen completamente distinto. Se trataba, este otro, de un discurso

progresivamente radicalizado durante el bienio conservador republicano y principalmente a lo largo de los primeros meses de la guerra civil, en respuesta al levantamiento militar de julio y a la feroz represión subsiguiente.

El proceso de "paramilitarización" de la vida política durante los años republicanos tuvo dos caras. Si las organizaciones de derecha —Falange, monárquicos alfonsinos o carlistas— cerraron filas con el ejército tradicional, las de la izquierda obrera —socialistas, anarcosindicalistas, comunistas— aspiraron más bien a una depuración del Ejército nacional y a la conformación de otro —muchos se negaron, otros le adjudicarían el calificativo de "popular republicano"— sobre bases muy distintas, esencialmente populares. Una vez estallada la sublevación de julio, que no tardaría en convertirse en guerra civil, las primeras reforzaron al ejército levantisco mientras que las segundas se organizaron militarmente en forma de milicias populares más o menos autogestionadas en las que, al menos en un primer momento, tuvieron su papel las mujeres, con un discurso sociosexual ciertamente transgresor que generaría no pocas contradicciones.

Sobre todo durante el primer año de guerra, las prácticas brutalizadas —asesinatos de población civil y de militares prisioneros— se dieron en ambos bandos, frecuentemente bajo la apariencia de una legalidad más o menos espuria, como la de los consejos de guerra del bando "nacional". Maeztu "pagó" su discurso incendiario de 1934, por recoger un ejemplo de los citados, con su ejecución extrajudicial en Aravaca (Madrid). El intelectual figuró entre los cerca de 2.200 presos de Madrid capital que fueron ejecutados sin juicio previo —*sacados* de las prisiones bajo el subterfugio de falsas órdenes de traslado— a lo largo de los tres últimos meses de 1936.

Acabada la Guerra Civil, este discurso bélico de carácter depurador y exterminista, monopolizado ya por el bando vencedor, revelaría una larguísima continuidad. En mayo de 1939, el intelectual falangista Ernesto Giménez Caballero —que había cubierto como periodista la campaña africana de 1921— pronunciaba estas proféticas palabras por Radio Nacional en vísperas del Desfile de la Victoria a celebrar en

Madrid:

La guerra no ha terminado. La guerra sigue. Sigue en silencio: en frente blanco invisible. Y una guerra tan implacable como la que sufrieron hasta el 1 de abril nuestros cuerpos y nuestras vísceras. Es la misma guerra, son los mismos enemigos. Es la misma canalla que no se resignará hasta su aplastamiento definitivo, histórico.

12. LA BRUTALIZACIÓN DE LA POLÍTICA ALEMANA: LOS *FREIKORPS*

La brutalización de la política alemana durante el periodo de entreguerras, que tendría su continuación natural con la dominación nazi, fue protagonizada mayormente por la derecha nacionalista, que era precisamente la legataria y principal defensora del mito de la experiencia de la guerra pasada. Como escribiría un dirigente nazi en 1939, más o menos por las mismas fechas de la alocución de Giménez Caballero: "La guerra contra el pueblo alemán continúa. La guerra mundial fue solamente su sangriento principio". En el clima presidido por el "irracionalismo" más arriba comentado, de alguna manera el mito "guerrero" ganó en crudeza. La guerra como medio —de gloria, de conquistas— pasó a convertirse, privada ya de toda racionalidad, en un fin en sí mismo: el guerrero germano la llevaba de algún modo en la sangre, según el escritor Ernst Jünger. Los instintos —violentos— dominaban al guerrero y eran además idealizados, como en la referencia de los "hombres nuevos" del mismo Jünger, seres "cargados de energía, hechos de acero". Si la vida había contado anteriormente como el máximo bien a sacrificar, lo que ahora se estilaba era el desprecio por la misma, exhibido por un modelo de masculinidad desdeñoso con la muerte, muy semejante en términos de discurso al del cuerpo colonial legionario español fundado en 1920 por Millán-Astray.

Los *Freikorps* alemanes, como tropas paramilitares voluntarias profundamente fanatizadas e ideologizadas, unidos cada uno en torno a su respectivo jefe, encarnaron a la perfección ese espíritu guerrero durante el periodo 1918-1923, vinculados a un nacionalismo revanchista y hermanados por un sentido de la camaradería militar que remitía a otras

épocas. Fueron una casta guerrera en tiempos —teóricos— de paz. Tan pronto colaboraron con el primer Gobierno de Weimar —socialdemócrata —, con la salvaje represión del movimiento espartaquista —ejecutaron a la dirigente Rosa Luxemburgo e hicieron desaparecer su cadáver—, como combatieron a bolcheviques y polacos en los confines orientales del Estado alemán. En su última época, actuaron como terroristas políticos en la República de Weimar. Varios de ellos fueron los autores del asesinato del célebre ministro de Exteriores Walter Rathenau, en 1922. En palabras de uno de sus miembros más significados, Ernst von Salomon, colaborador en el atentado contra Rathenau, el activismo en sí era su "principio moral": "Éramos una banda de luchadores ebrios de pasión, ebrios de pasión, llenos de lujuria, exultantes en la acción".

La estereotipación que hacían de los enemigos de la patria presagiaba derivas posteriores: además de los "bolcheviques", en el catálogo figuraban judíos, gitanos y "desviados sexuales", junto con los eslavos, considerados como "subhumanos". Por aquellas fechas, el lenguaje también cambió, y se difundieron distintos neologismos como el propio *untermensch* ("subhumano"). A partir de 1933, con la entronización del nazismo, el lenguaje recogería muchas más innovaciones. En ocasiones era el plano del significado el que cambiaba, como cuando "fanático" perdió sus connotaciones negativas para adquirir ribetes positivos —sinónimo de "valiente" o "entregado"— en la lengua que Víctor Klemperer denominaría, no sin ironía, LTI (*Lingua Tertii Imperii*).

Pero volviendo a los *Freikorps*, el análisis más original se debe sin duda al sociólogo alemán Klaus Theweleit, que los hizo objeto de sus reflexiones en su célebre libro *Fantasías masculinas*, de 1977. Theweleit eligió siete significados jefes de los *Freikorps* —los siete recibirían el título honorífico de "primeros soldados del III Reich"— y elaboró un estudio psicológico de sus personalidades y trayectorias a partir de abundante material biográfico, autobiográfico, epistolar y literario. Todos ellos partían de la experiencia en el frente de la Primera Guerra Mundial, mientras que dos habían participado en el exterminio del pueblo herero, del África Sudoccidental. La pregunta que Theweleit se hizo en primer lugar, sin embargo, se centró más bien en sus respectivas relaciones con

las mujeres: desde sus madres o esposas hasta las prostitutas y las mujeres proletarias, pasando por las soldadas y milicianas "bolcheviques" con las que se habían enfrentado, las *Flintenweiber* o "mujeres con fusil". Lo que descubrió Theweleit fue una especie de "fascismo inconsciente" que explicaba el agresivo modelo de masculinidad de aquellos hombres, en el que las mujeres se agrupaban en dos perfiles principales, con algunas variantes. Por un lado, la esposa-prometida, asexuada y casi invisible en sus escritos memorialísticos, en tanto que reservada a la simple procreación. Por otro, la "mujer roja", asociada al mundo de la sexualidad —"fornicación"—, la promiscuidad, la prostitución o la "anarquía moral".

Mención especial recibieron, dentro de este último perfil de "mujeres rojas", las *Flintenweiber*, las mujeres revolucionarias que habían tomado las armas y que, por ello, ocupaban la categoría moral más baja. Se las describía con los tintes más sombríos, como "furias bolcheviques", seres bestializados insensibles y crueles. La propia Rosa Luxemburgo figuró en alguno de estos escritos —los del general Maercker— como una verdadera "diablesa". Los textos de los *Freikorps* reflejaron un odio cerval contra aquellas mujeres que se tradujo no ya en fantasías, sino en prácticas concretas de violencia: violaciones, torturas y asesinatos, que parecían proporcionarles un cierto goce. Theweleit buceó en las "razones" de ese odio, bien ocultas en un subconsciente modelado por una sociedad esencialmente represiva y castradora. Al lector o lectora española no le pasará desapercibida la analogía con otro caso histórico, esta vez español. Nos referimos a la satanización que el bando sublevado en la guerra civil de 1936-1939 hizo de la miliciana republicana, de fuerte carga simbólica transgresora de su tradicional mandato de género. No fueron pocas las mujeres represaliadas durante la guerra y la posguerra —rapadas, humilladas, condenadas a prisión y a muerte— por culpa de la manida acusación de haber portado "mono y pistola", merecedora de los peores castigos.

13. LA 'GUERRA JUSTA' DE ESPAÑA (1936-1939)

La guerra civil española estalló en julio de 1936, en medio de la inoperancia de la Sociedad o Liga de las Naciones (SN), creada en junio de 1919 mediante un pacto incluido en el Tratado de Versalles. La SN, como organismo multilateral comprometido con la prevención de las guerras y a favor del desarme, había desplazado el acento del *ius in bello* al *ius ad bellum*, con su altisonante compromiso de "respetar y mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política de todos los miembros de la Sociedad" (artículo 10) y de someterse a mecanismos diversos de arbitraje en caso de disputa. En realidad, detrás de un discurso universalista del "derecho internacional" y de la idea de "justicia" en las relaciones entre las naciones, se evidenciaba otro etnocentrista que sancionaba el sistema de colonias y mandatos. Si la petición del Estado japonés de que se adoptase el principio de "la igualdad racial" en el texto del tratado fundacional fue rechazada de manera tajante, el artículo 22 dejó negro sobre blanco que "el grado de desarrollo" de determinados pueblos, "especialmente los del África Central", exigía que el Estado colonial mandatario asumiera "la responsabilidad por la administración". En cuanto a la prevención de futuros conflictos, las limitaciones del tratado eran, incluso sobre el papel, llamativas. Así, la consideración de un acto como de agresión dependía, por ejemplo, del reconocimiento unánime de todos los miembros, que en 1920, año en que comenzó a funcionar, eran nada menos que 45. Como resultado, la SN fue incapaz de gestionar la mayor parte de los conflictos que se sucedieron hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial: desde el enfrentamiento por el Ruhr entre Francia y Alemania (1923-1925) hasta la guerra chino-japonesa de 1937, pasando por la invasión italiana de Etiopía de 1935 o la propia guerra civil española de 1936.

En el conflicto o contradicción entre las requisitorias del "derecho internacional" y la soberanía del Estado nación, fue esta la que se impuso finalmente. Ni siquiera la presión de la opinión pública mundial con ocasión de los diversos conflictos, ya por entonces muy desarrollada, pudo vencer la fuerza de la *raison d'État* respectiva. Pero mientras la SN fracasaba sistemáticamente a la hora de evitar "guerras injustas", o

guerras de agresión tan descaradas como la invasión de Etiopía —primer Estado nación africano y país signatario de la SN—, la defensa de las naciones agredidas de manera ilegítima se convirtió en todo lo contrario: en "causas justas" populares que actuaron de banderas de enganche de todo tipo de voluntarios internacionales. Esto fue lo que ocurrió con las comunidades negras de las Américas y el Caribe, que movilizaron incluso combatientes para apoyar al *negus* Haile Selassie, pero también con las colectividades judías e italoamericanas de simpatías izquierdistas y antifascistas de Estados Unidos, que no cesaron de promover protestas y manifestaciones.

El ejemplo de esta clase más llamativo y de mayor resonancia fue la movilización antifascista en favor de la República española, puesta en jaque por el golpe militar de julio de 1936. La oleada de solidaridad internacional se tradujo en la afluencia de voluntarios de todo el mundo a España, muchos de ellos antiguos combatientes de la Gran Guerra. La mayoría de estos hombres y mujeres se encuadraron en las Brigadas Internacionales, de inspiración comunista, pero otros muchos lo hicieron en milicias de carácter libertario o de organizaciones como el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Mientras tanto, si la Sociedad de Naciones se negó a sancionar a Italia y Alemania como países agresores por su decisivo apoyo armado al bando sublevado a partir de julio de 1936, un organismo europeo se esforzó tempranamente por bloquear —con llamativa ineficacia, por cierto— toda ayuda militar internacional a los contendientes. Liderado por Francia y Gran Bretaña, y al margen de la SN, el llamado Comité de No Intervención acabó por perjudicar de manera especial al Gobierno legítimo republicano. Fue eso lo que motivó las amargas palabras que, en septiembre de 1936, dirigió el ministro Del Vayo a la asamblea de la SN, indignado de que sus delegados, al sancionar la no intervención, pusieran en el mismo nivel al Gobierno legítimo y a los rebeldes que se levantaron, "con las armas en la mano, para destruir nuestro régimen de libertad".

Ante aquella situación de desvalimiento de un régimen legítimo y progresista que se enfrentaba a la agresión interna de las fuerzas más reaccionarias —Ejército tradicional e Iglesia católica—, así como a la

externa del fascismo internacional, se activó el discurso de la guerra "justa" a nivel popular, desde un punto de vista "revolucionario". Voces como la de Lenin, que tantas simpatías internacionales había despertado en los primeros años de la Revolución rusa, habían defendido —desde un punto de vista antimilitarista en tanto que antiburgués— que las únicas "guerras legítimas en la sociedad capitalista" eran las "dirigidas contra los opresores y esclavizadores del pueblo". La resonancia de la guerra de España fue, pues, múltiple, a partir de una mezcla de sana indignación moral e influjo ideológico de izquierdas expresado en sensibilidad antifascista. La mezcla actuó como un imán sobre decenas de miles de jóvenes de todo el mundo procedentes de unas tradiciones y unos entornos radicalmente opuestos y enfrentados a aquellos que habían nutrido las filas de *Freikorps,* escuadristas y paramilitares fascistas.

El más poderoso movimiento pacifista de la época, el británico, acusó, por ejemplo, una singular división a propósito de los asuntos de España. Una de las consecuencias fue la ruptura de la organización de carácter mundial de la que formaba parte, la Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI/IRG), fundada en 1921, a la que pertenecían figuras tan destacadas como Gandhi o Einstein. En 1936, el británico Fenner Brockway, que había sido primer presidente de la IRG, dimitió de la organización en protesta por su decisión de no apoyar el envío de armas a la República española. Brockway, uno de los fundadores de la Hermandad de Objetores de Conciencia, que había sido juzgado en consejo de guerra y sufrido varios ingresos en prisión, se declaró partidario de combatir la "amenaza fascista" con las armas. Como miembro del Partido Laborista Independiente (ILP), colaboró en el reclutamiento de voluntarios internacionales para España: el escritor George Orwell fue uno de ellos. Subrayando en 1936 que su "temperamento y filosofía últimas" seguían siendo pacifistas, Brockway afirmó que

> […] el curso correcto de acción sería aprovisionar a los trabajadores de las armas que ahora mismo se están enviando con tanta libertad a sus enemigos por parte de las potencias fascistas. Valoro la actitud de los pacifistas en España que, deseando el éxito de los trabajadores, sienten que deben expresar su apoyo exclusivamente a través de un

servicio social constructivo.

Eso último era lo que estaba haciendo en aquellos momentos el delegado de la IRG en España, el maestro José Brocca, embarcado en tareas humanitarias pero comprometido con la causa de la República. Para el histórico activista indio Devi Prasad, secretario general de la IRG de 1962 a 1972, Brockway era socialista antes que pacifista. No por casualidad buena parte de los laboristas británicos habían simpatizado con la revolución bolchevique al tiempo que se oponían a la guerra mundial, unas simpatías que no se apagaron durante los años siguientes. En 1920, el propio Partido Laborista y la poderosa Trade Union Congress (TUC), federación de sindicatos, habían apoyado la resistencia de los estibadores a cargar de armas el Jolly George, con destino a las fuerzas armadas polacas contra el movimiento revolucionario, según se ocuparía de recordar Dora Russell en sus memorias. Curiosamente, el sindicalista laborista Ernest Bevin —que con el tiempo se convertiría en secretario general de la OTAN— había jugado un papel decisivo en la acción de los estibadores. Al final, el compromiso con la causa de los trabajadores frente a los pujantes Gobiernos fascistas de entreguerras inclinó en no poca medida la balanza de laboristas y pacifistas británicos —en lo que Prasad denominaría "la mayor crisis de conciencia" experimentada por la IRG en su primera década de existencia— a favor del apoyo armado a las fuerzas republicanas en 1936.

Aquellos voluntarios que acudieron a España a luchar contra el fascismo internacional acusaron también la influencia del mito de la experiencia de guerra, aunque en mucha menor medida que aquellos de tendencia "derechista" que apoyaron al bando sublevado. Los elementos de aquel mito estuvieron presentes —el gusto por la aventura y el espíritu de camaradería, el *ethos* heroico del sacrificio y desprecio por la vida— y, sin embargo, el peso decisivo lo ostentó una ideología de clase ausente de cualquier veleidad nacionalista. Antes bien, el sesgo internacionalista, de camaradería internacional, definió de manera esencial su identidad. Una explosiva producción de relatos, músicas, canciones y películas de guerra, con el concurso de destacadas figuras artísticas —Hans Eisler, Bertolt Brecht, Ernst Buch, Woody Guthrie, Joris Ivens, André Malraux,

Ernest Hemingway—, acabaría dando una enorme popularidad a la causa antifascista. Las diferencias con los "otros" voluntarios —"los de Franco"— eran evidentes. El comunista alemán Alfred Kantorowitz bien se preocupó de distinguir, en su *Diario de la guerra de España*, a los brigadistas internacionales de los violentos *Freikorps* con su constante apología de la violencia, a los que conocía de sobra.

Y, sin embargo, ambos mitos de experiencias de guerra compartían más de un rasgo común, empezando por la idealización y mitificación de una guerra que cada bando, a su manera, consideraba "justa". Quizá lo que compartieran en última instancia fuera una misma lógica de exclusión, fundamentada ideológicamente en la eliminación del "otro", del "enemigo". Cada uno cifraba su éxito o su supervivencia en la eliminación del enemigo por medio de una violencia contemplada como necesaria. Que esa violencia fuera más o menos enaltecida, o que esa lucha fuera más o menos idealizada, entraba ya en el campo de unas diferencias entre unos y otros que podían contemplarse como secundarias. El elemento que actuaba aquí como un resorte, el gatillo que había que apretar para la eliminación del otro, era la ideología respectiva que simplificaba bandos y términos. Siguiendo al historiador de los conflictos Michael Howard, el bien frente al mal, la libertad frente a la opresión, el socialismo frente al fascismo, y al revés.

Frente a esta lógica dicotómica, algunas voces intentaron tomar otro camino. Unos, como José Brocca, fueron parciales y apoyaron firmemente a su bando, pero evitando cometer violencia contra el otro, de lo que se deducía que, en su horizonte de futuro, no figuraba en absoluto su "liquidación". Este último término, por cierto, había cobrado un gran vigor a partir de los años treinta como sinónimo de asesinato, utilizado tanto por los movimientos fascistas como por sus oponentes. Según Klemperer, un neologismo —para Alemania— extraído del lenguaje comercial —liquidar una deuda, o un negocio— se aplicaba así a seres vivos como si fuesen "valores materiales": otro rasgo de ese "militarismo" de las conciencias que pasaba por la deshumanización del enemigo.

14. PARÉNTESIS ALEMÁN

En cuanto a Alemania, el régimen nazi entrañó inevitablemente el rearme y la guerra. Fue en 1936, año del comienzo de la guerra civil española, cuando Hitler subrayó públicamente la urgencia de convertir a la Wehrmacht en el ejército más poderoso del mundo, so pena de perecer como país. Según su discurso, el Estado necesitaba ampliar su espacio vital para asegurar las materias primas y productos de alimentación que consideraba necesarios para la supervivencia de la nación. Por otra parte, si el partido debía controlar al Estado, y no al revés, había que activar de continuo el proyecto nazi —radical y revolucionario en Europa— de un Estado de "bienestar racial", una comunidad étnica o *Volksgemeinschaft* ampliada que incorporara a las numerosas poblaciones germanoparlantes —los "camaradas raciales"— repartidas por el continente. El apoyo interno, además, comenzaba a flojear, de manera que nada mejor que una guerra —largamente preparada, por lo demás— para galvanizarlo. El plan cuatrienal anunciado en septiembre de 1936, definido como "la afirmación del honor alemán y la garantía de vida alemana", fue uno de los principales instrumentos de rearme y preparación bélica del III Reich, como impulsor de la producción de armamento con vistas a sostener un conflicto mundial en un plazo de entre tres y cuatro años.

Una vez más, la guerra se imponía como justa y necesaria en sí misma, por pura *raison d'État* o razones de política interna. El nuevo régimen había levantado incluso su propio armazón jurídico, gracias al concurso de su *kronjurist,* su "cerebro jurista" Carl Schmitt, el teórico del positivismo jurídico en clave nazi. Curiosamente, el régimen hitleriano se inauguró con un decreto del canciller recién nombrado por el presidente de la República, Hindenburg, previsto en la propia Constitución de Weimar "para la protección del pueblo y del Estado", que permitía la suspensión de todos los artículos que garantizaban las libertades individuales. Dado que el decreto nunca fue derogado, de alguna manera, como ha señalado el filósofo Reyes Mate, el régimen nazi vivió bajo un estado de excepción durante 12 años. El líder, convertido en tirano, suspendió el derecho vigente para crear otro a su albur. La función de *don Carlos* Schmidt —sería muy apreciado por la España franquista, que le acogió y homenajeó por todo lo alto en 1962— no fue otra que dar

marchamo jurídico a este hecho fundamental y desarrollarlo. Dos de sus aportaciones fueron la situación de excepción como origen normativo de derecho a partir de la decisión del soberano-legislador, y la distinción entre amigo y enemigo (públicos) en términos tanto de política interna como internacional. De hecho, si el "militarismo" como modo de pensar el mundo se caracteriza por un acendrado binarismo, Schmitt fue su principal representante —de lo más innovador— en el campo jurídico. Conocidas fueron las oposiciones o antinomias fundacionales de su pensamiento: amigo/enemigo, soldado/burgués, Estado militar o militarista/Constitución y Estado de derecho, estado de excepción/normalidad.

En cuanto al concepto de "justicia" aplicado, por ejemplo, a una guerra, no cabía duda posible: la fuente legitimadora, productora de derecho, era la decisión del mismo Führer. Destruida la objetividad de la normativa jurídica liberal, la subjetividad y arbitrariedad del líder devenían omnipotentes. Si el derecho era siempre "derecho de una situación" creada y garantizada en su totalidad por el soberano, era este quien ostentaba el monopolio de la última decisión. Había, sin embargo, que guardar las formas, sobre todo de cara a la opinión pública internacional. Pese a que en noviembre de 1937 Hitler ya había anunciado formalmente su decisión de desencadenar la guerra, la invasión de Polonia de septiembre de 1939 se disfrazó como una operación defensiva de represalia a raíz de un falso ataque polaco contra una estación de radio alemana, orquestado en realidad por fuerzas del Reich.

Fue aquella una clásica operación de "falsa bandera", técnica de engaño que desde entonces sería profusamente utilizada. El sabotaje del 31 de agosto de 1939 de la antena de radio de la población entonces alemana de Gliwice (Gleiwitz), en la que supuestos nacionalistas polacos leyeron un mensaje antigermánico, fue liderada por las fuerzas de las SS. Constituyó un eficaz pretexto para la guerra, toda vez que Hitler llevaba tiempo alertando de un falso plan de "limpieza étnica" contra la población alemana en el nuevo Estado polaco creado a raíz del Tratado de Versalles. El 22 de agosto, una semana antes del sabotaje, había

declarado a sus generales: "Yo proporcionaré un *casus belli* propagandístico. No importa la credibilidad. Al vencedor no se le preguntará si dijo la verdad".

Al día siguiente, 23 de agosto, los ministros de Asuntos Exteriores de Hitler y Stalin firmaron en Moscú el Pacto Ribbentrop-Molotov, tratado de no agresión entre Alemania y la URSS que incluía un protocolo secreto según el cual ambas potencias se repartirían Polonia, las repúblicas bálticas y Finlandia. La propaganda del entonces aliado soviético calificó este sorprendente movimiento de "defensivo": una maniobra ejecutada en prevención de una hipotética "guerra imperialista" promovida por Francia y Gran Bretaña contra la URSS, con el Gobierno finés de Mannerheim como "avanzadilla de la cruzada antisoviética". Poco después, en mayo de 1940, las fuerzas soviéticas invasoras perpetrarían la masacre del bosque de Katyn, con más de 20.000 polacos asesinados.

A partir de mediados de 1941, sin embargo, el Estado alemán puso en juego toda su batería de propaganda para deshumanizar y demonizar al antiguo aliado de 1939 y destruirlo. La deshumanización del enemigo soviético podía ser tanto una acicate y legitimación de su destrucción como una disculpa para su creciente capacidad de resistencia, como cuando la Wehrmach lo calificó, allá por 1942, como constituido "no por hombres, sino por animales, por bestias". Ese proceso deshumanizador no podía menos que convivir con sesgos excluyentes como el etnocéntrico, presente por ejemplo en la orden del alto mando de junio de 1941 que decretó la ejecución inmediata de los comisarios políticos capturados por haber promovido "métodos de lucha inspirados por la barbarie soviética". Barbarie por barbarie: esa era la ecuación lógica de toda guerra.

15. LA APOTEOSIS DE LA GUERRA TOTAL

Dentro de un marco en el cual, según el historiador británico Eric Hobsbawm, "el siglo XX no puede concebirse disociado de la guerra", el momento culminante en cuanto a víctimas producidas y recursos técnicos y humanos movilizados fue el de la Segunda Guerra Mundial. El monstruo de la "guerra total" había asomado en 1914, pero fue durante el periodo

1939-1945 cuando se manifestaron sus principales características: borrado de diferencias entre el frente y la retaguardia, con la consecuencia de la no distinción entre población combatiente y no combatiente, y destructividad máxima, escenificada en los postreros bombardeos aéreos de carácter estratégico, arma atómica incluida. El historiador Gabriele Ranzato ha rescatado algún texto anticipatorio de esta realidad en el periodo de entreguerras, como el del general italiano Giulio Douhet, cuando en 1921 teorizaba sobre la destrucción total producida por el arma aérea en las poblaciones civiles, mediante bombas explosivas, incendiarias y tóxicas. Ya habíamos mencionado más arriba el uso de las bombas tóxicas en determinadas regiones extraeuropeas durante este periodo: Afganistán, Libia y Marruecos. El uso masivo de las dos primeras, sin embargo, conoció varios momentos culminantes varios años después, en territorio europeo: Gernika en 1937 y Barcelona en 1938, con la técnica de los bombardeos de "alfombra" a cargo, respectivamente, de la aviación alemana e italiana. Se trataba, en definitiva, de desarrollar la "lógica" de la mayor destructividad: el fin de la victoria justificaba cualquier medio.

¿Qué pasó entonces con aquel "mito de la experiencia de guerra", que ha guiado buena parte de estas páginas, en un conflicto esencialmente deshumanizado como el de 1939-1945? Por lo que se refiere al III Reich y a sus aliados, el mito sobrevivió, por ejemplo, en determinados cuerpos de élite como las SS y, sobre todo, en los de voluntarios, formados en buena medida por ciudadanos de los países ocupados. Entre los jóvenes alemanes, el ideal de "camaradería de guerra" ya había sido convenientemente preparado en tiempo de paz mediante la promoción de asociaciones juveniles y deportivas de disciplina militar como la vida campamental tan bien descrita por Sebastian Haffner en sus memorias. En cuanto a los voluntarios extranjeros, relatos como el del belga León Degrelle, mando de la Legión Valona —refugiado y afincado cómodamente en España al amparo del régimen franquista a partir de 1946—, el francés Marc Augier —voluntario en la Legión de Voluntarios Franceses contra el Bolchevismo— o el español Tomás Salvador —metido luego a policía y escritor—, transmitieron esa misma épica

guerrera con acentos más o menos idealizados.

Curiosamente, según el historiador Xosé Manoel Núñez Seixas, las memorias, autobiografías y relatos biográficos novelados publicados por los voluntarios españoles —un total de 45.000 pasaron por las filas de la División Azul— superaron en mucho a los de los voluntarios de las demás naciones: nada menos que 133 entre 1944 y 2004. Y es que, frente a lo ocurrido en el resto de los países europeos que aportaron voluntarios, no solo la "memoria divisionaria" ocupó un lugar preferencial en la política memorial franquista, sino que la experiencia militar en el frente ruso marcó —y sirvió para promocionar— a buena parte de los altos mandos del tardofranquismo y la Transición. Según historiadores como Gabriel Cardona o el propio Núñez Seixas, prácticamente todos los altos mandos protagonistas del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 —tanto "golpistas" como "leales" o "tibios"— estaban en posesión de la Cruz de Hierro de la Wehrmacht: desde el capitán general Milans del Bosch hasta el general Armada, pasando por el general Aramburu Topete. Todo apunta a que la "experiencia divisionaria", junto con la "africanista", jugó un importante papel en la supervivencia del mito de la experiencia de guerra en el Ejército español de matriz golpista.

Las motivaciones de aquellos voluntarios internacionales al servicio del III Reich fueron bastante complejas, como es sabido por el caso español: la diferencia entre "voluntario" y "forzado" era más bien tenue. Del total de combatientes procedentes de 37 naciones, 125.000 procedieron de Europa occidental y unos 200.000 de la Oriental, todos asignados a las Waffen SS, su rama militar. Solo en 1943 se presentaron voluntarios 100.000 ucranianos, con un mínimo porcentaje de forzados, junto con 80.000 letones. En estos casos, las motivaciones ideológicas presentes en los combatientes "occidentales" podían perder bastante peso en favor de las "nacionales", toda vez que ambos pueblos habían estado sometidos anteriormente al poder soviético: las poblaciones de Letonia y demás países bálticos a raíz del pacto germano-soviético de agosto de 1939 y las residentes en el llamado *Reichskomissariat* de Ucrania vigente en el periodo 1941-1944.

En el caso alemán existe un detalle revelador del declive del mito de

experiencia de una guerra que tan gravosa acabaría saliendo a la nación, hasta el punto de entrañar su división y reparto en zonas de influencia a cargo de los vencedores. Los cementerios y memoriales a los "caídos" en clave heroica levantados en el periodo de entreguerras y durante el dominio del III Reich cedieron paso al concepto de "víctima" en evocación de las consecuencias destructivas de la guerra, que no de su supuesta gloria. La *Pietà Kollwitz* que veíamos anteriormente o, mejor dicho, la réplica que ocupó el lugar central de la reabierta *Neue Wache* de Berlín, presentaba y presenta a ras de suelo la inscripción "A las víctimas de la guerra y de la tiranía". Salvo en los casos de organizaciones neonazis o nostálgicos del nazismo, dejando al margen determinada literatura popular de tintes belicistas como las revistas de quiosco *Der Landse*r, muy populares desde finales de los cincuenta, el mito de la experiencia de la Segunda Guerra Mundial no tendría ya mucho recorrido en Alemania.

16. UNA MUJER EN BERLÍN

En la URSS, sin embargo, sí que abundaron los memoriales monumentales dedicados a los "caídos" —muchos de ellos con una estética épica o heroica—, hasta el punto de que su número duplicó a todos los levantados en Europa después de la Primera Guerra. Ya en 1941, al comienzo de la invasión nazi, se acuñó un concepto que sería largamente utilizado en la URSS y heredado por la Federación Rusa a partir de 1991: la Gran Guerra Patria, a celebrar cada 9 de mayo, aniversario de la capitulación alemana. El adjetivo "gran" servía para diferenciarla de la otra "guerra patria": la mantenida con Napoleón a raíz de la invasión de 1812. Si, según Mazower, la Segunda Guerra Mundial contribuyó enormemente a inflamar el nacionalismo en cada país a partir de los sufrimientos padecidos —40 millones de víctimas mortales, más de la mitad civiles—, el soviético no pudo escapar a esa pauta, pese a la complejidad de sus naciones, nacionalidades y regiones. Diez millones de civiles muertos, tres millones de prisioneros de guerra fallecidos por inanición y unos seis millones y medio de soldados caídos en combate

engrosaron su saldo de guerra. El relato dominante, nada alejado por cierto de la realidad, fue el de que la victoria aliada se había debido, mayormente, a los muertos puestos por la URSS. Literatura y cine se hicieron eco de esa dramática experiencia, profundamente inscrita en la memoria colectiva, durante los años sucesivos, con nombres como Andréi Platonov, Konstantin Simonov o Vasili Grossman, los tres corresponsales de guerra, o los cineastas Grigori Chujrai o Mijaíl Kalatózov.

Lo que no mencionaron esos relatos más o menos míticos de la Gran Guerra Patria fue una de sus crudas realidades, sufrida esta vez —una más— por sujetos históricos ninguneados de los manuales de historia: las decenas de miles de mujeres alemanas violadas por los soldados soviéticos. Solo en Berlín fueron violadas cerca de 100.000 entre abril y septiembre de 1945. Según la historiadora Miriam Gebhardt, en toda Alemania se produjeron hasta 860.000 violaciones, no todas a manos de los soldados de la URSS: hasta 190.000 fueron obra de soldados estadounidenses en el oeste y el sur tras la guerra.

Una de las mujeres berlinesas violada por la soldadesca soviética dejó recogido su testimonio de manera anónima, a partir de unas anotaciones de diario hechas entre abril y junio de 1945, que en 1954 vieron por vez primera la luz en una traducción inglesa: *Una mujer en Berlín*. La edición fue posible gracias a las gestiones de un compañero periodista —Kurt W. Marek—, que ya por entonces había conocido una enorme fama gracias a un curioso libro sobre arqueología, *Dioses, tumbas y sabios*, texto que publicó bajo el seudónimo de C. W. Ceram. Las anotaciones de la anónima berlinesa son asombrosamente frías y distantes. Dan fe de los detalles con el impresionante distanciamiento de un Primo Levi, como cuando, tras las primeras violaciones masivas, registró con fecha de primero de mayo la siguiente decisión:

> Fui tambaleándome por el pasillo camino del baño, pasé al lado de la viuda que sollozaba. Vómitos. […] Me senté en el canto de la tina, no me atrevía a limpiar aquello porque me venían constantemente las arcadas y el agua del cubo era escasa. Luego dije en voz alta: "¡Maldita sea!", y tomé una determinación. Está más claro que el agua: aquí hace falta un lobo que me defienda de los demás lobos. Un oficial, del más alto rango, comandante, general, lo que pueda pillar.

El lobo mayor al que recurrió fue un teniente ucraniano, quien al menos la trató con alguna amabilidad. Estrategias de supervivencia a costa de asumir un dolor y una desesperación que no cesarían nunca, como en la experiencia de Primo Levi. En medio del acoso constante, eran ellas —como se puede comprobar en los filmes conservados del Berlín destruido— quienes retiraban los escombros, se proveían de agua, conseguían alimentos, organizaban refugios: "Una y otra vez voy notando en estos días como se transforma mi percepción de los hombres. Nos dan pena, nos parecen tan pobres, tan débiles. […] Cuando acabe esta guerra tendrá lugar, junto a otras muchas derrotas, también la derrota de los hombres en su masculinidad".

Se equivocaba la autora: el modelo de masculinidad heteropatriarcal al que se refería recuperó su vigencia. A la versión inglesa del texto siguieron otras en diferentes idiomas: pero el original alemán no se publicó hasta cinco años después, a cargo de una editorial suiza, y fue recibido con indiferencia, cuando no con hostilidad. Un crítico aludió a la "desvergonzada inmoralidad de la autora", mientras que otro le reprochó haber "mancillado el honor de la mujer alemana". Solo a principios del siglo XXI, el escritor Hans Magnus Enzensberger consiguió reeditar —con gran éxito— el libro, que ya en la década de los setenta se había vuelto popular en círculos feministas y de izquierdas.

Fallecida la autora en 2001, poco después sería desvelada su identidad, tan celosamente guardada hasta entonces: la periodista Marta Hillers. La polémica generada por su supuesta condición de "no opositora" al régimen hitleriano sirvió, como en tantos otros casos —el de Günther Grass, por ejemplo—, para desviar la atención del objetivo del libro y de las preguntas que suscitaba: ¿cómo se podía convivir con el horror? ¿Y qué era lo que movía a los hombres a comportarse de una manera tan atroz, fueran rusos o estadounidenses? Algo tenía que ver en ello la característica asociación de la masculinidad guerrera y el alcohol, como la autora se ocupó de reseñar con un punto de ironía, a propósito de las abundantes provisiones que, al parecer, las tropas alemanas habían dejado a merced de los soviéticos para retrasar su avance:

En la próxima guerra que se haga estando de por medio mujeres y niños (para cuya

protección supuestamente partían los hombres a la guerra en otros tiempos), antes de la partida de las tropas habría que tirar a la cloaca hasta la última gota de bebidas excitantes […]. Mientras haya mujeres al alcance del enemigo, fuera el alcohol.

Pero esto no era más que un detalle, un elemento desinhibidor de algo más profundo: el instinto de muerte de esa misma masculinidad guerrera que, siguiendo una tradición milenaria, contemplaba a las mujeres de los vencidos como un botín de carne. El remedio pasaba por la eliminación de "un heroísmo de libro de texto" trasladado a la más cruda realidad, como bien señalaba Hillers. El problema era el precio de la disidencia: como en toda guerra, los varones que pretendieron impugnar ese modelo de masculinidad violenta con sus propios actos, o con su resistencia a participar en las matanzas, lo pagaron caro. A partir de la restauración del servicio militar alemán en 1935, y hasta el final de la guerra, unos 250 objetores de conciencia —testigos de Jehová en su inmensa mayoría — fueron condenados a muerte y guillotinados. La negativa a cumplir con el servicio de armas, considerado un "servicio de honor al pueblo militar" era calificada de "sedición" y castigada con la pena capital. La misma pena recibía, como era de esperar, la deserción. Hasta finales de 1944 se dictaron más de 30.000 condenas a muerte contra soldados de la Wehrmacht, la mayoría por deserción, de las cuales fueron efectivamente ejecutadas unas 15.000.

Al igual que ocurrió con el tardío éxito del libro de Martha Hillers en su país natal, solo a principios de este siglo la Alemania "oficial" rehabilitó formalmente a los soldados desertores. Durante el régimen nazi, los tribunales judiciales habían demostrado una especial dureza sin comparación posible con épocas anteriores, tanto por razones de escarmiento ejemplar como por resarcimiento del famoso mito de la "puñalada por la espalda" del año 1918, en referencia al comportamiento de los socialistas alemanes al final de la guerra. El "honor" de la Wehrmacht, defendido por los políticos conservadores de la República Federal Alemana y su sucesora la Alemania unificada, tuvo mucho que ver en ello. El historiador Wolfram Wette se ha referido a la "leyenda de una Wehrmacht" limpia construida por los mismos integrantes de la cúpula militar, que no empezaría a resquebrajarse públicamente hasta

cerca de medio siglo después. En su prólogo a la obra de Wette, el historiador militar Manfred Messermichdt no dudó en calificar dicha leyenda de "*mérito global* de los sectores nacionalconservadores, en su momento favorecidos por la Guerra Fría y apoyados decididamente por el Eército, la justicia y los políticos partidarios del rearme".

La completa rehabilitación de los desertores del Ejército —la limpieza de sus expedientes— habría entrañado su calificación como víctimas del nazismo, cuando precisamente los diferentes regímenes alemanes habían venido insistiendo desde 1945 en la exoneración del Ejército como tal en los crímenes nazis. La sombra de la masculinidad guerrera es alargada: en el caso de los desertores, se prolongó por lo menos hasta 2002, fecha en que el Bundestag aprobó la anulación oficial de todas las sentencias.

17. SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE LA DESTRUCCIÓN

El final de la Segunda Guerra Mundial, tanto en el frente europeo como en el asiático, no fue precisamente muy "heroico". ¿Qué clase de mito "saludablemente" épico y guerrero podía tejerse con aquellos tristes mimbres? Por ejemplo: ¿qué tipo de épica podía encontrarse detrás de los bombardeos masivos estadounidenses sobre el Estado derrotado en la práctica que era el Japón del verano de 1945? Para esa fecha, la superioridad de la potencia productiva y militar sobre el Eje era abrumadora. A finales de 1943, Estados Unidos había multiplicado por nueve su producción militar de 1941: la inmensa flota de bombardeos estratégicos anglo-americanos expresó claramente esa superioridad. Solo el bombardeo de Tokio del 9 de marzo, el más destructivo —con bombas convencionales— de toda la historia, se saldó con unos 185.000 muertos, civiles en su inmensa mayoría. Los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki del 6 y del 9 de agosto de 1945 acabaron directamente con unas 100.000 vidas el primero y unas 80.000 el segundo. Especialmente perverso fue el bombardeo masivo convencional —con bombas de napalm e incendiarias— sobre Tokio y Osaka del día 10 al 14 de agosto, después de que el Estado nipón hubiera anunciado su intención de rendirse. Entre las ruinas de Osaka, más de un superviviente pudo encontrar las

octavillas que habían lanzado los aviones junto con las bombas: "Vuestro Gobierno se ha rendido. ¡La guerra ha terminado!".

La historiografía ha apuntado varios motivos para estos bombardeos brutales: desde el deseo de salvar vidas aliadas o la intención de advertir a Stalin —cosa que no surtió mucho efecto, ya que tres días después de Hiroshima el dictador envió docenas de divisiones contra el diezmado ejército japonés en Manchuria— hasta la necesidad de justificar ante la opinión pública interna los enormes gastos del proyecto atómico. En cualquier caso, se había pisoteado en la práctica cualquier veleidad sobre el *ius in bello*, que recordemos se basaba en la distinción entre población combatiente y no combatiente. Aquí el objetivo se concentró fundamentalmente en la población civil de las ciudades, ni siquiera en estas como objetivos industriales. El caso quizá más conocido fue el de los bombardeos anglo-americanos contra Dresde y otras importantes poblaciones alemanas, precedente de los desencadenados contra Japón. Si la decisión británica de bombardear los centros de las ciudades alemanas ya había sido tomada a finales de 1940, a principios de 1942 se decidió que los blancos deberían ser "las zonas construidas y no, por ejemplo, los astilleros y las fábricas de aviones".

De manera muy concreta, según precisó el vizconde Cherwell, físico y principal asesor científico del Gobierno presidido por Churchill, los objetivos debían ser las zonas residenciales de la clase trabajadora con el fin de minar la moral de la población. Venía a tratarse de otro intento de "racionalizar la guerra", al estilo de Sidgwick, pero no con la finalidad de evitar destrucciones o bajas gratuitas, sino con la de causar el mayor grado de destrucción "moral" posible y conseguir así cuanto antes la victoria. De nuevo se esgrimía el manido principio de la "necesidad militar", del fin que justificaba cualquier medio. Haciéndose eco de Cherwell, el propósito de los bombardeos debía ser, según el máximo responsable de los bombardeos estratégicos, Arthur *Bomber* Harris, "la destrucción de las ciudades alemanas, la muerte de los trabajadores alemanes y la desarticulación de la vida social civilizada en toda Alemania". En total, los cálculos más realistas de víctimas mortales de los bombardeos aéreos de aquellos años (1942-1945) oscilan entre las

300.000 y las 600.000.

No dejó de resultar paradójico, sin embargo, que las mayores destrucciones de este "terrorismo aliado", como lo definió Walzer, se produjeran en la primavera de 1945, cuando la guerra estaba prácticamente ganada por los aliados. Por la parte británica, no deberían ser desechadas las razones de política interior y propaganda interna, tendentes a reforzar una suerte de moralidad patriótica de venganza por los bombardeos sufridos, generadora de una mayor cohesión social y política en torno al líder. En la primavera de 1945, el famoso economista John Kenneth Galbraith formó parte de una comisión civil independiente encargada por el Gobierno Roosevelt de evaluar la eficacia de la campaña de bombardeos en los que intervinieron fuerzas de la RAF británica por la noche y de la USAF estadounidense por el día. Sus conclusiones fueron que el efecto había sido mucho menor del esperado: la industria de armamento no redujo significativamente sus niveles de producción, incluidas las plantas de fabricación de aviones. El informe, que concluyó que los bombardeos estratégicos no consiguieron destruir ni la moral ni la capacidad industrial del enemigo, no sentó nada bien a los responsables de la RAF.

Según dejó recogido el escritor W. G. Sebald en *Sobre la historia natural de la destrucción* (1999), la campaña de bombardeos dirigida por Harris, que arrastraba disfunciones clamorosas —el altísimo porcentaje de bajas de los pilotos de los bombarderos o el enorme coste que suponía para la producción bélica británica— podía explicarse por una cuestión de propaganda interna, aparte de que con el tiempo llegó a convertirse en una "empresa industrial de bombardeo", con una lógica propia. Según Sebald, Harris "creía en la destrucción por la destrucción, y por ello representaba inmejorablemente el principio más íntimo de toda guerra, es decir, la aniquilación más completa del enemigo, con todas sus propiedades, su historia y su entorno natural".

Solamente el bombardeo de la ciudad de Hamburgo del verano de 1943 en la llamada operación Gomorra, sobre la que cayeron unas 10.000 toneladas de bombas en una semana, arrojó la cifra de unas 30.000 víctimas. El escritor Hans Erich Nossack fue testigo de su destrucción,

que describió en un inquietante libro: *El hundimiento*. Un simple detalle citado por Sebald bastaría para ilustrar el espanto de Hamburgo: el de un grupo de mujeres huidas de la ciudad bombardeada que llevaban en sus maletas los cadáveres de sus hijos pequeños:

> No sabemos qué fue de aquellas madres que huyeron con esa carga, si volvieron a acostumbrarse, y cómo, a una vida normal. Sin embargo, quizá por esos recuerdos fragmentarios pueda comprenderse que es imposible sondear las profundidades de la traumatización de las almas de los que escaparon del epicentro de la catástrofe.

Sebald citaba este caso para ilustrar su defensa del inviolable "derecho al silencio", un derecho quizá algo impopular o devaluado en estos tiempos —los actuales— de exigencia o deber de "verdad", como si se tratara de un imperativo kantiano colectivo que debiera compartir y ejercer cada individuo.

Otro epicentro de esta catástrofe, de esta "historia natural de la destrucción" que, no se olvide, convivió con el horror de los fusilamientos en masa y de los campos de exterminio de la población judía y otros "enemigos del régimen", fue el bombardeo de Dresde de mediados de febrero de 1945. Uno de los supervivientes que lo contó no fue un alemán, sino un estadounidense: el escritor Kurt Vonnegut en su famosísima novela *Matadero cinco*, publicada en 1970. Vonnegut asistió al bombardeo angloamericano de unos 1.500 aviones que dejaron caer unas 3.500 toneladas de bombas sobre la ciudad, con unas 50.000 víctimas mortales. Tardó en hablar de ello: en cierta forma, se enfrentó con su recuerdo y lo elaboró terapéuticamente lo mejor que pudo por medio de su novela.

Movilizado por el Ejército estadounidense, por entonces había sido hecho prisionero de los nazis y a ello debió su vida: durante el bombardeo había estado encerrado con sus compañeros en un matadero de animales. Según su relato, desarrollado por su *alter ego*, el personaje principal de Bill Pilgrim: "Se encontraba en la cámara cárnica la noche en que Dresde fue destruida. Sonaban arriba como pisadas de gigantes. Ecos de bombas de alto poder explosivo. Los gigantes caminaban y caminaban". Dado que a la mañana siguiente continuó el bombardeo, solamente pudieron salir hacia el mediodía: "Cuando los americanos y sus guardias salieron, el

cielo estaba negro de humo. El sol era como una pequeña y furiosa cabeza de alfiler. Dresde parecía ahora la luna: todo se había vuelto mineral. Las piedras ardían. El resto del vecindario había muerto".

Es posible deducir algunas cosas sobre la novela de Vonnegut, escrita en plena ola contracultural y convertida en una suerte de bandera del movimiento pacifista de entonces, enfrentado a la guerra de Vietnam. El escritor, como la bíblica imagen de la mujer de Lot, había elegido girarse para contemplar la destrucción y extraer su conclusión sobre la guerra, sobre toda guerra. Tal y como refirió que le contó a su editor:

> Se supone que todo se queda muy tranquilo después de una masacre, para siempre: el único sonido es el de los pájaros […]. Les tengo dicho a mis hijos que en ninguna circunstancia tomen parte en masacre alguna, y que las noticias de masacres de enemigos nunca deben producirles alegría o satisfacción alguna. Les tengo dicho que no trabajen para empresas que fabriquen maquinaria de masacres, y que muestren desprecio a la gente que piensa que necesitamos maquinaria de ese tipo.

18. LA GUERRA 'BUENA' DE STUDS TERKEL

Kurt Vonnegut dedicó su novela a Mary O'Hare, la mujer de Bernard, su compañero de cautiverio en Dresde. En una suerte de autoficción en la que es difícil discernir los detalles reales, Mary, cuando conoció a Kurt, se enfadó con él porque pensaba que pretendía escribir un libro épico sobre la guerra mundial: "Fingiréis que erais hombres en lugar de niños, y un día Frank Sinatra y John Wayne o alguno de esos glamurosos viejos verdes amantes de la guerra representarán vuestros papeles en las películas. Y la guerra aparecerá en ellas como algo tan maravilloso que tendremos muchas más".

Pese al carácter tan poco épico de los bombardeos masivos en Europa y Asia que pusieron término a la Segunda Guerra Mundial, no tardaron en menudear en Hollywood los filmes de tipo heroico, si bien con un acento muy particular. Un filme contribuyó a marcar un cierto estilo: *Un paseo bajo el sol*, rodado por Lewis Milestone hacia el final de la guerra y estrenado en 1946, y con el tiempo considerado por la crítica como la producción estadounidense de mejor calidad sobre la Segunda Guerra

Mundial. Se trataba de una película coral, protagonizada por hombres procedentes en su mayoría de las capas populares, muchos de origen inmigrante, que se veían obligados a dar lo mejor de sí mismos en la guerra. Asesorada por mandos militares, el Ejército la aprobó encantado. La película exhibía una épica de tono bajo, del "patriotismo" multicultural estadounidense: el propio Milestone procedía de una familia judía originaria de Rusia, emigrado a Estados Unidos con 18 años.

Era un filme que, hasta cierto punto, pretendía acercarse a la complejidad de la guerra por medio de una épica discreta, nada inclinada al romanticismo, que no escondía los conflictos y debilidades de los combatientes. Uno de ellos, precisamente el jefe del pelotón, caía víctima no del fuego enemigo, sino de una crisis de ansiedad que en una conmovedora escena lo dejaba incapacitado para el combate. El director parecía así conectar de algún modo con la tradición de la literatura crítica con la Primera Guerra Mundial, la de Henri Barbusse —*El fuego*— o Erich Maria Remarque. De hecho, Milestone había dirigido en 1930 la primera versión de la famosa novela de este último, *Sin novedad en el frente*. Para entonces, el perfil de sencillo combatiente "popular" del ejército estadounidense se había hecho famoso durante el conflicto a través de múltiples recursos: desde las *Historias de Joe Blow* del periodismo de guerra de Herman Kogan hasta los cómics de Willie y Joe en las viñetas *Up Front* de Bill Maudin.

La "romantización" de la experiencia bélica vendría algo después, ya en plena Guerra Fría, con aquellas películas protagonizadas por John Wayne —quien se había librado del servicio de armas—, que tanto habían enfadado a Mary O'Hare por su tendenciosidad: *Arenas de Iwo Jima* (1949) o *Primera victoria* (1965). Uno de los numerosos testimonios recogidos por el periodista Studs Terkel, en su monumental *La guerra buena: una historia oral de la Segunda Guerra Mundial* (1997), se quejaba precisamente de esa distancia entre la propaganda y la cruda realidad de la guerra: "Hay mucha gente que recuerda la Segunda Guerra Mundial como algo demasiado hollywoodiense. Hicieron falta, al menos, 20 años para que miráramos al pasado y nos preguntásemos: ¿qué fue todo eso exactamente? (…) El patriotismo era tan denso que lo podías

cortar con un cuchillo".

Sheril Cunning, que había vivido de niña y adolescente la Segunda Guerra Mundial, evocaba en su testimonio, mucho tiempo después de producidos los hechos, el sufrimiento de las familias de los soldados. Y, sin embargo, detrás de una mirada tan realista y tan poco inclinada a la mixtificación, compartida por las decenas de diversos personajes entrevistados por Terkel —desde excombatientes y familiares hasta dibujantes y políticos de alto rango—, latía el íntimo convencimiento de que aquella guerra había sido "buena". Muchos factores podrían explicar esta convicción tan generalizada, tan de "sentido común" entre la población estadounidense.

Por un lado, por haberse librado contra las potencias del Eje, la Segunda Guerra Mundial había retomado, de alguna manera y para mucha gente, aquella tradición de la "guerra justa" de carácter antifascista que habíamos visto en la guerra civil española de 1936. Para el veterano brigadista internacional Milton Wolff, por ejemplo, también entrevistado por Terkel, la relación era de absoluta continuidad. Y, sin embargo, la épica guerrera era un asunto diferente, al menos por lo que se refería a la Segunda Guerra Mundial. Pese a que Wolff empezó colaborando con la OSS —la Oficina de Servicios Estratégicos, el embrión de la CIA—, estuvo vigilado y controlado por la Oficina de Actividades Americanas durante la guerra como "antifascista prematuro", a lo que habría que sumar la persecución sufrida junto a sus antiguos compañeros de la Brigada Lincoln al comienzo de la Guerra Fría. Durante la entrevista, la mirada retrospectiva que proyectó sobre las guerras en las que había participado difícilmente podría calificarse de heroica:

> No quiero volver a ver otra puta guerra nunca más. A los tipos guerreros como a mí se nos suele atribuir una cierta dosis de *glamour*, pero yo, personalmente, siempre he sentido el mayor de los respetos por los objetores de conciencia. Deberían honrarnos porque luchamos en guerras buenas, no por el hecho de haber sido guerreros.

El precio de la "guerra buena" estaba en su propia experiencia directa, en su cruda realidad: era ahí cuando saltaban los matices, las dudas, la prevención contra toda mixtificación en tipos como Wolff. El veterano marine del Pacífico, Eugene B. Sledge, uno de los entrevistados por

Terkel, también rezongaba contra las producciones del Hollywood de la Guerra Fría:

> La guerra no tuvo nada de varonil. No éramos más que un grupo de chavales asustados que debían cumplir su misión. La gente me dice que no me comporto como un exmarine. ¿Cómo se supone que debería comportarse un exmarine? ¡Claro que no tengo nada que ver con John Wayne! Lo único que queríamos era que todo terminase cuanto antes para poder volver a casa y hacer lo que nos diera la gana con nuestras vidas.

Sledge citaba incluso el poema *Insensibilidad*, de Wilfred Owen, el poeta-soldado británico de la Primera Guerra Mundial, para ilustrar su experiencia. La insensibilidad que lo salvó a él, en su opinión la única vía para "salir adelante", había nacido del odio al enemigo: "Desarrollabas una actitud inmisericorde porque ellos [los soldados japoneses] no tenían misericordia con nosotros. Era una lucha sin cuartel, salvajismo en estado puro".

Su primera reacción de horror cuando vio a sus compañeros desvalijar un cadáver pronto quedó atrás: el hecho de verlos morir a cada momento, junto con el cansancio y la tensión, acabaron convirtiéndolo en un "salvaje", como él mismo acabó reconociendo. Según su testimonio, fue la fe en los compañeros lo que le empujó a seguir viviendo y matando, la "piña" que formaba cada pelotón, algo parecido a lo que sucedía con las tripulaciones de los bombarderos. Paradójicamente, el tan humano sentimiento de dolor a la vista de la muerte de los compañeros era lo que cebaba su odio al enemigo y lo deshumanizaba. Así, muchos soldados, Sledge entre ellos, adquirieron la práctica de acumular los dientes de oro de sus enemigos:

> Para extraer los dientes de oro, debías colocar la punta del filo [del cuchillo Ka-Bar, de 18 cm] en el diente del japonés muerto (vi hacer esto mismo con japoneses heridos) y golpear el mango del cuchillo hasta que el diente se desprendiera. ¿Cómo podían hacer algo así los buenos chicos estadounidenses? Si te ves reducido a la más pura barbarie, cualquier cosa es posible.

El odio cerval que Sledge confesaba sentir contra los japoneses, mayor que el experimentado contra los soldados alemanes pese a las atrocidades cometidas contra la población judía en Europa, estaba teñido de racismo. Quizá haya que ver aquí, en el campo de batalla del Pacífico, huellas de

una xenofobia muy estadounidense contra las poblaciones del este y sudeste asiáticos que arrancaba, como poco, de la metáfora del *terror amarillo* que recorrió Occidente desde finales del siglo XIX. El popular dibujante Bill Maudin reconoció ante Terkel que los insultos contra los enemigos respondían más a un código cultural que ideológico, cosa que se reproduciría en los años sesenta en Vietnam: los *japos*, los *amarillos*.

Los trabajos del popular dibujante Milton Caniff, también entrevistado por Terkel, ilustraban asimismo esa estereotipación en negativo con sus historietas de *Terry y los piratas*. La principal villana de la serie, de hecho, inspiraría el sexista estereotipo de la *Dragon Lady*, la *femme fatale* asiática depredadora de hombres. Como premonición de la guerra mundial, los tradicionales enemigos de Terry, los piratas asiáticos, habían empezado a "niponizarse" ya en 1937, varios años antes del "día de la infamia" de Pearl Harbor. En correspondencia con las tornas de la política estadounidense en el Pacífico, Dragon Lady, en su calidad de china, pasó de reina pirata "mala" a guerrillera "buena" aliada de los americanos, para, una vez finalizada la guerra, retomar de nuevo su papel de villana. Un estereotipo, en suma, convenientemente versátil a gusto de la política exterior de turno, pero estigmatizado tanto desde un punto de vista cultural como de género.

Frente a la anterior aserción —demasiado rotunda— de Maudin, el código ideológico también funcionaba en la demonización del enemigo. El caso de Milton Wolff es representativo del combatiente altamente ideologizado contra el fascismo, perfil en el que habría que incluir a buena parte de los soldados estadounidenses de origen judío sensibilizados por las noticias que habían empezado a llegar sobre los campos de concentración nazis. De hecho, ese perfil "ideologizado" contra el fascismo era enormemente complejo. Podía recoger desde judíos pobres y miembros de comunidades inmigrantes de origen europeo y latino hasta la población negra segregada. En su seno, de hecho, se producían coincidencias en los apoyos a causas diversas pero solidarias entre sí: desde la denuncia de la invasión italiana de Etiopía y la defensa de la República española hasta la lucha por los derechos civiles de la población negra, pasando por la lucha sindical de la población de origen

inmigrante. En suma, se trataba de aquellos sujetos interpelados por un famoso cartel de reclamo de la IWW —International World Workers— de los años veinte, que alertaba sobre la amenaza del Ku Klux Klan contra "judíos, católicos, negros y extranjeros".

En este sentido, ya no solo por su carácter "antifascista", sino por la tímida ventana de oportunidad que para la igualdad de derechos significó el reclutamiento militar de la población negra, pese a todos sus problemas asociados —como su segregación en batallones de trabajo, por decir lo mínimo— la guerra mundial pasó a figurar en la memoria colectiva del país como "la guerra buena". Ello podría ponerse en relación con su carácter forjador de la "nación americana" del siglo XX como crisol de identidades diversas de origen inmigrante. Si todo proceso de nacionalización cuenta con la guerra como vector privilegiado, la "guerra buena" de 1941-1945 y el poso que dejó en la memoria colectiva vinieron a ejercer de mito fundacional —y unificador— de la nación estadounidense. En este caso, por cierto, un mito guerrero —aunque de una épica algo devaluada— y masculino. De nuevo, la galería de protagonistas que componen el pelotón del filme de Milestone, *Un paseo bajo el sol*, constituye un buen ejemplo: jóvenes varones de diversos lugares, orígenes sociales y acentos —sin negros, por cierto— unidos en una empresa común.

19. DE LA INJUSTICIA DE LA 'GUERRA BUENA'

La "infamia" del ataque japonés contra la base de Pearl Harbor de diciembre de 1941 solo fue el pretexto, en forma de agresión y *causa belli*, de la "guerra buena" que el presidente Roosevelt llevaba tiempo pidiendo en sordina, al menos desde 1939, y cuyos preparativos inició tras su reelección de 1940. El problema era la resistencia de la opinión pública interna, escarmentada por la participación del país en la Gran Guerra y sus consecuencias: los más de 50.000 muertos en combate, pero también los enormes beneficios embolsados por industriales y banqueros, una información que solamente en 1934 fue revelada con detalle por un comité del Congreso. El exiguo Comité de Actividades Antiamericanas

creado en 1937 estaba más pendiente de los comunistas como Milton Wolff que de los agentes del fascismo. Lo que se jugaba Estados Unidos en 1941, aparte de la guerra naval no declarada con Alemania con motivo de los ataques a los convoyes de ayuda, era el *statu quo* de su influencia en Asia oriental y el Pacífico en colaboración con los poderes coloniales europeos, ante las presiones japonesas por configurar un área comercial propia en la zona. El clima de tensión que había llevado al bloqueo por parte de Estados Unidos, Gran Bretaña y Países Bajos de las exportaciones de petróleo a Japón, así como la congelación de los fondos japoneses en el exterior, había sido previo al ataque.

En un artículo publicado originariamente en plena guerra de Vietnam a propósito de una de las pocas voces disidentes que se opusieron a la "guerra buena" de Roosevelt, la del pacifista y socialista cristiano Abraham J. Muste, Noam Chomsky desgranó con detalle los pasos de la política estadounidense en la región de Asia-Pacífico desde finales del siglo XIX que desembocarían en la guerra con Japón. Para un público cegado por el mito de la "guerra buena", la posición de un pacifista revolucionario como Muste podía resultar extraña, casi extemporánea. Y sin embargo, cobraba perfecto sentido en el marco de la rivalidad de las potencias de la época: el emergente Japón, necesitado de hacerse con un espacio económico propio; los antiguos imperios coloniales británico, francés y holandés, deseosos de conservar su influencia, y la pujante potencia estadounidense desde su base principal en Filipinas. Lo que predecía en 1941 el "aislacionista" Muste era que, en caso de producirse la entrada de Estados Unidos en la guerra mundial, una presumible victoria aliada crearía un "nuevo imperio americano" que sería "la siguiente nación en intentar la dominación mundial, o, en otras palabras, en hacer aquello por cuyo intento condenamos a Hitler". La receta para evitar esto no era quedarse de brazos cruzados, sino promover un proceso de reconciliación pacífica —"sin tratar de imputar los crímenes de guerra solamente a una nación"— que garantizara "a todos los pueblos un acceso equitativo a los mercados y a las materias primas, procurando la reducción de armamentos, una recuperación económica masiva y dando pasos a una federación internacional".

Al margen de la opinión que le merecía una propuesta semejante, lo que demostraba Chomsky en su artículo era que los pasos dados por la política estadounidense habían sido efectivamente los contrarios, todo ello en un contexto explicativo de las pretensiones del imperialismo japonés. Estados Unidos, en colaboración con las potencias coloniales europeas, había venido exigiendo durante años a los países asiáticos —China, Japón— una política de puertas abiertas y de reconocimiento de "derechos especiales" para sus ciudadanos y empresas, destinada a la captación de materias primas y de potenciales mercados, mientras, en su *patio trasero*, había aplicado el cerrojo de su doctrina Monroe sobre América Central y empezaba a hacerlo sobre el conjunto de América Latina. El año de 1933 no fue solamente el del ascenso de Hitler a la cancillería: también fue el de la *Revuelta de los sargentos* capitaneados por Fulgencio Batista en Cuba con apoyo estadounidense.

Cuando los Gobiernos japoneses comenzaron a demandar lo mismo —el reconocimiento de sus "intereses especiales" en China, por ejemplo—, fue cuando comenzaron los problemas con Estados Unidos y sus aliados, espoleados, además, por las consecuencias de la Gran Depresión. No por casualidad la reacción de las potencias occidentales tras la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, a lo largo de los años treinta, había sido el cierre de sus economías coloniales a los productos, inversiones y actividades japonesas. La medida militar de la invasión japonesa de Manchuria de 1931 debería entenderse en ese contexto, así como la posterior búsqueda de aliados europeos que estuvieran enemistados con aquellas potencias coloniales, casos de Alemania e Italia. Todos los pasos dados por los Gobiernos de Roosevelt en la región Asia-Pacífico después de la Primera Guerra Mundial terminaron conduciendo, en vez de evitarlo, al enfrentamiento armado con Japón. La "guerra buena" contra el "malvado" imperio del sol naciente no surgió de pronto, sino que se había venido preparando durante años. Su horrible final, en forma de los bombardeos masivos sobre Tokio y las dos bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, figuraría asimismo en la historia universal de la infamia.

Abraham J. Muste, que en 1957 pasaría a formar parte del comité

nacional de la War Resisters League estadounidense, fundada en 1921 y afiliada a la WRI/IRG, ya había advertido en 1941 que "los medios que uno emplea se incorporan inevitablemente a sus fines y, si son malos, acaban por anularlos". A la misma conclusión llegó otro de los entrevistados por Studs Terkel, el antiguo capellán de la fuerza aérea George Zabelka. Para entonces ya estaba jubilado y militaba como "peregrino de la paz" contra la guerra de Vietnam. Retrospectivamente, confesaba haber asumido como normal una de sus misiones: la de hacer de sus hombres mejores soldados para la patria. Entre sus tareas estaba la de bendecir las tripulaciones de los bombarderos, cosa que hizo con las de las dos bombas nucleares.

En lugar del sentimiento de horror que, como cristiano, como cura, tendría que haber experimentado, aquello pasó de largo sin más. Habíamos oído historias de otros pilotos que, al volver de los ataques, hablaban de las tormentas de fuego que habían visto en Tokio, de los cientos de miles que habían visto morir quemados. Deberíamos haber sentido horror al saber que se trataba de civiles. Habíamos hecho oídos sordos a la teoría de la "guerra justa" de san Agustín: la población no puede ser lastimada.

La noticia de las decenas de miles de muertos civiles de Hiroshima y Nagasaki lo afectó profundamente, pero de algún modo lo aceptó por la esperanza que representaba —así lo defendió de manera pública su Gobierno— de poner fin a la guerra y evitar más muertes de sus "chicos". La auténtica caída del caballo de Saulo llegó algo después, cuando visitó los escenarios de la destrucción y vio a los heridos, las muertes a cámara lenta de los niños: "Veías morirse a aquellos niños que no habían tenido absolutamente nada que ver con la guerra. Se morían, la mayoría en silencio, sin hacer el menor ruido".

20. PENURIAS DEL DERECHO INTERNACIONAL

El 8 de agosto de 1945, dos días después del lanzamiento de la primera bomba nuclear y la víspera de la arrojada sobre Nagasaki, los Gobiernos de las potencias aliadas —el provisional francés y los de Estados Unidos, la URSS y Gran Bretaña— firmaron el acuerdo constituyente de un novedoso tribunal militar internacional radicado en Núremberg, con el

objetivo de juzgar y castigar a los principales "criminales de guerra" alemanes. Las sesiones, que reunieron a unas 1.500 personas y convocaron a 240 testigos, comenzaron en noviembre y terminaron en septiembre del año siguiente. En la llamada Carta de Londres, los delitos que las cuatro potencias se arrogaban el derecho a juzgar de manera retroactiva —cometidos a partir de 1939, no antes— eran los "crímenes de guerra", los "crímenes contra la paz" y los novedosos "crímenes contra la humanidad" sin localización precisa. Estos últimos incorporaban actos tan "inhumanos cometidos contra la población civil" como el "exterminio", un tipo delictivo que si bien se aplicó sin la menor duda al holocausto de los campos de concentración y exterminio nazis —con cerca de seis millones de judíos, y otros tantos o más de ciudadanos soviéticos—, en puridad habría debido aplicarse asimismo a los bombardeos estratégicos de las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas. El nuevo marco era el proporcionado por la Carta de las Naciones Unidas, que había sido firmada por 51 países que se comprometían a renunciar a la guerra como "instrumento de política internacional", otro brindis al sol como el de la Sociedad de Naciones (SN) cuando, en 1928, firmó ese mismo compromiso.

No tardaron en surgir los problemas del nuevo orden esbozado. La contradicción principal volvía a ser, como en el caso de la SN, la que oponía el proyecto de constitución de un auténtico "derecho internacional" a la soberanía de cada Estado nación, empezando por la de los vencedores. En ese sentido, las potencias directoras de la nueva ONU rebajaron incluso sus pretensiones respecto a las de la SN al negarse a reconocer los derechos colectivos de las minorías "nacionales" o "étnicas" dentro de cada Estado, limitándose a los derechos humanos individuales que serían sancionados en la Carta de 1948. Esta ausencia se producía, además, en medio de una realidad marcada por los desplazamientos masivos de personas y los corrimientos de fronteras. Solo entre 1939 y 1948 fueron desplazadas a la fuerza en Europa unos 90 millones de personas. El caso alemán y polaco es el más conocido, pero el ucraniano, a la vista de la guerra actual, merece un breve excurso.

La nueva Polonia socialista obligó a su cuantiosa minoría ucraniana,

unas 280.000 personas, a partir hacia la República Socialista Soviética de Ucrania. Algo después, en 1947, unos 150.000 ucranianos que habían escapado a las deportaciones forzosas fueron reasentados a la fuerza en el oeste del país, a la vez que las nuevas autoridades cerraban las escuelas en su lengua. Al propio tiempo, una importante minoría de polacos de la Ucrania soviética radicados en la antigua región de Galitzia ocupada por los nazis entre 1941 y 1944 fue deportada a Polonia. Todo había cambiado radicalmente en pocos años, empezando por las poblaciones judías. La comunidad judía de Lvov-Lviv, la tercera mayor de Europa oriental —más de 200.000 personas en 1941—, había sido exterminada con la ayuda de la población ucraniana colaboracionista con los nazis, mientras que tres millones de judíos sufrieron el mismo fin en Polonia, también con el importante concurso de la población civil. Estos pocos datos dan idea de la enorme complejidad nacional, territorial y étnica de la República Socialista Soviética de Ucrania de la posguerra.

La Declaración de los Derechos del Hombre de 1948 no recogió ningún derecho colectivo y la Convención para la Prevención y Sanción del Genocidio celebrada ese mismo año, que desarrollaba por primera vez el genocidio como "delito de derecho internacional", quedó en humo de pajas. Para cuando fueron dictadas las condenas de Núremberg, el 1 de octubre de 1946, se avizoraba ya la división de las potencias aliadas y el advenimiento de la Guerra Fría, como evidencia de esa resiliente pujanza de la política del Estado nación frente a la tentativa de afirmar un precario derecho internacional. En la práctica, la ONU, como encarnación de esa ilusoria "comunidad internacional", nació lastrada por los poderes de veto de las cinco potencias vencedoras como miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Durante el periodo de 1945 a 1989, la URSS ejerció el veto en 116 ocasiones por 60 de Estados Unidos y 17 de Francia. El propósito del artículo I de la Carta de las Naciones Unidas de "mantener la paz y la seguridad internacionales" evidenció su inanidad a la luz de los 166 conflictos armados, con 22 millones de víctimas mortales, que se produjeron durante el periodo de 1945 a 1989.

21. MISERIAS DE NÚREMBERG (1946)

Este fracaso original de las tentativas de establecer un "derecho internacional", resultado de su choque con la *raison d'État* de las potencias vencedoras, ¿acaso no estaba prefigurado y condenado desde un comienzo? De hecho, sería posible afirmar que esos mismos principios, más o menos vagos y pretendidamente universales asentados en la Carta de Londres de agosto de 1945 —que diseñó a su vez el marco jurídico de los juicios de Núremberg—, no fueron más que un discreto y engañoso efecto de la absoluta primacía del Estado nación. Para empezar, fueron los cuatro Estados vencedores de la guerra los que decidieron qué personas debían ser acusadas y qué crímenes podían ser considerados como tales según los principios de un "derecho internacional" que ellos habían comenzado a crear sobre la marcha. El fundamento no fue otro que una disposición recogida en un acuerdo anterior firmado en plena guerra, la Declaración de Moscú de 1943, que asignaba el enjuiciamiento de los responsables alemanes de las atrocidades cometidas a las respectivas autoridades de las futuras naciones liberadas, pero que adelantaba una distinción para "destacados criminales" cuyos delitos no tuvieran "una ubicación geográfica determinada", casos de la Alemania ocupada en 1945-1946.

En segundo lugar, y dentro de una mecánica judicial acorde con lo que el fiscal jefe de los juicios de Núremberg, Robert Jackson, denominó un "proceso legal civilizado" —que actuaba contra las personas y no contra los Estados—, la principal línea de acusación formal no se basó en la comisión *en sí* de los diversos crímenes perfilados en Moscú y Londres: de guerra, contra la paz y contra la humanidad. La carga de la acusación recayó en el carácter instrumental de aquellos crímenes como contribución a la preparación de una "guerra de agresión" —concepto poco perfilado ya entonces, que la ONU solamente definiría con precisión en 1974— contra otros Estados soberanos a partir de 1939. Fue así como los impactantes testimonios y peritajes sobre los campos de concentración y exterminio, que apuntalaron la sensación buscada por Jackson de que aquel juicio pasara a la historia como "la realización de las aspiraciones de justicia de la humanidad", no fueron, técnicamente hablando, más que argumentos secundarios con lo que cebar el principal cargo de acusación:

la guerra internacional agresiva iniciada con la invasión alemana de Polonia. Lo que a nivel propagandístico constituyó el "núcleo moral" del caso según Judith Shklar —los planes de exterminio de los judíos y disidentes—, fue contemplado por el discurso jurídico, de manera pragmática, como formando parte de un plan para "lanzar una guerra de agresión" contra otros Estados soberanos. Lo "criminal" a los ojos de Núremberg no eran tanto las atrocidades en sí, sino su función preparadora de una "guerra de agresión", que era el verdadero "delito contra la paz" a castigar desde la óptica del incipiente derecho internacional.

Resulta llamativamente curioso que ninguna de las potencias juzgadoras pareciera hallar contradicción alguna en el hecho de que los dirigentes políticos y militares alemanes inculpados de aquella "guerra de agresión" no compartieran esa misma responsabilidad con los soviéticos —aliados suyos por entonces tras el pacto Ribbentrop-Molotov de agosto de 1939—, responsables tanto de la ocupación de Polonia oriental como de Finlandia dos meses después. De hecho, la invasión de Finlandia fue en su momento considerada efectivamente como una "guerra de agresión" por la moribunda Sociedad de Naciones de 1939, decisión que motivó la inmediata expulsión de la URSS. La diferencia radicaba, obviamente, en que en 1945 la Unión Soviética era una de las potencias vencedoras, capaz de retorcer cualquier vago principio de "derecho internacional" en favor de su propia *raison d'État.*

El historiador inglés Alan J. P. Taylor aportó en 1962 una definitiva explicación para esta política de "doble rasero", cuando afirmó que los documentos reunidos en la instrucción de los juicios habían sido "escogidos no solo para demostrar la culpa en la guerra de los demandados, sino también para ocultar la de los poderes dominantes". Fácil habría sido catalogar los bombardeos estratégicos aliados de 1945 sobre Alemania y Japón de "crímenes de guerra" contrarios al *ius in bello*, en tanto que "destrucción sin sentido de ciudades y pueblos", según la Declaración de Moscú de 1943. Si no fueron incluidos en dicho perfil fue porque las potencias vencedoras invocaron la secular "necesidad militar" como justificación, excepción recogida en el artículo sexto. Solo un

jurista, Radhabinod Pal, se opuso a esa justificación para el caso de los bombardeos sobre el Japón, en el juicio celebrado en Tokio a manera de "Núremberg japonés", también en 1946. Para el jurista indio, aquellos bombardeos habían constituido atrocidades que, como las japonesas —pero también como las perpetradas por los imperios coloniales europeos —, deberían haber sido investigadas y juzgadas por un tribunal independiente. El proceso, según Pal, estuvo viciado desde el principio: representó, de hecho, un "vergonzoso empleo de un procedimiento legal para satisfacer una sed de venganza".

El discurso de Núremberg pretendió fundir dos planos, el de la moral y el de la historia con mayúsculas, bajo la lógica y el modelo judicial propio del Estado nación occidental, tal como ha explicado la historiadora estadounidense Joan Scott. Para el fiscal Jackson, el papel del tribunal de Núremberg debía ser el de elaborar un "relato histórico objetivo" con el fin de "dejar constancia del mal" para que no volviera a repetirse, frase que no hemos dejado de escuchar desde entonces. Fueron los Estados vencedores los que definieron los delitos y juzgaron a sus responsables en aplicación de una suerte de *raison d'État* colectiva y consensuada, que tenía a la última pena como prerrogativa esencial: hubo 12 sentencias a muerte. Las solemnes invocaciones al "derecho internacional" sirvieron de justificación pública de los propios actos y descalificación de los ajenos. En puridad, la única razón que les amparaba no fue otra que la de la fuerza y la victoria, la exhibida por Atenas en Melos. Dichas invocaciones sirvieron asimismo para establecer una nítida frontera entre los "malos" y "los buenos", entre los que quedaban en el lado "correcto" o "incorrecto" de la Historia.

La teoría jurídica sobre la "guerra justa" de Núremberg insistió hasta la saciedad en esas distinciones: no por casualidad era la que separaba a jueces y juzgados, vencedores y vencidos. Para Jackson, la "guerra defensiva honesta" no constituía un crimen: era, de hecho, una "guerra civilizada", la propia de las naciones dignas de ese nombre: "La guerra es, necesariamente, una serie de asesinatos, destrucciones de propiedad y opresiones calculadas. Semejantes actos serían indudablemente criminales de no ser, porque, en el contexto de una guerra legítima, el

Derecho Internacional arroja un manto protector sobre actos que, de lo contrario, serían crímenes".

Alemania, por culpa de la "banda criminal" de los dirigentes nazis, se había descarriado como nación, extremando su patriotismo —legítimo— en forma de militarismo agresivo y racista. Todo el historial de guerras coloniales de las potencias vencedoras como Francia, Gran Bretaña y la propia Alemania —en Oriente Próximo, en Asia Central, en la península indostánica y en Indochina, en todo el continente africano— no entraba en esa calificación. Formalmente, ni siquiera habían sido propiamente "guerras", toda vez que no habían sido dirigidas contra Estados nación semejantes a ellos, sino contra "pueblos indígenas sin civilizar".

Por lo demás, no dejaba de resultar curioso que, por lo que se refiere a los "crímenes de la humanidad" cometidos por los dirigentes nazis contra sus minorías étnicas antes y durante la guerra, estos hubieran tomado como modelo para sus leyes raciales —las de Núremberg de 1935— técnicas y procedimientos discriminatorios institucionales que llevaban años aplicándose en Estados Unidos. Era por ejemplo el caso de la secular "regla de una gota" —*One-drop rule*—, que permanecería vigente hasta 1967, durante cerca de un siglo, en buena parte de los estados del Sur. Según esta regla, cualquier persona que tuviera siquiera un solo antecesor negro o amerindio en cinco generaciones veía gravemente recortados sus derechos ciudadanos. Los nazis no fueron tan lejos, al menos en cuanto al número de generaciones afectadas por las leyes de Núremberg de 1935, que incluyeron, además de judíos, a romaníes y a negros. El historiador James Whitman ha documentado este "modelo" de segregación racial estadounidense del que gustosamente aprendió la Alemania de Hitler. Citando estas palabras de 1934 del abogado nazi Karl Roland Freisler —el juez de la organización clandestina "La Rosa Blanca" y del caso del coronel Claus von Stauffenberg— en referencia a las leyes raciales estadounidenses:

> Esta jurisprudencia nos convendría perfectamente, con una sola excepción. Allí solo se ocupan, hablando en términos prácticos, de gentes de color y medio de color [*coloureds and half-coloureds*], lo que incluye a mestizos y mulatos; pero los judíos, que también nos interesan a nosotros, no están considerados como gente de color [*coloured*]".

Tampoco en el futuro tendrían suerte las reivindicaciones de aquellos sectores que defendían la consideración de los discursos y prácticas racistas estadounidenses como "genocidio" y, por tanto, como "crimen contra la humanidad". En 1951, Rafael Lemkin, el gran defensor del concepto de genocidio judío, negó que "la legislación racista y la práctica social del linchamiento" de la población negra tuvieran nada que ver con dicho delito, a la vez que tildó a los peticionarios, en pleno macartismo, de "antipatriotas" y "comunistas". Estaba claro que aquellas voces y colectivos habían caído del lado "incorrecto" de la historia, fuera de todo juicio moral e histórico.

Paradójicamente, fue la propia lógica del Estado nación y la *raison d'État* la que acabó con el ímpetu juzgador de las potencias de Núremberg, afectando de paso gravemente aquel tímido y dúplice intento de establecer unos mínimos principios de derecho internacional. Los juicios del "Núremberg paralelo de Tokio" —el Tribunal Militar Penal Internacional para el Lejano Oriente— se demoraron hasta noviembre de 1948, cuando la Guerra Fría llevaba más de un año de existencia. El nuevo conflicto bipolar comenzó por fracturar la coalición aliada y la grieta del terremoto se solidificó en los sillones permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

IV. DE LA GUERRA FRÍA

1. COREA: LA GUERRA QUE NO FUE TAL

Durante toda la Guerra Fría, la actividad —y, con mucha mayor frecuencia, la *inactividad*— de la ONU como supuesto árbitro internacional reflejaría precisamente la profunda división entre bloques, oscilando entre los papeles de "convidado de piedra" y de comparsa. Fue este último papel el que asumió en un conflicto armado abierto, el primero de la Guerra Fría en el que, según informaciones solo reveladas en épocas recientes, llegaron a coincidir en el campo de batalla fuerzas aéreas estadounidenses y soviéticas, con el consiguiente riesgo de enfrentamiento nuclear: la guerra de Corea (1950-1953).

El historiador John Lewis Gaddis ha explicado bien el desarrollo de aquella jugada de ajedrez o dominó geoestratégico en el escenario de una península de Corea dividida, por el paralelo 38, en dos zonas de influencia que en 1948 cuajarían en sendos Estados: uno, de influencia soviética, gobernado por Kim Il-Sung, y otro bajo dominio estadounidense, liderado por Synghman Rhee y único de los dos reconocido por la ONU, ambos igualmente autoritarios. Fue este un caso que sentaría la pauta de otros conflictos clásicos en forma de "guerras calientes" de la Guerra Fría, como los de Vietnam, Cuba o Angola, según la fórmula *The Tail Wagging the Dog*: el rabo moviendo al perro, esto es, el país subsidiario condicionando la política de la potencia patrocinadora, a veces con consecuencias imprevisibles. Los débiles también podían imponerse —hasta cierto punto— sobre las fuertes. Allá por 1973, un

funcionario soviético lo expresaría de manera más chusca: "En aras de nuestros intereses comunes a veces nos vemos obligados a pasar por alto sus estupideces".

El año de 1949 fue extraordinariamente denso en acontecimientos. Citaremos solamente algunos: el inicio de la campaña "macartista" de persecución de "comunistas" en Estados Unidos en enero; la continuación del bloqueo soviético de Berlín iniciado en 1948 y la creación de la nueva República Federal Alemana (RFA) en mayo y de la República Democrática Alemana (RDA) en octubre, y la firma del Tratado de Washington fundacional de la Alianza Atlántica en abril. Todavía, para rematar el año, podríamos añadir la fabricación de la primera bomba nuclear soviética en agosto; la constitución de la República Federal China presidida por Mao Zedong en octubre, con la firma del Tratado de defensa mutua con la URSS, y la decisión del presidente Truman de favorecer la bomba de hidrógeno en diciembre… Para colmo, en enero de 1950, el escenario asiático experimentó una violenta tensión con la invasión norcoreana de Corea del Sur, que violó la frontera del paralelo 38, internacionalmente reconocida por Naciones Unidas. El efecto producido por este gesto en unos Estados Unidos recalentados por la campaña macartista fue el de un nuevo Pearl Harbor, con la diferencia de que esta vez la autoridad invocada a la hora de autorizar una respuesta militar no fue otra que la recién estrenada ONU.

En un momento en que la URSS se había retirado de la pertinente reunión del Consejo de Seguridad de la ONU sobre el conflicto, en protesta por la no admisión en el mismo de la nueva China Popular en lugar de la nacionalista de Taiwan, Truman vio llegado su momento. Fue aquella la ventana de oportunidad que necesitaba para acudir en ayuda de Synghman Rhee, el pequeño dictador de Corea del Sur, "un régimen infame y represivo que debía compartir la culpa del conflicto [con Corea del Norte], pero que fue entonces considerado víctima inocente", en palabras de Gaddis. En principio, la doctrina del Destino Manifiesto no debería haber llevado tan lejos a Estados Unidos, cuando la tradicional esfera de influencia perseguida en la región Asia-Pacífico ya se había ampliado suficientemente con la ocupación de Japón. Sin embargo, una

serie de factores, entre los que se contaban el sólido establecimiento de la China Popular y las presiones del régimen surcoreano —el rabo moviendo al perro—, decidieron a Truman a intervenir. La ausencia mencionada de la URSS en el Consejo de Seguridad le permitió sacar adelante dos resoluciones de gran alcance, la 82 y la 83, que no solo denunciaron la invasión norcoreana, sino que instaron a las potencias signatarias a emprender acciones militares para "restaurar la paz y la seguridad internacionales". Fue gracias a esa cobertura de legitimidad que el Gobierno Truman consiguió armar y encabezar una fuerza multinacional de intervención bajo paraguas de la ONU, compuesta por más de 20 naciones. La intervención militar multinacional se presentó públicamente como una "acción policial" —sin que mediase declaración de guerra por parte alguna—, defendida como "justa" en tanto tendente a restaurar "la paz y la seguridad internacionales", según el capítulo VIII de la Carta de las Naciones Unidas.

Todo se complicó aún más con el decidido apoyo chino a Corea del Norte —pese a la reticencia soviética: otro rabo moviendo a otro perro— y su enfrentamiento directo con Estados Unidos en una victoriosa ofensiva que, en un primer momento, dejó a la gran potencia contra las cuerdas. Las pérdidas estadounidenses fueron elevadas y, por un tiempo, la campaña llegó a recordar la guerra de 1914. En respuesta, la Administración Truman no solo amenazó tácitamente con utilizar armamento atómico, sino que llegó a elaborar planes concretos de lanzamiento de bombas nucleares sobre poblaciones chinas. Como se ha apuntado más arriba, aviones de combate soviéticos y estadounidenses llegaron a coincidir sobre la península de Corea. La perspectiva de un enfrentamiento nuclear entre ambas potencias, pese a que muy desigual —parece ser que la diferencia entre la cantidad de bombas atómicas estadounidenses y soviéticas era en 1950 de 74 a 1—, se antojó en 1950 más probable que posible, para inmensa alarma de los aliados europeos de la OTAN, apenas creada el año anterior. Para alivio de todo el mundo, sin embargo, no hubo finalmente enfrentamiento directo. El general MacArthur, partidario de lanzar bombas nucleares sobre China y la URSS, fue destituido en 1951. Aunque el conflicto coreano terminó en

tablas, el Ejército estadounidense había sufrido una severa derrota en noviembre de 1950, sumando unas 40.0000 víctimas mortales: pocas en comparación con las coreanas y chinas, de unos tres millones a lo largo del periodo 1950-1953. Un cuantioso balance para una "acción policial" internacional que, pese a las evidencias, nunca llegó a ser considerada formalmente una "guerra".

Retrospectivamente, la particular "acción policial" de Corea dibujó el límite de una frontera que las dos superpotencias no volverían a cruzar durante todo el resto de la Guerra Fría, a excepción del susto de la crisis de los misiles de Cuba en 1962: la del enfrentamiento directo entre sus fuerzas. Por primera vez, y a modo de precedente, había funcionado la disuasión nuclear mutua. En adelante, y abundando con el ejemplo de Corea, los enfrentamientos se realizarían mediante cuerpos interpuestos. Para Estados Unidos, la guerra de Corea vino a ser como un torpe remedo de la "guerra buena" de 1941-1945. En opinión del veterano general Bradley, fue una "guerra equivocada, en el lugar equivocado, en el momento equivocado y con el enemigo equivocado".

2. MANIQUEÍSMOS DE GUERRA FRÍA

Los tres años que duró la guerra de Corea enmarcaron y justificaron el gran impulso de rearme estadounidense y occidental. Ya la dinámica del comienzo de la Guerra Fría había sentado las bases del sistema bipolar de los 40 años siguientes, precisamente en un momento —1947— en que la economía estadounidense se había desacelerado tras el gran impulso bélico y la reconstrucción europea aún no acababa de arrancar. La solución política, a la vez que económica, fue el Plan Marshall, junto con el inicio de las rondas del GATT (General Agreement on Tariffs and Trade) en el marco de la Organización Mundial del Comercio. Desde un punto de vista económico, el bilateralismo acechaba a Europa occidental y amenazaba la proyección exportadora de Estados Unidos. Una Europa empobrecida podía ser presa de los "partidos comunistas", entre los que destacaba de manera especial el italiano, como se encargó de alertar el diplomático George Kennan, autor del *largo telegrama* de febrero de 1946

que incorporó el que se convertiría en término fetiche de la Guerra Fría: "contención". Para Kennan, y así lo reconocería posteriormente, lo que había que contener no era la presión militar soviética sino la "amenaza ideológico-política" que suponía el "movimiento comunista mundial": "La población europea estaba confusa, traumatizada por los bombardeos, insegura de sí misma, temerosa del futuro, altamente vulnerable a las presiones y a las promesas de las minorías comunistas que la componían".

El Plan Marshall proporcionó la inyección de capitales necesaria en el marco de una política económica aperturista y multilateral, tendente a la integración de los diferentes mercados nacionales, con el dólar como patrón de referencia. Su virtualidad política vino dada no solo por su voluntad de contrapeso de las "minorías comunistas" de cada país, sino también por la exclusión de los países de la órbita soviética. El propio Kennan, arquitecto del Plan Marshall y uno de los "padres de la CIA", reconocería años después que, a la hora de aplicar el plan, se evitó precisamente el cauce de ejecución que habría sido preceptivo, la Comisión Económica para Europa creada por Naciones Unidas, de la que precisamente formaban parte los Estados del otro bloque. El objetivo de la estrategia de "contención" era doble: impedir que determinadas zonas del mundo cayeran en manos soviéticas y garantizar la adhesión de otras por medio de programas masivos de ayuda económica, con vistas a conseguir una correlación de fuerzas favorable a Estados Unidos.

Aquel decisivo paso adelante en política exterior debía justificarse como una medida casi desesperada. Para ello, Kennan no había dudado en cargar las tintas de la "desfavorable" situación en que se encontraba Estados Unidos con tal de conseguir apoyos. En la conferencia de despedida del Colegio de la Guerra que pronunció en mayo de 1947, antes de pasar a la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado para ponerse a las órdenes del general Marshall, había adoptado tonos casi melodramáticos:

> En la actualidad, los Estados Unidos somos una potencia sola y amenazada en el mundo. Nuestros amigos se han agotado y han sacrificado su potencial en la causa común. Fuera de ellos —fuera del círculo de quienes comparten nuestra lengua y tradiciones—, nos

enfrentamos con un mundo hostil, resentido en el mejor de los casos. Una parte de este mundo está subyugado al servicio de una gran fuerza política que busca nuestra destrucción. El resto es, por naturaleza, celoso de nuestra abundancia natural, ignora o menosprecia los valores de nuestra vida nacional.

La doctrina Truman, articulada en marzo de 1947, representó el discurso ideológico y propagandístico que envolvió la estrategia de la "contención limitada" de Kennan. Truman monopolizó el campo de la libertad —la reivindicación de "una manera de vivir libre de coacción"—, sintetizándolo en las reglas básicas de la tradición política liberal opuesta a un concepto de "totalitarismo" que le permitía incluir tanto a los regímenes fascistas derrotados como a los Estados comunistas, sin distinciones de relieve. El envés de este discurso estuvo representado en septiembre de aquel mismo año por el informe de Andréi Zhdanov a la nueva *Kominform*, heredera de la III Internacional, que oponía la defensa de una "política antifascista y antimperialista" al "establecimiento de la dominación universal del expansionismo americano". Lo común a ambos discursos, aparte de su carácter maniqueo, era la convicción de su propio protagonismo. Como se ocupó de señalar Paul Kennedy, cada potencia se consideró "indispensable en la gestión de los asuntos políticos del mundo", en una especie de "pensamiento globalista". A partir de aquí, ambas se arrogaron el derecho a intervenir en cualquier rincón del globo.

En este sentido, historiadores como Paul Kennedy y Michael Howard han insistido en el trascendental papel de la "ideología" en un mundo, el de posguerra, marcado por la bipolaridad más acusada. Efectivamente, la ideología era el lenguaje que codificaba el enfrentamiento mutuamente excluyente y típicamente militarista: o "nosotros" o "ellos", o "contigo o contra mí". En la elocuente comunicación de Stalin a Tito de abril de 1945, antes incluso del comienzo de la Guerra Fría, el dictador remarcaba la diferencia de aquella guerra —y la que vendría— respecto a las anteriores: "Esta guerra no se parece a las del pasado. Quien ocupa un territorio, impone en él su sistema social. Todo el mundo impone su sistema social hasta donde puede avanzar su ejército. No podría ser de otra forma".

El propio mariscal Tito vería comprobada, en el caso yugoslavo, la

veracidad de ese aserto. Si a partir de la Guerra Fría pudo abrirse un hueco entre ambas superpotencias fue precisamente porque no fue el Ejército Rojo en solitario, sino sus propias fuerzas partisanas, las que liberaron Belgrado. A la altura de 1951, en *El hombre rebelde,* Albert Camus también definió la realidad de aquellos tiempos como la del "crimen lógico", el crimen justificado lógicamente por una doctrina ideológica, con sus "campos de esclavos bajo la bandera de la libertad" o "las matanzas justificadas por el amor al hombre", en una crítica que abarcaba por igual a los dos bloques enfrentados. Y, sin embargo, los términos de ese código ideológico terminaban sublimándose —como en el proceso químico de destilación de un licor fuerte— en clave *moral*, de una manera todavía más simplista y maniquea, si acaso eso era posible. Así, a principios de 1950, el general Eisenhower "sublimó" aún más el discurso de Truman de 1947: "Las fuerzas del bien y del mal están agrupadas y armadas y opuestas como lo han estado raras veces en la historia. La libertad se mide contra la esclavitud, la luz contra las tinieblas".

El recurso fácil a la historia como "depósito de las acciones" según la definición cervantina, ya había estado presente en el discurso de Dean Acheson de marzo de 1947, flamante secretario de Estado con Truman, en el mismo comienzo de la Guerra Fría. Acheson recurrió al ejemplo de Roma y Cartago para ilustrar la máxima polarización de las dos potencias, la consagrada a la "protección de la libertad misma" y el "agresor soviético", separadas por un "insalvable abismo". Pero los códigos morales se fundamentaban, más que en la fría racionalidad, en el sentimiento: había que inspirar miedo, inquietud, inseguridad. A ese fin sirvió el formidable aparato de propaganda que magnificó de manera exagerada las fuerzas militares soviéticas en Europa, como gigantesca amenaza que pendía sobre Europa occidental.

3. LA OTAN, ESCUDO MILITAR DE OCCIDENTE

Hubo que esperar a los años ochenta del siglo pasado para desmontar el mito de la "amenaza soviética" sobre Europa: gracias a los trabajos de

Matthew Evangelista y otros muchos que le siguieron, sabemos que Stalin empezó a desmovilizar muy pronto sus tropas y a ocuparlas en labores de desactivado de minas y reconstrucción de edificios e infraestructuras. La realidad era que la URSS era en 1945 un gigante militar con pies de barro, económicamente pobre y gravemente destruido que, al contrario que la otra superpotencia, había visto retrasado su desarrollo económico en una década. Fue ese falso discurso de la todopoderosa amenaza soviética sobre Europa occidental el que permitió a Estados Unidos justificar la creación de una gran alianza militar transatlántica, la única teóricamente capaz de hacerle frente.

El entendido de fondo de la firma del Tratado de Washington del 4 de abril de 1949, el fundacional de la OTAN, no fue otro que el reconocimiento de la indefensión e importancia de Europa occidental ante las infladas cifras de las divisiones soviéticas. Los Gobiernos británico y estadounidense, estrechamente aliados por su *especial relación transatlántica,* consiguieron así su objetivo de vincular sus países "con los Estados signatarios del Pacto de Bruselas y extender la ayuda [militar] a Noruega e Italia", Estados a los que se sumarían desde un principio, por su importancia geoestratégica, Dinamarca, Islandia y Portugal. El resultado fue, siguiendo a Paul Kennedy, que la OTAN "hizo militarmente lo que había hecho económicamente el Plan Marshall", profundizando de paso la brecha europea con el Este. En palabras de Nouschi, Estados Unidos acababa de forjar "el escudo militar de un sistema económico y monetario".

Las líneas maestras de la nueva Alianza, fundamentada sobre un tratado de asistencia mutua discrecional —que no defensa automática—, habían sido esbozadas un año antes, en abril de 1948, en las llamadas *Pentagon Talks*, protagonizadas secretamente por Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá. El detalle es interesante, toda vez que desde el principio la delegación estadounidense dejó claro que no habría automatismo de respuesta colectiva: de no haberlo hecho así, el Gobierno Truman no habría conseguido la ratificación del tratado por la mayoría republicana del Congreso. Según el artículo V del tratado, pese a que cualquier ataque armado contra un país miembro sería considerado un

ataque contra el conjunto de la alianza, cada país signatario ayudaría a la parte atacada de la manera en que estimara conveniente, de acuerdo con las otras partes y "en el ejercicio del derecho de legítima defensa individual y colectiva", sometiéndose además a la decisión del Consejo de Seguridad de la ONU. Se trataba de una concesión al tímido "derecho internacional" pergeñado por Naciones Unidas, en un deseo de conseguir un mínimo marchamo de legitimidad para la primera organización militar multinacional fundada en plena Guerra Fría.

En abril de 1950, el sucesor de Kennan en la oficina de planificación del Departamento de Estado desde el verano anterior, Paul Nitze, entregó al presidente Truman un informe de enorme trascendencia que solo sería desclasificado en 1975: el *National Security Council Paper* NSC-68. El informe, desestimado en un principio por el presidente para disgusto de Acheson, sería finalmente aprobado tras el estallido de la guerra de Corea en junio. Lo que proponía Nitze era una contención del enemigo soviético mucho más ambiciosa que la de su predecesor: más militar que política y de índole global, dirigida a su derrota definitiva. De ahí que el lenguaje fuera todavía más maniqueo: "Hay un conflicto básico entre la idea de libertad bajo un gobierno de leyes, y la idea de esclavitud bajo la siniestra oligarquía del Kremlin. […] El implacable propósito del Estado esclavo de eliminar el desafío de la libertad ha situado a los dos grandes poderes en polos opuestos".

El juego de oposiciones y exclusiones era total: el bien frente al mal, la libertad contra la esclavitud, la razón frente a "lo irracional". Nitze advertía además sobre los peligros de actitudes "inocentes" en el "mundo libre". Había que rearmarse física y espiritualmente contra cualquier debilidad o ingenua ilusión que pudiera acarrear inadvertidamente la ruina. La "caza de brujas" que por entonces se estaba desatando en Estados Unidos resonaba en el NSC-68.

Era cierto que por entonces la URSS poseía la bomba atómica, pero también lo era que la proporción era de 75 a 1 a favor de Estados Unidos. Nitze propuso en su informe un gigantesco aumento de la producción militar. El gasto militar efectivamente se disparó, y también el de la URSS: de 1950 a 1955 pasó de 14,5 y 15,5 billones de dólares,

respectivamente, a 40,5 y 29,5. El propio NSC-68 de Nitze había adelantado que dicho gasto no tendría por qué significar un descenso del nivel de vida, sino que entrañaría, de hecho, un bienvenido aumento del PIB que permitiría seguir satisfaciendo las necesidades de consumo civil interno. No iba descaminado. La rama militar de la empresa de aviación Boeing logró capear la crisis de posguerra, con la importante huelga de 1948, gracias a los nuevos contratos de bombarderos de la década de los cincuenta. Boeing conocería durante los años siguientes un enorme desarrollo que benefició grandemente a su ciudad matriz, Seattle, y que sentó de paso las bases del éxito de su aviación comercial.

Fue en septiembre de 1950, recién iniciada la guerra de Corea, cuando el Consejo Atlántico aprobó la llamada "estrategia hacia delante de la OTAN", que avanzaba la línea de defensa occidental hasta el Elba, a la vez que exigía de la República Federal Alemana una fuerte contribución al rearme de la Alianza. La militarización de la RFA comenzó en aquel momento, antes de su ingreso formal en la OTAN, que tendría que esperar hasta 1955. Para finales de 1950, la OTAN adoptó la decisión de poner a las fuerzas de los países socios bajo el mando supremo de un comandante estadounidense, una tradición que se ha mantenido hasta hoy, mientras que la Secretaría General recaía en un civil europeo. Por su parte, la Unión Europea Occidental, la evanescente organización militar exclusivamente europea fundada en 1948, incluyó en su tratado fundacional de Bruselas —el modificado de 1954— el curioso artículo IV, por el cual se comprometía a colaborar estrechamente con la OTAN abdicando de toda cuestión técnica militar para evitar "duplicidades". Cualquier intento de creación de una hipotética "defensa europea" estuvo, ya desde entonces, condenado al fracaso. La larga sombra de la "protección" estadounidense, reforzada por su poderoso arsenal nuclear, había terminado por extenderse sobre Europa durante los años fundamentales del conflicto coreano.

4. 'TIEMPO DE CANALLAS'

La retórica de la Guerra Fría tenía también una finalidad *doméstica*,

dentro de cada bando, en el sentido más extenso de la palabra. Si Estados Unidos pasó a tener un peso trascendental en la definición de las políticas exteriores de sus aliados, hipotecada como quedó su defensa gracias a la OTAN, algo parecido ocurrió con los satélites de la URSS y el trasunto de aquella, el Pacto militar de Varsovia de 1955. Fue eso lo que sucedió al otro lado del "telón de acero" con la represión de los grupos nacionalistas bálticos, moldavos y ucranianos, la de los soviéticos liberados de los nazis o las purgas de las cúpulas de los partidos comunistas hermanos en Hungría y Checoslovaquia, que se prolongaría hasta 1952.

Por lo que se refiere a Estados Unidos, y a escala exclusivamente nacional, el envés de la doctrina Truman fue la "contención hacia dentro" del antiguo espantajo comunista de la *Red Tide* —marea roja— de entreguerras. La Oficina de Actividades Antiamericanas (House Committee on Un-American Activities, HUAC), fundada en 1937, resucitó una década después con inusitada fuerza, presionando a un Truman debilitado con pocas posibilidades de salir elegido en las elecciones de 1948 y enfrentado desde 1946 a un Congreso y a un Senado de mayoría republicana. Las presiones eran poderosas: desde los congresistas y cargos republicanos organizados en la HUAC —con un joven Richard Nixon entre ellos— hasta el FBI capitaneado por Hoover, pasando por la emergencia del nacionalismo estadounidense en el conflictivo clima sociolaboral de posguerra a través de asociaciones antisemitas y anticomunistas como el American First Committee. El resultado fue el anuncio por Truman de la nueva política de "contención" de 1947 y su reflejo en el nuevo "programa de lealtad" de los empleados federales. Dicho programa, fruto de la Orden ejecutiva 9835, posibilitó durante los años siguientes la investigación de unos seis millones de funcionarios, la confección de la "lista negra" del procurador general Tom Clark y el despido de unos 500 por "lealtad cuestionable", sin posibilidad alguna de apelación. Y eso solamente por lo que se refería al Gobierno, ya que, como señaló Garry Wills, la publicación de la lista permitió que cualquier ciudadano privado pudiera hacer uso de ella para impugnar la lealtad de cualquier otro:

La lista quería decir que, en adelante, todo el mundo debía tener mucho cuidado con las

relaciones, con los lugares que visitaba, con las personas que frecuentaba; un mero error social, como asistir a la reunión "mala", hacer un cheque en favor de alguna causa de caridad proscrita, alguna relación más que casual con personas de simpatías radicales: cualquiera de estos errores podía ponerlo a uno en la lista negra y dejarlo sin trabajo.

Al final, Truman acabó dando un buen "susto a la nación", que fue lo que le había aconsejado hacer el senador Arthur Vandenberg si esperaba obtener el apoyo republicano a su programa de ayuda militar masiva en el marco de la nueva política de contención. El dato mueve a reflexión sobre la sinergia entre la política interior de un país y su política exterior, de consecuencias mundiales en el caso estadounidense. ¿Qué fue primero: el huevo o la gallina? ¿La gallina de la presunta amenaza soviética al "mundo libre" o el huevo de una política interna marcada por los problemas domésticos, la necesidad de sostener un Gobierno en fase de "pato cojo" y la cercanía de unas elecciones presidenciales? En cualquier caso, el resultado de las elecciones de 1948 marcaría la política exterior de Estados Unidos durante las décadas siguientes. Truman se impuso a sus contendientes, incluido el candidato del Progressive Party, Henry Wallace, antiguo vicepresidente con Roosevelt, que protagonizó una campaña electoral marcada por su actitud antibelicista y defensora de causas tan impopulares para su antiguo partido —el Demócrata— como el pleno derecho de voto para la población negra. Wallace apenas sacó un millón de votos, debilitado por las acusaciones de "defensor de los comunistas" en el marco de la misma política dicotómica que se había propuesto combatir.

El mundo cultural estadounidense fue uno de los primeros afectados por esta dinámica de "caza de brujas" que comenzó en 1947 y que, al cabo de unos pocos años, acabaría por devorar a sus propios hijos bajo la égida del senador McCarthy: hasta el antiguo secretario de Estado Marshall se vio señalado. La dramaturga Lillian Hellman, citada ella misma a declarar ante un comité del Congreso en 1952, lo contaría años después con detalle en un pequeño libro: *Scoundrel Time* (*Tiempo de canallas*, 1976). En la introducción, Garry Wills citó el famoso caso de la película *Song of Russia*, en la que su protagonista, el actor Robert Taylor, tuvo que declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas y

abjurar de su participación. El filme, estrenado en 1944, había sido promocionado por la Oficina de Información de Guerra del Gobierno, pero tres años después tuvo que ser retirado por contener, supuestamente, "propaganda comunista". El argumento de peso lo aportó, en calidad de experta, la escritora ultraliberal de origen ruso Ayn Rand: los personajes rusos aparecían "sonrientes" en la película.

Hellman era por entonces compañera del novelista Dashiell Hammett, que sería encarcelado en 1951 por negarse a revelar la identidad de las personas que financiaban el Fondo de Fianzas por los Derechos Civiles. Poco antes, en 1950, los *Diez de Hollywood* —destacados guionistas, directores y productores, entre los que se encontraban antiguos brigadistas de la "guerra justa" de España, como Alvah Bessie— habían ingresado en prisión condenados por desacato, al haberse negado a testificar ante el comité de la HUAC en defensa de sus derechos constitucionales. Las carreras de todos estos hombres se vieron brutalmente truncadas: Hammett, veterano de las dos guerras mundiales, que había sido un novelista inmensamente popular, murió en la pobreza en 1961, mientras que guionistas como Dalton Trumbo se vieron obligados durante años a firmar sus trabajos bajo seudónimo.

La responsabilidad de esta persecución no fue únicamente de la HUAC o del Gobierno. Ya en noviembre de 1947, las *majors* de Hollywood suscribieron por su propia cuenta la llamada "declaración Waldorf", por la cual se comprometieron a despedir y a no contratar a "comunistas", "subversivos" y "desleales". Como resultado, más de 300 artistas y técnicos fueron apartados de su profesión y obligados a solicitar permisos especiales para salir del país, como también le ocurrió a la propia Lillian Hellman. Según Hellman, fue precisamente a raíz de la declaración Waldorf cuando se instituyó, de manera informal pero no menos efectiva, el llamado "juramento de la Legión Americana":

> Cada estudio exigió a sus empleados una carta en la que juraban no ser comunistas, no tener que ver con radicales y, en el caso de haber cooperado en el pasado con ciertas organizaciones —la organización de auxilio a los refugiados españoles, por ejemplo—, arrepentirse del hecho y jurar no volver a cometer el mismo error.

En una muestra de su legendaria cobardía, bien descrita por Hellman,

los magnates de la industria de Hollywood se plegaron a las presiones de la Legión Americana, organización ultraconservadora de veteranos de guerra fundada en 1919. La Legión Americana había tenido poco trabajo durante los años anteriores, aparte de boicotear y ridiculizar a la delegación estadounidense de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz durante la Gran Guerra. A partir de 1946, sin embargo, volvió a movilizarse frente a "enemigos internos" como la ACLU —American Civil Liberties Union—, para la cual la Legión había reemplazado al Ku Klux Klan "como el más activo agente de intolerancia y represión en el país". A la purga de comunistas se sumó otra organización, la Unión por la Acción Democrática del teólogo Reinhold Niebuhr, que, junto con la Legión Americana, se enfrentó en 1947 a la recién constituida PCA —Progressive Citizens of America—, a la que pertenecieron Hammett, Hellman y Trumbo.

En realidad, lo que se estaba librando tanto en el frente externo como en el interno era una batalla no ya política, sino cultural, una *Kulturkampf* promovida por el Gobierno Truman a través de la CIA, que solo recientemente ha podido documentarse gracias a historiadoras como Frances Stonor Saunders. En palabras de uno de sus principales impulsores y organizadores, Melvin Lasky, fechadas a finales de 1947, lo esencial de la Guerra Fría era precisamente "de naturaleza cultural". Los fondos para financiar este combate por la atracción de la "intelectualidad europea" provenían tanto directamente de los reservados a dichas tareas por la propia CIA como de, curiosamente, los de "contrapartida" del Plan Marshall. Solían canalizarse mediante sobornos directos o financiaciones más discretas, tales como ediciones de libros, conferencias y publicidad. Entre los beneficiados ocuparon un lugar principal los comunistas "renegados" como Ignazio Silone, Louis Fischer o Arthur Koestler, porque, parafraseando a Saunders, ¿quién mejor que los excomunistas para luchar contra los comunistas? Unidos por el libro colectivo *The God That Failed* (1949), estos tres autores pasaron de trabajar para la eficaz organización de propaganda comunista de entreguerras liderada por Willi Münzenberg a hacerlo para los Gobiernos de Estados Unidos a través del entramado cultural organizado por la CIA.

La estrategia que siguió Lillian Hellman cuando fue llamada a declarar en la primavera de 1952 ante la HUAC fue arriesgada, una mezcla de tacticismo jurídico y defensa legítima de los propios principios. No se negó a declarar, ya que para ello habría tenido que escudarse tras la Quinta Enmienda, su derecho constitucional a no testificar, estrategia que no había librado de la cárcel a los Diez de Hollywood. Lo que hizo Hellman fue formular y justificar moralmente su negativa a contestar a preguntas sobre otras personas, con lo que se expuso a una condena por desacato, como le había ocurrido a Hammett. En la carta que envió por adelantado a la Oficina, solicitando acogerse a ese derecho, anunció que

> ni ahora ni nunca me prestaré a causar problemas a personas que, cuando se relacionaron conmigo en el pasado, eran completamente inocentes de toda expresión o acto desleal y subversivo. […] hacerle daño a gente que conocí hace muchos años para salvarme yo misma es, en mi opinión, un acto inhumano, indecente y deshonroso.

La petición expresada en la carta fue rechazada, pero, durante la vista, su abogado repartió copias a los periodistas presentes en la sala antes de pedir que fuera leída en voz alta. La estrategia dio resultado: Lillian Hellman no fue finalmente procesada y el comité no volvió a convocarla. Varias razones tuvieron que ver seguramente en ello. Quizá el efecto de dignidad producido por la carta, el error de los congresistas al permitir su lectura y difusión, la favorable actitud de la mayoría de los medios o el cansancio que venía arrastrando en el conjunto de la sociedad la locura de aquellos tres años de "caza de brujas".

5. *DÉTENTE* Y GUERRAS LIMITADAS

Tanto la superioridad tecnológica alcanzada por los Estados Unidos sobre la URSS, con la fabricación de la bomba termonuclear, como el clima de *détente* o distensión generado por el informe del XXV Congreso del PCUS celebrado en 1956, coadyuvaron al declive de la persecución "macartista". Para entonces, una nueva "racionalidad" se había impuesto, la anunciada tempranamente por Bernard Brodie en su obra *The Absolute Weapon*, de 1946: "Hasta ahora, el principal objetivo de nuestro aparato

militar había sido ganar guerras. A partir de ahora, su objetivo principal será evitarlas". En un curioso bucle de la escalada armamentista, y una vez llegados a la era del equilibrio nuclear, evitar las guerras volvía a convertirse en lo "racional". En los años sesenta, un analista conservador estadounidense remachó la tesis con su concepto de MAD —*mutual assured destruction*, destrucción mutua asegurada— que, en un juego de palabras, calificaba de irracional —*mad*, loco— la perspectiva de un crecimiento indefinido del armamento nuclear de ambas potencias.

A lo largo de la década de los sesenta, la doctrina MAD ganó cierto predicamento, sobre todo tras el nuevo susto de la crisis cubana de los misiles de 1962, ejemplo de otro rabo —el del Gobierno de Fidel Castro — moviendo el perro del poder soviético. La MAD, sin embargo, no entrañó la minimización del riesgo de conflictos: muy al contrario, abundaron las "guerras limitadas" a través de cuerpos interpuestos. La escena podría describirse como presidida por dos enemigos que, disuadidos mutuamente de pelearse de manera directa, hubieran decidido dirimir sus diferencias ante un tablero de ajedrez. En el tablero del mundo sí que podían enfrentarse ejercitando sus respectivas piezas y escenificando así pequeñas "guerras calientes" en un marco, el de la Guerra Fría, presidido por el siempre inestable periodo de la distensión. De hecho, otras estrategias político-militares, como la "respuesta flexible" del presidente Kennedy y su secretario de Defensa Robert McNamara, encajaron y, de hecho, encontraron cobijo dentro de la perspectiva más o menos asumida de la MAD.

La estrategia de la "respuesta flexible", adoptada por la Administración Kennedy en 1961 y por la OTAN en 1967, logró imponerse gracias a un dato inflado por la CIA que el tiempo revelaría falso: el presunto desfase entre la cantidad de misiles estadounidenses y soviéticos, supuestamente a favor de estos últimos. El famoso *missile gap* pasaría a la historia como una especie de *fake new* oficial, semejante al de la exagerada amenaza de las fuerzas convencionales soviéticas destacadas en Europa tras la Segunda Guerra Mundial. El mismo Henry Kissinger, por entonces analista áulico y posteriormente secretario de Estado, que venía defendiendo la doctrina de la "respuesta flexible" por lo menos

desde 1957, así lo reconocería en sus memorias. La nueva doctrina consistía en responder a cualquier hipotética agresión al mismo nivel elegido por el agresor, con lo que el abanico de posibilidades se abría para incorporar enfrentamientos con armamento convencional e incluso armas nucleares tácticas, "miniaturizadas", en cualquier "teatro de operaciones" del mundo.

Lo que demandaba la estrategia de la "respuesta flexible" era, y este es el dato clave, un enorme aumento de las fuerzas nucleares y convencionales a escala global, Europa incluida. Según Kissinger, había que pensar en nuevas "guerras limitadas" que pudieran surgir en una zona especial de peligro que abarcaba desde Turquía hasta la periferia de Eurasia, justamente en los territorios de los nuevos Estados independientes que habían empezado a organizarse en el movimiento de los no alineados. Asesores como el economista Walt W. Rostow y el propio Kissinger se dedicaron a complejizar el imaginario de la "amenaza contra Occidente", hasta entonces monopolizada por el comunismo chino-soviético. Rostow, como principal teórico del *desarrollismo*, alertó sobre las "ambiciones nacionalistas" de los nuevos países independientes de Asia y África que, recién emancipados de la dominación colonial e inmersos en el periodo transicional de las sociedades preindustriales a las modernas, resultaban especialmente "vulnerables a la propaganda comunista". Los ejemplos, tanto presentes como históricos, saltaban a la vista: el Irán de Mossadegh o la Indonesia de Sukarno, a la altura de los sesenta ya aplastados según el designio estadounidense, o el más actual del Egipto de Nasser. El mismo argumento utilizado por Kennan en 1946 sobre la vulnerabilidad de la debilitada Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial alcanzaba ahora proporciones globales.

Por lo que se refiere a Europa occidental, las consecuencias de la nueva doctrina fueron igualmente importantes, a saber: el aumento de las bases estadounidenses en territorio OTAN, la constante presión para el rearme convencional de los aliados y la instalación de armas nucleares de corto y medio alcance en pleno territorio europeo. Hacia 1969, la cifra de soldados estadounidenses destinados en Europa occidental alcanzó los 320.000, con la República Federal Alemana como país con mayor

número de bases: 124. Alemania, que en 1955 había ingresado en la OTAN, fue también el socio que más presiones sufrió respecto a las compras de armamento. En sus memorias, el canciller Willy Brandt reconocería años después que "los norteamericanos nos querían vender más armas de las que nosotros podíamos necesitar". Para el periodo 1966-1970, las ventas de armas a los países de la OTAN sumaron cerca de tres millardos de dólares, cifra que los convirtió en el primer mercado mundial para Estados Unidos. Durante el periodo 1965-1974, solamente la RFA compró armas por valor de 2.440 millones de dólares —el mayor comprador europeo, el doble que el Reino Unido— de los cuales más de 2.000 fueron importaciones estadounidenses.

La consecuencia más controvertida de la nueva estrategia fue seguramente la instalación del nuevo armamento nuclear en territorio europeo, con la amenaza que ello suponía para los respectivos territorios de los aliados. Uno de los mayores tropiezos fue la negativa del presidente De Gaulle a emplazar en territorio francés unos misiles de alcance medio sobre los que carecía de cualquier control. Esto, junto con el recelo estadounidense al proyecto francés de una fuerza de disuasión nuclear propia y soberana, profundizó un desencuentro que culminaría con el abandono de la estructura militar de la OTAN en 1966, el traslado de la sede atlántica de París a Bruselas y la evacuación de las tropas estadounidenses del territorio nacional. El susto que se habían llevado los aliados de la OTAN con la crisis de los misiles en Cuba, en la que no tuvieron ni voz ni parte, tuvo algo que ver en ello. De Gaulle llegó a temer, no sin fundamento, que Francia pudiera enfrentarse un día a una "aniquilación sin representación".

Tal y como había previsto la doctrina de la "respuesta flexible", a manera de profecía autocumplida, las "guerras limitadas" abundaron en el marco general del prolongado periodo de la distensión. La de Vietnam sería la más famosa —y la más gravosa para Estados Unidos—, pero hubo más: una en concreto afectó precisamente a un territorio "europeo", bien que situado en ultramar, y fue protagonizada precisamente por Francia, el aliado díscolo de la OTAN.

Francia había salido bastante maltrecha de una guerra colonial, la de

Indochina (1946-1954), para acabar metiéndose casi sin solución de continuidad en otra, la de Argelia (1954-1962). Una vez más se trató de una guerra que, como la de Corea, nunca fue reconocida como tal. Formalmente pasó a la historia como un conjunto de "operaciones de mantenimiento del orden" en un territorio formalmente francés: tres departamentos y los territorios sureños bajo ocupación militar. La llamada "guerra sin nombre", según la tituló el cineasta Bertrand Tavernier en su documental homónimo de 1992, se saldó con la muerte de un cuarto de millón de argelinos y más de 25.000 movilizados franceses. El Frente de Liberación Nacional Argelino contó con el apoyo de varios actores más o menos secretos, desde el Egipto panarabista de Nasser hasta un Túnez recién independizado, pasando por el envío de armamento soviético canalizado a través de la Cuba socialista, en una típica dinámica de Guerra Fría y política "antimperialista" de la URSS. Por lo que se refiere a Francia, el no reconocimiento de la guerra impidió que los 65.000 soldados heridos recibieran la indemnización y compensación que habría debido corresponderles. Las entrevistas realizadas por Tavernier a un grupo de veteranos, la mayoría de Grenoble, constituyen un ejemplo inmejorable de lo que representa un proceso de brutalización bélica: cómo convertir a un civil reacio e incluso opositor a la guerra en un sanguinario asesino. Todo está en el relato de aquellos hombres destruidos: desde el "espíritu guerrero" construido a la fuerza a partir de la identificación y el hermanamiento con el compañero de armas, hasta la deshumanización del enemigo y la canalización de la frustración propia a través del odio.

No está de más recordar de paso los caminos paralelos que suelen recorrer la guerra como destrucción de vidas humanas y el "ecocidio" o destrucción de los ecosistemas naturales, ejemplificados en el conflicto argelino. Durante la guerra, Francia consiguió crear su propia *force de frappe* o fuerza nuclear disuasoria gracias a los ensayos realizados al sur del país. El cómputo recoge dos ensayos aéreos en Reggane, en 1960 y 1961, que generaron una grave contaminación de plutonio que terminó afectando a la población civil *tuareg* e incluso a los propios militares franceses, y hasta 13 más de tipo subterráneo hasta 1966. La

independencia de Argelia no acabó con los ensayos nucleares, gracias a una cláusula especial de los acuerdos de Evian de 1962.

A partir de 1966, los diversos Gobiernos franceses comenzaron una larga serie de pruebas nucleares y termonucleares en sus territorios coloniales del Pacífico meridional, concretamente en los atolones deshabitados de Mururoa y Fangataufa. Fueron 193 "experimentos" aéreos realizados a lo largo de tres décadas. La campaña iniciada por la organización ecologista Greenpeace contra las pruebas nucleares en el Pacífico fue contestada por el Gobierno Mitterrand en 1985 con un acto de terrorismo político encubierto. Agentes franceses sabotearon y destruyeron el barco insignia de la organización ecologista Greenpeace, el Rainbow Warrior, acabando de paso con la vida del fotógrafo Fernando Pereira. Esa fue la expedita reacción francesa a las crecientes protestas de la opinión pública nacional e internacional contra esta clase de ensayos, que solo terminaron en 1996 a raíz de la gran campaña lanzada por Greenpeace tras la reanudación de los mismos el año anterior y el levantamiento de la moratoria de 1974.

6. LA 'GUERRA INJUSTA' DE VIETNAM

La "guerra limitada" más famosa del periodo de distensión, que empezó como una *proxy war* o guerra vicaria, fue la guerra de Vietnam de 1963-1975. En un principio, las figuras del tablero fueron las del Gobierno de Ngo Dinh Diem de Vietnam del Sur, sostenido por Estados Unidos, y la coalición comunista-nacionalista del Viet Minh, vencedora en la guerra de independencia contra Francia. Esta última había fundado la República Democrática de Vietnam, o Vietnam del Norte, apoyada por China y, en menor medida, por la URSS. Para entonces, según la doctrina geoestratégica estadounidense, el "principal enemigo" en Asia, al menos desde el NSC (National Security Council) de 1952, había pasado a ser la República Popular China. En el juego del ajedrez estratégico, la pieza de Vietnam del Sur podía perderse debido a la impopularidad —y crueldad — del Gobierno Diem, que alcanzó cotas tan altas que incluso Kennedy aprobó su defenestración en 1963 mediante el apoyo a un golpe de Estado

que no hizo sino complicar las cosas.

Una vez más, el rearme en tiempo de paz explicó la guerra que siguió. La cuantiosa ayuda militar —con el envío de unos 16.000 asesores y la realización de operaciones militares encubiertas en estados fronterizos— facilitada por Kennedy a Vietnam del Sur se convirtió en 1964, ya con Johnson en el poder, en abierta intervención armada. Vietnam no ocupaba por entonces las primeras planas informativas, pero asuntos de política interna —el miedo de Johnson a que los republicanos se le echaran encima si "caía" Vietnam como lo había hecho China en 1949— lo animaron a mover pieza. Para ello necesitaba un *casus belli*, que no fue otro que el incidente del golfo de Tonkín del verano de aquel año, en realidad un ataque norvietnamita inventado que sirvió para que Johnson pidiera y consiguiera del Congreso plenos poderes para conducir las operaciones militares. Para ello tuvo que apresurarse a poner a Vietnam del Sur en el mapa mental de los estadounidenses y certificar su importancia: ir allí a combatir "no era solamente una lucha en la selva, sino una lucha por la libertad en todos los frentes de la actividad humana". El año de 1965 estuvo marcado por el bombardeo sistemático de Vietnam del Norte y el envío de tropas de combate —184.000— a Vietnam del Sur. Como en el caso de Corea o de Argelia, nunca hubo declaración de guerra formal alguna. Fue una simple operación "defensiva" de un aliado que, a lo largo de los años siguientes, se cobraría las vidas de más de 50.000 soldados estadounidenses y cerca de un millón de vietnamitas, civiles en su mayoría. A ello habría que sumar los efectos de los ataques químicos con "agente naranja": hasta un millón de ciudadanos seriamente afectados según los cálculos de la Cruz Roja de aquel país, para no hablar de la enorme destrucción medioambiental, según la relación ya mencionada entre guerra y ecocidio.

En su esfuerzo por sostener una guerra impopular —una encuesta de finales de 1964 ya había revelado que la mayoría de la población estadounidense estaba en contra del despliegue de tropas—, el Gobierno Johnson y su secretario Dean Rusk se empeñaron en situar la "defensa de Saigón" al mismo nivel que la de Berlín Occidental. El conflicto tuvo sus implicaciones internacionales gracias a los compromisos de la SEATO

(South East Asia Treaty Organization), la "OTAN de la región Asia-Pacífico", mientras que los socios de la Alianza Atlántica no solo rechazaron la propuesta estadounidense de enviar tropas, sino que algunos —como Canadá, Francia y Gran Bretaña— expresaron sus reticencias a la escalada militar. A título de curiosidad, la España del general Franco, en su deseo de congraciarse con el *amigo americano*, pero arriesgando lo mínimo, envió en 1966 una misión de 12 sanitarios militares a Vietnam del Sur.

Ante los reveses, que fueron muchos, desde el empantanamiento de las tropas enviadas hasta la creciente protesta popular nacional y mundial en plena ola contracultural, los diferentes Gobiernos practicaron una política presidida por el secretismo y el engaño deliberado a su propia opinión pública. Para el historiador John Lewis Gaddis: "La guerra de Vietnam borró por completo la línea de lo permitido dentro y fuera de casa. Fue imposible para la Administración Johnson planificar o continuar los combates sin ocultar sistemáticamente sus acciones al pueblo estadounidense".

El presidente Nixon, el sucesor de Johnson, no hizo sino empeorar las cosas. En la primavera de 1969 ordenó el bombardeo de Camboya, encubriéndolo con informes falsos de la fuerza aérea y, cuando la noticia se filtró a la prensa, ordenó espiar a políticos y periodistas, cada vez en mayor número. A la posterior filtración de los llamados *Pentagon Papers* en 1971, reveladora de la política estratégica estadounidense en Asia, Nixon respondió organizando toda una estructura secreta —los "fontaneros"— dedicada al espionaje, robo de documentación y escuchas telefónicas —el caso Watergate— que, a la postre, provocaría su dimisión en 1974. Esto por lo que se refería al interior, ya que aquel mismo año la CIA lanzó el llamado programa Fénix, de operaciones encubiertas contra personas sospechosas de pertenecer al Viet Cong —secuestros, ejecuciones—, que se prolongó hasta 1972. Una de esas operaciones encubiertas fue la operación Tailwind —Viento de cola— de septiembre de 1970 en Laos, por la que desertores estadounidenses fueron considerados objetivo militar y bombardeados con gas sarín. El caso sería denunciado por la CNN y la revista *Time* en 1998 y negado por el

Pentágono.

La política interior se anudaba con la exterior y el nudo central era la CIA, la cual, aparte de colaborar con los "fontaneros" de Nixon, había organizado su propio programa de vigilancia —escuchas, violación de correspondencia— de los manifestantes pacifistas también durante el mandato de Johnson. En enero de 1975, William Colby, que llevaba poco menos de dos años al frente de la agencia de inteligencia, tuvo que informar de ello ante el nuevo presidente Ford, obligado por las revelaciones que había publicado el periodista Seymour Hersh en *The New York Times* a finales del año anterior. Colby tuvo que reconocer entonces que, efectivamente, la organización había violado sus propios estatutos, que proscribían la actividad en el interior. Solo en 2007 la CIA procedería a desclasificar la documentación de aquellas revelaciones de Brady y las investigaciones a que dieron lugar: las llamadas "joyas de la familia". Al parecer, en una de las reuniones de enero de 1975, el secretario de Estado Kissinger, ante la magnitud de las cifras de espiados, le comentó al presidente que lo que estaba ocurriendo era "peor que en los días de McCarthy". No era casualidad que, en 1947, el entonces congresista Nixon hubiera formado parte del Comité de Actividades Antiamericanas. Una de aquellas "joyas de familia" se refería, por cierto, a una operación exterior negada durante décadas por los Gobiernos estadounidenses: la destinada a derribar el Gobierno chileno presidido por Salvador Allende (1970-1973).

Además de la enorme contestación a la guerra a nivel nacional e internacional, la prensa y la opinión pública estadounidense tuvieron un papel fundamental en la retirada progresiva de las tropas hasta el alto el fuego de 1973 y la propia dimisión de Nixon al año siguiente. Las atrocidades cometidas por las tropas estadounidenses contra los civiles en Vietnam habían encendido la chispa de la indignación ciudadana, escandalizada además por las imágenes divulgadas. Al fin y al cabo, la de Vietnam fue la primera "guerra televisiva" —*TV war*— de la historia. El ya mencionado periodista Seymour Hersh publicó, en una humilde agencia de noticias, un reportaje a partir de la entrevista realizada a un oficial, el teniente Calley, que en 1969 había sido acusado de la muerte

de “109 seres humanos orientales”. El primer reportaje fue comprado por numerosas e importantes cabeceras europeas, sin que recibiera demasiada atención en su país. En él se documentaba la que sería mundialmente famosa masacre de My Lai, de marzo de 1968, en la que varios cientos de ancianos, mujeres y niños fueron asesinados.

Un segundo reportaje, compuesto por entrevistas a los victimarios y fotografías de la matanza, dio en el clavo. Fue otro ejemplo de “atrocidad” que había convertido a niños en asesinos, tal como relató la madre de uno de los soldados. Se sucedieron las voces de los soldados dispuestos a hablar, a romper el pacto de silencio del “espíritu guerrero”. Todo ello fue posible gracias a una singular combinación de factores. Como escribió el periodista Phillip Knightley, autor de *The First Casualty* —en alusión a la frase “la primera baja de una guerra es la verdad”—, si la noticia tuvo resonancia fue porque la “opinión pública estaba preparada para leerla, creerla y aceptarla”. La cita la reprodujo muchos años después un gran periodista español que estuvo destinado como corresponsal de guerra en Vietnam, Manu Leguineche. Atrocidades de las que fue testigo, como los collares de orejas de vietnamitas que lucían algunos soldados, no pueden menos que recordar, entre otros muchos ejemplos y como si formaran parte de una lúgubre genealogía, las cometidas por los legionarios españoles en el Marruecos de los años veinte. El propio Leguineche representó, de alguna manera, a lo largo de su vida de periodista, el digno papel de cronista denunciador de atrocidades, desde las practicadas durante la guerra civil española hasta las del ejército estadounidense en Vietnam, pasando por las mencionadas del ejército colonial español en el Rif.

Tanto el desarrollo como el final —en forma de derrota— de la guerra de Vietnam tuvieron un efecto traumático sobre la nación estadounidense: de alguna manera, pasó a los anales de la historia nacional como “la guerra injusta”, el antónimo de la de 1941-1945, según veíamos anteriormente. En 1971, quien había sido joven fiscal auxiliar de Robert Jackson en Núremberg, Telford Taylor, se ocupó de analizar la intervención militar en Vietnam a la luz de los principios o bases de derecho internacional asentados en Núremberg. De alguna manera retomó

el aserto de su jefe cuando escribió, poco después de la celebración de aquellos juicios: "Si ciertos actos y violaciones de tratados son crímenes, lo serán tanto si los comete Estados Unidos como si los comete Alemania. No tenemos la intención de establecer una norma de conducta criminal contra otros que no quisiéramos ver invocada contra nosotros".

Taylor no consideró como "crimen de guerra" los bombardeos estadounidenses sistemáticos sobre Vietnam del Norte: 4,5 millones de toneladas de bombas de 1965 a 1969, según datos del Pentágono, nueve veces las lanzadas durante la guerra del Pacífico de 1941-1945. Retomaba así la misma argumentación de Jackson, que había exculpado los bombardeos efectuados por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, atribuidos al *comodín* de la "necesidad militar". Tampoco consideró que los dirigentes estadounidenses debieran ser considerados culpables de haber lanzado una "guerra de agresión", con lo que habrían podido ser acusados de comisión de un "crimen contra la paz", según Núremberg. La razón principal no era otra que la ausencia de "procedimiento probatorio". Los sujetos a investigar habrían tenido que abrir sus archivos con el riesgo de terminar inculpándose a sí mismos: todo un absurdo, mientras que ese procedimiento sí se había acometido con la investigación de los archivos nazis emprendida por las naciones aliadas vencedoras. Pero donde sí se comprometió Taylor con la calificación de "crímenes de guerra" fue con las atrocidades cometidas *in bello* contra la población civil, culpabilidad que, en su opinión, habría debido extenderse a los principales dirigentes civiles y militares. La matanza de My Lai de 1968 sentó la pauta de esta acusación, y ello pese a que, según afirmó el coronel Oran Henderson, el oficial de mayor graduación que había sido acusado de la misma, "cada unidad del volumen de una brigada tiene su My Lai escondido en alguna parte".

Algunos años después, en 1977, un profesor universitario que se había mostrado crítico con la guerra de Vietnam se preocupó de "razonar en términos morales" su injusticia, para lo cual desarrolló toda una teoría filosófica y jurídica de la "guerra justa" utilizada hasta hoy: el teórico político Michael Walzer. En su libro *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*, desmontó los argumentos

justificadores de la intervención estadounidense, que se apoyaban en la defensa de un aliado presuntamente legítimo, a saber, el Gobierno de Ngo Dinh Diem. Según Walzer, ni ese Gobierno era legítimo —era una "criatura estadounidense"— ni Estados Unidos intervino de otra forma que no fuera para defender sus propios intereses en la región. Para Walzer fue, en primer lugar, "una guerra estadounidense en la que se luchaba por conseguir objetivos estadounidenses pero que se libraba en el país de otros". Y fue una guerra, además, "conducida de manera tan brutal que, incluso en el caso de haber resultado inicialmente defendible, habría sido merecedora de condena, no por este o aquel aspecto, sino de forma general".

Según Walzer, el carácter "justo" de una guerra no dependía solamente del fin —*ius ad bellum*—, sino también y en igual medida del *ius in bello*, esto es, de su conducción. La matanza de My Lai simbolizó precisamente esa injusticia, que alguno de los soldados protagonistas, arrepentido, asoció al "tipo de cosas que hacían los nazis". Un argumento moralista parecido fue el exhibido por el llamado Tribunal Internacional Russell-Sartre de Crímenes de Guerra en noviembre de 1966, una suerte de tribunal popular creado según el modelo de Núremberg y Tokio. Su objetivo, en el que el antiguo militante pacifista británico Bertrand Russell ocupaba un lugar principal, fue el de documentar y presentar ante la opinión pública la "atrocidad abrumadora" que por entonces venía representando la guerra de Vietnam. Pese a su evocación de Núremberg, se trataba de un "tribunal" independiente que pedía cuentas a un Estado poderoso y que, como señaló Russell en uno de los discursos inaugurales, no estaba compuesto por jueces, sino por testigos: "No somos jueces. Somos testigos. Nuestra tarea es hacer que los hombres contemplen estos terribles crímenes y unir a toda la humanidad del lado de la justicia en Vietnam".

Un por entonces treintañero lingüista estadounidense, que en 1965 se había enrolado en la lucha antibelicista, afirmaría pocos años después que era aquella "la primera vez en la historia que una nación ha exhibido tan abierta y públicamente sus crímenes de guerra". Noam Chomsky citó en apoyo de tan rotunda afirmación declaraciones como la siguiente de un

piloto de bombardero, a propósito de los bombardeos con napalm y fósforo blanco de 1966:

El producto inicial no era tan caliente: si los vietcong eran rápidos, se lo podían quitar rascando. Por esto los muchachos de la retaguardia empezaron añadiéndole poliestireno, de manera que ahora se pega al cuerpo como un chinche a una manta. Pero también ocurría que, si los vietcong se sumergían bajo el agua, dejaban de arder, de manera que le añadieron fósforo blanco para que ardiera mejor. Así incluso arde mejor bajo el agua. Y basta con una gota, y sigue ardiendo hasta penetrar hasta el hueso, de manera que se mueren igualmente de envenenamiento por fósforo.

Los "muchachos de la retaguardia" eran la tropa de investigadores militares que ideaban innovaciones cada vez más destructivas. Todavía en 1972, la imagen de una víctima del napalm, convertida en icono, se grabaría en la memoria colectiva de varias generaciones: la fotografía de la niña Phan Thi Kim Phuc, tomada por Nick Ut. Aquella larga lista de atrocidades repetidamente fotografiadas y hasta retransmitidas en directo sellarían a escala popular y mundial el carácter "injusto" de la guerra de Vietnam. Poca épica hubo en aquellas batallas que, para Mosse, supusieron la muerte del mito de la experiencia de guerra de carácter heroico, idealizado. De alguna manera, ello quedó certificado simbólicamente en el Memorial de la Guerra de Vietnam levantado en Washington: un largo y austero muro de granito negro con los casi 60.000 nombres de los soldados muertos, inaugurado en 1982. El duelo del familiar o amigo, manifestado en el acto de tocar el nombre, es esencialmente privado, aunque desarrollado en un espacio público.

7. 'EL INFORME DE LA MONTAÑA DE HIERRO'

La "guerra injusta" de Vietnam fue quizá el mayor fracaso de la política exterior y militar de la historia de Estados Unidos y, sin embargo, ni siquiera en un primer momento se depuraron adecuadamente responsabilidades. Es verdad que, bajo el mandato presidencial de Gerald Ford, y en el marco de la llamada "Masacre de Halloween", varios "peces gordos" pasaron a segunda línea. William Colby, director de la CIA desde 1973, fue sustituido por George H. W. Bush, mientras que el

principal asesor de Nixon, Henry Kissinger, cedía su puesto al general Scrowcroft, y el secretario de Defensa James Schlesinger a Donald Rumsfeld. Los tres sucesores desempeñarían importantes cargos durante las décadas siguientes, finalizada la Guerra Fría. La ensayista Susan Sontag ya diagnosticó en 1975 que el movimiento antibélico no había ganado realmente el pulso al Gobierno. Los argumentos más extendidos en contra de la guerra no habían sido los morales, sino los oportunistas: "Porque era interminable, o un despilfarro, o una chapuza". En opinión de Sontag, la mayoría de los "espadones" habían conservado sus cargos e incluso habían sido promocionados, empezando por Bush Sr., en cuyo currículum como director de la CIA figuraba el dudoso mérito de creador del programa Fénix de operaciones encubiertas.

Otra prueba de que la lección de Vietnam no llegó a ser asimilada —a excepción de la regla de oro de minimizar en lo sucesivo las bajas en combate— fue la persistencia de los otros "muchachos de la retaguardia". Nos referimos a los "expertos teóricos" comprometidos con la guerra y vinculados a las principales universidades del país, cuya influencia no fue en absoluto pequeña. En 1970, el antiguo fiscal auxiliar de los juicios de Núremberg, Telford Taylor, escribió que "la guerra, en las dimensiones masivas y letales que adquirió después de 1964, era obra de universitarios y políticos altamente educados". Aquellos que Noam Chomsky denominó los "nuevos mandarines" se presentaron como "científicos sociales" objetivos frente a "intelectuales independientes" ideologizados. "Objetivismo" frente a "ideología": esos eran los términos del sesgado debate que impusieron académicos de tanto peso como Walt W. Rostow, Daniel Bell, Arthur Schlesinger Jr. o Samuel Huntington. Para entonces, como bien ha analizado Peter Novick, el tradicional deslinde o distancia crítica entre "intelectualidad" y "poder" institucional había pasado a ser considerado un rasgo "inmaduro", lo que se tradujo en una relación de contigüidad entre las instancias gubernamentales y las académicas. El paradigma "objetivista" se había convertido, ya desde los años cincuenta, en la ortodoxia generalizada en toda ciencia social, desde la sociología —Talcott Parsons— hasta la psicología —Skinner—, pasando por la historiografía, con un Arthur Schlesinger Jr. como *court*

historian del presidente Kennedy.

Esta especie de *intelligentsia* tecnocrática no se cansó de justificar intelectualmente la intervención estadounidense en Indochina y otros lugares. Huntington, por ejemplo, se ocupó del "estudio científico y la comprensión de Vietnam del Sur" en 1968 poniendo el foco en su proceso acelerado de "urbanización". Se trataba de justificar la estrategia de destrucción masiva del campo y éxodo de campesinos pobres —caldo de cultivo de la guerrilla— a las ciudades como parte de un proyecto "modernizador". De "modernización" entendía sobre todo su principal teórico, Walt W. Rostow, asesor de los Gobiernos Kennedy y Johnson. Otro influyente sociólogo, Daniel Bell, llegó a escribir que había sido la guerra, y no la paz, "lo que ha causado en gran medida la aceptación de las modas de la planificación y la tecnocracia y el Gobierno". La guerra habría empujado así el proceso modernizador de Vietnam mediante bombardeos, matanzas y éxodos forzados: triste, pero realista. Los teóricos de las ciencias sociales parecían haber encontrado así una funcionalidad práctica a la guerra.

Y, sin embargo, ese paradigma "objetivista" y "cientificista" empezó a acusar muestras de cansancio ya en los años sesenta al calor de la nueva ola contracultural, el movimiento antiguerra, la actitud beligerante de la prensa independiente y los escándalos provocados por revelaciones como las de los *Pentagon Papers*. Cabalgando esta ola, la aparición en 1967 de un pequeño libro, *El informe de Iron Mountain. Sobre la posibilidad y conveniencia de la paz*, originó un considerable revuelo. El texto se presentó como un informe de carácter confidencial encargado por altas esferas gubernamentales, que había terminado filtrándose al público. En la introducción, el periodista Leonard Lewin relataba su encuentro con una fuente anónima —*John Doe*—, profesor universitario especialista en ciencias sociales, que le había transmitido su deseo de ver publicadas las conclusiones de una investigación secreta en la que había participado junto con otros 14 científicos.

La primera cita a la que acudió *John Doe* en compañía de sus colegas tuvo lugar en Iron Mountain (Montaña de Hierro), en el estado de Nueva York, un gigantesco refugio antinuclear que alojaba las sedes de decenas

de grandes corporaciones multinacionales. Fue allí donde quedó constituida formalmente la selecta comisión compuesta por 15 destacados miembros de la comunidad científica, todos varones, que abarcaban prácticamente todas las disciplinas académicas, incluido un planificador militar y un crítico literario. El objetivo concreto del encargo consistía en analizar de una manera racional y objetiva las consecuencias de un escenario de "paz permanente" en Estados Unidos, con una perspectiva de desarme total en el horizonte —desmantelamiento del servicio militar obligatorio y de la industria de armamentos— y prever, llegado el caso, las diferentes medidas que sería deseable adoptar.

La metodología utilizada encajaba perfectamente en el modelo científico "objetivista" representado por los "nuevos mandarines" mencionados más arriba. Durante dos años y medio, los *Iron Mountain Boys* mantuvieron citas regulares hasta que, a finales de marzo de 1966, quedó redactado el informe final. La mayoría de los científicos se opuso a su filtrado público por miedo a los "explosivos efectos políticos" que pudieran producirse. *John Doe* fue la única voz disidente, dado que consideraba su difusión un deber cívico, de manera que entregó el texto a un periodista para su publicación —Leonard Lewin— sin desvelar la identidad de sus antiguos compañeros. Convertido en un *best seller*, el libro fue traducido al francés en 1968 con un prefacio del economista John Kenneth Galbraith.

Uno de los aspectos más escandalosos del estudio fueron las premisas teóricas de las que se sirvieron los autores para analizar las funciones de la guerra —militares y no militares— y su significado en las sociedades occidentales. En el informe se afirmaba que la guerra era, en sí misma

> la principal base de organización sobre la cual están edificadas todas las sociedades modernas. La causa inmediata común de todas las guerras es la aparente oposición de una nación a las aspiraciones de otra. Pero en la raíz de cualquier ostensible diferencia entre los intereses nacionales descansan las exigencias dinámicas del sistema fundado sobre la guerra misma, que obligan a recurrir periódicamente a los conflictos armados. La disposición para la guerra caracteriza a los sistemas sociales contemporáneos de una manera mucho más exacta que las estructuras económicas y políticas bajo las cuales se subsumen.

Esto es, que la guerra constituía el principal eje vertebrador de las sociedades modernas, desempeñando una serie de funciones militares y, sobre todo, *no militares* —económicas, políticas, sociales, culturales—, indispensables para su estabilidad y supervivencia. Ahora bien, los autores no se referían única y específicamente a las sociedades en estado *actual* de guerra, sino a las organizadas en torno a la posibilidad —en tanto que amenaza constante— de un conflicto armado. Según estas premisas teóricas, todo quedaba invertido: los conflictos políticos no eran la causa de las guerras, sino al contrario: "Las guerras no son *causadas* por los conflictos de interés internacionales. Según un razonamiento lógico adecuado, sería más acertado afirmar que las sociedades guerreras exigen, y por consiguiente suscitan, tales conflictos".

Desde esta perspectiva, y a partir del estudio de las diversas "funciones no militares de la guerra", todo lo que antes podía carecer de sentido desde un planteamiento de simple sentido común —como el exorbitado gasto militar de Estados Unidos— se justificaba en función de una racionalidad o de una lógica propia. El aparente "despilfarro" en armamento se explicaba por las llamadas "funciones económicas" de la guerra, ya que no solamente permitía dar salida a los excedentes de producción, sino que además funcionaba como un mecanismo regulador de la economía al inducir demanda o estimular ciertas industrias necesitadas de impulso privado. Las "funciones políticas" de la guerra, apuntadas en el estudio, no resultaban menos sorprendentes, al asociar inextricablemente los términos "guerra" y "nación":

> En primer lugar, la existencia de una sociedad como "nación política" requiere, como parte de su definición, una actitud de relación hacia las otras "naciones". Esto es lo que generalmente llamamos la política exterior. Pero la política exterior de una nación no puede tener entidad alguna si carece de medios para hacer valer su actitud frente a las otras naciones. Esto se puede conseguir de una manera creíble solamente si ello implica la amenaza de utilizar la máxima organización política para este propósito, es decir, si está organizada en mayor o menor grado para la guerra. La guerra, por tanto, definida de manera que incluya todas las actividades de una nación que reconozcan la posibilidad de un conflicto armado, es en sí misma el elemento definidor de la existencia de cualquier nación frente a otra.

La multiplicidad de Estados nación, con sus respectivas *raisons d'État*,

convertía necesariamente el mundo en una especie de selva hobbesiana presidida por la amenaza y posibilidad de la guerra entendidas como necesarias. Dándole la vuelta al silogismo, la eliminación de la guerra —como posibilidad— implicaría "la inevitable eliminación de la soberanía nacional y del Estado nación tradicional". Pero la guerra entendida como posibilidad y, por tanto, amenaza constante presentaba, además, otras ventajas para el cuerpo social, como eran la de cohesionarlo y estabilizarlo:

> La historia recoge numerosos ejemplos de que el fracaso de un régimen a la hora de mantener la credibilidad de una amenaza de guerra ha llevado a su disolución, por la acción de fuerzas de intereses privados, de reacciones ante la injusticia social, o de otros elementos desintegradores. La organización de una sociedad en función de la posibilidad de una guerra es la fuente principal de su estabilidad política.

En cuanto a las funciones sociológicas de la guerra, estas se cifraban en el control a través de la institución del servicio militar obligatorio de los sectores más "rebeldes y peligrosos" de la población joven de una sociedad. Los autores del informe se apoyaban principalmente en el Selective Service System estadounidense, que discriminaba a la población susceptible de ser movilizada en función de criterios socioeconómicos, reclutando en primer lugar a jóvenes desempleados, sin estudios o de escasa cualificación laboral: de ahí la importante presencia de minorías negras e hispanas en el contingente movilizado en Vietnam. En este estado de cosas, la existencia de una amenaza contante pesando sobre la nación a través del propio concepto de *enemigo* se convertía en la clave de bóveda de toda sociedad:

> La existencia de una amenaza externa aceptada es, por consiguiente, esencial tanto para la cohesión social como para la aceptación de la autoridad política. La amenaza debe ser creíble, de una magnitud adecuada a la complejidad de la sociedad amenazada, y debe ser presentada, cuando menos, como pesando sobre la sociedad entera.

Habría sido imposible leer este texto en 1967 y no relacionarlo con la amenaza de un hostil universo comunista o de los "nacionalismos ambiciosos" del Tercer Mundo. Lo más preocupante de las conclusiones del *Informe de la Montaña de Hierro* era que deslizaban la sospecha de que quizá tales enemigos no fueran realmente tan horrendos y peligrosos

como proclamaba el Gobierno, o que quizá, incluso, carecieran de existencia real. De ser esto cierto, la "amenaza" no era algo dado previamente, sino que era fabricada por el Estado:

> La "amenaza" contra el "interés nacional" es habitualmente creada o acelerada para adaptarse a las necesidades en continuo cambio del sistema de guerra. Solo en tiempos relativamente recientes se ha juzgado políticamente útil recurrir al eufemismo de necesidades de "la defensa" para nombrar los presupuestos de guerra. La necesidad por parte de los Gobiernos de distinguir entre "agresión" —mala— y "defensa" —buena— ha sido un subproducto de la extensión de la educación y de la aceleración de las comunicaciones. La distinción es solamente táctica.

La conclusión principal del informe, en respuesta a la pregunta originariamente formulada por la instancia gubernamental, resultaba inequívoca: un escenario de paz permanente a partir de unas hipotéticas conversaciones exitosas con el bloque enemigo generaría un efecto absolutamente demoledor sobre la sociedad estadounidense, que amenazaría con desintegrar sus propios fundamentos. A cada una de las funciones mencionadas de la guerra, le correspondería un efecto pernicioso en los diversos órdenes: crisis de la economía, inestabilidad política, conflictividad social… La paz no era un plato de buen gusto. Representaba, en fin, una auténtica amenaza *real*, no inventada.

Aparte del escándalo que suscitaron las conclusiones del *Informe de la Montaña de Hierro*, de inmediato surgió la polémica sobre su autenticidad. El propio Gobierno Johnson contribuyó a alimentar el debate al dar la callada por respuesta, cosa que desempeñó un papel decisivo en su éxito editorial. Traducido a varios idiomas, todo el mundo se sintió impulsado a tomar posición sobre el libro. El prestigioso economista John Kenneth Galbraith —señalado por algunos como su secreto autor— dio fe de su autenticidad en varios artículos, incluido el prólogo a la traducción francesa. En general, los comentaristas tendieron a verlo como una ingeniosa obra de sátira política, semejante a la famosa obrita de Jonathan Swift de 1729, *Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al público*. En su panfleto, Swift había criticado los argumentos utilitaristas de la época mediante la técnica de la *reductio*

ad absurdum: proponiendo que se permitiera la venta de bebés de mendigos y familias pobres irlandesas a los aristócratas como alimento.

El caso fue que, al margen del debate sobre la autenticidad o impostura del *Informe de la Montaña de Hierro*, la mayor parte de la opinión pública valoró el esfuerzo de su autor por sacar a discusión asuntos que tradicionalmente habían estado en manos de *expertos*: los expertos del Gobierno, de la seguridad, de la guerra, de la paz, tales como diversos asesores de la Corporación RAND, estrechamente ligada al Gobierno y al Pentágono. La polémica sobre su autoría quedó definitivamente zanjada pocos años después por Leonard Lewin —el periodista introductor del mismo, el contacto de *John Doe*— en un artículo publicado en el *New York Times* en 1972. Según sus palabras,

> Lo que yo pretendí fue simplemente presentar los temas de la guerra y de la paz de una forma provocativa. Abordar el carácter esencialmente absurdo del hecho de que el sistema fundamentado en la guerra, por muy vergonzoso que resulte, es no obstante aceptado como parte de un necesario orden de cosas. Caricaturizar el fracaso de una mentalidad de gabinete estratégico (*think tank*) llevando su estilo de pensamiento científico hasta sus últimas consecuencias. Y quizá, con suerte, ampliar el ámbito de la discusión pública de "la planificación de la paz" más allá de sus habituales y aburridos límites.

Si Lewin prolongó durante años el suspense fue porque sabía que un ensayo convencional de crítica política jamás habría tenido tanta difusión de no haberse apoyado en la polémica de su autoría, a partir de su falsa apariencia de informe gubernamental. En cuanto al impacto que desencadenaron sus atrevidas conclusiones, en su opinión resultó más que evidente que su sátira-ficción había sido superada por la realidad. Citó concretamente, entre otros, el caso de los *Pentagon Papers*, revelados por *The New York Times* en 1971:

> Hasta donde yo sé, nadie ha cuestionado la autenticidad de esos documentos de pensamiento estratégico de alto nivel. Pienso que un lector objetivo estaría de acuerdo con que determinadas secciones de estos textos son tan ofensivas, moral e intelectualmente hablando, como cualquiera de las invenciones de *Iron Mountain.*

8. 'INFLANDO' LA AMENAZA Y PASANDO LA FACTURA

Pese a la falsedad de la sátira-ficción de Lewin, su descripción de las funciones de la guerra, especialmente las económicas, resultó más que convincente. De hecho, parece ser que fue la noticia de una brusca caída de los índices de bolsa por un fenómeno de "Miedo a la paz" en 1966, vísperas de una ronda de negociaciones de distensión entre bloques, lo que animó al verdadero maquinador del proyecto del *Informe de la Montaña de Hierro,* el editor y periodista Victor Navasky, a encargar el texto a Lewin. Ya habíamos visto que las recomendaciones de Paul Nitze en el NSC-68 habían recogido un aumento del gasto militar en tiempo de paz sin precedentes en la historia de Estados Unidos. En su momento, Nitze lo había justificado no solamente por razones políticas, sino también por su funcionalidad económica.

Se trataba de trasladar al capítulo del gasto militar las mismas nociones de la teoría keynesiana: las inversiones públicas, aunque se tratara de algo tan socialmente inútil como las armas, podían dinamizar la economía al estimular la producción y el consumo privados, absorbiendo excedentes productivos y creando puestos de trabajo. El Pentágono, como principal cliente a la vez que promotor de la industria de defensa, afirmaba así su papel de agente impulsor de la industria privada. Tras el impulso de Corea, la tendencia al alza del gasto militar había proseguido año tras año, escalonándose en cada conflicto. Uno de sus efectos había sido precisamente la creación de una especie de subsistema social autónomo, mezcla de negociantes, políticos y militares: el llamado complejo militar-industrial (CMI), sobre cuyos peligros había alertado de manera un tanto sorpresiva el presidente Eisenhower en su despedida de enero de 1961. La confusión, más que fusión de intereses —públicos y privados—, había llegado hasta el punto de que altos ejecutivos como Charles Erwin Wilson —*Engine Charlie*— y Charles Edward Wilson —*Electric Charlie*— habían combinado, respectivamente, las presidencias de las multinacionales General Motors y General Electric, con los cargos de secretario de Defensa y director de la Office of Defense Mobilization, por la que pasaban todos los contratos de armamento.

Pero para principios de los sesenta eran ya numerosas las voces que denunciaban el CMI como instrumento de un capitalismo de Estado que

vulneraba las reglas del libre mercado que la Administración estadounidense, con su Ejército a la cabeza, decía defender en todo el mundo. Los gastos militares habían servido para impulsar procesos de innovación tecnológica, así como para inducir y estimular la demanda privada, ciertamente. Sin embargo, el proceso había estado viciado desde el principio: durante toda la década de los sesenta, el 80% de los pedidos de armamento del Gobierno no se hizo sobre una base de competencias, por concurso público, sino por adjudicación directa. El resultado fue la perfecta convivencia de la hipertrofia del gasto militar con el colosal crecimiento de corporaciones multinacionales como Boeing, General Electric, Lockeed, Raytheon o Martin Marietta.

Pero lo peor era que, dada esta sinergia entre intereses privados y funcionarios públicos, incluidos los servicios de información, cuya efectividad se medía y justificaba por la continua percepción de la amenaza por parte de los ciudadanos, se había generado una curiosa situación de autismo. Las informaciones que servían para sustentar esa sensación de amenaza —a partir de datos manipulados y exagerados— se habían convertido en las únicas relevantes para los poderes gobernantes, ya que justificaban aquello que desde un principio se venía buscando. Un buen ejemplo fue la gigantesca *fake new* ya comentada del falso desfase de misiles entre Estados Unidos y la URSS, el *missile gap*. La era de la *détente* o distensión, al margen de las *guerras calientes* periféricas, pudo leerse, pues, por parte de aquellos poderes, como una constante amenaza: de ahí la actualidad y perspicacia de la crítica lanzada por el *Informe de la Montaña de Hierro* en 1967.

La situación económica de Estados Unidos a lo largo de la década de los sesenta, tan distinta de la del decenio anterior, permitía comprender este acusado interés por la venta de armamento. Su balanza de pagos empezaba a arrastrar un déficit crónico y creciente. Si en los cincuenta sus bienes y servicios habían inundado el mundo al abrigo del Plan Marshall, la situación se había tornado la contraria como resultado de los *milagros* europeo y japonés. Europa occidental y Japón exportaban cada vez más a Estados Unidos, que se endeudaba progresivamente y exportaba capital —empréstitos y multinacionales— al Viejo Continente.

Para colmo, en la segunda mitad de los sesenta el déficit de su balanza de pagos se agravó con los gastos ocasionados por la guerra de Vietnam. La línea discursiva utilizada por las Administraciones Kennedy, Johnson y Nixon vino a apoyarse por entonces, de una manera casi obsesiva, en el mítico *sacrificio* estadounidense por la defensa de Europa.

Sus voceros argumentaban que era Estados Unidos quien cargaba sobre sus hombros con la defensa del suelo europeo, y que sus socios debían compensarle de alguna forma por ese sacrificio o invertir en su propia defensa adquiriendo armamento convencional a su protector. En el debate denominado del "reparto de cargas", empezó a popularizarse la demagógica imagen de que, durante la década anterior, Europa se había dedicado a atesorar oro mientras Estados Unidos coleccionaba bombas nucleares, según se ocupó de señalar el asesor Walt W. Rostow en 1963. Buena parte de esas bombas nucleares comenzaron a instalarse, por cierto, en suelo europeo, en el marco de la OTAN o de acuerdos bilaterales con otros países, lo que significaba hipotecar la política exterior de los aliados bajo la coartada de la protección. Para principios de los setenta había en Europa unos 7.000 ingenios nucleares tácticos o de corto alcance, todos bajo control estadounidense y almacenados, en ocasiones, sin consentimiento oficial e incluso sin conocimiento de los Estados anfitriones, como ocurrió con los casos danés y español. En conjunto, el debate del "reparto de cargas" en el seno de la OTAN, como fuente constante de "tensión transatlántica", se prolongaría durante toda la Guerra Fría y después.

En sus recriminaciones a Europa occidental por el supuestamente desigual "reparto de cargas", los Gobiernos de Estados Unidos recurrieron a la amenaza de la retirada gradual de las tropas desplegadas en Europa, casi 400.000 en 1962, una situación que se prolongó hasta 1977. La coincidencia de estos reproches con la creciente escalada del gasto militar en la guerra de Vietnam no fue casual. De hecho, el debate trasatlántico estuvo impregnado de un profundo resentimiento por la falta de apoyo de los socios europeos en dicho conflicto. Según el discurso de buena parte de sus congresistas y senadores, Estados Unidos estaba "conteniendo" en solitario al comunismo en Vietnam y, para colmo, tenía

que seguir haciéndose cargo de la defensa de sus "ricos" aliados.

En las discusiones sobre el "reparto de las cargas", por muy virulentas que fueran, solía ocultarse un dato particularmente elocuente: que la mayoría de los bienes y servicios utilizados por las fuerzas armadas en el extranjero se producían en Estados Unidos. Siguiendo el tradicional modelo colonial del *enclave*, las tropas norteamericanas generaban una demanda que, en buena parte, era satisfecha por la producción nacional. A modo de argumento definitivo, fue el propio Walt Rostow quien reconoció en 1963 que no había "ningún ahorro presupuestario sustancial mezclado con las retiradas de tropas de Europa: las unidades americanas cuestan, por lo menos, tanto de mantener en casa como en el extranjero". De ser esto cierto, la utilización de su retirada a modo de chantaje habría constituido en realidad una estrategia *win-win* para Estados Unidos.

9. 1979: EL CRÍTICO COMIENZO DE LA SEGUNDA GUERRA FRÍA

Los enormes gastos incurridos por los Gobiernos de Estados Unidos en la "guerra injusta" de Vietnam, el drenaje de fondos federales en armamento, el crecimiento de la deuda pública y el desequilibrio de su balanza comercial con el resto del mundo desembocaron en la brusca devaluación del dólar en 1971. La primera crisis del petróleo, entreverada con la crisis árabe-israelí y la guerra del Yom Kippur de 1973, agravó la situación con el súbito encarecimiento del crudo y la consiguiente flotación del dólar y monedas vinculadas por el Fondo Monetario Internacional. La segunda crisis petrolífera de 1977-1979 sirvió de rotundo remache, engarzada esta vez con la invasión soviética de Afganistán y la crisis de los rehenes en Teherán a finales de ese último año. Desorden monetario, progresiva financiarización de la economía, inflación generalizada, creciente brecha entre el crecimiento del PIB de los países de la OCDE y el del índice de precios al consumo, caída sostenida de la productividad y efecto "estanflacionista": este fue el ecosistema que presidió el final de la *détente* y el comienzo de la llamada segunda Guerra Fría en los años bisagra de las décadas de los setenta y

ochenta.

El análisis ya clásico de Paul Kennedy, comparando capacidades productivas y militares de Estados e "imperios", continúa iluminando detalles reveladores. A principios de los setenta, desde el punto de vista militar, el mundo seguía siendo esencialmente bipolar, presidido por el llamado "equilibrio del terror". Económicamente, sin embargo, la tendencia dominante era la multipolaridad. Estados Unidos había perdido peso relativo en la economía mundial: si en 1950 el 60% de las manufacturas producidas en el mundo capitalista habían sido de origen estadounidense, en 1970 este porcentaje había descendido al 43%. La participación de Estados Unidos en el comercio mundial se había reducido a la mitad en 15 años, en favor de una Europa occidental cada vez más integrada y de los países de Asia oriental, con Japón a la cabeza. Y sin embargo, esta progresiva mengua económica convivía con un gigantismo militar traducido en más de un millón de soldados repartidos en 30 países, el liderazgo de cuatro alianzas defensivas regionales y la ayuda militar a más de 100 naciones. La gran cantidad de obligaciones militares de la superpotencia a escala mundial, bastante mayor que 25 años atrás, contrastaba con su menor peso económico global, un desfase que se agudizaba de manera especial en Europa.

Dado este estado de cosas, fue el presidente Carter, gobernando de 1977 a 1981, quien tomó la decisión de continuar e intensificar el proceso de rearme de Europa occidental. Una vez más —el antecedente había sido Kennedy—, un presidente demócrata pasaría falsamente a la historia como una *paloma* frente a los *halcones* conservadores. Para entonces el mercado europeo de armas estadounidenses había decrecido en importancia frente al asiático. Con el objetivo de reflotar el primero, y escudándose tras la necesidad de modernizar y "estandarizar" el heterogéneo armamento aliado, en 1977 el Gobierno Carter propuso dos iniciativas complementarias entre sí: el Programa de Defensa a Largo Plazo (LDTP) y el llamado compromiso del 3%. La iniciativa respondía a la lógica particular del complejo militar-industrial estadounidense a partir de la sinergia de los actores públicos y privados, esta vez en el marco de un sistema sumido en una grave crisis.

Según el historiador Gwyn Prins, entre 1970 y 1979, unos 1.500 antiguos cargos de la Secretaría de Defensa trabajaban en empresas dedicadas a la industria bélica como Boeing, Northrop y Lockheed, y al revés: en 1973 ascendían a 275 los antiguos ejecutivos de la industria militar en Defensa. El rearme podía servir así para "dopar" a importantes empresas multinacionales cuyas divisiones civiles se estaban enfrentando a importantes caídas de demanda con motivo de la crisis. Lo mismo que había ocurrido con el reflotamiento de Boeing en 1949 se repitió con Chrysler, que remontó su negocio con la producción de tanques, que no de coches. Fue ese el caso del Abrams XM-1, modelo que entraría en servicio en 1980 y sería exportado principalmente a los países del Oriente Próximo y el golfo Pérsico.

El Programa de Defensa a Largo Plazo (LTDP), adoptado formalmente por la OTAN en 1978, consistió en un ambicioso programa de modernización del armamento aliado europeo, tanto nuclear táctico como convencional, cuyo cumplimiento exigía el compromiso de incrementar los gastos militares a razón de un 3% anual como promedio. Pero del dicho al hecho, hay largo trecho. Por un lado, los socios europeos se resistieron a ejecutar un programa tan costoso a largo plazo en medio de una crisis que terminaría por prolongarse hasta bien entrados los ochenta. Por otro, las iniciativas de la Administración Carter reflejaban con demasiada claridad las presiones de venta de armas y tecnología propias, disimuladas detrás del consabido argumento de promover la estandarización del armamento OTAN. La oportunidad no era mala para Estados Unidos, debido a que la devaluación y luego libre flotación del dólar permitían potenciar su capacidad exportadora.

Para justificar ambas iniciativas, la LTDP y el compromiso del 3%, la Administración Carter resucitó una doctrina estratégica nuclear especialmente agresiva de la época de Nixon. La doctrina de "contrafuerza" pretendía impulsar la producción de armas nucleares precisas capaces de asestar un "primer golpe" que dejara fuera de combate a las fuerzas nucleares enemigas y las incapacitara para responder. La nueva doctrina significaba, en la práctica, romper el equilibrio entre bloques. En realidad, la fabricación de las nuevas "armas

de contrafuerza" había comenzado ya a principios de los setenta, en plena *détente*: los "euromisiles" Cruise —Crucero— y Pershing II. El Gobierno Carter dio el impulso definitivo a la fabricación del Cruise en junio de 1977, a la vez que se negó a incluir este tipo de misiles de alcance medio en la agenda de las conversaciones de reducción de armamento en curso. En mayo de 1978, el Ejército estadounidense anunció su intención de desplegar una brigada equipada con misiles Pershing II en Alemania Occidental, y en febrero del año siguiente la empresa armamentística Martin-Marietta recibía un pedido para producirlos por valor de 360 millones de dólares.

Hacia 1979, las armas de "contrafuerza" diseñadas casi una década antes ya existían y la inversión estaba hecha: su instalación en Europa fue acordada durante el mes de enero en la cumbre de la isla de Guadalupe. El rédito económico que reportaría a Estados Unidos no era pequeño: el costo de la instalación de los "euromisiles" se estimaba en más de 8.000 millones de dólares, de los cuales unos 3.300 correrían a cargo de los socios europeos. El pretexto para su despliegue con carácter supuestamente defensivo fue la previa modernización por parte soviética de los anticuados misiles de alcance medio SS-4 y 5 por los modernos SS-20, que habían sido instalados en 1977. Otra vez se esgrimió el falaz argumento del *missile gap* —brecha de misiles— para justificar un nuevo paso hacia adelante en la tensión entre los dos bloques. Para finales de 1979, el Consejo de la OTAN aprobó la llamada doctrina de la "doble decisión", que sancionaba la instalación de los 108 Pershing II y los 464 Cruise —15 veces más precisos que los SS-20— en suelo europeo, a la vez que se manifestaba proclive a continuar con las conversaciones de limitación de armamento nuclear con la URSS. Este último anuncio tenía un efecto puramente propagandístico, ya que, en la práctica, se saboteaban las conversaciones al pretender negociar desde una posición de fuerza. La instalación efectiva de los misiles no comenzaría hasta 1983, ya con la nueva Administración Reagan.

La "doble decisión" del Consejo Atlántico del 12 de diciembre de 1979 no estuvo exenta de polémica: de hecho, generó importantes protestas que se manifestarían durante los años siguientes. Una vez más,

una doctrina de estrategia nuclear diseñada y gestionada en solitario por la superpotencia estadounidense servía para múltiples usos. Si, por un lado, impulsaba el negocio armamentístico propio, por otro condicionaba la política exterior de sus aliados europeos. Esta política de presión abarcaba, por cierto, a otras fichas del ajedrez geoestratégico. En vísperas de la adopción por la OTAN de la "doble decisión", el secretario de Estado Browne se esforzó en vano por conseguir que sus socios secundaran las medidas de represalia que Estados Unidos había tomado contra el Irán de la revolución islámica —sumido en plena *crisis de los rehenes*—, algo que los aliados europeos no podían permitirse debido a su situación de dependencia energética. Quizá no sea tan descabellado interpretar el consentimiento final europeo a la "doble decisión" como una especie de compensación por la falta de apoyo en la crisis iraní.

Al mismo tiempo, la Administración estadounidense no descuidaba el desarrollo del armamento convencional. En 1977 Carter ya había planteado la creación de fuerzas especiales que pudieran intervenir eficazmente en el llamado Tercer Mundo —la directiva presidencial PD-18— y, en enero del año siguiente, el secretario de Defensa Brown había encargado al Pentágono el diseño de una fuerza de despliegue rápido, de unos 100.000 hombres, para una posible intervención en el golfo Pérsico u otras regiones. En el marco de la doble crisis del petróleo y la de los rehenes en Irán, y tras la reanudación de las relaciones chino-estadounidenses que culminaron con la sustitución de Taiwán por la China Popular como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU en 1979, la región Asia-Pacífico perdía importancia relativa para Estados Unidos en favor de Oriente Próximo.

La nueva fuerza de despliegue rápido (RDF), creada en 1979, adquirió la justificación que necesitaba con la invasión de Afganistán efectuada en diciembre por el Ejército soviético. De cara al exterior, la determinación de crear la RDF adquiría así carta de legitimidad en tanto que instrumento de contención militar frente a un fantasioso, más que hipotético, avance de los ejércitos soviéticos hacia el golfo Pérsico. El propio creador de la RDF, el asesor Robert Komer, declaró ante el Congreso en 1980 que "su uso más probable no era el de resistir a un

altamente implausible ataque soviético, sino el de lidiar con desórdenes autóctonos y regionales, en particular con el nacionalismo radical". Por último, el Gobierno estadounidense reforzó y amplió su red de bases para la proyección de la RDF en su "tercera zona estratégica" —según la terminología del asesor Brzezinski— llegando a acuerdos con Omán, Kenia, Somalia y Egipto que se tradujeron en exportaciones millonarias de armamento convencional. Como resultado de todo ello, y a pesar de su retórica "pacifista", las inversiones militares aumentaron durante todo el periodo de la Administración Carter (1977-1981).

En el relato histórico, parecería que determinados años acumulan una carga de acontecimientos singular tanto por su número como por su significación. A manera de nuevo parteaguas de épocas, como lo había sido 1947 con el comienzo de la Guerra Fría, 1979 fue el año trascendental de la revolución islámica iraní y la crisis de los rehenes de la embajada de Teherán, así como de la invasión de Afganistán por las tropas soviéticas. La "doble decisión" aprobada por la OTAN a instancia de Estados Unidos se produjo apenas unos días antes de aquella invasión formal, cuando el Gobierno Carter se encontraba sumido en una profunda crisis económica y expuesto a un importante deterioro de su imagen internacional. El año de 1979 fue considerado el primero de la llamada "segunda Guerra Fría", que alcanzaría sus mayores niveles de tensión a finales de 1983. La imagen de debilidad proyectada a lo largo de 1979 por Carter, simbolizada por la frustrada tentativa de liberación de los rehenes de Teherán, contrastó dramáticamente con la de las tropas soviéticas invadiendo Afganistán. Fue explotando este contraste, y acusando a la Administración demócrata de ser demasiado "blanda" con sus enemigos, como la oposición republicana encabezada por Ronald Reagan consiguió ganar las elecciones presidenciales a finales de 1980. De la falsedad de estas impresiones podían dar cuenta buenos conocedores de la política de Carter como el consejero Brzezinski, figura clave de aquella época:

Fue el presidente Carter quien, por vez primera en tiempo de paz, incrementó el presupuesto de defensa. Fue el presidente Carter quien ordenó la creación de una fuerza de despliegue rápido. Fue el presidente Carter quien decidió el despliegue del misil MX

[estratégico]. Fue él quien creó una estructura de seguridad regional en el golfo Pérsico.

Esto por lo que se refería a las órdenes y disposiciones publicadas y publicitadas: la realidad era algo más compleja. La nueva fuerza de despliegue rápido de camino a Oriente Próximo necesitaba engrasar bien su red de bases del Mediterráneo, y Turquía, que en 1980 constituía el segundo mayor ejército OTAN —con medio millón de soldados y 16 bases atlánticas—, estaba viviendo por entonces una peligrosa situación de inestabilidad. La república turca, que había sido una pieza maestra del ajedrez geoestratégico de 1947-1949, volvía a serlo cuando la década de los setenta tocaba a su fin. Dado el acercamiento sirio a la URSS y los recientes sucesos en Irán y Afganistán, estaba claro que aquella pieza no podía caer. Es sabido el conocimiento previo que tuvieron la CIA y el Gobierno estadounidense del golpe de Estado que protagonizó el general Evren, antiguo veterano en Corea, el 12 de septiembre de 1980, con más de medio millón de detenidos. La implicación atlántica nunca llegó a aclararse del todo, pero ya en junio de ese año, "la única gran preocupación" del mando atlántico del Mediterráneo, que era el mismo de la VI Flota de la Marina estadounidense, había sido precisamente la economía turca y la consiguiente desestabilización política del país.

10. REAGAN CONTRA EL IMPERIO DEL MAL

La ascensión de Ronald Reagan a la presidencia a principios de 1981 supuso la consagración de la doctrina más agresiva de enfrentamiento con el bloque soviético que había existido hasta la fecha, y que quedaba resumida en el título de un famoso artículo publicado el verano anterior en la revista *Foreign Policy*: "La victoria es posible". Según sus autores, la meta que debía perseguir Estados Unidos no era tanto contener al bloque rival sino derrotarlo directamente. Ello entrañaba la perspectiva de una guerra nuclear prolongada, dosificada en fases, y de una serie de múltiples conflictos en forma de "guerras limitadas" con armamento nuclear táctico o no, que muy bien podrían darse en Europa occidental. El armamento idóneo para esta doctrina, las armas de contrafuerza o de primer golpe, ya estaba creado: los "euromisiles" Pershing II y Cruise ya

aprobados por la OTAN que serían efectivamente desplegados a partir de 1983. El 16 de octubre de 1981, el presidente admitió abiertamente "la posibilidad de utilizar armas tácticas nucleares contra tropas en el campo de batalla europeo, sin que ello condujera a las grandes potencias a apretar el botón nuclear".

Resulta fácil imaginar el pasmo de los socios europeos de la OTAN ante declaraciones como esta: eran ellos los que más arriesgaban con la nueva estrategia estadounidense, hipotecados como estaban por su política exterior. De alguna manera, las más agresivas doctrinas nucleares diseñadas desde los años sesenta a través de las distintas Administraciones confluían ahora en Reagan, un actor de Hollywood elevado a la presidencia gracias a un discurso populista y demagógico —*America is back*— magnificado por el surgimiento de la "política espectáculo" y la exagerada atención de las grandes cadenas televisivas. Baste un detalle: sus mandatos presidenciales generaron tantos metrajes de cine y televisión como los de los cinco Gobiernos anteriores juntos.

En 1983, Reagan impulsó la fabricación de una nueva arma de contrafuerza: la Iniciativa de Defensa Estratégica (ISD), un sistema defensivo de alcance espacial que sirviera de escudo contra cualquier ataque nuclear enemigo. La ISD, al igual que las armas de primer golpe, suponía una nueva amenaza para el precario equilibrio de disuasión mutua de las dos superpotencias nucleares, desde el momento en que una de ellas se garantizaba su propia invulnerabilidad. Como resultado, el presidente inauguró su mandato proponiendo el mayor incremento del presupuesto de defensa conocido hasta la fecha en tiempo de paz: un promedio anual del 8,1% entre 1981-1987, con un aumento total previsto del 59%. Este keynesianismo militar contrastó de manera dramática con la ortodoxia neoliberal de las llamadas *reaganomics*: severos planes de recorte fiscal, subida de la tasa de interés, recorte del gasto público y rebaja de impuestos a las grandes fortunas. Las mismas políticas económicas del *shock*, según el término popularizado por Naomi Klein —Thatcher en 1979, Reagan en 1981, Kohl en 1982—, que habían sido previamente ensayadas en el laboratorio liberal de la dictadura chilena.

¿Cómo justificar públicamente un gasto militar tan exagerado? Reagan

apeló a la "conciencia de culpabilidad" de sus conciudadanos, excitando un inflamado discurso nacionalista tras las heridas producidas en el "orgullo nacional" por la derrota de Vietnam y la crisis de los rehenes en Irán. El "sacrificio" era necesario dado que Estados Unidos, supuestamente, había descuidado sus obligaciones como superpotencia y eso había que pagarlo. En palabras del secretario de Defensa Caspar Weinberger en 1983, "debemos ahora pagar la factura de nuestro fracaso colectivo en preservar un adecuado equilibrio de fuerzas durante la pasada década o las dos últimas". Para justificar ese "sacrificio", había que lanzar un discurso convenientemente alarmista. El maniqueísmo de la segunda Guerra Fría alcanzaría su máxima cota en 1983, con el concepto de "imperio del mal" articulado por vez primera en su alocución del 8 de marzo ante la Asociación Nacional de Evangélicos.

Aunque proyectos como la ISD fueron los que más titulares acapararon, las renovadas inversiones no se limitaron a los ingenios nucleares. Dentro del presupuesto de defensa de 1985, que casi duplicó el de 1980, las partidas dedicadas a "fuerzas de proyección" convencionales experimentaron un aumento del 34% debido, según el mismo Weinberger, a "la expansión de los intereses de Estados Unidos en el Tercer Mundo y el aumento de los conflictos en esta zona". En continuidad con la política de la Administración anterior en sus últimos años, una región prioritaria era el golfo Pérsico, "la clave indispensable para la defensa de la posición mundial en Norteamérica", en palabras del analista Robert Tucker. Para fortalecer esa posición, la Administración Reagan continuó demandando a los países de la OTAN convenientes accesos en ruta y disposición para cubrir los vacíos defensivos que pudieran producirse en el Viejo Continente. El flanco meridional de la Alianza y el corredor estratégico del Mediterráneo, el usado por la fuerza de despliegue rápido recién creada, ganaron peso específico durante aquellos años. El marco político no fue otro que el de una estrecha colaboración con los países de ambas riberas, incluida una España recién ingresada —en 1982 y de manera precipitada— en la Alianza.

Con el despliegue efectivo de los "euromisiles" anunciado para 1983, el fantasma de una guerra nuclear comenzó a recorrer nuevamente

Europa. La consecuencia directa para la OTAN fue la de una crisis de legitimidad sin precedentes, en forma de múltiples resistencias tanto en Europa como en Estados Unidos a la cada vez más agresiva política exterior de Reagan. Las protestas populares fueron enormemente variadas y superaron tanto en intensidad como en amplitud a las primeras campañas contra las armas nucleares en Europa, como la protagonizada entre 1958 y 1962 por la CND (Campaign for Nuclear Disarmement). Las resistencias estallaron fundamentalmente en los países receptores de las nuevas armas nucleares: la República Federal Alemana, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda e Italia. Ya en octubre de 1981, unas 250.000 personas se habían concentrado en Bonn contra el proyecto de los "euromisiles". Aquel fue, por cierto, el momento clave a partir del cual el partido de los verdes alemanes empezó a adquirir prestigio mundial al tiempo que consolidaba su fuerza interna.

A finales del año siguiente, tuvo lugar en Gran Bretaña la mayor manifestación femenina contra las armas nucleares conocida hasta la fecha: cogidas de la mano, miles de mujeres europeas y estadounidenses rodearon el perímetro —de más de 14 km.— de la base militar de Greenham Common. Las protestas tenían, además, un marcado carácter heterogéneo que amplificaba su alcance y resonancia. Incluso antiguos generales de la OTAN se sumaron al movimiento de resistencia aportando su experiencia y sus conocimientos: el caso más conocido fue el del alemán Gerd Bastian, organizador del grupo Generales por la Paz y el Desarme. La importancia del movimiento pacifista y antinuclear no pasó desapercibida a los analistas de la época. El profesor Stanley Hoffmann, después de destacar sus dimensiones internacionales, resaltó "la activa participación de las mujeres y de un amplio número de movimientos religiosos y de iglesias", considerándolo un movimiento tanto más poderoso cuanto más "inasible" y diverso. Tampoco se le escapó un dato fundamental, esto es, que el movimiento era particularmente fuerte "en el país que ha sido, hasta ahora, el más firme aliado de Estados Unidos en el continente y la pieza clave de la estrategia de la OTAN: la República Federal Alemana", el país occidental más directamente interpelado por la dinámica bipolar de bloques.

Pero la Administración Reagan no cedió ante esta masiva manifestación de "alergia nuclear" europea, y en 1983 procedió al despliegue efectivo de los "euromisiles". ¿Por qué ese empecinamiento? Estaban, por supuesto, las razones económicas que justificaban su producción y mantenimiento. Los misiles Cruise, por ejemplo, fueron fabricados por las grandes corporaciones norteamericanas Boeing y General Dynamics, que absorbían a principios de los ochenta el 31% y el 67% respectivamente de los contratos del Departamento de Defensa. Y los 464 Cruise europeos solo eran una parte de los que fueron construidos para ser desplegados en submarinos, navíos y bombarderos. Razones económicas aparte, el historiador David Holloway señaló en su día una función *política* de los "euromisiles", en el sentido de que "los nuevos misiles eran necesarios para fortalecer los vínculos entre las dos partes de la Alianza", esto es, Europa y Estados Unidos. Ahondando en esta hipótesis, y según otros autores, la instalación *terrestre,* en suelo europeo, de armas nucleares que permanecerían bajo absoluto control norteamericano las habría convertido en visibles símbolos políticos de la alianza trasatlántica. La explicación resulta bastante convincente, sobre todo a la luz de las difíciles relaciones, en lo económico y lo político, que mantenían por aquellas fechas los socios europeos con Estados Unidos.

En el terreno económico, a principios de los ochenta se habían producido varios enfrentamientos con Estados Unidos que afectaron gravemente a la OTAN. Uno de ellos fue la decisión, anunciada por Reagan en la cumbre atlántica de Bonn de junio de 1982, de prohibir a las filiales y concesionarias europeas de empresas estadounidenses la venta de componentes para el gran gasoducto eurosiberiano, comenzado en 1980, que estaba destinado a reportar cuantiosos beneficios a la URSS. No fue este un asunto menor, por cuanto provocó la dimisión del secretario de Estado Alexander Haig, con los socios europeos resistiendo las presiones y desafiando el embargo impuesto. Poco después, en octubre de ese mismo año, un tramo del gasoducto explotó en un remoto lugar de Siberia. La fuerza de la explosión fue enorme: cinco kilotones, un tercio de la fuerza de la bomba atómica de Hiroshima. Las autoridades soviéticas la atribuyeron a un fallo de construcción, pero la verdadera

razón era bien distinta: un sabotaje del espionaje estadounidense con colaboración francesa en el marco del llamado dosier Farewell, buena parte de cuyos datos no serían desclasificados hasta 1997. En noviembre, el Gobierno Reagan levantó el embargo a las empresas concesionarias europeas, en una presunta muestra de buena voluntad hacia las autoridades soviéticas, recién fallecido Breznev. El objetivo, de todas formas, se había conseguido.

La cuestión energética era especialmente delicada, dada la acusada dependencia europea de la producción petrolífera de la OPEP. Su situación era completamente distinta a la de Estados Unidos, que podía mantener un precio mucho más bajo —la mitad del que pagaba por entonces Europa— debido a su importante producción propia, a la vez que las llamadas "siete hermanas" o principales compañías petrolíferas mundiales, la mayoría estadounidenses, se beneficiaban de los altos precios internacionales del crudo. El problema se acentuaba con los altos tipos de interés estadounidenses, que drenaban capital extranjero —"petrodólares", por ejemplo— en detrimento de Europa y Japón.

La solución europea, hasta entonces, había consistido en fortalecer su músculo exportador de manufacturas tanto a Europa del Este como a Oriente Próximo y al resto del mundo. Para el caso alemán, y como resultado de la *Ostpolitik*, o política de normalización con los Estados europeos del bloque soviético, en 1976 la RFA había exportado más mercancías a Europa oriental que a Estados Unidos. Este positivo balance exportador, sin embargo, peligró a principios de los ochenta con las presiones estadounidenses relativas al gasoducto, a las que se sumaron los gravámenes *antidumping* impuestos al acero europeo, unas presiones que, de manera hipócrita, convivían con las exportaciones estadounidenses de cereal a la URSS. La coyuntura se complicaba todavía más con la política reaganiana en Oriente Próximo y sus consecuencias. En la cumbre de Bonn de 1982, por ejemplo, los socios de la OTAN no lograron consensuar una declaración conjunta sobre la invasión israelí del Líbano de aquel mismo año, apoyada por el Gobierno estadounidense y destinada a expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) del país. Reagan negó entonces que dicha

invasión, calificada por Israel de "operación de paz para Galilea", fuera comparable a la soviética de Afganistán. Se trató, en suma, de otra "guerra de agresión" teóricamente proscrita por los vaporosos principios del derecho internacional que acababa siendo sancionada por la razón de la fuerza.

La que se convertiría en la guerra del Líbano de 1982 no sería el único caso de esta clase. En 1984, el Gobierno sandinista de Nicaragua denunció a Estados Unidos ante la Corte Internacional de Justicia, radicada en La Haya desde 1945, por la "guerra de agresión" y el embargo que venía sufriendo. El Gobierno Reagan había estado financiando y preparando desde 1981 a los guerrilleros de la "contra" a fin de derrocar el Gobierno sandinista. La Corte terminó dictaminando a favor de Nicaragua en 1986, sin que la sentencia surtiera el menor efecto, dado que Estados Unidos se había negado desde un primer momento a reconocer su jurisdicción. Los oscuros manejos del financiamiento de la "contra" a través de la venta de armas al régimen iraní provocarían en 1985 uno de los mayores escándalos del segundo Gobierno Reagan, el caso Irán-Contra o *Irangate*.

La época dorada de la *détente*, junto con la *Ostpolitik* de Willy Brandt, había dado como fruto, a uno y otro lado del "telón de acero", un proceso de acercamiento mutuo de las dos Europas a través de la intensificación de sus relaciones económicas y comerciales. Pero si los crecientes intercambios comerciales entre zonas económicas hasta entonces aisladas apuntaban a un horizonte de paz, la política exterior reaganiana y, de rebote, las reacciones soviéticas, empujaban en sentido contrario. Hacia 1983, el economista André Gunder Frank explicaba así la insistencia norteamericana en "la amenaza soviética" de aquellos años:

> Tal vez otra respuesta a la cuestión de la amenaza soviética sea que no solo la URSS, sino también Estados Unidos, es cada vez más débil en el terreno económico y político, así como en el ideológico en Europa occidental, y que ambas superpotencias solo pueden confiar en sus armas nucleares y en sus tropas para ejercer una influencia decisiva y manejar la política económica y comercial de Europa occidental.

11. HACIA EL FIN DE LA GUERRA FRÍA:

PETRA Y CHRISTA

Fueron las conversaciones de paz iniciadas por Gorbachev y aceptadas por Reagan las que consiguieron reducir las cantidades de misiles de corto y medio alcance en Europa de diciembre de 1987. Los misiles Pershing y Cruise empezaron a ser retirados de Europa para proceder a su destrucción en Estados Unidos: a finales de 1988 ya se había eliminado un 20%. Para entonces, las armas nucleares estaban sufriendo un fuerte cuestionamiento en el debate público, a la sombra del accidente de la planta ucraniana de Chernóbil en 1986.

Durante los dos últimos años de la Guerra Fría se hicieron públicos dos graves problemas generados por la producción masiva de este tipo de armas en Estados Unidos. El primero se refería a la polución radioactiva y química generada por los aproximadamente 60.000 ingenios nucleares fabricados desde los años cuarenta: los enormes costes de los programas de descontaminación se calculaban en unos 150.000 millones de dólares. El segundo problema se refería a la incapacidad del complejo del Departamento de Energía estadounidense para seguir produciendo y almacenando más armamento nuclear debido a las dificultades de producción de tritio. Por otro lado, el *crash* de Wall Street en 1987 y los altísimos déficits de la balanza comercial y del presupuesto federal empezaron a imponer recortes en los programas militares. Para colmo, el grandioso proyecto espacial de la Iniciativa de Defensa Estratégica anunciado por Reagan empezó a peligrar: no lograría sobrevivir al final de la Guerra Fría, al menos en su planteamiento inicial.

Las historias políticas al uso subrayan el papel principalísimo en el final de la Guerra Fría de dos "hombres excepcionales", en palabras de Melvyn Leffler, o "grandes actores", según John Lewis Gaddis: Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachev. Su éxito habría sido el fruto de una arriesgada apuesta de confianza mutua. Es claro que las explicaciones son más profundas, como corresponde a toda situación histórica compleja. Podría citarse al respecto, por ejemplo, la aguda crisis de productividad del sistema soviético y la sangría de recursos producida por el incremento de su gasto militar. O el elevadísimo endeudamiento público

estadounidense, en manos de fondos extranjeros: casi el 60% de su PIB en 1987 —el año del *crash* de Wall Street—, el triple de la deuda de 1981. En la historia que nos ocupa, la de las razones del progresivo desarme nuclear, con frecuencia se ha tendido a minimizar las masivas movilizaciones pacifistas que sacudieron Europa y Estados Unidos durante aquellos años, a contramarea de sus respectivos Gobiernos y medios de comunicación dominantes.

El historiador inglés Edward Palmer Thompson, antiguo activista de la CND (Campaign for Nuclear Disarmament) de los años cincuenta, tuvo ocasión de comprobar la fuerza del pacifismo en España durante su visita a Madrid en febrero de 1986, en el marco de la campaña contra la OTAN de cara al referéndum convocado para el 12 de marzo. En la manifestación del 23 de febrero —aniversario del intento de golpe militar de 1981—, que acabó en la madrileña plaza de Colón, Thompson pudo observar

> el inmenso volumen de sentimiento y la conciencia política alerta, así como la vigorosa autoorganización e improvisación de masas en el movimiento por la paz español. Pude observar también la forma en que las fuerzas oficiales favorables a la Alianza dominaron todos los medios de comunicación importantes durante la campaña del referéndum y presentaron los temas de una forma tan sesgada que violentaron, en el ultimísimo momento, el parecer más juicioso de la nación.

La memoria de aquellas magnas movilizaciones no ha ocupado más que un escolio, una nota al margen en el relato histórico dominante, pese a que en ella figuraron, además, las más lúcidas y sensibles mentes del momento. Desde el lado occidental del "muro", la activista Petra Karin Kelly ocupó un lugar destacado en aquella lucha desigual. Formada en Estados Unidos, en plena ola contracultural, su biografía vinculó la denuncia de la "guerra injusta" de Vietnam y la lucha por los derechos civiles de la población negra con el activismo ecologista y antimilitarista en Europa, en plena segunda Guerra Fría. Militante del movimiento ciudadano antinuclear alemán desde 1972, podría decirse que el acontecimiento trascendental del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki constituyó el resorte político y moral que impulsó su compromiso.

Tras su paso por el Partido Socialdemócrata de Willy Brandt, en 1979 Petra Kelly fue cofundadora del nuevo partido Los Verdes, de filiación ecologista y pacifista no violento. Eran los tiempos de las grandes movilizaciones contra la instalación de los "euromisiles": más de cinco millones de firmas se recogieron para exigir su retirada. Había nacido un singular "partido antipartido", según propia expresión, antiautoritario y capaz de "utilizar la desobediencia civil creativa para combatir cualquier forma de opresión". Diputada del Bundestag de 1983 a 1990, a lo largo de aquel primer año organizó, con sede en la simbólica ciudad de Núremberg, un tribunal popular de crímenes de guerra semejante al Tribunal Russell-Sartre de 1966. Durante los años siguientes participó en centenares de manifestaciones y acciones no violentas en todo el mundo, desde Berlín a Moscú, pasando por Estados Unidos o Australia. Su pensamiento logró anudar feminismo, pacifismo y ecologismo. Definiéndose como "ecofeminista", escribió:

> En años recientes también he observado que algunas mujeres han buscado superar su papel subalterno pasando a formar parte del mundo masculino (la señora Thatcher, Indira Gandhi, etc.). Cuando las mujeres luchan por un estatus igual al de los hombres, corren el riesgo de incorporarse a sus filas en tiempos de guerra. Estamos también tan condicionadas por los valores masculinos que a menudo las mujeres cometen el error de imitar y emular a los hombres a costa de su propio feminismo. Cuando analizo el mundo de los valores masculinos, se me hace evidente que no quiero esa clase de igualdad.

Desde el otro lado del "muro", la figura de la escritora Christa Wolf encarnó, tanto en su trayectoria biográfica como en su compromiso político y moral, la ruptura con el romo maniqueísmo de la Guerra Fría, con sus rígidos deslindes de fronteras e ideologías. Emigrada forzosa en los momentos finales de la guerra, cuando era una adolescente, procedía de una ciudad alemana que dejó de serlo para convertirse en polaca después de 1945. Aquellas vivencias de la guerra, bombardeos incluidos, la vacunaron contra toda mirada heroica de esta, así como también contra cualquier tipo de "nacionalismo". Con el tiempo reflexionaría sobre lo que habría ocurrido si el camión de refugiados que en 1945 la transportó hasta Schwerin hubiera avanzado unos cuantos kilómetros para dejarla al otro lado del río Elba: habría tenido que hacer su vida en la RFA, y no en

la RDA. Esa sensación de transitoriedad la acompañaría siempre.

Con la progresiva burocratización y estalinización del régimen de la RDA, Christa Wolf se fue volviendo una escritora incómoda. En realidad, lo fue a uno y otro lado del muro: crítica con la carrera de armamentos que ambos bloques impulsaban. Precisamente, en 1983, el año de la instalación de los "euromisiles" y de la entrada de Petra Kelly en el Bundestag, publicó en ambas Alemanias un libro que gozaría de un enorme éxito: *Casandra*. Recreando literariamente el mítico personaje de la *Ilíada*, el de la hija de Príamo, nunca escuchada, Christa presentó en plena segunda Guerra Fría un poderoso alegato crítico —en forma de novela— contra todo pensamiento patriarcal y militarista. Describió, recreando el mito de la Troya resistente a los griegos, el proceso de encanallamiento que supone toda guerra en apariencia "justa". Las frases del monólogo de Casandra sobre la metamorfosis de Troya, secas como sentencias, explican la transformación de una ciudad que, al militarizarse, margina y oprime a la mitad de su población. Conforme se va desarrollando la guerra, los hombres troyanos "comienzan a parecerse a los griegos cada vez más", hasta el punto de que las mujeres, progresivamente oprimidas y privadas de la palabra en los asuntos de la ciudad, perciben que "los hombres de ambos bandos parecen haberse aliado contra ellas".

La dinámica militarista de toda guerra terminaba arrasando con los ricos matices de realidad que constituían la propia vida. Frente al pensamiento binario de griegos y troyanos —"verdad o mentira, exacto o equivocado, victoria o derrota, amigo o enemigo"—, Christa Wolf reivindicaba a través de su obra un tercer elemento: la salida de la trampa de la dicotomía. La escritora lo puso en boca de una joven esclava del campamento griego, que había escapado para esconderse en las cuevas de las riberas del río Escamandro, donde se habían reunido también troyanas descontentas: "Entre morir y matar hay una tercera posibilidad: vivir".

V. DE LA POSGUERRA FRÍA

1. UNA ORGANIZACIÓN HUÉRFANA DE ENEMIGOS

La última crisis que sufrió la OTAN de la Guerra Fría fue la provocada precisamente por el final de esta. El brusco deterioro y posterior desmantelamiento del bloque soviético del periodo 1989-1991 la pusieron en un grave aprieto, tanto más grave por cuanto ningún Gobierno occidental supo prever a tiempo nada de lo ocurrido. La impresión generalizada en Europa era que la Alianza había reaccionado tarde y mal a los acelerados acontecimientos producidos en el Este, y que la razón de su existencia empezaba a verse seriamente cuestionada por el debilitamiento de su enemigo. Como dato curioso, meses después de que las últimas tropas soviéticas abandonaran Afganistán, y mientras se desarrollaban conversaciones para la reducción del armamento convencional en Europa, la OTAN, cual pollo sin cabeza, aún se empeñaba en impulsar el objetivo de un incremento real del 3% en el gasto militar de los aliados, evidentemente a instancia estadounidense.

Persistía además el descontento de la opinión pública europea, principalmente la alemana, por el mantenimiento del armamento nuclear y las tropas estadounidenses en su suelo, como no tenía empacho en reconocer el *halcón* James Schlesinger, secretario de Defensa de Estados Unidos entre 1973 y 1975. Schlesinger diagnosticaba en 1989 una crisis de efectos más duraderos que las anteriores. En su opinión, "una avalancha de éxitos puede acarrear problemas aún mayores que un periodo de adversidad", por lo que incluso podía resultar necesario

apoyar al enemigo con tal de que no arrastrara a su oponente en su caída. A finales de ese año, el secretario general de la OTAN, el conservador alemán Manfred Wörner, apostaba por exigir no ya la eliminación del Pacto de Varsovia, sino su reestructuración, a la vez que celebraba que la URSS hubiese renunciado a pedir la disolución de la Alianza para destacar al mismo tiempo su importancia como factor de estabilidad. Durante los años siguientes, la OTAN tendría que esforzarse por escapar a la ley de la simetría que, a los ojos de todo el mundo, exigía su desaparición junto con la del enemigo que había legitimado su nacimiento.

A comienzos de la década de los noventa, en los medios académicos proliferaron cálculos y profecías que auguraron, si no la pronta desaparición de la OTAN ante el desvanecimiento de su enemigo secular, sí al menos su debilitamiento y pérdida de la importancia que antaño había disfrutado. De manera paradójica, era posible morirse de éxito: de ahí la curiosa ambivalencia de aquella lauda de la victoria de Occidente sobre el comunismo que fue el difundido artículo "El fin de la historia", de Francis Fukuyama en 1989. La tesis del "fin de las ideologías" no representaba ninguna novedad: ya la había lanzado uno de los *nuevos mandarines* de la década de los sesenta, el sociólogo Daniel Bell, en 1960. La novedad estribaba en que ahora la historia sí había emitido un "juicio" con la desaparición del régimen soviético, según aquella recurrente asimilación entre justicia, moral e historia que tan certeramente ha criticado Joan Scott. Ahora bien, el optimista discurso de Fukuyama no tardó en generar un curioso efecto perverso. Si la historia terminaba con la victoria de la democracia liberal y, a falta de enfrentamientos, el conflicto-motor del mundo desaparecía para ser sustituido por la cooperación entre Estados, armarse o seguir manteniendo organizaciones armadas como la OTAN dejaba de tener sentido. Se cumplía así, en la realidad, la tesis de la sátira-ficción del *Informe de la Montaña de Hierro* de Leonard Lewin, que en 1967 había sostenido que toda sociedad debía apuntalarse sobre la guerra o sobre la posibilidad de la misma si quería sobrevivir.

2. LA 'GUERRA JUSTA' DEL GOLFO (1990-1991)

El conflicto del golfo Pérsico, provocado por la invasión iraquí de Kuwait en 1990, fue utilizado hasta la saciedad como presunta ilustración del carácter vano e ilusorio de las esperanzas de un mundo pacífico tras el final de la Guerra Fría. El corolario no era otro que la inviabilidad de una arquitectura de seguridad mundial en la que no ocupara un lugar principal el uso de la fuerza militar. Para los defensores de la utilidad de la OTAN y, por tanto, del "vínculo transatlántico" entre Estados Unidos y Europa, lo ocurrido en el Golfo desmentía en la práctica las esperanzas depositadas exclusivamente en organismos internacionales no militarizados, como la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Como rezaba un editorial de la revista *Foreign Affairs* a finales de 1990, antes incluso de que la fuerza multinacional entrara en batalla, la crisis iraquí había dejado claro tres cosas: "Primero, el mundo sigue siendo peligroso, y los intereses americanos siguen siendo vulnerables. Segundo, Estados Unidos continúa siendo el poder global dirigente. Por último, Estados Unidos, mal que le pese, ni puede ni debe actuar solo".

En respuesta a la invasión de Kuwait por el régimen iraquí de Sadam Hussein, el presidente George H. W. Bush, el antiguo director de la CIA de 1976, organizó y encabezó una coalición militar bajo mandato y autorización del Consejo de Seguridad de la ONU que en los primeros meses de 1991 expulsó a las tropas de Irak y bombardeó las principales ciudades de este país. Los Estados Unidos demostraron así su condición de potencia hegemónica militar mundial, en una exhibición de armamento convencional sofisticado sin precedentes. Si, según Paul Kennedy, el mundo de finales del siglo XX era económicamente multipolar, no lo era en absoluto en términos militares, con la URSS en proceso de disolución y ocupada en sus propios problemas.

El conflicto del Golfo de 1990-1991 sorprendió a la Comunidad Europea sin una política exterior y de defensa común y en pleno debate entre atlantistas y europeístas. Frente al Reino Unido, que participó en la operación Tormenta del Desierto colaborando estrechamente con Estados

Unidos en virtud de su "relación especial", Alemania no pudo desplazar tropas al exterior debido a sus limitaciones constitucionales. Francia, por su parte, aportó una cantidad relativamente pequeña de efectivos militares, unos 10.000 soldados, y ello a pesar de su renuencia a participar en la guerra. No hubo tampoco una iniciativa diplomática común. De entonces data una frase que se haría casi legendaria, la del ministro belga Mark Eyskens: la de Europa como "gigante económico, enano político y gusano militar". Pero, al menos, el "reparto de cargas", aquel litigio que venía sosteniendo Estados Unidos con sus aliados desde los años sesenta, sí que pareció funcionar, quizá a modo de compensación. Con un déficit público y un endeudamiento por entonces insostenibles, Washington se ocupó de cobrar a buen precio sus servicios militares a los aliados: Alemania aportó 5.500 millones de dólares, Japón 9.000 y Arabia Saudí 13.500. Estados Unidos se llevó, además, la *parte del león* en el negocio de exportación de armamento a la región en conflicto: desde 1990 hasta 1997, los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo firmaron contratos de compra de armas por valor de unos 36 millardos de dólares. Aquellos tanques Abrams XM-1 de la Chrysler reflotada de 1980 se exportarían en los años noventa a los países del Golfo.

Otro rasgo del operativo militar fue su carácter de perfeccionada "guerra televisiva", en la que el control de la información suministrada jugó un papel determinante: ninguna otra guerra anterior fue tan severamente censurada. Entre las numerosas estrategias informativas que se apresuraron a asociar a Sadam con un "nuevo Hitler", destacó sobre todo la llamada *Incubator Story*. La opinión pública mundial fue intoxicada por el falso testimonio, en octubre de 1990, de la niña Nayirah —en realidad la hija del embajador kuwaití— ante el Senado estadounidense, sobre el supuesto robo de incubadoras y el asesinato de bebés por soldados iraquíes. Una vez más, la secular "propaganda de atrocidades" sirvió para cebar el argumento de la "causa justa" de la intervención militar, necesario para reunir apoyos a favor de las diversas resoluciones de la ONU, sobre todo las que autorizaban el uso de la fuerza. Algo parecido ocurrió con la supuesta eficacia de armas

sofisticadísimas que golpeaban "quirúrgicamente" sin apenas "daños colaterales", aireada por la propaganda. Posteriormente, el Pentágono reconoció que apenas un 7% de las 90.000 toneladas de bombas lanzadas lo fueron por armas de precisión: las víctimas civiles superaron las 100.000.

La última característica singularizada de esta segunda guerra del Golfo —la primera había enfrentado a Irán e Irak— hacía referencia al enemigo a batir: el presidente Sadam Hussein, el invasor de Kuwait. Esta vez no se trató del tradicional rival soviético o "comunista", sino de un "dirigente absolutista y ambicioso", en palabras del secretario general de la OTAN Manfred Wörner. La figura de Sadam Hussein, antiguo aliado estadounidense contra Irán, encajaba —como renegado— en el antiguo perfil de los "nacionalismos" radicales tercermundistas de Guerra Fría, solo que ayuno esta vez de la ayuda e influencia soviética. El resultado, en cualquier caso, de la campaña militar se tradujo en múltiples beneficios, mención aparte de los recibidos por su poderoso complejo militar-industrial. Tras el repunte de 1988-1990, el precio del petróleo volvería a caer —no demasiado— a partir de ese último año, para alivio del conjunto de las economías "desarrolladas" de la época. Además, los Gobiernos estadounidenses lograrían controlar y restringir la producción iraquí de crudo durante toda la década de los noventa mediante políticas de embargo y sanciones al régimen de Sadam, de graves consecuencias para la población civil, con presiones incluidas a los socios europeos. Pero, al margen de todo esto y de los verdaderos intereses que podían ocultarse detrás de la campaña militar, ¿fue la operación Tormenta del Desierto una "guerra justa"? O, mejor dicho, ¿hasta qué punto fue presentada y pudo legitimarse como tal, aunque solo fuera en sus intenciones?

Así la defendió George H. W. Bush a principios de febrero de 1991 con una frase muy poco brillante: "La guerra del Golfo no es cristiana, ni judía, ni musulmana. Es una guerra justa". Más allá de discursos propagandísticos, la presunta "justa causa" de la guerra del Golfo de 1990-1991 habría que buscarla en las diversas resoluciones emitidas por el Consejo de Seguridad (CS) de Naciones Unidas desde agosto de 1990,

exigiendo la restauración de la legalidad internacional y la integridad territorial de Kuwait. Dichas resoluciones culminaron en la Resolución 678, votada el 29 de noviembre por todos los miembros del CS menos China, por la cual la coalición multinacional se vio formalmente legitimada para forzar violentamente la retirada de las tropas iraquíes de territorio kuwaití. La Resolución 678 pareció sentar entonces un hito histórico en la colaboración de las grandes potencias mundiales, auspiciada y legitimada por una ONU que parecía abandonar la inoperancia e inefectividad de 40 años de Guerra Fría. Solo habrían existido dos precedentes de una resolución semejante, y uno de ellos había sido la "no guerra" de Corea de 1950. Es en este contexto donde cabe entender el altisonante y ambiguo concepto de "nuevo orden mundial" proclamado por el presidente George H. W. Bush en septiembre de 1990 ante el Congreso, defendiendo la implicación militar del país en la crisis.

El concepto "nuevo orden mundial" de Bush Sr. pareció evocar la visión de un nuevo sistema internacional en el que las principales naciones del mundo colaboraban por vez primera en la resolución conjunta de los principales conflictos del globo. La realidad, sin embargo, era muy otra. Pese a que el paraguas utilizado fue el de la "comunidad internacional" representada por la ONU y sus resoluciones, en realidad el despliegue militar estadounidense había comenzado de manera unilateral antes de que el CS hubiera aprobado resolución alguna, tan solo cinco días después de la invasión iraquí de Kuwait del 2 de agosto de 1990. A partir de la definitiva Resolución 678, el CS pareció desentenderse, además, de la gestión del conflicto. Su Comité de Estado Mayor abdicó del mando militar en favor de Estados Unidos, que inició el ataque el 16 de enero pasando por encima de iniciativas negociadoras de última hora. El desesperado "maratón diplomático" de Gorbachev, cuyos documentos no serían desclasificados y publicados hasta 20 años después, no sirvió de nada. Antes de conseguir el visto bueno de la ONU, la Administración Bush ya tenía decidido destruir la capacidad bélica y económica de Irak para que dejara de ser una potencia regional, algo que a la postre supondría devolver a este país a la "era preindustrial" y realizar de este

modo la amenaza expresada por el secretario de Estado Baker al ministro de Exteriores iraquí a principios de 1991. Como bien señalaron en su momento autores tan reputados como Paul Kennedy o Michael Howard, en absoluto se agotaron las medidas no militares que habría debido aplicar el CS. La presunta "justicia" de la causa de la guerra del Golfo se agotó en su propio discurso: una vez más, no fue sino una excusa vacía, un señuelo propagandístico.

3. LA OTAN DE LA POSGUERRA FRÍA: DESESPERADA POR PERMANECER

Aunque de lejos, por tratarse de un conflicto "fuera de zona" —fuera del ámbito transatlántico—, la OTAN apoyó política y militarmente la operación Tormenta del Desierto. Aparte del envío de aviones y de la instalación de misiles en territorio turco, más de la mitad de las tropas estadounidenses desplegadas en el teatro de operaciones del Golfo fueron trasladadas desde Europa. Por entonces, el inicio del conflicto balcánico —las declaraciones de independencia de Croacia y Eslovenia en junio de 1991— sorprendió a la Comunidad Europea en pleno debate sobre una hipotética Política Exterior y de Defensa Común (PESC) y el futuro de la inoperante Unión Europea Occidental (UEO), creada en 1948. Fue en aquel momento cuando la OTAN afirmó su voluntad de seguir existiendo —y de sobrevivir a su tradicional enemigo, el Pacto de Varsovia, que acababa de autodisolverse en julio de 1991— en la fundamental Cumbre de Roma de noviembre de ese mismo año. Todos los pasos dados en los consejos atlánticos celebrados desde diciembre de 1989 —ampliación de su "función política" e inserción en la proyectada y debatida arquitectura de seguridad europea— se resumieron en sus textos, condicionando y determinando lo que habría de ser acordado en la trascendental cumbre europea de Maastricht de febrero del año siguiente.

La cumbre atlántica de Roma de noviembre de 1991 estranguló cualquier veleidad autónoma de una futura PESC. En su declaración oficial se remachó el "vínculo esencial transatlántico", así como el compromiso del mantenimiento de "la unidad estratégica y la

indivisibilidad de seguridad" para todos los aliados. La OTAN se afirmó como el "foro decisivo de consultas entre sus miembros, así como el lugar donde impulsar medidas relativas a la seguridad y defensa de los aliados". Por lo demás, la Declaración de Roma ilustró esa necesidad que, según la sátira-ficción del *Informe de la Montaña de Hierro*, debía tener todo Estado de fundamentarse no sobre un horizonte de paz entre los pueblos, sino sobre la constante posibilidad de una guerra. Frente a la antigua amenaza de una invasión soviética de Europa, los nuevos riesgos pasaban a ser "multidireccionales y complejos" y, en concreto, se citaba "la inestabilidad derivada de las grandes dificultades económicas, sociales y políticas —incluidas las rivalidades étnicas y las disputas territoriales— a que se enfrentan muchos países de Europa central y oriental".

La referencia era clara: desde posibles involuciones en las economías del Este en tránsito hacia el capitalismo —el intento de golpe de Estado en la moribunda URSS de agosto había sido una llamada de aviso— hasta la creciente inestabilidad en los Balcanes occidentales. Se advertía un especial interés por presentar un mundo peligroso, plagado de amenazas. Se mencionaban asimismo "riesgos de naturaleza más amplia" como la "ruptura de los aprovisionamientos en los recursos vitales", en inequívoca referencia a la región del golfo Pérsico. Al poco de la celebración de la cumbre, el secretario general Wörner se ocupaba de cargar las tintas:

> Las tensiones se ven exacerbadas no solo por la permanencia en el poder de dirigentes absolutistas y ambiciosos como Sadam Hussein, sino también por un telón de fondo caracterizado por problemas de desarrollo fuertemente arraigados que fomentan el crecimiento de la población, la migración, los conflictos derivados de la falta de recursos, el fundamentalismo religioso y el terrorismo.

El problema era que, frente a semejantes amenazas "globales", los instrumentos de intervención exterior de la Alianza eran limitados, dado el carácter formalmente defensivo de la organización. Esa oportunidad, la de demostrar su carácter imprescindible e indispensable en forma de una intervención militar exterior, le llegaría a la OTAN con su primera misión directa en Bosnia-Herzegovina en 1995, precisamente en el escenario de crisis yugoslavo.

Sería un error, sin embargo, leer la historia con un sentido finalista o teleológico, como si el desenvolvimiento de la OTAN durante aquellos años hubiera obedecido de manera exacta a un plan preestablecido. Los factores que intervinieron en el mismo fueron múltiples y variados, muchos de ellos imprevisibles. El proceso de desintegración de la República Federal de Yugoslavia obedeció a una lógica tan antigua como propia, en la que las influencias externas jugaron, al menos en un primer momento, un papel menor. El proceso comenzó, de hecho, de una manera irregular, algo que casa mal con la hipótesis del malévolo plan de Occidente. La tónica predominante fue la indiferencia de los países europeos ante lo que llevaba tiempo ocurriendo: ningún Estado europeo criticó, por ejemplo, la anulación del estatuto de las repúblicas autónomas de Kosovo y Vojvodina por el Gobierno de Slobodan Milosevic en 1990. En segundo lugar, la reacción más extendida —con excepciones — fue la del énfasis en el mantenimiento de las fronteras europeas por miedo a la desestabilización de la región en un momento particularmente delicado de los asuntos mundiales. Hasta el secretario de Estado estadounidense, James Baker, advirtió el 21 de junio de 1991 desde Belgrado que no reconocería la independencia de Eslovenia y Croacia, acontecimiento que se produciría apenas cuatro días más tarde mediante sendas declaraciones de sus respectivos Parlamentos. Cuestión diferente es que, con el tiempo y el acelerado desarrollo de los acontecimientos — invasión del Ejército Popular Yugoslavo bajo control serbio, de la Krajina croata y de la República de Bosnia-Herzegovina en la primavera de 1992 —, la OTAN terminara sacando rendimientos de un conflicto largo y complejo en el que la Unión Europea salida de la cumbre de Maastricht demostró sobradamente su inoperancia política, diplomática y militar.

El conflicto balcánico se prolongó, incluyendo la apostilla kosovar de 1999, durante toda la década final del siglo XX. La vista de pájaro nos informa de una ortodoxia neoliberal en Occidente, remachada en Maastricht, que fue aplicada no ya en los países centrales, que también, sino en la periferia europea y, sobre todo, en los antiguos países del bloque soviético. Fue un proceso brutal de imposición de políticas thatcheristas, privatizaciones masivas y transferencia de recursos a las

economías de los países inversores, que tuvo como resultado la destrucción del antiguo y ya entonces maltrecho sistema asistencial socialista-estatalista. Al fin y al cabo, como señaló el historiador Mark Mazower, lo que venció después de 1989 en Europa fue el capitalismo, no la democracia, y el capitalismo "salvaje" y desregulador impuesto a lo largo de las décadas siguientes generó todo tipo de disfuncionalidades. La mayoría de la inversión corrió a cargo no de los agentes públicos —el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo, que, según Mazower, hizo un papel lamentable—, sino de los privados, con condiciones onerosas. La destrucción del tejido industrial, el gran aumento del paro y el sufrimiento de las capas más desfavorecidas fueron algunas de las consecuencias de este proceso: una dinámica destructiva que convivió con la reconversión de los antiguos burócratas de la economía dirigida en los nuevos oligarcas, en el marco de una economía-mundo desregularizada. En este contexto general, el sangriento conflicto yugoslavo supuso el regreso de la cuestión nacionalista al foco mediático, con antiguos dirigentes socialistas como Milosevic y tantos otros de la Europa central y oriental envolviéndose en sus respectivas banderas. Los antiguos métodos de "limpieza étnica" y la cuestión de las "atrocidades balcánicas", que se remontaban al último tercio del siglo XIX, volvieron a las planas informativas de Occidente.

4. LAS 'NUEVAS AMENAZAS' (I): LOS 'NACIONALISMOS AMBICIOSOS'

El imaginario de enemigo de aquellos "nacionalismos ambiciosos" que fueron presentados como novedosas amenazas en el inestable e imprevisible mundo de la posguerra fría no era en absoluto original. Se parecía, de hecho, demasiado al de los "nacionalismos resentidos" de la época anterior, que tradicionalmente se habían asociado a los países no alineados o críticos con las políticas occidentales de Asia, África o América. Aquellos "nuevos mandarines" de los años sesenta defensores de la intervención en Vietnam, como Walt W. Rostow o Samuel Huntington, ya se habían referido por entonces a la necesidad de Estados

Unidos de limitar, a escala mundial, el poder de los "extremistas"

tanto si tales extremistas son comunistas como ambiciosos nacionalistas deseosos de tomar el mando para dominar sus respectivas regiones. Nosotros estamos con quienes defienden los intereses nacionales o regionales legítimos, pero respetando las interdependencias excepcionalmente estrechas del mundo moderno.

En el discurso occidental, todas aquellas "amenazas" habían acusado ya por entonces un fuerte sesgo etnocentrista, como se ocupó de poner al descubierto el ensayista palestino Edward Said. Algunos de esos antiguos "enemigos", de esos "otros" de los que debía defenderse Occidente, habían atravesado casi intactos, sin apenas matices, toda la segunda mitad del siglo XX. Said ya escribió en su famosa obra *Covering Islam* (1981) que "lo árabe" llevaba años sometido a un proceso de grosera simplificación y fácil reduccionismo, que calificó de verdadera "guerra cultural": "Durante varias décadas, en Norteamérica se ha librado una guerra cultural contra los árabes y el islam: las espantosas caricaturas racistas de árabes y musulmanes sugieren que todos ellos son o terroristas o jeques, y que la zona es una gran extensión, árida y ruinosa, apta solo para sacar provecho de ella o para la guerra".

Este proceso de "demonización" no hizo sino agravarse con el tiempo, en paralelo con la política estadounidense en el eterno conflicto arabo-israelí y otros de Oriente Próximo. Si, según Said, el "orientalismo" se configuró históricamente como "un estilo occidental para dominar, reestructurar y tener autoridad sobre un Oriente" acrisolado sobre todo en Europa, el "orientalismo" estadounidense había sucedido al europeo en correspondencia con el encumbramiento de Washington como superpotencia mundial. La propia teoría de la modernización de Walt W. Rostow no habría sido más que un reflejo de ese pensamiento orientalista, por cuanto había retomado el tradicional juego de oposiciones ventajoso para Occidente y los Estados "centrales" de la economía-mundo: sociedades industriales frente a preindustriales o transicionales; sociedades desarrolladas frente a subdesarrolladas o en vías de desarrollo. Sus pretensiones universalistas habían ocultado un crudo etnocentrismo. El modelo de desarrollo a imponer no había sido otro, teóricamente hablando, que el mismo que habían seguido desde hacía

siglos Europa occidental y Estados Unidos. La ironía de la situación se descubría en que, en la práctica, el resultado final había sido el de un desarrollo mutilado y dependiente en una economía globalizada en la que los países "desarrollados" habían continuado jugando con ventaja.

Tras la "teoría de la modernización" de los años sesenta, el orientalismo estadounidense y occidental había conocido sucesivas reediciones a través de la doble crisis del petróleo y de la segunda Guerra Fría, consolidando en el proceso un imaginario de "enemigo de Occidente" cada vez más simplificado y caricaturizado. A mediados de los ochenta, George Kennan apuntó a un "fundamentalismo religioso [islámico] localmente destructivo", inclinado a técnicas terroristas, como principal amenaza, orillado el comunismo soviético. Ya finalizada la Guerra Fría, Edward Said destacó que, desde la caída de la URSS, los departamentos de defensa y espionaje de Estados Unidos habían acometido un estudio sobre la necesidad de encontrar un "enemigo común": el candidato idóneo no había sido otro que "el islam".

Las técnicas de propaganda suelen practicar un juego de espejos: tan importante como la imagen proyectada sobre el enemigo es la proyectada por uno mismo, como contrapunto de la primera. En relación con el imaginario del "nacionalismo ambicioso" representado por el Sadam Hussein *hitlerizado* de 1990, y apoyándose en la utilización por parte de este de la retórica religiosa en vísperas de la guerra del Golfo, la propaganda estadounidense puso el acento, como bien señaló Cynthia Enloe, en la proyección interesada de dos iconos femeninos opuestos, de fuerte carga simbólica. Uno era el de la militar estadounidense, como mujer teóricamente *liberada*, mientras que el opuesto se cifraba en la mujer árabe cubierta por el velo —*hijab*—, susceptible de ser rescatada con la intervención armada contra Sadam. Para Enloe, la contraposición de ambas servía a la voluntad de describir gráficamente la superioridad occidental frente al supuesto atraso de la cultura árabe-islámica, lo que justificaba, por tanto, cualquier operación militar en la región emboscada como una "causa justa".

La cuestión era, en realidad, mucho más compleja que la descrita por la propaganda. En primer lugar, porque habían sido precisamente las

"petromonarquías" del Golfo —y no el Irak de Sadam—, aliadas de Estados Unidos en la operación Tormenta del desierto, las que más se habían destacado en recortar los derechos de las mujeres. La victoria de la coalición aliada en 1991 terminó redundando, de hecho, en un mayor sometimiento de las mujeres de la región, un proceso que había cobrado un especial impulso a partir de los años ochenta gracias al avance del fundamentalismo islámico. El juego especular de la propaganda era, además, dúplice: no funcionaba para todos de la misma manera. En palabras de la escritora Fátima Mernissi, desde el punto de vista de las poblaciones de la región, la guerra del Golfo fue una "guerra contra la democracia" que reforzó a las dictaduras de la zona y aplastó "cualquier intento de generar una sociedad civil y de censurar cualquier posibilidad de controlar a los dirigentes". La política desarrollada *contra* las mujeres —empezando por la obligatoriedad del velo, símbolo de su invisibilidad —, así como la explotación de los trabajadores asiáticos, se reforzó aún más tras la guerra, con las "petromonarquías" como principales importadores de armas en la década de los noventa. Cuesta creerlo, pero las mujeres kuwaitíes tuvieron que esperar hasta 2005 para poder votar y ser votadas en elecciones parlamentarias.

5. LAS 'NUEVAS AMENAZAS' (II): TERRORISMO Y NARCOTRÁFICO

El "terrorismo internacional" se convirtió en el otro gran imaginario de amenaza de la posguerra fría, asociado estrechamente al "enemigo islámico", pero también con las redes mundiales del narcotráfico. Tampoco se trataba de una amenaza que pudiera calificarse de novedosa: ese y no otro fue el principal argumento utilizado por la Administración Reagan para ordenar el bombardeo sobre Libia de 1986. En 1993, el secretario de Defensa estadounidense, Les Aspin, describió así el nuevo paisaje: "A lo que nos enfrentamos ahora es a un puñado de armas nucleares en manos de grupos terroristas, de Estados terroristas". A finales de 1995, el director de la CIA John Deutsch pronosticó un "tremendo crecimiento del terrorismo en el próximo decenio, no solo dirigido contra norteamericanos, sino en todo el mundo". Para Deutsch,

las razones de este auge terrorista se encontraban en las diferencias étnicas y religiosas, y citaba países —Irán, Irak y Corea del Norte— y movimientos —Hamás, Hezbolá— como ejemplos de "enemigos de la democracia".

Pero… ¿qué es el "terrorismo"? Según el historiador Michael Howard, "el terror es una herramienta estratégica, no una entidad contra la que se pueda luchar". Quizá aquí resida la clave: la sustantivación que históricamente se ha hecho de lo que en sí es una herramienta de guerra, muerte y destrucción. A partir de aquí, y dadas sus negativas connotaciones morales, cuando se ha usado a efectos de acusación, de señalamiento o denuncia de la acción del enemigo, ha servido también para establecer una distancia insalvable con la propia causa y sus métodos. Esa distancia, como bien ha señalado Martha Crenshaw, es tanto política como moral. Un ejemplo lo tenemos en el uso recurrente y descalificador del término para asociarlo a "actores no estatales" o también a "actores estatales débiles o fallidos". Si en 1985 el filósofo político Tony Coady definió teóricamente el terrorismo como "el ataque deliberado a no combatientes con fines políticos", en la práctica, como ha reconocido Alex Bellamy, el debate sobre el terrorismo ha estado históricamente restringido al "terrorismo no estatal". No por casualidad, la Convención sobre el Terrorismo de 1937 ya lo había definido como una "violencia contra el Estado". Como resultado, cualquier acción de violencia *estatal* susceptible de ser calificada de "terrorista" según los parámetros generales de Coady ha sido tradicionalmente excluida del debate público y admitida en tanto que acción legítima del Estado nación. No siendo siquiera "nombrada", habría escapado a cualquier consideración pública de tipo moral, político o jurídico.

En 1993, Samuel Huntington, aquel antiguo *mandarín* intelectual de la guerra de Vietnam, fue uno de los teóricos que más se ocupó del fenómeno del terrorismo de la posguerra fría. Transmutado en *neocon* de los noventa, el académico lo convirtió en imaginario de amenaza ideal, tanto más eficaz cuanto más groseramente perfilado: "El terrorismo es el arma de los débiles y como, hasta ahora, Occidente es el más fuerte en cuanto a capacidad armamentística, quienes tratan de igualársele

recurren al terrorismo y a la búsqueda de la capacidad nuclear. Lo peligroso es la coincidencia de ambos".

Con lo que el terrorismo quedaba asimilado a otra importante amenaza: la proliferación de armas de destrucción masiva, incluidas las nucleares. En la idea de Huntington, antiguo defensor de la "teoría de la modernización", subyacía el mismo pensamiento etnocéntrico que asociaba el Sur —los débiles, las culturas "subdesarrolladas"— con el resentimiento hacia Occidente provocado por su presunto complejo de inferioridad. A ojos de la mayoría de los analistas occidentales, el Sur, incapaz de desarrollar una capacidad importante en armamento nuclear y convencional, recurría a la vía más fácil, al terrorismo como "arma de los débiles". Lo que se estaba anunciando era, en realidad, una profecía que terminaría autocumpliéndose el 11 de septiembre de 2001, porque la política real que buscaba justificarse alertando sobre aquellas "nuevas amenazas", la de un intervencionismo militar creciente en los asuntos mundiales, se estaba dedicando, en la práctica, a crearlas. Esto era algo que podía comprobarse en aquellos años tanto en la inestable región de Oriente Próximo y el golfo Pérsico, escenario de la guerra del Golfo de 1991, como en África o América Latina.

La asociación del terrorismo con el narcotráfico internacional tampoco fue una novedad de la posguerra fría, al menos por lo que se refiere a América Latina. Noam Chomsky analizó con detalle la "guerra contra la droga" proclamada por el Gobierno de George H. W. Bush a principios de septiembre de 1989, en un momento en que, de manera paradójica, hacía ya varios años que en Estados Unidos venía produciéndose un importante descenso en el consumo de cocaína y de otras drogas ilegales. Si con relación a estos datos el inicio de una campaña de esas características podría haberse calificado de incoherente, su sentido de la oportunidad quedó de manifiesto aquel año con la invasión norteamericana de Panamá. La "guerra contra las drogas" contribuyó a crear el clima interior adecuado que respaldó la operación Causa Justa de diciembre de 1989 contra el general Noriega, dada su asociación con actividades de narcotráfico. La invasión de Panamá conectó así, en línea de continuidad, con las últimas intervenciones estadounidenses de la segunda Guerra

Fría: la invasión de la pequeña isla de Granada en 1983 o la política reaganiana contra el Gobierno sandinista de Nicaragua, en forma de respaldo a los combatientes de la "contra".

Si durante los años de Guerra Fría la "batalla contra el comunismo" había sido la vieja excusa de la injerencia de Estados Unidos en Latinoamérica, la nueva tomó la forma de "la guerra contra las drogas" anunciada por George H. W. Bush. Los efectos no se limitaron a propiciar, a través de la lucha contra las redes de narcotráfico, la implicación directa de fuerzas militares estadounidenses en América Latina, sino que fomentaron también procesos de remilitarización en las democracias de la región. A lo largo de los noventa, países como Bolivia, México o Argentina firmaron diversos acuerdos de cooperación militar con Estados Unidos en el marco de la lucha conjunta contra el narcotráfico y el terrorismo internacional, que a la postre se tradujeron en un notable impulso al comercio de armamento. Atrás quedaba el embargo de armas de alta tecnología impuesto a América Latina por la Administración Carter en 1977, que sería levantado 20 años después por la Administración Clinton. La medida se presentó en su día como coherente con la nueva realidad de las democracias consolidadas de la región, pero la consecuencia no fue otra que el reforzamiento del peso específico del estamento militar en las sociedades latinoamericanas, ya de por sí excesivo. Si el gasto militar de América del Sur aumentó a lo largo de los noventa en un 36%, durante el periodo 1999-2008 alcanzaría el 50%, con Colombia y Brasil a la cabeza.

Como resultado, el gasto militar aumentó de manera significativa tanto a lo largo de la llamada "década perdida" de los noventa en América Latina —muy afectada por la crisis internacional de deuda y la aplicación de las terapias económicas de "choque"— como durante la primera década del siglo XXI. El proceso se alimentó de conflictos tan enquistados como el colombiano (1948-2015): precisamente Colombia sucedió en 1999 a Turquía como principal perceptor de la "ayuda militar" estadounidense. Fue el comienzo del llamado Plan Colombia para la Paz de colaboración político-militar en la lucha contra el narcotráfico y la insurgencia rebelde. La palabra "paz", una vez más, sirviendo de

coartada para la guerra.

6. DE FUKUYAMA A HUNTINGTON: LA PROFECÍA POR AUTOCUMPLIR

Samuel Huntington aportó al debate sobre el futuro del mundo de la posguerra fría un muy conveniente tono de alarma, necesario para todos aquellos sectores interesados en el incentivo de los gastos militares y en la supervivencia, por entonces en juego, de alianzas militares como la OTAN. Su teoría del "choque de civilizaciones" de 1993 volvió a poner en marcha el motor de la historia que habían inmovilizado las tesis en exceso triunfalistas de Francis Fukuyama, remarcando el carácter absoluto y eterno de la conflictividad mundial. Y lo hizo cambiando su antiguo ropaje universalista del *mandarín* intelectual de la guerra de Vietnam que había sido, por otro de tipo "culturalista", según su particular y errática acepción del término "civilización".

Según su tesis, el conflicto entre civilizaciones habría existido desde el principio de los tiempos, también durante el "paradigma" de la Guerra Fría, con lo que había sobrevivido al final de esta para manifestarse todavía con mayor virulencia a finales del siglo XX. Las distintas civilizaciones estarían condenadas a continuar enfrentándose entre sí *ad aeternum* en la distribución del poder mundial, sin que se adivinase una resolución final del enfrentamiento como en la lucha de clases marxista. De esta forma Huntington absolutizaba el concepto de "enemigo", que en principio es una categoría cambiante, dotándole de un atributo *esencial* basado en criterios étnico-culturales. El "islámico", o el "confuciano", siempre será enemigo del "occidental", esté en paz o en guerra con él. Para un pensamiento militarista, centrado en la lógica de la exclusión, no podía haber una concepción de "enemigo" más adecuada.

Pero el discurso de Huntington presentaba otra ventaja. Si Fukuyama había celebrado el triunfo de la democracia liberal occidental de vocación universalista, Huntington partió de una posición de decadencia de aquella. Según el politólogo, la "civilización occidental" estaba viviendo por entonces, finalizada la Guerra Fría, tres procesos de decadencia —

económica, demográfica y moral— que suponían una pérdida de peso específico en la distribución del poder mundial. Lejos de triunfar, Occidente se veía amenazado, con lo que tenía que "defenderse". Fueron los tonos sombríos con que Huntington pintó el paisaje del mundo actual los que justificaron la agresividad de su pensamiento, emboscado tras el argumento de la pura supervivencia:

> El espejismo de armonía producido al final de dicha Guerra Fría pronto se disipó con la multiplicación de los conflictos étnicos y "la limpieza étnica", el quebrantamiento de la ley y el orden, la aparición de nuevos modelos de alianza y conflicto entre Estados, el resurgimiento de movimientos neocomunistas y neofascistas, la intensificación del fundamentalismo religioso, el final de la "diplomacia de sonrisas" y la "política de síes" en las relaciones de Rusia con Occidente, la incapacidad de Naciones Unidas y Estados Unidos para acabar con sangrientos conflictos locales, y el carácter cada vez más reafirmativo de una China en alza.

En su recorrido por las civilizaciones del mundo, Huntington encontró una de ellas particularmente agresiva, hasta el punto de presentarla como incompatible con la existencia de la civilización occidental. El "islam", y no el fundamentalismo —de nuevo el grosero reduccionismo que criticaba Edward Said—, aparecía asociado a las principales amenazas al poder de Occidente: "El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico. Es el islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder".

El concepto de "civilización" de Huntington no podía ser más simple, toda vez que se servía de la religión como rasgo esencial de etnicidad. Su etnocentrismo quedaba de manifiesto en la jerarquía que establecía en su relación de civilizaciones: entre las ocho que describía, había algunas que eran, a todas luces, inferiores. La "latinoamericana", por ejemplo, presentaba una "identidad dividida": podía ser o bien una "subcivilización" dentro de la civilización occidental, o bien una civilización aparte, íntimamente emparentada con Occidente y dividida en cuanto a su pertenencia a él. Era, en realidad, una civilización *mestiza* y, por tanto, imperfecta. En cuanto a la africana, "posiblemente" era una civilización, aunque Huntington recurría al historiador Braudel —con el

lejano antecedente de Hegel— para negarle ese estatus: ni siquiera llegaba al grado inferior del mestizaje con la "cultura occidental".

Respecto a Occidente, si bien Huntington renunciaba ya a toda pretensión universalista de promover la modernización —y con ello la "occidentalización"— de otras civilizaciones, no ocultaba que la consideraba la mejor de todas. Esto quedaba demostrado por una serie de características entre las que se contaba, principalmente, su poder: ha sido la única que ha influido sobre todas las demás a lo largo de la historia del mundo. Precisamente ese poder, esa supremacía, era una de las cualidades que tendría que mantener para lograr sobrevivir y evitar seguir declinando. Occidente, y Estados Unidos como su Estado más poderoso, debía esforzarse por:

> 1) mantener su superioridad militar mediante normativas de no proliferación y de contraproliferación con respecto a armas nucleares, biológicas y químicas y los vectores para lanzarlas; 2) promover los valores e instituciones políticos occidentales presionando a otras sociedades para que respeten los derechos humanos tal y como se conciben en Occidente y para que adopten la democracia según los criterios occidentales, y 3) proteger la integridad cultural, social y étnica de las sociedades occidentales restringiendo el número de no occidentales admitidos como inmigrantes o refugiados.

Nótese que Huntington no recomendaba ya promover valores universalistas de modernización en lo político y en lo económico de las sociedades no occidentales como había hecho 30 años antes, en plena guerra de Vietnam. Por el contrario, en los años noventa del siglo XX reconocía abiertamente que el universalismo era "una fachada". No por ello, sin embargo, dejaba de aconsejar cínicamente la imposición en el terreno político de los valores definidos abiertamente como "occidentales" sin máscara alguna, y ello simplemente porque así le convenía a Occidente en general y a los Estados Unidos en concreto para mantener su primacía mundial. En cuanto a la última recomendación, revelaba a las claras que era más bien el concepto de "raza" decimonónico el que configuraba su idea de civilización. Para detener el proceso de deterioro "moral" de Occidente, Huntington estaba convencido de que era necesario conservar sus presuntas esencias —por lo que se refiere a Estados Unidos, la esencia WASP: *White, American,*

Saxon, Protestant— lo más puras posibles.

7. LA 'INTERVENCIÓN HUMANITARIA' COMO 'CAUSA JUSTA'

Ya el politólogo Michael Walzer, en su fundamental libro *Guerras justas e injustas* de 1977, justificó, si bien de manera tangencial, el intervencionismo militar unilateral o multilateral por razones morales "humanitarias". El dato era relevante, ya que el juicio moral —¿de quién?— cuestionaba, si bien con carácter excepcional, la prohibición formal de toda injerencia en los asuntos internos de los Estados sancionada en la Conferencia de Helsinki de 1975. Walzer citaba al respecto dos ejemplos históricos de intervenciones militares por motivos presuntamente "humanitarios" más o menos lejanas por entonces, a cuál más sospechoso: la intervención de Estados Unidos contra España en apoyo de los rebeldes cubanos en 1898 y la del Ejército indio del actual territorio de Bangladés en 1971. Hubo más: al reputado especialista Thomas Weiss no se le escaparon otros casos de encubrimiento "humanitario" de clásicas campañas militares de realpolitik, como la invasión japonesa de Manchuria en 1931 o la ocupación alemana de los Sudetes de 1938.

En cualquier caso, hacia 1997, en el *post scriptum* de la tercera edición de su libro, Walzer señaló que el problema "moral" del intervencionismo armado de carácter humanitario, tanto unilateral como multilateral, había pasado a constituir el "principal dilema de la política internacional" de la última década del siglo XX. Durante toda la década de los noventa, abundaron las intervenciones militares de esta clase protagonizadas bien por coaliciones de Estados bajo el paraguas de la ONU, bien directamente por tropas multinacionales de "cascos azules", en medio de una frenética actividad de Naciones Unidas. Solo en cuatro años, de 1988 a 1992, la ONU inició tantas operaciones militares internacionales como durante las cuatro décadas anteriores. Fue esta actividad la que supuso, aparentemente, una vuelta a la misión original de la organización multinacional fundada en San Francisco en abril de 1945: "Un sistema permanente de seguridad general", en palabras del historiador Marc

Nouschi.

La secuencia de esta clase de actuaciones militares solía iniciarse con campañas informativas de denuncia —en la línea de la tradicional "propaganda de atrocidades", intensificada por el denominado "factor CNN"— que llamaban, previa sensibilización de la opinión pública internacional, a la intervención armada con cobertura de la ONU so pretexto de la interrupción de una masacre, la interposición en una guerra o la garantía de envío de ayuda humanitaria a la región afectada. Eso fue lo que sucedió con operaciones que terminaron en verdaderos fiascos como las desarrolladas en el África subsahariana a lo largo de la década. Fueron los casos de la intervención en Liberia de 1990 —la primera de la posguerra fría, anterior a la protagonizada por Estados Unidos para proteger a la minoría kurda tras la guerra del Golfo de 1991—; la operación estadounidense Restore Hope en Somalia, de 1992 a 1995, la más extensa y costosa; y la francesa de 1994 en Ruanda, tan parcial como interesada.

Todas ellas, junto con la misión de UNPROFOR en Bosnia-Herzegovina (1992-1995), pasarían a la historia como "manifestaciones del resurgimiento de la *guerra justa*", esto es, la librada "en nombre de una hipotética moral universal y de la seguridad colectiva", en palabras de Jean-Hervé Bradol, presidente de Médicos Sin Fronteras. En todas ellas, la mayoría de los medios occidentales utilizaron la narrativa del "nuevo barbarismo", que eludía cualquier explicación histórico-política del conflicto violento en cuestión —lo que habría exigido analizar el papel de las antiguas potencias coloniales en el mismo, por ejemplo— para centrarse en toscos relatos sobre "tribalismos africanos", "violencias raciales" y "señores de la guerra", en un renovado alarde etnocéntrico. La narrativa del "nuevo barbarismo" sirvió de hecho, según el antropólogo Paul Richards, para omitir, en toda explicación sobre la violencia política de turno, "los intereses y contextos económicos y políticos" que se ocultaban detrás, y presentarla al mismo tiempo como efecto de unos rasgos culturales profundamente enraizados. Una vez más, se imponía la burda tesis "culturalista" de Huntington.

El relato del "nuevo barbarismo" no se limitó al África subsahariana.

También se hizo sentir en la operación Uphold Democracy de 1994-1995, en la que marines estadounidenses volvieron a desembarcar en Haití tras su primera intervención en 1915, esta vez bajo el paraguas de la ONU, y que se envolvió en un rancio discurso de atávica violencia irracional que hacía *tabula rasa* de todo lo ocurrido en el país desde su independencia. Dicha narrativa estuvo también presente en la operación de "mantenimiento de la paz" —cuando no había ninguna paz que mantener — y en la "intervención humanitaria" de 1992-1995 en los territorios de Croacia y Bosnia-Herzegovina de la antigua República Federal de Yugoslavia. Se procedió para ello al despliegue una Fuerza de Protección de la ONU —UNPROFOR— que se saldaría con un desastre mayúsculo. Precisamente uno de los críticos del relato del "nuevo barbarismo", Mark Duffield, calificó la operación como "un clásico caso de utilización de ayuda humanitaria como cortina de humo para esconder un fracaso político", concretamente el de la Unión Europea.

Los pueblos balcánicos en conflicto tampoco escaparon a la narrativa etnocentrista del "nuevo barbarismo", con mayor motivo por su secular asociación con una "violencia atávica" de origen "oriental". La resurrección del imaginario de las "atrocidades búlgaras" del siglo XIX y otras "limpiezas étnicas" cometidas en el antiguo polvorín de Europa sirvió para generar explicaciones que siempre terminaban dividiendo tajantemente a las poblaciones en "víctimas" o "villanos". En palabras de Mark Mazower:

> Descartar la violencia balcánica por primitiva y nada moderna permite a Occidente guardar las distancias con ella. Sin embargo, de hecho, la limpieza étnica no es un fenómeno específicamente balcánico. Se llevó a cabo en gran parte del centro y el este de Europa durante la guerra de Hitler e inmediatamente después de ella […]. Las raíces de su ferocidad no están en las mentalidades balcánicas, sino en la naturaleza de una guerra civil que se hizo con los recursos tecnológicos de la era moderna.

En el espacio balcánico, la OTAN, que desde 1992 ya se había implicado en el apoyo a UNPROFOR garantizando una zona de exclusión aérea, además de realizar operaciones marítimas de vigilancia del embargo a los bandos en conflicto, dio un poderoso golpe de efecto justificando por razones humanitarias el bombardeo aéreo de posiciones

serbobosnias en agosto y septiembre de 1995. No era su primera operación aérea: ya había habido otras de menor entidad amparadas por diversas resoluciones del CS de Naciones Unidas. Pero el bombardeo del verano de 1995 pareció dialogar directamente con la matanza perpetrada cerca de mes y medio antes por combatientes serbobosnios en el enclave de Srbrenica, con un saldo de unos 8.000 bosniacos asesinados. El episodio del abandono del enclave catalogado como "zona segura" por los cascos azules holandeses acababa de sumir a la ONU en un profundo descrédito que la Alianza Atlántica, a iniciativa de Estados Unidos, supo aprovechar ordenando el bombardeo de las fuerzas serbias que amenazaban otro de los enclaves, Gorazde. Lo hizo casi en tiempo de descuento, bajo riesgo de quedar, tal como dejaría apuntado el diplomático estadounidense Richard Holbrooke, como "un tigre de papel".

Tras los bombardeos, varios factores se combinaron para precipitar la paz firmada en la base militar estadounidense de Dayton en noviembre de 1995: desde el agotamiento del contendiente serbobosnio y el impacto de las sanciones sobre el Gobierno de Belgrado hasta la desesperada situación del contingente de UNPROFOR, pasando por la exitosa contraofensiva del Ejército croata. En cualquier caso, la Administración Clinton había logrado aprovechar la confusión de los Gobiernos europeos para escenificar simbólicamente, y a un precio relativamente bajo —mediante bombardeos aéreos, sin intervención de tropas de tierra—, la voluntad de Estados Unidos y de la OTAN de imponerse a la ONU y cercenar cualquier veleidad europea de forjar una política exterior y diplomática al margen de la Alianza. Presentándose como una entidad necesaria en la inestable Europa de la posguerra fría, la OTAN había conseguido reforzar su papel político a la vez que estrenarse militarmente.

Para finales de 1995, la OTAN comenzó el despliegue en territorio bosnio de una fuerza multinacional bajo su mando —IFOR, Implementation Force—, lo que supuso la puesta en práctica de la teoría que había venido defendiendo desde el nuevo Concepto Estratégico de la cumbre de Roma de 1991. En su primer gran operativo militar de la posguerra fría, y por medio de una misión "fuera de zona", la OTAN

conseguía así instalarse en el corazón de la nueva arquitectura de seguridad europea. No participaba ya como comparsa de refuerzo de una misión controlada directamente por la ONU, sino como como principal actor legitimado por una resolución de su Consejo de Seguridad. Lo hacía, además, y esto es importante, trascendiendo las limitaciones impuestas por su propia carta fundacional —el artículo VI del Tratado de Washington—, que restringía su ámbito de acción a los territorios de sus socios.

La fuerza multinacional IFOR de Bosnia sentó el modelo de las futuras misiones de la OTAN "fuera de zona", en tanto que utilizaba infraestructura militar atlántica a la vez que incorporaba los recursos de países no miembros de la Alianza, previamente comprometidos mediante los convenios de la Asociación para la Paz (APP). La APP, fundada en 1994, había sido específicamente diseñada para extender la influencia atlántica más allá de las fronteras de sus socios, con la mira puesta de manera muy concreta en los países de la antigua órbita soviética. Su *modus operandi* consistía en un convenio bilateral en forma de programas de cooperación político-militar "personalizada" entre la OTAN y cada uno de los Estados interesados que quisieran firmarlo. Un aspecto nada desdeñable de esta relación cooperativa era el de la reforma de los ejércitos de los nuevos socios APP: era aquí donde entraban los proyectos de reconversión de la antigua industria militar de los países del Este en industria civil. A través de los convenios bilaterales, la OTAN asesoraba y fiscalizaba además el nuevo equipamiento militar del país en cuestión, necesario para la realización de aquellas nuevas misiones de la Alianza en las que aceptara participar. Dado que el nuevo armamento a adquirir debía satisfacer unos criterios mínimos de interoperabilidad, la industria militar occidental, sobre todo la estadounidense, se convertía en la principal abastecedora.

¿Dónde quedaba aquí la "causa justa" de una intervención armada con fines humanitarios como la clamorosamente demandada por múltiples voces en el conflicto bosnio, a partir de 1992? Tal como terminaron ocurriendo las cosas, podría decirse que dicho argumento acabó convertido —no estaba claro que así debiera haber sido desde el

principio— en la coartada, o en el bienvenido pretexto, de un fin ya prefigurado: la supervivencia e incluso engrandecimiento de la Alianza en el nuevo mundo de la posguerra fría.

8. 'O FUERA DE ZONA O FUERA DE JUEGO'

Rebobinemos un poco. La fórmula de la APP creada en 1994 se inscribía en la estrategia atlántica de la "ampliación al Este" que ya había sido adelantada por lo menos el año anterior por diversos políticos y analistas representantes de un nuevo "intervencionismo liberal". En 1993 el consejero de Seguridad Nacional de la Administración Clinton, Anthony Lake, ya propuso para la posguerra fría una "estrategia de ampliación", frente a la de "contención" acuñada por George Kennan al principio de la Guerra Fría. Tras la retahíla de amenazas de la época actual —terrorismo, "nacionalismos ambiciosos", proliferación de armas de destrucción masiva—, la estrategia de ampliación pasaba por "ampliar la comunidad libre de democracias de mercado del mundo" y requería, por tanto, una reforma a fondo de la OTAN. En mayo de aquel mismo año, un editorial de *The Washington Post* a propósito del conflicto bosnio había apuntado asimismo el camino a seguir: "[…] una respuesta contundente de la OTAN a la actual crisis haría más que justificada su existencia tras la Guerra Fría".

En un influyente artículo publicado en el otoño de 1993, tres analistas de la Corporación RAND habían abogado —casi con tintes desesperados — por una reformulación de la OTAN que recogiera tanto su ampliación y reorganización como una decidida intervención militar en el conflicto bosnio. En primer lugar, se imponía el ingreso en la Alianza de los países del llamado "triángulo de Visegrado" —Polonia, la República Checa y Hungría—, en interés directo y concreto de Estados Unidos, y ello por una serie de razones:

> Los líderes políticos de esos países son proamericanos. Sus planteamientos sobre asuntos de seguridad coinciden con los de Estados Unidos y otros miembros de la Alianza como Gran Bretaña y Países Bajos. Su ingreso en la OTAN reforzaría la orientación atlantista de la Alianza y proporcionaría un mayor apoyo interno a los

planteamientos estadounidenses de Estados Unidos sobre asuntos clave de seguridad.

Los tres analistas habían planteado la entrada de los países de Visegrado como una especie de caballo de Troya en una ciudadela donde los planteamientos europeístas —relación de la OTAN con la UEO, creación de una política exterior y de defensa común— jugaban todavía por entonces un papel importante. Su triple propuesta para la OTAN —política, económica y militar— contenía una buena dosis de urgencia, espoleada por una narrativa de crisis, plagada de peligros y desafíos. Si la Alianza no "reorganizaba el Oeste" y se ampliaba al Este, entrenando al mismo tiempo su músculo militar para las misiones "fuera de zona" —fuera del ámbito definido en el artículo VI del Tratado de Washington—, terminaría por desaparecer. La tesis del artículo quedaba convenientemente resumida en su título: "NATO must go out of area or it will go out of business".

Por un lado, era necesario prepararse para misiones militares "fuera de zona", previsiblemente a lo largo de dos "arcos de crisis" o escenarios de posibles conflictos: uno euroasiático, que recorría las fronteras con la Federación Rusa, hasta Turquía, y otro meridional, a lo largo del Magreb, que acababa en Asia sudoccidental. Por otro, los autores proponían el diseño de mecanismos de captación-colaboración con los países del antiguo Pacto de Varsovia, según un modelo bilateral, esbozo de lo que sería la APP, que sería creada al año siguiente. Ucrania, independizada a finales de 1991, ocupaba por entonces un lugar fundamental en su planeamiento: para los analistas, una Ucrania plenamente independiente y "europeizada" podría hacer de parachoques frente a una hipotética "restauración imperial" rusa.

La avanzada de candidatos preferidos para ingresar en la nueva OTAN estuvo compuesta, como no podía ser menos, por Polonia, la República Checa y Hungría. Ya en 1994 se calendarizó el proceso durante los tres años siguientes: el "sí" a la ampliación en 1997 —con la resignada aquiescencia del presidente ruso Boris Yeltsin— y la invitación formal a los tres Estados, cuyo ingreso tendría lugar en 1999. A la luz de lo ocurrido décadas después con el actual conflicto de Ucrania, resulta casi profética la sentencia que en 1997 lanzaría el famoso autor de la doctrina

de la "contención", el por entonces nonagenario George Kennan: "La expansión de la OTAN sería el más fatídico error de la política estadounidense de toda la Guerra Fría".

9. DE BOSNIA A KOSOVO

La misma coartada "humanitaria" sería utilizada cuatro años después, con ocasión de la crisis de Kosovo y el lanzamiento de la operación Fuerza Aliada contra la ya entonces mermada República de Serbia y Montenegro, de marzo a junio de 1999. La OTAN volvió a exhibir músculo militar, dando por descontada, en esta ocasión, la oposición de la Federación Rusa, razón por la cual ni siquiera fue presentado proyecto de resolución alguno para su aprobación por el Consejo de Seguridad.

Fue un palmario caso de intervención armada de carácter humanitario ilegal pero supuestamente legítima o justificada, según dictaminó la Comisión Internacional Independiente sobre Kosovo creada en agosto de 1999. El teórico de la "guerra justa", Alex Bellamy, sin embargo, cuestionó los medios empleados —bombardeos aéreos, sin intervención de tropas de tierra— en relación con el fin declarado: detener la agresión contra la población albanokosovar y prevenir una catástrofe humanitaria. Bellamy también puso en duda la selección de objetivos militares y el cumplimiento de los principios de proporcionalidad y discriminación del *ius in bello*. Parece ser que las autoridades militares de la OTAN esperaban una pronta capitulación de Milosevic que no llegó a producirse. Ello explica que en un primer momento se priorizaran objetivos militares y que, al cabo de unas semanas, se incluyeran objetivos civiles al objeto de dañar la economía yugoslava. El resultado fue que la población serbia no combatiente resultó al final especialmente perjudicada, con cerca de 500 muertos según datos de la organización Human Rights Watch. Paradójicamente, la propia OTAN terminaría reconociendo que su magnificada ofensiva aérea había causado "escasos daños" al Ejército serbio.

Los 78 días de bombardeos no frenaron en absoluto el proceso de asesinatos y expulsiones, que había comenzado una semana antes: de

hecho, lo aceleraron, con más de 800.000 desplazados. La mayoría de los albanokosovares asesinados lo fueron durante la intervención: casi 10.000, frente a unos 2.600 con anterioridad a la misma. El Gobierno de Milosevic se sirvió del clima de guerra creado por los bombardeos —y de la retirada de periodistas y observadores de la OSCE— para ejecutar su plan Herradura: "limpieza étnica" y expulsión de la mayoría albanokosovar, y desestabilización consiguiente de los países limítrofes utilizando para ello los flujos de desplazados. Una vez más, una solución violenta, como eran los bombardeos, precipitaba justamente la violencia que se buscaba prevenir.

Lo que desde un principio quedó muy claro fue que el medio utilizado por la OTAN, el bombardeo aéreo, respondió al fin principal de minimizar el número de bajas propias a costa de perder eficacia en la prevención de los ataques del Ejército yugoslavo contra la población albanokosovar. Una vez más, la Alianza volvía a jugarse su credibilidad, la misma que había ganado en Bosnia. Así lo reconoció el Consejo Nacional de Seguridad estadounidense el 15 de febrero de 1999, cuando explicitó sus objetivos con respecto a la crisis: "Promover la estabilidad regional y proteger nuestra inversión en Bosnia: prevenir la reanudación de las hostilidades en Kosovo y una nueva crisis humanitaria [...] y preservar la credibilidad de Estados Unidos y de la OTAN". El general Wesley Clark, el responsable militar de la campaña, afirmaría en sus memorias que uno de los principales objetivos de la intervención en Kosovo —y antes en Bosnia— no había sido otro que el de garantizar "el mantenimiento de la cohesión y la viabilidad de la Alianza". O, a mayor abundamiento: "Ningún objetivo o conjunto de objetivos era más importante que mantener cohesionada a la OTAN".

Ese mismo día, el descubrimiento de una matanza, la de 45 albanokosovares —con dos mujeres y un niño—, en la pequeña población de Raçak, daba la vuelta al mundo voceada por el entonces representante estadounidense en la OSCE, el polémico William Walker, antiguo embajador en El Salvador durante el final de la Guerra Fría (1988-1992). La matanza, que fue duramente condenada entonces tanto por el Departamento de Estado como por el secretario general de la OTAN,

Javier Solana, constituyó un buen ejemplo de "propaganda de atrocidades" de gran efecto que, ya en un primer momento, fue cuestionada por periodistas e investigadores independientes. Todo apunta a que el escenario fue manipulado para hacer pasar un enfrentamiento armado —entre fuerzas militares serbias y guerrilleros del UÇK, el Ejército de Liberación de Kosovo— por una matanza de civiles. Pero el primer golpe "mediático" era el que valía, y ese fue el decisivo. Fue, de hecho, una especie de reedición del montaje del "falso osario de Timisoara" que, en 1990, dio la vuelta al mundo e inflamó el levantamiento contra el dictador Ceaucescu.

Veteranos periodistas de guerras anteriores se mostrarían muy críticos con el nuevo marco de relación que parecía haberse establecido entre los poderes públicos, principalmente militares, y los medios informativos. Así, para Phillip Knightley, que criticó a los nuevos "corresponsales de fosas comunes" al paso que evocaba la larga tradición de la llamada "propaganda de atrocidades" —citaba los ejemplos de la guerra anglo-bóer y de Bélgica en la Primera Guerra Mundial—, se había producido

> una completa inversión de la relación entre los medios de comunicación y los militares desde Vietnam. En Vietnam, los medios eran reacios a creer en nada de lo que les decían los militares. En Kosovo, los medios tienden a creerse todo lo que les dicen los militares porque estos les han arrebatado la postura moralista [*moral high ground*] al declararse contrarios a la guerra. Bombardean en nombre de la paz, para salvar o para liberar, de manera que aquellos que se les oponen son los militaristas, los apaciguadores de los nazis.

Los bombardeos aéreos sobre la República de Serbia y Montenegro sirvieron de telón de fondo simbólico a la cumbre del quincuagésimo aniversario de la firma del Tratado del Atlántico Norte, celebrada en Washington durante los días 23 y 24 de abril. La "guerra justa" humanitaria estuvo presente en todo momento durante la cumbre, representada asimismo por los intereses de las grandes empresas armamentísticas estadounidenses, puesto que las campañas aéreas funcionaban como escaparates de armas de alta tecnología en acción. Las cuatro grandes corporaciones que dominaban el teatro de operaciones en los Balcanes coincidían casi exactamente con las empresas más

poderosas de los apoteósicos tiempos del complejo militar-industrial estadounidense, durante la primera mitad de los sesenta. La renovada Lockeed Martin había absorbido a las antiguas Lockeed Aircraft y General Dynamics, que habían encabezado la lista de principales contratos militares en el periodo 1960-1967. En dicha lista el tercer y cuarto puesto correspondían respectivamente a Boeing y a McDonnell Douglas que, después de su fusión, proporcionó en el teatro balcánico los cazabombarderos F-18 y los helicópteros Chinook y Apache. Desde el final de la Guerra Fría, el Departamento de Defensa había venido incentivando la concentración de industrias militares, así como el levantamiento de las restricciones que padecían respecto a la industria civil y los procesos de innovación tecnológica tipo *network-centric-Warfare*.

En la cumbre de Washington fue aprobado un nuevo Concepto Estratégico en sustitución al de Roma (1992), que vino a sancionar formalmente las prácticas ya ensayadas durante aquellos años: la realización de misiones "fuera de zona" que trascendieran el ámbito territorial definido en el artículo VI del Tratado del Atlántico Norte. La secretaria de Estado estadounidense, Madeleine Albright, ya había planteado a lo largo del año anterior, con la reavivación del conflicto de Kosovo, la legitimación de intervenciones "surgidas desde más allá del área noratlántica", en sus "fronteras inmediatas". Eso era algo que ya se había venido haciendo en Bosnia desde 1992. La diferencia estribaba, esta vez, en la consideración de acciones militares "fuera de zona" inspiradas en una interpretación más o menos libre de la Carta de las Naciones Unidas y referidas al genérico artículo V del Tratado de Washington, sin atenerse a ninguna resolución concreta del Consejo de Seguridad de la ONU. El paisaje de "peligros y amenazas" descritos en el nuevo Concepto Estratégico comprendía todo tipo de crisis económicas, sociales, políticas y humanitarias, incluidas la disolución de Estados o las violaciones de derechos humanos.

En la cumbre de Washington, la Alianza no solamente cumplió el objetivo de su ampliación al Este —con el ingreso oficial de Polonia, la República Checa y Hungría—, sino también el de la "reorganización del

Oeste". En junio se aprobó que el secretario general de la OTAN, Javier Solana, pasara a convertirse en el futuro "Mr. PESC" —la figura que se había aprobado en la cumbre europea de Ámsterdam de 1997—, mientras un *halcón* británico, George Robertson, pasaba a sustituirlo. Ambos, cada uno en su papel, se dedicaron a promover el gasto militar y el llamado "pilar europeo de defensa" dentro de la Alianza. Una cuestión delicada aquí era el famoso "reparto de cargas" entre Estados Unidos y Europa, toda vez que más misiones exteriores representaban más gasto. La misión militar multinacional de mantenimiento de la paz en Kosovo (KFOR), creada en 1999 bajo autoridad de la OTAN y respaldada por la ONU, reflejó en la práctica el nuevo planteamiento, ya que a pesar de que la ofensiva aérea había corrido a cargo de Estados Unidos, fueron los socios europeos quienes asumieron la mayor parte de los costes del despliegue de las tropas en el terreno.

Siguiendo el modelo seguido en Bosnia-Herzegovina por las misiones IFOR primero y SFOR después, hacia principios del año siguiente Estados Unidos proporcionaba a KFOR un contingente de 7.500 soldados, mientras que los socios de la Unión Europea aportaban más de 35.000, a los que se sumaban los contingentes de los nuevos socios de la OTAN y de otros países miembros de la Asociación para la Paz (APP). Se instauraba así el modelo de colaboración y reparto de tareas entre Estados Unidos y sus socios europeos que el influyente periodista Robert Kagan definió con una frase no exenta de irónica admiración: el uno hace la cena y los demás friegan los platos.

10. DE LOS *REDS* A LOS *ROGUE STATES*

A semejanza de lo ocurrido con los diversos conflictos de la Guerra Fría —Corea en 1950 y Afganistán en 1979 son dos buenos ejemplos—, la intervención militar "humanitaria" en Kosovo de la primavera de 1999 no hizo sino reforzar una tendencia al alza del gasto militar occidental registrada con anterioridad. Por lo que se refiere a Estados Unidos, la tendencia a la baja iniciada en 1987 alcanzó su punto de inflexión en 1999. Fue en este último año cuando experimentó un tímido aumento en

términos reales con respecto al anterior, pero el cambio venía de lejos: llevaba tiempo preparándose. A partir de 1992 —bajo el efecto de la guerra del Golfo de 1991— las partidas de investigación y desarrollo del presupuesto federal dedicadas a armamento convencional habían empezado a crecer en términos relativos, mientras el gasto militar total reducía su ritmo de descenso. El proceso de concentración de la industria militar incentivado por la Secretaría de Defensa contribuiría a reforzar el sector: solo entre 1991 y 1997 se realizaron 56 fusiones en Estados Unidos por valor de 89,3 millardos de dólares en transacciones.

A su vez, la mayor apertura al exterior de estas corporaciones aceleró un proceso semejante de concentración en Europa, estimulado asimismo por los países de mayor peso de la UE. El consorcio EADS, principal competidor europeo de las empresas estadounidenses, lideró dicha dinámica, transformándose al mismo tiempo en sociedad anónima privada. El nuevo escenario de rearme en los umbrales del siglo XXI se completó con el repunte del volumen de comercio mundial en el sector, que desde 1995 había experimentado un aumento constante con la región del golfo Pérsico como principal mercado armamentístico. Otros mercados cobraron a su vez una nueva pujanza, como el del sureste asiático o el latinoamericano, todo lo cual vino a dar por cerrada la época de *vacas flacas* de la industria militar. A modo de remate, el presidente George Bush Jr. resucitó en 2000 el antiguo proyecto del "escudo antimisiles" —IDS, Iniciativa de Defensa Estratégica— de la última Administración Reagan, invocando el espantajo de los *Rogue States*, provistos o no de armamento nuclear, como Irak, Irán o Corea del Norte. La ejecución de esta modalidad de escudo antimisiles (ABM), que ya había sido aprobada por la Administración Clinton en julio de 1999, supuso tanto un paso de gigante en la escalada del gasto militar de Estados Unidos como un suculento bocado para las empresas contratistas, encabezadas por Boeing y Raytheon.

Formalmente, el difuso término de *Rogue State* o "Estado canalla o bribón" se remontaba a la Administración Clinton. En febrero de 1998, su secretaria de Estado, Madeleine Albright, había situado a los *Rogue States* en un curioso limbo existencial, ya que "no solo no forman parte

del sistema internacional, sino que su propio ser se desenvuelve fuera del mismo y arrojan, literalmente, granadas de mano en su interior para destruirlo". Era esta una definición algo chusca que no ganaría en claridad durante los años siguientes. Coincidiendo con el final de la Administración Clinton, el informe *Estrategia de seguridad para un nuevo siglo* puso en relación los armamentos de destrucción masiva "descontrolados" con "estados bribones y organizaciones criminales internacionales". Para autores como Paul Hoyt, en el pensamiento estratégico estadounidense, los *rogue states* acababan de sustituir a los *reds* —"rojos"— como punto focal de su política. El término no era precisamente muy elaborado, pero permitía cristalizar de alguna manera la galería de amenazas de la posguerra fría invocadas hasta entonces. Dentro de la ortodoxia del "keinesianismo militar", servía asimismo para justificar al alza el gasto en defensa, algo muy conveniente para las empresas punteras de armamento estadounidenses, como medio, incluso, de combatir los efectos de la recesión económica en la que entró Estados Unidos durante el periodo 2000-2001.

A este respecto, resulta llamativo el empeño que puso George Bush Jr. en generar miedo y recelo entre la población durante la campaña presidencial de febrero de 2001:

> Este es un mundo mucho más incierto que en el pasado… Pero, aunque es un mundo incierto, estamos seguros de algunas cosas. Estamos seguros de que, a pesar de que haya muerto *el imperio del mal*, el mal sigue existiendo. Estamos seguros de que hay gente que no puede soportar lo que representa América… Estamos seguros de que hay locos en el mundo, y terror, y misiles.

Pero lo que dio el impulso definitivo a este discurso de la amenaza y, por tanto, a los proyectos de rearme de la posguerra fría, fueron los atentados del 11 de septiembre de aquel año, al acabar de golpe con el sentimiento de invulnerabilidad que desde siglos atrás había disfrutado Estados Unidos.

VI. DE LA GUERRA PERMANENTE

1. LA 'GUERRA JUSTA' DE AFGANISTÁN

Nunca se destacará lo suficiente el impacto simbólico de los atentados suicidas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, con sus casi tres millares de víctimas, en la opinión pública estadounidense. Como bien se encargó de recordar Noam Chomsky, se trató del primer ataque sufrido en territorio nacional desde la guerra con la Corona británica de 1812. La galería de enemigos y amenazas que durante toda la década anterior ha sido invocada por Estados Unidos y sus aliados de la OTAN, a veces de manera un tanto forzada, para justificar un nuevo rearme y un mayor intervencionismo militar en los asuntos mundiales, acababa de manifestarse de la manera más cruda: con un espectacular ataque terrorista en el corazón del imperio. Muy concretamente, la profecía de la amenaza del "terrorismo islámico" ya proclamada en los años ochenta y noventa —véase la "tesis del choque de civilizaciones" de Samuel Huntington— se había autocumplido.

A modo de respuesta, Estados Unidos protagonizó en octubre de 2001 la primera intervención armada occidental de la que sería pomposamente denominada "guerra contra el terror", y que pondría brusco final a la década de la posguerra fría. No hubo ya eufemismos como los de la "intervención humanitaria" de los bombardeos sobre la República de Serbia y Montenegro de tres años antes: la retórica del Gobierno se inclinó abiertamente por la palabra "guerra". La operación Libertad Duradera contra Afganistán fue justificada ante la ONU como el ejercicio

del derecho "inmanente" a la autodefensa frente a un ataque armado recogido en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Tanto la ONU, a través de su Consejo de Seguridad, como la OTAN y la Organización de Estados Americanos calificaron formalmente los atentados del 11 de septiembre como un "ataque armado" que reconocía a Estados Unidos el derecho de responder con la fuerza militar.

En este sentido, como bien ha señalado Enric Ibarz, Washington "utilizó un discurso en términos de guerra justa", que buscó cobijarse bajo la figura de la llamada "legítima defensa *preemptiva*" (*pre-emptive self-defense*). La elección del vocablo "pre-emption" en lugar de "prevention" (prevención) no fue casual. Para un autor tan reputado en la doctrina de la "guerra justa" como Hugo Grocio, la guerra "preventiva", como reacción a una amenaza de guerra percibida como no inmediata, podía ser "causa *injusta* de guerra". Si lo que se quería era evitar ese peligro, el término inglés "pre-emption" —sin correspondencia en español— resultaba mucho más adecuado, toda vez que aludía a la autodefensa contra una amenaza percibida, esta sí, como más clara e inminente. Sin entrar en mayores filigranas jurídicas, la expresión *pre-emptive self-defense* enmascaraba y legitimaba a la vez como medida defensiva lo que en realidad era una agresión contra otro Estado: para el caso, Afganistán.

Había que hilar fino, ya que a nadie se le escapaba un detalle tan fundamental como obvio: que, en puridad, no había sido el Estado de Afganistán quien había dirigido un "ataque armado" contra Estados Unidos. De ahí se seguía, por tanto, la necesidad por parte de Washington de demostrar con pruebas sólidas no ya la responsabilidad de Al Qaeda en los atentados de Nueva York y Washington, sino la vinculación del Gobierno afgano con dicha organización. En relación con este asunto, no faltaron las voces que criticaron tanto la legalidad como la ilegitimidad de la acción militar contra Afganistán. Unas recordaron que la respuesta armada se había ejercitado no contra el agresor en cuestión, un "agente terrorista no estatal", sino contra todo un Estado, al margen de que estuviera implicado o no en el patrocinio o acogida de aquel. Además, la agresión sufrida no facultaba a Estados Unidos a derribar un régimen

para sustituirlo por otro, que fue lo que al final ocurrió. Otras voces cuestionaron la proporcionalidad de la respuesta: un ataque contra un sector de la población propia, ¿justificaba una "respuesta armada contra todo un país" que terminó derivando en una guerra civil? Entre 2001 y 2014, más de 26.000 civiles afganos perdieron la vida como consecuencia directa de acciones de guerra.

Un argumento algo más taimado que servía para reforzar la posición estadounidense de la "guerra justa" era la asociación de Afganistán con la nueva y bien difundida denominación de *Rogue State*, que ya había sido utilizada por la Administración Clinton. Ello significaba, en la práctica, desterrar a dichos Estados, formalmente miembros de la ONU, de la "comunidad internacional" y, por tanto, de sus supuestos derechos como tales. El término quedó instituido en la nueva Estrategia de Seguridad Nacional de 2002, que se refirió a la "emergencia de un pequeño número de Estados canallas" que compartían atributos como la "brutalización de sus propios pueblos" y "el despilfarro de los recursos nacionales por la ganancia personal de sus gobernantes", rasgo este último que bien habría podido aplicarse a Estados occidentales de pleno derecho, por cierto. Otras características eran su patronazgo sobre el terrorismo internacional, su disposición a "adquirir armas de destrucción masiva y otra tecnología militar avanzada" y su "desdén hacia las leyes internacionales", otro rasgo de lo más ambiguo.

El texto recogía una suerte de autocrítica, ya que supuestamente dichas nuevas amenazas habían surgido durante la década anterior —como bien se habían encargado de alertar autores como Huntington— sin que, hasta entonces, los Gobiernos estadounidenses hubieran sido capaces de comprender su "verdadera naturaleza". Frente a una actitud "reactiva" como la que supuestamente había tenido en el pasado, basada en la "contención", se apostaba precisamente por un estilo agresivo, al amparo del ya comentado concepto de "legítima defensa preemptiva":

> Durante siglos, la ley internacional reconoció que las naciones no necesitaban sufrir un ataque antes de que, legalmente, pudieran tomar acciones para defenderse a sí mismos contra fuerzas que presentaran un peligro inminente de ataque. Académicos del Derecho y juristas internacionales condicionaron la legitimidad de la "preempción" (*pre-emption*)

a la existencia de una amenaza inminente [...]. El propósito de nuestras acciones siempre será eliminar una amenaza específica contra Estados Unidos o contra nuestros aliados y amigos. Las razones de nuestras acciones serán claras, proporcionada la fuerza, y la causa justa.

Otra vez se retorcían las antiguas reflexiones sobre la guerra por "justa causa" para legitimar un amplio margen de acción que incluyera directamente ataques contra otros Estados al margen del arbitrio de las Naciones Unidas. Los argumentos de Hugo Grocio —un autor del siglo XVII que había proscrito las "guerras preventivas" como injustas— acerca de la permisibilidad de iniciar una guerra solo en los excepcionales casos en que el peligro fuera "inmediato o inminente", resonaban en un importante documento estratégico nacional más de tres siglos después.

Juristas de prestigio como Manuel Pérez González han señalado la escasa novedad de disposiciones como las recogidas en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2002. Un documento semejante adoptado por la Administración Clinton en 1999, refiriéndose a "Estados fallidos" —*Failed States*— y a "Estados bribones, terroristas y organizaciones criminales internacionales", le reservaba el derecho a efectuar ataques unilaterales golpeando las "bases de los terroristas" y a "aquellos que los patrocinen, ayuden o apoyen activamente". La llamada *Estrategia de seguridad para un nuevo siglo*, al margen de proclamas teóricas, había justificado los ataques efectuados el año anterior, en agosto de 1998, contra una de las "más activas bases terroristas del mundo", localizada en Afganistán, y contra una supuesta planta de armas químicas en Sudán, ambas vinculadas con la "red de grupos radicales" de Osama bin Laden según sus servicios de inteligencia. Los ataques se justificaron en respuesta a los atentados perpetrados contra las embajadas de Estados Unidos en Kenia y Tanzania de agosto de aquel año, como "una necesaria y proporcionada respuesta a la inminente amenaza de futuros ataques terroristas contra personal e instalaciones estadounidenses".

Todavía no había aquí rastro de las fórmulas teóricas de una *pre-emptive self-defense*, ni citas de "académicos" o "juristas" de siglos atrás, cuando los ataques se realizaron de manera efectiva, más de un año antes

de los atentados de Nueva York y Washington. El problema fue que la supuesta planta de armas químicas de Jartum del documento estratégico era, en realidad, una fábrica farmacéutica, la de Al-Shifa, la mayor de la región. Nunca se encontró evidencia alguna de que sus instalaciones hubieran sido utilizadas para la fabricación de gas nervioso. Las Administraciones estadounidenses bloquearon cualquier investigación al respecto y las consecuencias de la destrucción fueron catastróficas para la población sudanesa, inmersa por entonces en plena hambruna. Al-Shifa producía más de la mitad de los medicamentos del país: hasta el embajador alemán en Sudán cifró en decenas de miles las personas fallecidas de manera indirecta como efecto del bombardeo.

No dejaba de resultar curioso que la Administración estadounidense hubiera presentado en 1999 como "amenazas" mundiales las "migraciones incontroladas de refugiados" —en sintonía con el discurso de la cumbre atlántica de Roma de 1991— cuando contribuía eficazmente a generarlas en territorios como Sudán y el Cuerno de África con sus intervenciones militares y sus recurrentes campañas de embargos y sanciones. Precisamente en enero de aquel mismo año, el Gobierno Clinton había aprobado también, con el apoyo del Gobierno británico de Tony Blair, una nueva campaña de bombardeos sobre Irak, esta vez con la coartada de que el Gobierno de Sadam se negaba a cooperar con los inspectores de Naciones Unidas, pero sin la autorización de su Consejo de Seguridad. Como en Sudán, la práctica se había adelantado a la teoría de la *pre-emptive self-defense,* que cobraría carta de naturaleza tras el 11 de septiembre de 2001.

Volviendo a Afganistán, la presunta "guerra justa" de la operación Libertad Duradera, que se prolongó de 2001 a 2014, significó en la práctica el abandono de cualquier discurso, fachada o motivo "humanitario" del tipo de los utilizados a lo largo de toda la década anterior. Nunca estaba de más, sin embargo, edulcorar sus efectos frente a la opinión pública. La magnificada campaña de lanzamientos nocturnos de ayuda humanitaria desde el aire, simultánea a los bombardeos, intentó servir a ese objetivo, si bien las propias oenegés sobre el terreno se apresuraron a calificarla de "montaje propagandístico". Otro recurso de

propaganda que contribuyó a legitimar la agresión y que ya había sido utilizado durante la guerra del Golfo de 1991 fue el del estereotipo sexual. Nos referimos a la proyección interesada de dos iconos femeninos antitéticos, el de la militar estadounidense como *mujer liberada* y el de la mujer musulmana, sometida y cubierta esta vez por el burka, algo que ya había sido criticado en su momento por Cynthia Enloe. Como en Irak, y tal como ha señalado Nancy Jabbra, el resultado no fue otro que el "tropo predominante de la liberación de las mujeres afganas de los talibanes" por las fuerzas estadounidenses, lo que vino a funcionar mediáticamente como una suerte de "causa justa" suplementaria.

Por lo demás, llovía sobre mojado. Estados Unidos llevaba décadas interviniendo directa o indirectamente en Afganistán, un territorio marcado históricamente por el dominio colonial de Occidente. Su población civil de la frontera de Pakistán, por ejemplo, había sido la primera en ser bombardeada con gases tóxicos a principios de la década de los veinte por el Ejército británico. Winston Churchill, secretario de la Guerra por entonces, no había podido entender esos "remilgos sobre el uso de gases" y se había mostrado totalmente a favor de "usar gases venenosos contra tribus no civilizadas". Aquellos remilgos humanitarios solamente habían funcionado en el territorio occidental, el definido por los países signatarios del Protocolo de Ginebra sobre Gases Tóxicos de 1925, que no en el "incivilizado". Las superpotencias de la Guerra Fría recogieron el testigo de Gran Bretaña en aquella esencial pieza del que, a finales de los noventa, sería denominado el "nuevo gran juego" en alusión a la antigua disputa anglo-rusa por la región.

Como John Cooley explicó en su libro *Unholy Wars*, "existe una cadena directa de acontecimientos relacionados que vinculan aquella aparentemente distante guerra", la de las guerrillas afganas contra el invasor soviético de 1979-1989, con los atentados de 2001 y la guerra que les siguió, la larga campaña Libertad Duradera. Concretamente, lo que Cooley había descrito y analizado en 1999 había sido "el curso y consecuencias de una extraña aventura amorosa que acabó desastrosamente mal: la alianza, durante la segunda mitad del siglo XX, entre Estados Unidos y algunos de los más fanáticos y conservadores

seguidores del islam". En 1998, el consejero de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, reconoció que, a sugerencia suya, la CIA había empezado a realizar operaciones encubiertas de apoyo a los islamistas muyaidines en el verano de 1979, con anterioridad a la invasión soviética de Afganistán. Alardeaba por entonces de haber atraído a la URSS a la "trampa afgana", con su idea de provocar una *proxy war* o guerra subrogada, pero haciendo recaer en la potencia rival la responsabilidad de la agresión.

Afganistán había jugado, pues, un importante papel en el ajedrez geoestratégico de la segunda Guerra Fría, al igual que Angola, Sudán o el propio Irak, con consecuencias que habían afectado a generaciones de afganos desde hacía décadas. Pero los atentados de Nueva York y Washington no sirvieron para que políticos, científicos sociales o periodistas profundizaran en las causas históricas del tipo de las desarrolladas por Cooley y reflexionaran sobre ellas. A rasgos generales, la reacción más extendida adoleció de la misma simplicidad que el discurso de las amenazas de la profecía autocumplida: ninguna autocrítica en términos de política exterior y rápido cierre de filas. Tres días después de los atentados, el reputado académico Ronald Steel sostuvo que "nos odian porque defendemos un orden mundial de capitalismo, individualización, secularización y democracia, que debería ser la norma en todas partes". Hasta el principal teórico de la guerra justa, el politólogo Michael Walzer, asumió la tesis de la "irresponsabilidad" del país: "El resentimiento hacia el poder americano y el odio a sus valores".

Los bárbaros atacaban de nuevo, ya que estaba en su naturaleza envidiosa. Poco después, ya comenzada la operación militar contra Afganistán, Walzer se felicitaba del presunto éxito del "lenguaje de la guerra justa" entre sus contemporáneos. Alegaba para ello el hecho de que se hubiera convertido en costumbre que militares y políticos proclamasen durante sus campañas de bombardeo su voluntad de minimizar bajas civiles —"daños colaterales"—, vigilados como estaban por los *mass media* y con un ojo puesto en la opinión pública nacional e internacional. La autocomplacencia le impedía ver la realidad más inmediata y, según sus cánones, más "superficial", como por ejemplo el

medio millón de niños iraquíes que, según estimaciones fiables, fallecieron como consecuencia de las medidas de embargo contra Irak: una "dura opción" cuyo precio, según comentó la secretaria de Estado Madeleine Albright en 1996, "mereció la pena". Todavía en 2001, la política de embargo y el cicatero programa de Petróleo por Alimentos seguía traduciéndose en la muerte de 5.000-6.000 niños al mes, según declaraciones de los propios coordinadores de la ONU para la entrega de ayuda humanitaria a Irak durante el periodo 1997-2000.

2. EL 'EJE DEL MAL' Y LA TEORÍA DEL SUJETALIBROS

En su discurso sobre el estado de la Unión de enero de 2002, el presidente George Bush Jr. presentó su nuevo concepto de "eje del mal" como gran enemigo a batir de la *war on terror*, a la par que se apoyaba en él para justificar sus programas de rearme, incluido el desarrollo de su escudo antimisiles (ABM). El Irak de Sadam Hussein, gravemente afectado por la política de sanciones que llevaba cerca de una década de existencia, ocupaba un lugar principal al lado de otros *rogue states*.

Por aquellas fechas, y una vez cerrada la primera fase de la campaña militar afgana, los *halcones* republicanos —Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz, todos ellos antiguos colaboradores de Ronald Reagan y de George Bush Sr. durante la última etapa de la Guerra Fría— parecían singularmente decididos a apoderarse de Irak al objeto de articular un nuevo mapa político en Oriente Próximo y el golfo Pérsico más favorable a los intereses geoestratégicos estadounidenses. Los tres, como fundadores en 1997 del llamado "Proyecto para el nuevo siglo americano", llevaban ya tiempo reclamando una "política reaganiana de fortalecimiento militar y de claridad moral" en forma de un intervencionismo militar unilateral en la región mencionada. La idea original no era otra que la de asociar al régimen iraquí con la organización Al Qaeda —acusándolo de patrocinar el terrorismo internacional y de fabricar armas de destrucción masiva—, aludiendo de paso a las potencias del eje Berlín-Roma-Tokio, los enemigos de aquella "guerra buena" del gran conflicto mundial de 1939-1945. La consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, propuso

incluir también al régimen iraní, ignorando el proceso democratizador abanderado por los líderes moderados. No por casualidad, Irán constituía otra pieza maestra en el mapa geoestratégico del Golfo, a la vez que permitía la reductora evocación del islam como "enemigo islámico", de rancia tradición. El papel de tercer enemigo oficial fue finalmente adjudicado a Corea del Norte, otro de los *rogue states* que habían justificado la inversión del ABM.

La expresión "eje del mal" permitía individualizar una serie de enemigos concretos a batir, como presuntos patrocinadores de un multiforme "submundo terrorista" que operaba "en remotas junglas y desiertos" y se ocultaba "en el corazón de las grandes ciudades", según la gráfica descripción desplegada por Bush Jr. en su discurso sobre el estado de la nación de 2002. Todos aquellos que durante la década de la posguerra fría habían perseguido, con mayor o menor éxito, un recambio eficaz para el antiguo enemigo comunista de tiempos anteriores, podían respirar aliviados. Las siguientes palabras de la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, reflejaron esta autocomplacencia en un discurso simple, binario, alérgico a cualquier matiz o complejidad:

> Para mí, la caída de la Unión Soviética y el 11-S son como dos sujetalibros, por decirlo de alguna manera. Delimitan una época específica en la que los hombres nos hemos preguntado qué peligros podían surgir tras el final de la Guerra Fría. […] Y de repente todo se aclaró con el 11-S: lo que nos amenaza es el terrorismo internacional y también, posiblemente, las armas de destrucción masiva en manos de Estados que apoyan al terrorismo si es necesario.

Dos guerras separadas por dos sujetalibros. En medio, el lapso de una incertidumbre cuyo recuerdo pasaría a la historia como una esperanza perdida: la de los "dividendos de la paz". A lo largo de una década, tras el final de la Guerra Fría, había ocurrido algo que la mayoría de los analistas había considerado imposible: que el gasto militar mundial, en lugar de acumularse a un ritmo más o menos rápido como había hecho hasta entonces, retrocediera. Según datos del Instituto de Investigación para la Paz de Estocolmo, el gasto militar mundial había llegado a experimentar un fuerte descenso entre 1988 y 1998 —de 1.521 millardos de dólares a 1.064—, año en que comenzó a invertirse la tendencia. El

gasto militar estadounidense, el mayor del mundo, que había marcado su mínimo en 1991 con 561 millardos, tendría que esperar hasta 2003 para recuperar un nivel parecido (537) y comenzar otro llamativo aumento hasta alcanzar los 855 millardos en 2010.

Condoleezza Rice había explicitado su elaborada teoría de los "sujetalibros" en septiembre de 2002, en plena campaña para conseguir que los aliados europeos apoyaran una nueva ofensiva militar contra Irak que se adivinaba inminente, más ambiciosa que la primera. Esta vez, sin embargo, ni siquiera los teóricos de la "guerra justa" que habían dado el plácet a la guerra del Golfo de 1991 cohonestaron como tal la invasión de 2003, protagonizada por fuerzas estadounidenses y británicas a la cabeza de una coalición internacional que careció de una resolución específica del Consejo de Seguridad de la ONU. Salvo Kuwait, los invasores no consiguieron esta vez el apoyo de los estados árabes de la región. Michel Walzer, que sí había justificado la batería de sanciones impuestas a Irak después de 1991, negó que la invasión de 2003 fuera una "guerra justa". Para Alex J. Bellamy, la operación no reunió ninguna de las condiciones necesarias que habrían debido justificarla como un ataque "preemptivo" al modo de la campaña Libertad Duradera de Afganistán.

Por lo demás, no pasó mucho tiempo antes de que las mentiras de las que se sirvieron los aliados para legitimar la invasión quedaran desveladas, particularmente las referidas a las supuestas armas de destrucción masiva o los vínculos iraquíes con Al Qaeda. Tan solo un año después, el entonces secretario general Kofi Annan afirmó que se había tratado de una "guerra ilegal", al menos desde el punto de vista del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Como afirmó en su momento Laurie Calhoun, tal parecía que el "lenguaje de la guerra justa" que los Gobiernos y militares occidentales habían asumido —algo que Walzer había calificado como un "triunfo"— había terminado por convertirse, en sus manos, en un "arma retórica" de la que se servían a su conveniencia.

La invasión de Irak, en definitiva, no pasó a la historia como una "guerra justa": de hecho, abrió una época de impunidad indefinida. 20 años después, no está de más recordar brevemente sus efectos. Según los

datos de reputadas oenegés, 44.000 civiles resultaron muertos desde el inicio de la invasión hasta 2005. En 2010, Wikileaks filtró cerca de 400.000 documentos del Ejército estadounidense del periodo 2004-2009, en los que se registraban 66.081 muertes de civiles de un total de 109.000. El proyecto *Costs of War*, del Instituto Watson de la Brown University, arrojó el saldo de cerca de 200.000 civiles muertos entre marzo de 2003 y marzo de 2023. Un Estado como el iraquí que, a mediados de los ochenta, había ostentado una de las mayores tasas de alfabetización y de estudios universitarios de la región, quedó destruido y convertido en una suerte de "agujero negro" en el que el emergente Daesh —Estado islámico de Irak y Siria— se instalaría en 2014.

Sería difícil encontrar un ejemplo más elocuente del éxito de aquellas profecías de los *mandarines* de la Guerra Fría y de la posguerra fría como Samuel Huntington, con sus pintorescas galerías de "nuevos enemigos" y "choques de civilizaciones", que finalmente se vieron autocumplidas gracias a los nefastos efectos de las propias intervenciones militares occidentales, disfrazadas algunas de ellas como "guerras justas". Porque fueron las intervenciones occidentales —directas— de Afganistán (2001-2014) e Irak —la guerra de 1991, la política de sanciones posterior y la prolongada invasión de 2003— las que sembraron, aparte de dolor, un enorme sentimiento de odio, humillación y resentimiento en varias generaciones de ciudadanos y ciudadanas de la región y, en concreto, de la propia comunidad musulmana. No por casualidad, en la nueva "sociedad del espectáculo" presidida por Internet, imágenes como las difundidas en 2004 de las atrocidades cometidas en la prisión de Abu Ghraib el año anterior por la soldadesca estadounidense dieron la vuelta al mundo. En ellas aparecían decenas de prisioneros desnudos brutalizados por policías militares, agentes de la CIA y mercenarios. Pese a los esfuerzos del Gobierno Bush Jr. por controlar las informaciones de periodistas a través de la técnica del periodista *embedded* —empotrado— en los pelotones militares, una vez más, como en Vietnam, el periodismo independiente dio cuenta de las atrocidades cometidas por el ejército propio. Uno de sus divulgadores, esta vez en la revista *The New Yorker*, sería precisamente Seymour Hersh, el autor de los trascendentales

reportajes sobre la matanza de My Lai de 1968.

3. EL 'DOBLE RASERO' Y EL 'ARMA RETÓRICA DE LA CAUSA JUSTA'

La invasión de Irak de 2003 abrió un espacio ilimitado a la impunidad de los Estados más capaces y poderosos, capitaneados por Estados Unidos. Ello ocurría al margen de todo derecho internacional, con un Consejo de Seguridad de Naciones Unidas reducido a la inanidad. Algunas voces intentaron, algo torpemente, cohonestar esta nueva dinámica. Una de ellas fue la tesis del "doble rasero" del diplomático británico Robert Cooper, asesor del Gobierno Blair y también de la Comisión Europea, formulada en 2002. Cooper partía de una división del mundo actual entre "Estados fallidos", situados en una suerte de "zona premoderna" en forma de guerra hobbesiana de todos contra todos; Estados "modernos" más o menos tradicionales, que seguían rigiéndose por los principios tradicionales de la *raison d'État*; y Estados "posmodernos" o "posimperiales", guiados, estos sí, por unos "principios morales" aplicados a las relaciones internacionales. El desafío, para los "evolucionados" Estados posmodernos, consistiría entonces en acostumbrarse a la idea del "doble rasero":

> Entre nosotros, operamos sobre la base de leyes y seguridad colaborativa abierta. Pero cuando lidiamos con tipos más anticuados de estados fuera del continente posmoderno de Europa, necesitamos volver a los más rudos métodos de una era anterior: fuerza, ataque preventivo, engaño […]. Entre nosotros, guardamos la ley, pero cuando operamos en la jungla, también debemos usar las leyes de la jungla.

La convivencia de temporalidades del esquema de Cooper proporcionaba a los defensores del nuevo "intervencionismo liberal" un curioso consuelo. Podían cometer toda clase de tropelías en la "jungla" extraeuropea y mantener al mismo tiempo la ficción de unos presuntos principios morales propios, los de su evolucionado sistema "posmoderno". Eso era algo que casaba bien con la invocación ocasional de la fórmula de la "causa justa" con fines propagandísticos allá donde resultara conveniente, lo que significaba convertirla, como ha señalado la

filósofa estadounidense Laurie Calhoun, en un "arma retórica más".

Desmenucemos esa "arma retórica", o al menos lo que queda de las complejas teorías de la "causa justa" de antaño. Ya habíamos visto la justificación de los ataques "preemptivos", que no "preventivos", cuya diferenciación lingüística y semántica, para colmo, solo se da en el idioma inglés, como han reconocido autores tan reputados como Michael Walzer. En cuanto a la naturaleza de los poderes actuantes, el concepto agustiniano original de "autoridad legítima" ha sido asimilado al de "Estado", pero no a cualquier Estado, al margen de su reconocimiento como tal por la ONU. Los *rogue state*s o los "Estados fallidos" de Cooper no entraban en dicha categoría, muy al contrario: eran precisamente ellos los enemigos a batir.

En cuanto al resto del utillaje teórico de la "la guerra justa", a lo largo de los últimos años se han venido utilizando principalmente dos conceptos, procedentes ambos del pensamiento de Tomás de Aquino y presentados de la forma más ahistórica posible: la "intención correcta" y el "doble efecto". Por el primero, la piedra de toque moral residía no tanto en los motivos como en la intención, que justificaba en primera instancia el acto: "Se requiere una intención correcta por parte de los beligerantes: ya sea la de alcanzar algún bien o evitar algún mal". El segundo redundaba sobre el anterior. Un acto tenía siempre dos efectos: uno principal, el originado por la intención de la acción, y otro secundario o accidental, que aludía a los efectos no deseados del acto que finalmente quedaban cohonestados por la intención. Es fácil detectar la debilidad de esta argumentación. Si la intención de una acción era lo que contaba, ¿quién la juzgaba? ¿Quién entraba a juzgar la intención del Estado? En ausencia o debilidad de un sistema de arbitraje internacional aceptado por todos, la respuesta era clara. Era el propio Estado el que aprobaba su propia acción, con lo que se sustraía a cualquier autoridad. Laurie Calhoun ha resumido muy bien el retorcimiento al que ha sido sometido todo este aparataje teórico: "Primero, las autoridades legítimas tienen el derecho a hacer la guerra cuando y donde gusten (dado que son ellas mismas las que interpretan los denominados requerimientos de una 'guerra justa'). Segundo, las intenciones de los asesinos determinan la

cualidad moral de sus propios actos de asesinato".

Las reflexiones de Laurie Calhoun no tienen un origen ocioso. Comenzó a interesarse por estos temas a partir del impacto que le produjo la noticia del primer ataque con un dron militar en noviembre de 2002 en Yemen contra un vehículo en el que supuestamente viajaba un líder de Al Qaeda, y en el que murieron otras cinco personas. Fue, efectivamente, una clásica acción en la jungla hobbesiana de las que había teorizado Cooper. Lo que la sorprendió fue el hecho de que todos los comentaristas celebraran la matanza como si se tratara de una hazaña. La entonces secretaria de Estado Condoleezza Rice la justificó como necesaria en medio de la entonces incipiente guerra contra el terror: el mundo se había convertido en un "campo de batalla" en el que misiles teledirigidos y drones empezaron a sustituir a los bombardeos aéreos de años anteriores, con lo que el ejército intervencionista ni siquiera se exponía a padecer bajas propias. Durante las dos presidencias de Obama (2009-2017), sobre todo a partir de 2015, los ataques con drones cada vez más sofisticados se convirtieron en un lugar común.

Las intervenciones de esa clase operaban en el inmenso espacio de impunidad abierto a comienzos del siglo XXI, presidido por la guerra: una guerra proteica, omnipresente, que no entendía siquiera de fronteras, de límites políticos, jurídicos o morales. De alguna manera, era la suprema entronización de la *raison d'État* del siglo XIX, pero en su versión más agresiva y arbitraria, transgresora no ya de un precario derecho internacional, sino de sus propios principios fundantes, constituyentes. Vestida únicamente —cuando la ocasión lo ameritaba— con el exiguo taparrabos de una "guerra justa", convenientemente fabricado por académicos y juristas, la nueva impunidad se levantaba sobre un estado de guerra permanente no declarado pero absolutamente real y cotidiano en sus efectos.

4. EL ESTADO DE EXCEPCIÓN COMO REGLA

Este estado de guerra "permanente" no deja de presentar cierto parecido con aquel otro "estado de excepción" también cronificado del entramado

jurídico de Carl Schmitt, cerebro jurista del nazismo. Ya habíamos visto que Schmitt entendía la situación de excepción como origen normativo de derecho a partir de la decisión de su decreto por el soberano-legislador, con su distinción entre amigo y enemigo (públicos) en términos tanto de política interna como internacional. Pensando seguramente en Schmitt y escribiendo en 1940, el filósofo Walter Benjamin afirmó que la tradición de los oprimidos nos enseñaba que "el estado de excepción en el que vivimos es la regla". En sus comentarios sobre las tesis de Benjamin aplicadas a la situación histórica actual, Reyes Mate ha recalcado que los aparentes progresos realizados hasta ahora por la humanidad, desde "el avance de la democracia liberal" hasta "el prestigio del discurso de los derechos humanos" —y aquí podríamos añadir la tradición jurídica de la "guerra justa"—, se hacen en realidad "sobre las espaldas de una parte de la humanidad. Y si no hay derecho para unos, aunque fueran pocos, que no lo son, la justicia de todo el derecho queda en entredicho. Lo cierto es que el derecho se suspende a voluntad de los poderosos, las guerras producen muertos y la riqueza, miseria".

A voluntad de los poderosos, el derecho o bien se retuerce —como veíamos con la utilización de la tradición de la "guerra justa" como "arma retórica"—, o bien se suspende. Un lugar contemporáneo concreto simboliza como ninguno este tiempo de guerra permanente en forma de espacio acabado de impunidad o limbo jurídico, pero de gestión administrativa diaria en forma de tortura y maltrato: el centro de detención de la base estadounidense de Guantánamo, en Cuba. Abierto en enero de 2002 tras los atentados del 11 de septiembre, situado en un principio al margen de las disposiciones de la Convención de Ginebra sobre prisioneros de guerra, Guantánamo ha gozado desde entonces de la protección y mantenimiento de los sucesivos Gobiernos con independencia de su color político. En sus momentos de mayor población llegó a contar con casi 800 detenidos de unas 50 nacionalidades distintas, niños incluidos, de edades comprendidas entre los 13 y los 89 años. En 2012, Wikileaks filtró toda una batería de documentos de Defensa y del Pentágono relativos al maltrato sistemático a los detenidos en Guantánamo y en la cárcel de Abu Ghraib (Irak), otro espacio de

impunidad al lado de la red de "cárceles secretas" abiertas por Estados Unidos por todo el mundo. Los filtradores de documentos confidenciales sobre la "barbarie" de Guantánamo y de las diversas operaciones militares estadounidenses de esta "guerra permanente" —Irak, Afganistán—, como Julian Assange, Chelsea Manning o Edward Snowden, sufrieron una enconada persecución judicial y política que todavía dura. Una prueba más de que la excepción —lo aparentemente impensable, lo verdaderamente "bárbaro" en tanto que horroroso— se había convertido en norma.

Más allá de los burdos estereotipos de la galería de enemigos del mundo de la posguerra fría y del mundo pos 11 de septiembre de 2001, ¿quiénes habitaban las zonas "premodernas" de Cooper, las de la "jungla hobbesiana"? ¿Quién era toda esa gente situada al margen de la historia, que constituía por cierto la mayoría de la población mundial? ¿Quién era realmente toda esa gente a la que se le adjudicaba el papel de víctima —la mujer afgana simbólicamente rescatada por la soldado estadounidense — o el villano masculino de atrezo, fuera serbio, sudanés o iraquí? El ensayista Pankaj Mishra ha trazado una interesante comparación entre el actual proceso modernizador occidental de alcance mundial, que ha terminado desembocando en una verdadera "guerra civil global" a principios del siglo XXI, y su antecedente del siglo XIX, igual o más traumático. Para Mishra, los *mandarines* del nuevo intervencionismo liberal del siglo XXI vendrían a ser los herederos del proyecto racionalista-modernizador del siglo XIX, los primeros constructores de la adánica "civilización materialista, individualista y utilitarista" occidental. De manera paralela, aquellos "rezagados" o descontentos con el proyecto modernizador y universalista de entonces, homogeneizador y disolvente de todo particularismo cultural —desde alemanes como Herder hasta rusos como Dostoievski—, vendrían a ser los precursores de las confusas y desorientadas víctimas actuales del proceso globalizador en curso, nuevos militantes, muchos de ellos, del islamismo radical o del pujante nacionalismo hindú o chino:

> La mayoría de ellos no son los más pobres de los pobres, ni miembros de del campesinado o de los desposeídos urbanos. Son jóvenes con estudios, a menudo

desempleados, migrantes rural-urbanos, u otros de clase media baja. Han abandonado los sectores más tradicionales de sus sociedades y han sucumbido a las fantasías del consumismo sin poder satisfacerlas. Ellos responden a su confusión y a su desorientación con odio hacia los supuestos beneficiarios de la modernidad, y pregonan los méritos de sus culturas nativas o afirman su superioridad, pese a que están desarraigados de dichas culturas.

La hipótesis de Mishra presenta la ventaja de explicar, en el marco de las crecientes desigualdades económicas y sociales del último proceso globalizador, la desesperada canalización del odio y del sufrimiento de los nuevos "humillados y ofendidos" hacia opciones nacionalistas o religiosas extremas, tanto en el Norte como en el Sur, donde encontraríamos al nuevo fascismo hindú al lado del supremacismo resentido de los seguidores de Donald Trump. La renovada emergencia de los discursos nacionalistas excluyentes en todo tiempo y lugar, al margen de las causas concretas y diferenciadas de cada uno, podría explicarse por este descontento y malestar generalizados. Así las cosas, el actual "estado de excepción permanente" a escala mundial, asentado sobre el principio del doble rasero a favor del poderoso y de la razón del más fuerte, actuaría como un poderoso fulminante de tensiones antiguas y actuales.

5. LA 'GUERRA PERMANENTE' Y SUS CAUSAS

Nuestro tiempo es el de una "guerra permanente", o el de una "guerra civil global", como la denomina Pankaj Mishra. Demorarnos en intrincadas consideraciones jurídicas sobre guerras "justas" o "injustas", como hemos visto hacer a esos académicos-ideólogos tan aficionados a aplicar de manera ahistórica las antiguas teorías agustinianas y tomistas a las tecnificadas guerras actuales, nos impediría ver el bosque a fuerza de mirar cada árbol. Como tampoco serviría de mucho insistir demasiado en la comparación del actual "estado de excepción", con Guantánamo o la ejecución con drones en la jungla hobbesiana como metáfora, con cualquier antecedente histórico. Nuestro tiempo es excepcional dentro de su excepción, en tanto que se encamina hacia su autodestrucción. Mishra nos vuelve a dar la pauta:

Las dos formas en que la humanidad puede autodestruirse —la guerra civil a escala mundial o la destrucción del medioambiente— están convergiendo rápidamente. Hoy, el calentamiento global se manifiesta no solo en un aumento de los niveles oceánicos, en la creciente frecuencia de fenómenos meteorológicos extremos, en que los ríos y mares se están quedando sin peces o en la desertificación de regiones enteras del planeta. También se puede ver en los violentos conflictos de Egipto, Libia, Malí, Siria y en muchos otros lugares expuestos a los aumentos de los precios de los alimentos, a la sequía y a la disminución de las fuentes de agua. La huida a gran escala de refugiados y migrantes de zonas dañadas, que ya ha provocado guerras en Asia y en África, está creando agitación política en el corazón de Europa.

No son pocos los autores y autoras que han rastreado las causas socioeconómicas, políticas y culturales del actual estado de "guerra permanente". Aquí dejaremos únicamente apuntado, siguiendo, entre otros, a Naomi Klein y a Ramón Fernández Durán, el crecimiento de un capitalismo desregulado que, tras vivir una suerte de "globalización feliz" en los noventa del siglo pasado, lleva ya años enfrentándose a una serie de crisis sistémicas que bien pueden desembocar en un colapso global. Una de ellas, en absoluto menor, no es otra que la propia inestabilidad de los mercados financieros, cada vez más extensos y poderosos gracias a sucesivos procesos de privatización de recursos públicos, generadores de sucesivos ciclos recesivos: desde la crisis de las empresas tecnológicas en marzo de 2000, con sus efectos pos 11 de septiembre, hasta la larga recesión de 2008, la más prolongada desde el *crack* de 1929-1934.

Una segunda crisis sistémica tiene que ver con el inicio de la era del descenso energético y los crecientes problemas extractivos y de producción de los combustibles fósiles —hidrocarburos líquidos y gas natural—, los antaño baratos recursos energéticos responsables del alto crecimiento anterior, sobre todo durante los llamados Treinta Gloriosos (1945-1975). Su estallido, no por previsible, resultó menos inopinado, sobre todo en los tiempos de la "globalización feliz" y del "fin de la historia" de Fukuyama, cuando precisamente acababan de abrirse nuevos mercados —los del antiguo bloque del Este— a la penetración capitalista occidental a través de instituciones globales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Todavía en 1987, el historiador Paul Kennedy estaba lejos de imaginar un aumento de precio como el

experimentado desde entonces: de los 17,7 dólares del barril de petróleo Brent en aquel año a los 109,45 de 2012, por citar un ejemplo. Según la Agencia Internacional de la Energía, el petróleo convencional, el más puro y fácil de extraer, alcanzó su techo de producción en 2005. Para reputados especialistas, el *peak oil* —entendido como el pico máximo de producción global de petróleo, a partir del cual esta empieza a descender — llegó en 2018. La guerra de Ucrania, con las sanciones impuestas a la Federación Rusa, no habría hecho más que exacerbar una tendencia al aumento del precio del crudo y del gas.

No podemos menos que poner en relación el agotamiento de las posibilidades productivas de los combustibles fósiles y, en consecuencia, su progresivo encarecimiento debido a un modelo económico consumista de carácter depredador, con una tercera crisis sistémica aún más grave: el proceso de ecocidio actual, con consecuencias tan graves como la crisis actual del cambio climático y la extensión de pandemias globales como la de COVID-19. En los años centrales del siglo XX, Lewis Mumford definió como paradigma "paleotécnico" de extracción de recursos el utilizado a partir de 1750 en Europa, en forma de minería, perforación del suelo y devastación de la tierra, que se relacionaba a su vez con formas de explotación masiva de mano de obra y conflictos bélicos derivados de un sistema-mundo cada vez más competitivo definido por la lógica capitalista. Resulta irónico que la era de Internet, la de las redes sociales, el metaverso y la inteligencia artificial (IA), generadora según el profesor Jonathan Crary de una suerte de espejismo, una falsa "realidad por defecto" —definida por el consumo y "desarticulada de un mundo físico"— esté provocando de manera *real* y efectiva una nueva ola de expansión masiva de minerías y canteras principalmente en el Sur global, pero también en los países del Norte. La demanda de minerales y tierras raras para los diferentes dispositivos electrónicos e informáticos y la ingente demanda energética de los nuevos centros de datos de la IA, para no hablar de los productos y consumos de energía necesarios para impulsar las energías "renovables" con la mira puesta en un fantasioso "capitalismo verde", están contribuyendo día a día a esquilmar aún más el planeta y a acelerar el cambio climático. He aquí otra probable causa

de nuevas guerras, a añadir a la larga lista de conflictos provocados por la conquista de los recursos y reservas energéticas, desde la guerra del Chaco de 1932-1935 hasta las guerras del Golfo de 1991 y 2003.

La actual guerra de Ucrania, con las consecuencias ya conocidas —peligro de accidentes nucleares, contaminación del medioambiente, retroceso en los avances en el proceso de "transición energética" de países punteros como Alemania, Noruega y Gran Bretaña—, constituye otro síntoma de esta crisis sistémica de carácter "ecocida", mención aparte del indescriptible dolor, muerte y sufrimiento infligido. Capitalismo voraz y desregulado, militarismo, guerras y ecocidio no dejan de ser las diversas caras de un mismo prisma. No hay más que poner en relación los cuantiosos beneficios de la industria militar —actualmente quizá una de las más boyantes— con la deriva capitalista actual y las cifras de mortandad y destrucción del medioambiente en el marco no ya de la de la actual guerra de Ucrania, sino de la "guerra permanente" global. En este caso, al menos en Occidente, parecería que un solo árbol vuelve a ocultarnos el bosque: son actualmente 58 los conflictos armados activos en todo el mundo, desde Yemen hasta el Kurdistán turco, pasando por Siria, Palestina, los países del Sahel o Sudán.

6. UNA OTAN 'GLOBAL'

En la producción de la actual "guerra permanente", el proceso de ampliación de la OTAN iniciado en 1999 jugó un papel singularmente relevante, según el plan ya expuesto en su día por los *nuevos mandarines* del intervencionismo global. En 1997, el antiguo consejero de Jimmy Carter, Zbigniew Brzezinski, ya había dejado detallada y calendarizada la ampliación. En su plan había figurado incluso la perspectiva de las candidaturas de Suecia y Finlandia, que en el momento de redacción de estas líneas son prácticamente países socios de la OTAN: la primera lo es efectivamente desde abril de 2023 y la segunda se encuentra en proceso de serlo. Aparte de otras funcionalidades, la invasión de Irak de marzo de 2003 sirvió a Estados Unidos para "reorganizar el Oeste" gracias a los frutos cosechados con la anterior "ampliación al Este". Según señaló

Bernard Wasserstein, toda pretensión de articular una política exterior común europea se vino abajo con la intervención militar en Irak. Frente a la oposición alemana y francesa a la misma, Gran Bretaña hizo causa común con Estados Unidos junto con algún aliado menor más, como España e Italia, mientras que los antiguos países comunistas, encabezados por los países de Visegrado —Polonia, Hungría y la República Checa—, se volcaron en su apoyo. La "nueva Europa" hizo de contrapeso de la "vieja", por utilizar la terminología del secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld.

Amparada en la coartada de la guerra contra el terror típica de los tiempos post 11 de septiembre de 2001, la Alianza aprobó al año siguiente el nuevo "Concepto militar para la defensa contra el terrorismo en la OTAN". Numerosos países que venían colaborando con la Alianza a través de la Asociación para la Paz (1994) y el Consejo de Asociación Euroatlántico (1997) formaron filas en las nuevas misiones "fuera de zona" de ocupación de Irak y Afganistán, que se prolongarían durante años. A la vez que se resolvía el problema del "reparto de cargas" —más países fregando los platos sucios del menú cocinado por Estados Unidos, según Kagan—, la participación en las misiones exteriores de los nuevos candidatos sirvió de trampolín para su ingreso. En 2004 se incorporaron a la Alianza los tres Estados bálticos más Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia y Rumania. El territorio atlántico estableció así una frontera continua de más de 1.200 kilómetros con el de la Federación Rusa, con el enclave de Kaliningrado encerrado literalmente entre Polonia y Lituania.

Todo un rosario de bases estratégicas europeas se fue creando en torno a Rusia, Bielorrusia y Ucrania, en algunos casos con instalaciones contra misiles balísticos, como las de Polonia y Rumania. Estas últimas bases fueron levantadas en el marco del "escudo antimisiles" de la OTAN aprobado en 2010 con la coartada de la presunta amenaza de los *rogue states*, y cuyo pleno funcionamiento habría de esperar hasta 2022. Posteriormente ingresó en la Alianza una nueva tanda de países que también se habían estrenado en su momento en la misión afgana, como Albania y Croacia (2009) y Macedonia del Norte (2020). Si a estas operaciones sumamos otras como la de Libia de marzo de 2011, el paisaje

a finales de la segunda década del siglo XXI no era otro que el de una OTAN enormemente acrecentada, entrenada ya en misiones efectivas "fuera de zona" —sin límite geográfico alguno— y basculada hacia el "Este" para la comprensible alarma de países como Bielorrusia y la propia Federación Rusa.

Todas estas incorporaciones se tradujeron forzosamente en el estímulo constante del gasto militar europeo y mundial, con las empresas estadounidenses a la cabeza, bajo el doble principio de evitar duplicaciones de recursos y asegurar la "estandarización del armamento OTAN". A la altura de 2019, de las diez mayores industrias de defensa por volumen de ventas, las cinco primeras tenían su sede en Estados Unidos, viejas conocidas de la Guerra Fría: Lockeed Martin, Boeing, Northrop, Raytheon y General Dynamics. Los nuevos ingresos de socios atlánticos, al margen de su valor político, estratégico y simbólico, debían rentabilizarse en el aspecto económico. No de otra forma se explica la crónica insistencia de los portavoces estadounidenses y secretarios generales de la Alianza en fijar el umbral mínimo del gasto en defensa de cada socio en el 2% de su PIB, objetivo que fue aprobado formalmente en la cumbre atlántica de Gales de 2014. Como era de esperar, las sucesivas oleadas de ampliación de las dos primeras décadas del siglo XXI coincidieron con una fuerte subida del gasto militar de los países de la UE, que se duplicó entre 2001 (119,53 millardos de dólares) y 2008 (237,8), cuando cayó drásticamente debido a la larga recesión. Fue a partir de 2015 cuando conoció un nuevo y fuerte repunte hasta los 257 millardos de 2021. Para 2018, Estados Unidos había consolidado su posición como principal exportador de armamento, con un 36% del mercado mundial, frente a un 21% de Rusia, una diferencia que se ampliaría durante los años siguientes.

Justificar la exigencia del gasto militar del 2% podía, sin embargo, resultar bastante difícil, sobre todo en medio de coyunturas económicas tan críticas como la crisis de 2008 o de 2014. Fue precisamente durante el periodo 2010-2021 cuando el gasto medio de la UE se situó por debajo de este umbral. De lo desesperada que ha sido siempre para la OTAN la búsqueda de "amenazas globales" que justificaran este gasto dan idea

ocurrencias tan peregrinas como la de incluir entre ellas la "contaminación del aire", cosa que ya se había hecho en 1976 y que el secretario Stoltenberg repitió en 2021 en referencia a la lucha contra el cambio climático. Costaba creer cómo era posible combatir el cambio climático gastando más en armamento, algo solamente explicable por una evidente operación de *greenwashing* atlántica, que ha acuñado expresiones tan singulares como el supuesto objetivo de "ecologización de los ejércitos". Si pensamos que Estados Unidos, cabeza, mando y principal cuerpo de la OTAN, es el principal generador mundial de gases de efecto invernadero, la impostura es más que obvia. En 2017, por ejemplo, solo las emisiones de gases de efecto invernadero generadas por el Ejército estadounidense en sus instalaciones y operaciones —una porción mínima de las generadas en todo el país— fueron mayores que las producidas por Suecia, Dinamarca y Portugal.

Influyentes comunicadores como Robert Kagan no cesaron de estimular el gasto militar europeo con toda clase de argumentos, entre los que destacaba el de la defensa de unos "valores occidentales comunes" a Estados Unidos. Neoconservador inveterado, Kagan demandaba a los socios europeos que se adaptasen a "la nueva realidad de la hegemonía de Estados Unidos", sobradamente demostrada con su intervencionismo militar en los asuntos mundiales tras el final de la Guerra Fría. Lo que debían hacer aquellos países, según Kagan, era compensar la tradicional "generosidad económica y estratégica" estadounidense, fortaleciéndose militarmente para ayudar a su *hegemón* y aliviarlo un tanto —económicamente hablando— del peso de su púrpura. Lo singular de los argumentos de Kagan es que, pese a su insistencia en el concepto de "comunidad occidental liberal", compuesta por Estados Unidos y Europa y encarnada en la OTAN, acababan remitiendo siempre a un nacionalismo extremo, fortalecido por la "renacionalización" que, según él, había significado el 11 de septiembre para el país, al hacerlo "más estadounidense".

Firmemente creyente en el *destino manifiesto* de su nación, en su opinión el "internacionalismo" de Estados Unidos —su voluntad de implicación en los asuntos mundiales— nunca fue nada más que el

"subproducto de un nacionalismo" esencialmente expansionista. El tono mesiánico de Kagan continuaba explayándose sobre la última "expansión del papel estratégico" de Estados Unidos tras el 11 de septiembre de 2001, evidenciado en una nueva y duradera presencia militar en el golfo Pérsico y en Asia Central. A esa nueva hegemonía estadounidense debían acostumbrarse los socios europeos de la OTAN desde una posición subsidiaria y dependiente, con un peso específico en la misma cada vez menor de los países de la "vieja Europa". Si en 1997 el consejero Brzezinski había calificado a Europa occidental de "protectorado estadounidense", 20 años después esa afirmación parecía más acertada que nunca.

7. UCRANIA EN LA MIRA DE DOS MUNDOS

A finales de los años ochenta del pasado siglo, el historiador Paul Kennedy ya había advertido de que la República Socialista Soviética (RSS) de Ucrania era un "vivero de desafección". Se refería con ello a las tensiones nacionalistas presentes en su seno, esto es, al "ropaje nacional" en el que se envolverían las antiguas elites de la era soviética para sobrevivir al cambio que se aproximaba. Lo mismo podía decirse de los Estados bálticos, Kazajstán, Georgia, Armenia o Azerbaiyán, repúblicas estas últimas que vieron estallar en 1988 un conflicto armado —en torno al encave de Nagorno Karabaj— que se prolongaría durante años. El clima de inestabilidad de aquella delicada coyuntura había sido tal —con la amenaza de fondo de las armas nucleares—, que a lo largo de 1990 las autoridades estadounidenses tuvieron buen cuidado de garantizar al presidente Gorbachev que la OTAN no se ampliaría al Este. Más allá de las garantías verbales dadas al presidente de la URSS, y frente a los recientes bulos que se han esforzado por negarlo, toda una batería de documentos desclasificados y publicados en 2017 demuestran que las seguridades que recibió Gorbachev fueron múltiples. No era de extrañar, ya que el principal miedo entre los líderes occidentales no era otro que el de una involución en el proceso de reformas protagonizado por Gorbachev, de imprevisibles consecuencias para Europa: una buena

prueba de que dicho riesgo era real fue el intento de golpe del año siguiente.

Ya habíamos visto que las primeras formulaciones explícitas de una ampliación de la OTAN al Este se remontaban como poco a 1993, bajo la Administración Clinton. Analistas de la Corporación RAND habían apostado casi desesperadamente por ello, a la vez que planteaban la necesidad de elaborar una política específica para la Ucrania recién independizada. En la burda teoría del "choque de civilizaciones" de Samuel Huntington, Ucrania había representado un caso singularmente delicado a la luz de su complejidad, atravesada como estaba por la falla tectónica que separaba la "cristiandad occidental" —"esfera civilizatoria" susceptible de ser incorporada por entero a la OTAN— de la "civilización ortodoxa", cuyo orden y estabilidad correspondía al gran "Estado central" ruso. En sus pronósticos para el futuro, Huntington no descartaba la posibilidad de una Ucrania escindida cuya parte oriental acabara fundida con Rusia, incluida Crimea. Pese a la tosquedad de su análisis, sus palabras resultarían casi proféticas. En caso de que se produjera esa fractura, la Ucrania occidental "solo sería viable si tuviera un apoyo occidental fuerte y eficaz. A su vez, tal apoyo solo sería problemático que se produjera si las relaciones entre Occidente y Rusia se deterioraran gravemente y llegaran a parecerse a las de la Guerra Fría".

Para el antiguo consejero de la Administración Carter, Zbigniew Brzezinski, Ucrania también había constituido en 1997 una región especialmente sensible en su condición de importante "pivote geopolítico" de la estratégica región euroasiática. Al paso que constataba por entonces la voluntad estadounidense de su inclusión en la OTAN —que debería ir acompañada de su ingreso en la UE—, pronosticaba ya una fuerte resistencia por parte de Rusia, "jugador geoestratégico" gravemente debilitado tras el desmantelamiento de la URSS. Lo más llamativo del análisis de Brzezinski era su apariencia de inevitabilidad, de fría necesidad estratégica, al margen de las posibles consecuencias. Como única "superpotencia global" surgida del final de la Guerra Fría, Estados Unidos debía afirmarse en el principal "campo de juego del

planeta", que no era otro que el "tablero geoestratégico" euroasiático. Por lo que se refería a la "cabeza de puente" europea, el objetivo de una OTAN ampliada al Este —en la que pudiera figurar Ucrania— formaba parte de los intereses a corto, medio y largo plazo de la política exterior de Estados Unidos. Una Europa más extensa y una OTAN ampliada, doble meta que se materializaría apenas dos años después con el ingreso formal de los países de Visegrado,

> hará aumentar el ámbito de la influencia estadounidense y, a través de la admisión de nuevos miembros centroeuropeos, también aumentará, en los Consejos Europeos, el número de Estados más orientados hacia Estados Unidos, sin que ello cree al mismo tiempo una Europa tan integrada a nivel político que pueda plantear problemas a Estados Unidos en cuestiones geopolíticas a las que estos atribuyen gran importancia, particularmente en el Oriente Medio.

Algunas llamativas excepciones a este análisis fueron pasadas por alto, como la del veterano George Kennan, quien había temido el efecto sobre Rusia de una ampliación atlántica que no consideraba en absoluto necesaria. Con el tiempo, sus temores se verían confirmados. Disuelta a finales de 1991, la antigua URSS había conocido un proceso de desintegración mal compensado por la Comunidad de Estados Independientes (CEI), en realidad una verdadera "estructura de liquidación" encargada de repartir sus activos. La terapia del *shock* "sin terapia" aplicada con el beneplácito internacional por el presidente Borís Yeltsin en la Federación Rusa, una vez asentado en el poder tras el golpe de septiembre de 1993, tuvo unos efectos devastadores sobre la inmensa mayoría de su población. La profundidad de la crisis socioeconómica fue enorme y se prolongó durante cerca de una década. En la recuperación tuvo mucho que ver el repunte de los precios del petróleo y del gas, de los que Rusia era exportador natural. No faltaron, por lo demás, conflictos militares "internos", como la sangrienta guerra de Chechenia de 1994-1996, en el Cáucaso Norte: más de 5.000 soldados rusos y un mínimo de 30.000 civiles perdieron la vida en una guerra que, bajo la falsaria denominación de "operación antiterrorista", conocería en 1999-2009 una segunda fase, esta vez bajo la dirección del presidente Vladímir Putin.

De alguna manera, la Rusia de Putin se "renacionalizó" a finales del

siglo XX y principios del siglo XXI sobre un difuso nacionalismo preexistente ideológicamente de lo más diverso, a partir de una percepción más o menos general de maltrato y decadencia, alimentada durante cerca de dos décadas. La férrea tutela del Fondo Monetario Internacional a partir de 1992 y la brusca pérdida de poder ruso en la arena internacional podrían contarse entre los factores responsables de ese extendido sentimiento. Ese renovado nacionalismo ruso, de vocación transversal, ha venido proyectándose durante los últimos años en una política memorial articulada sobre el "glorioso pasado" de la URSS —empezando por la "guerra justa" de la denominada Gran Guerra Patriótica— y del antiguo Imperio zarista. Utilizando la metáfora del cine, la filmografía de un director ruso tan popular como Nikita Mijalkov resumiría bien ese discurso nacionalista de tipo oportunista que lo mismo bebía de una nostalgia como de la otra.

En su versión posimperial, el llamado "neoeurasianismo" de Alexander Dugin, representante de la llamada "cuarta teoría política", ha traducido esta misma voluntad irredenta en clave "civilizatoria", de una manera que no puede menos que recordar al "choque de civilizaciones" de Samuel Huntington. Nada mejor para "esencializar" un conflicto que plantearlo como un enfrentamiento *cultural* —y moral— entre el "proyecto eurasianista de Rusia" frente a un Occidente degenerado y agresivo. Se partía, en todo caso, de la reivindicación patriótica de la herencia tanto soviética como zarista en sus versiones más heroicas y agresivas. El novelista Emmanuel Carrère, en su libro sobre Eduard Limónov —cofundador en 1993 del Partido Nacional Bolchevique junto con Dugin —, resumió en 2011 ese sentimiento que tan bien supo instrumentalizar Vladímir Putin en clave nacional-revanchista:

> Putin repite en todos los tonos algo que los rusos tienen una necesidad absoluta de oír y que puede resumirse así: "No tenemos derecho a decir a 150 millones de personas que 70 años de su vida, de la vida de sus padres y de sus abuelos, que aquello en lo que creyeron, por lo que se sacrificaron, el aire mismo que respiraban, que todo eso era una mierda. El comunismo ha hecho cosas horribles, de acuerdo, pero no era lo mismo que el nazismo".

En referencia a la polémica entre creacionistas y evolucionistas sobre

el ombligo de Adán, decía el historiador Ernest Gellner que los nacionalismos no tenían por qué tener ombligos: "Algunas naciones tienen ombligos, algunas llegan a tenerlos, a algunas otras se los imponen sin siquiera buscarlos". Se refería a las realidades identitarias histórico-culturales de largo aliento que servían de sustrato previo a los procesos de construcción nacional del siglo XIX. Lo importante, más que la existencia o no del ombligo en sí, era la necesidad sentida de tener uno, necesidad que había aflorado con el surgimiento de los modernos Estados nación en dicho siglo. Para su desgracia, Kiev-Kyiv, la capital histórica de Ucrania, fue tradicionalmente reivindicada como ombligo tanto del nacionalismo ruso —Moscú aparte— como del ucraniano. Para el primero, la Rus de Kyiv de los siglos IX-XIII había constituido el mismo origen de la propia Rusia, mientras que, para el segundo, aquella misma entidad habría sido semilla de la "nación" específicamente ucraniana. En el ecosistema de la "guerra permanente" del siglo XXI, marcado por el sello de "renacionalizaciones" y discursos nacionalistas renovados de los que la Federación Rusa y los propios Estados Unidos tras el 11 de septiembre de 2001 eran buenos ejemplos, una inestable y heterogénea Ucrania se convertía en objeto de disputa.

8. DE LA BATALLA DE LA HISTORIA

La Ucrania independizada en 1991 era, históricamente hablando, un territorio enormemente complejo. Sirva un solo dato: la región oriental de Járkov se integró en el Imperio zarista en el siglo XVI, mientras que la emblemática ciudad de Leópolis-Lemberg-Lvov-Lviv solamente estuvo bajo "dominio de Moscú" durante menos de 50 años, entre 1945 y 1991. Ya la República Socialista Soviética de Ucrania (RSSU), incorporada finalmente a la URSS en 1922, había constituido un verdadero mosaico de culturas marcado por la reciente guerra civil, a lo que hubo de sumarse el impacto de la Segunda Guerra Mundial y las posteriores deportaciones. La invasión nazi de la que había sido la república soviética más poblada —20 millones de habitantes en 1939— la dividió en cuatro zonas a lo largo del periodo 1941-1944: tres bajo dominio

directo o indirecto alemán y la cuarta bajo administración rumana. Casi dos millones y medio de ucranianos fueron reclutados como *Ostarbeiter* —"trabajadores del Este"— y deportados a zonas del Tercer Reich en régimen de trabajo forzado: los "esclavos de nuestra cultura", en palabras de Himmler.

Ya en posguerra, cientos de miles de ucranianos fueron trasladados de Polonia a la URSS —a la RSSU—, mientras otros tantos polacos de la zona occidental ucraniana eran a su vez desplazados a Polonia, con el distrito de la Galitzia oriental nuevamente bajo control de la república soviética. Para finales de los cincuenta, la inmensa mayoría de los *Ostarbeiter* ucranianos estaban de regreso en la RSSU. Por lo general se convirtió en un colectivo estigmatizado, objeto de sospecha de las autoridades soviéticas y de buena parte de sus conciudadanos. El peso de su experiencia quedó más o menos minimizado en el marco de una narrativa oficial que tendió a exaltar las actitudes heroicas masculinas —los *Ostarbeiter* resistentes, saboteadores— y el sufrimiento de las pasivas víctimas femeninas, como la protagonista de la película *Chielobiek nº 217*, de Mijaíl Romm (1945). En cualquier caso, la variedad de experiencias vividas por la población ucraniana durante la guerra —desde los 100.000 voluntarios nacionalistas de las Waffen SS hasta los cuatro millones movilizados por el Ejército Rojo, pasando por el contingente de *Ostarbeiter*, no hizo sino profundizar las divisiones previas del país, por debajo del relato histórico oficial soviético. Todos estos datos, más otros tan pintorescos como el "regalo" efectuado por Jrushev a la RSSU de la península de Crimea, de población mayoritaria rusa, en 1954 —con su estratégica base naval de Sebastopol—, dan idea de la enorme diversidad de la Ucrania postsoviética que alcanzaría su independencia en 1991.

¿Cómo define un Estado recién independizado su nueva identidad "nacional" partiendo de una historia tan compleja? Para Paul Kennedy, los nuevos países independizados de la URSS a principios los noventa carecían de una identidad "clara", en el sentido de que encarnaban realidades histórico-culturales muy diversas. El único punto en común de aquellos territorios era "la permanencia de las antiguas elites comunistas a la cabeza de las administraciones, de las grandes empresas y de los

aparatos políticos". En el caso ucraniano, el modelo de Estado nación liberal que se impuso a partir de 1991 se pareció demasiado al clásico del siglo XIX: de carácter unitario, no federal e impulsado por las antiguas elites reconvertidas en "nacionales".

A la hora de articular una identidad "nacional", la historia como disciplina de conocimiento es seguramente la primera víctima, como lo es la verdad en toda guerra. El principal objetivo de la narrativa del nuevo Estado, a través de una interesada confusión de los conceptos de "memoria" e "historia", consistió en borrar la experiencia histórica de 1922-1991 como si hubiera sido un mal sueño, a la vez que se procedía a fabricar una "memoria negra" de carácter heroico-victimista compuesta a partes iguales por los crímenes y resistencias nacionales a los dominios nazi y soviético. Esa fue la urdimbre principal de los relatos históricos de una sola pieza impulsados por la mayoría de los "antiguos países del Este". Un buen ejemplo lo tenemos en la actual Casa del Terror de Budapest, que equipara a nazis con comunistas al paso que obvia la responsabilidad de los "nacionales" —el dirigente Miklos Horthy— en las deportaciones y exterminios masivos decretados por las autoridades nazis. El objeto o tema supuestamente histórico, simplificado a propósito, se convierte en excusa para el despliegue de un nacionalismo de corte excluyente. Es obvio que en un territorio tan complejo como el de Ucrania, el propósito de la descalificación y borrado de la experiencia histórica del comunismo, de 1922 a 1991, satanizado como "opresión rusa", por fuerza tenía que incomodar a una parte no pequeña de la población actual, aunque solo fuera por razones culturales: porque esta se "sintiera" más rusa que ucraniana, o incluso tan rusa como ucraniana.

Otro ejemplo. La "memoria negra" oficial ucraniana, que asociaba estalinismo y nazismo, popularizó un término específico, el *Holodomor*, para definir la hambruna masiva que asoló el territorio en 1932-1933, fruto de los desastrosos planes de colectivización forzosa estaliniana, que se saldó con más de cuatro millones de muertos. El *Holodomor* se conceptuó como un genocidio premeditado contra la "nación ucraniana", semejante al proyecto exterminista nazi contra la población judía. El debate público que surgió a partir de entonces fue tanto historiográfico

como político. Una vez más, los dos términos —historia y memoria— se confundieron cuando el presidente Yushenko, tras la "revolución naranja" de 2004, acometió una ambiciosa política de memoria pública en forma de monumentos, la inclusión del *Holodomor* en los manuales escolares, conmemoraciones oficiales o la propia creación de institutos de investigación y del correspondiente Memorial en Kyiv.

La postura historiográfica que finalmente se impuso fue la que había partido de los trabajos de Robert Conquest en el Instituto Ucraniano de Investigación de la Universidad de Harvard en los años ochenta, pero la polémica entre defensores y detractores del concepto *Holodomor* como "genocidio nacional" aún sigue viva. Una duda razonable sobre el carácter "antinacional" de las grandes hambrunas de los años treinta fue su extensión: involucró también a otros territorios soviéticos —el ruso, el bielorruso, el kazajo—, si bien el peso específico del caso ucraniano, el antiguo granero del Imperio ruso, fue mayor. Por otro lado, resultó más que obvio —así lo explicitó Stalin— que el principal propósito ideológico de su desastroso plan de colectivizaciones fue la "liquidación de los *kulaks* [campesinos propietarios] como clase", combinando a la vez una estrategia "de clase" con la eliminación de sus enemigos políticos de significación nacionalista. Ahora bien, una cosa era la polémica más o menos matizada y otra la descalificación del rival, como se puede ver en esta cita de 2010 del profesor estadounidense de origen ucraniano Alexander J. Motyl:

> Aunque la violencia cotidiana desapareció [de Ucrania] y los campos de la muerte fueron desmantelados, el totalitarismo como un sistema de gobierno dominante y opresivo permaneció intacto durante tres décadas más, sobreviviendo lo suficiente como para moldear un nuevo tipo de ser humano. Lo que la propaganda soviética denominaba "el nuevo hombre soviético" es precisamente el votante que apoya a Yanukovich [líder del Partido de las Regiones, presidente de Ucrania en 2010-2014], anhela los viejos y buenos tiempos de la grandeza soviética, pasa por alto los crímenes contra la humanidad de Stalin y no puede imaginarse a Ucrania teniendo una identidad diferente, o separada, de la de Rusia.

El planteamiento de Motyl era el de un historiador nacionalista de tradición esencialista especialmente preocupado por asignar una

identidad igualmente "eterna" a su supuesta antítesis, la representada por el "hombre soviético", confusa imagen que fusionaba lo "totalitario" con lo "ruso". Su esencialismo se hallaba a años luz de aquella otra tradición historiográfica que, siguiendo a Benedict Anderson, defendía el concepto dinámico de "comunidad política imaginada" como explicación de la construcción histórica de los Estados nación. Ocurría, sin embargo, que la construcción del nacionalismo ucraniano, que por principio se enfrentaba a una identidad "rusa" esencializada como negativa, representada según Motyl por aquellos ucranianos que votaban por entonces al Partido de las Regiones, no terminaba en la "memoria negra" del *Holodomor*. Tras la "revolución naranja" de 2004, adquirieron carta de naturaleza otras "memorias" y discursos nacionalistas de tinte guerrero, los de entes políticos y militares como la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) y su brazo armado, el Ejército Insurgente Ucranio (UPA), formados durante el periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial. Con el líder de la OUN Stepan Bandera (1909-1959) como símbolo, los herederos de aquellos grupos anticomunistas y antisemitas, colaboradores ocasionales de los nazis, comenzaron a librar una "batalla cultural" especialmente intensa en el siglo XXI. Stepan Bandera había sido responsable en 1943-1944 del asesinato de entre 50.000 y 100.000 polacos en las regiones de Galitzia y Volinia, y 5.000 miembros del UPA habían colaborado en el exterminio de la población judeoucraniana.

Así, por ejemplo, en 2010, la figura de Bandera fue honrada a título póstumo como "Héroe de Ucrania" por el presidente Yushenko, una decisión que, pese a que no tardó en ser anulada por una cuestión técnica, incomodó a una buena parte del país. A ese gesto siguieron otros muchos que acompañaron la creación y desarrollo de partidos ultranacionalistas como Svoboda —Libertad— y otros de vertiente paramilitar como Sector Derecho, que tuvieron un papel protagonista en los disturbios del Euromaidán de 2013-2014, técnicamente un golpe de Estado envuelto en la retórica performativa de la "insurrección cívica". A manera de inequívoco guiño, el "Día del Defensor de Ucrania", festivo desde 2014, se hizo coincidir con el de la fundación del UPA. Según la historiadora Anna Colin Lebedev, el relato nacionalista rehabilitó a la

OUN como "fuerza política de liberación nacional", de manera que las acciones de su Ejército, el UPA, "han sido calificadas en la historia contemporánea ucrania como un combate contra dos fuerzas del mal equivalentes, el estalinismo y el nazismo. En esta narración, la alianza táctica contra las fuerzas alemanas es ocultada y la implicación de los nacionalistas en la Shoah y en los pogromos, silenciada".

A partir de 2014 abundaron las escaramuzas de esta "batalla cultural" en forma de sustitución de los monumentos y vestigios de la era soviética —los de aquella "guerra justa" contra el nazismo— por los nuevos símbolos del nacionalismo ucraniano. Con el estallido del conflicto armado del Dombás en 2014, la nueva memoria se fue construyendo "en directo", sobre una práctica "guerrera". El antiguo Museo de la Gran Guerra Patria de Kyiv, reconvertido en 2015 en Museo Nacional de la Historia de Ucrania en la Segunda Guerra Mundial, pasó a exponer todo tipo de vestigios de la guerra del Dombás. Se buscaba así establecer, como ha señalado Ignacio Hutin, un paralelismo entre ambas guerras y ambos enemigos, a la vez que se continuaba honrando a "héroes" ucranianos antisemitas y antiguos colaboradores de los nazis. No es casualidad que cada enero, con ocasión del aniversario del nacimiento de Bandera, surja algún conflicto diplomático al respecto. No deja de resultar inquietante esa continua línea de contacto entre los discursos históricos más o menos académicos, las políticas públicas de memoria "nacional", los partidos políticos nacionalistas radicalizados y, en fin, las organizaciones paramilitares afines practicando la guerra, a partir de 2014, en directo.

9. DE LA BATALLA DE LA LENGUA

Si la historia constituyó una importante "batalla cultural" o simbólica que terminó estallando de manera *real* con la guerra del Dombás, algo parecido ocurrió con la lengua —la disputa de las lenguas ucraniana y rusa— como segundo ingrediente del caldo nacionalista. El carácter fundamentalmente bilingüe del nuevo Estado de Ucrania de 1991 se remontaba a la era zarista, cuando en 1897 el ruso era la lengua

predominante de las grandes ciudades del territorio ucraniano del Imperio. Es claro que las transformaciones posteriores fueron enormes, empezando por el proceso de exterminio y limpieza étnica de judíos y polacos en Ucrania occidental, y terminando por la "rusificación" del Dombás y la deportación de los tártaros de Crimea. Según el primer censo de la nueva Ucrania independiente, el de 2001, el 68% de la población declaró el ucraniano como "lengua nativa" y el 30% el ruso. El problema de este censo, según ha argumentado el historiador Albert Branchadell, era que ocultaba la realidad cotidiana del bilingüismo, mucho más rica. Según una encuesta independiente de 2008, el 44% de la población entrevistada afirmó que el ucraniano era su única lengua nativa, el 26% que lo era el ruso y el 29% se declaró bilingüe "inicial". Esta triple realidad no tenía por qué tener un reflejo exacto en términos de un concepto tan lábil como "identidad". Era posible, por ejemplo, que un entrevistado rusófono declarara que su lengua nativa era el ucraniano porque se consideraba ucraniano, que no ruso. Otros estudios apuntaban a la realidad de un país con una mayoría amplia de ciudadanos que se consideraban ucranianos, pero donde la lengua de uso mayoritaria era el ruso.

Sobre esta realidad lingüística diversa, el proyecto nacional ucraniano persiguió desde el principio la idea de una "nación pura" y de una identidad cultural y lingüística única. Lo curioso es que la promoción de la lengua ucraniana venía de lejos, pues había nacido en el propio sistema comunista. Fue el Parlamento de la RSSU el que aprobó, ya en 1989, una ley que declaraba al ucraniano como única "lengua estatal", si bien el ruso gozaba de una importante protección. En sus memorias, Natascha Wodin —hija ella misma de dos *Ostarbeiter*— ha contado que, tras la guerra civil soviética, la lengua de prestigio en las universidades de la RSSU era el ucraniano, mientras que el ruso, considerado "lengua de un imperio chauvinista", había caído en descrédito. A la altura de 1929, para envidia de la minoría ucraniana en territorio polaco, el 97% de los escolares ucranianos recibía escolarización en su lengua nativa. La traductora Svetlana Geier también recordaba las escuelas en ucraniano y en ruso de la época soviética anterior a la Segunda Guerra Mundial, con

un sistema en el que cada escuela impartía sus ocho horas semanales obligatorias de lengua y literatura del otro idioma. Si bien la política oficial de *Ucrainizatsia* dio paso ya en 1938 a un intenso proceso de "rusificación" que alcanzó su clímax en los años cincuenta, la lengua ucraniana nunca dejó ser la oficial de la RSSU. Durante la era Gorbachev, las horas dedicadas al estudio de la lengua ucraniana eran aproximadamente las mismas que las reservadas para el ruso.

Ahora bien, lo que acometió el nuevo Estado ucraniano a partir de 1991 fue una política de "ucranización" dirigida, según ha explicado Carlos Taibo, a "restringir el empleo del ruso entre las poblaciones que se consideraban expresamente rusas": cerca de un quinto de la población por entonces. En 1996, la primera Constitución de Ucrania reforzó el ucraniano como única lengua estatal, entendida esta como medio de comunicación obligatorio por las autoridades públicas en todo el territorio, aunque garantizando el "libre desarrollo, uso y protección del ruso" y otras lenguas de minorías nacionales en el ámbito local, regional y municipal. Lo limitado de esta última cláusula, referida concretamente a una lengua de uso tan extendido y con una proporción tan elevada de rusófonos nativos —más de un cuarto de la población—, hizo que hasta el Consejo de Europa recomendara en 2010 al Gobierno ucraniano una mayor protección, proporcional al menos a su número de hablantes. Los nacionalistas ucranianos se opusieron sistemáticamente desde entonces a estas medidas, convirtiendo el asunto de la lengua en una de las trincheras más importantes del enfrentamiento civil. Como bien señaló Albert Branchadell:

> Garantizar los derechos lingüísticos a los rusófonos o incluso convertir el ruso en segunda lengua oficial de Ucrania no es ningún problema para mucha gente de Ucrania, pero sí que lo es para la ideología lingüística que profesa la mayoría de los nacionalistas ucranianos, que se resume en el eslogan "un Estado, una lengua".

En la dinámica de constante enfrentamiento político que se inició con la "revolución naranja" de 2004, bajo el mandato de Víctor Yanukovich se aprobó una nueva ley de lengua (2012) que otorgó al ruso el estatuto de segunda lengua oficial —"lengua regional"— en las regiones cuyos porcentajes de rusófonos —o hablantes de otras lenguas— alcanzasen el

10%. Se trataba de una medida que respondía a las prudentes recomendaciones del Consejo de Europa, pero que soliviantó a los nacionalistas ucranianos. Fue esta una de las primeras leyes que derogó la nueva Rada (Parlamento) salida de la revuelta del Euromaidán de febrero de 2014. A pesar de que la enmienda fue vetada poco después por el nuevo presidente provisional, la tendencia estaba clara.

En 2019, en plena guerra del Dombás y poco antes de la llegada de Volodímir Zelenski a la presidencia, la Rada aprobó una nueva ley de lenguas que reforzaba el papel del ucraniano como lengua obligatoria de la Administración en todos los niveles y territorios. Según uno de sus impulsores, el periodista y diputado Mykola Kniazhytsky, se trataba de un "momento histórico que los ucranianos habían estado esperando durante siglos, porque durante siglos los ucranianos han tenido que lograr el derecho a su propio idioma". Se trataba de un buen ejemplo de discurso populista engañoso, aparentemente despistado respecto a su propia historia. Cuatro años antes, en 2015, el mismo diputado había votado a favor del reconocimiento de "luchadores por la independencia de Ucrania" en el siglo XX para todas las formaciones nacionalistas, incluidas aquellas que lucharon al lado del Tercer Reich.

El activo papel de "defensora de las minorías" que asumió la Sociedad de Naciones de entreguerras, al menos con las "nuevas naciones" de entonces, no fue heredado por la ONU tras la era soviética, que se desentendió —al igual que la Comunidad Europea— de las presiones sufridas por minorías como la rusa en los Estados bálticos recién independizados, o de la albanokosovar de la República Federal Yugoslava de la última década del siglo. Algo parecido ocurrió con gitanos y eslovacos en las nuevas leyes de ciudadanía checas. Pese a las protestas del Consejo de Europa, los Estados bálticos convirtieron en "extranjeros" a rusos y bielorrusos de la noche a la mañana, con cifras del 40% de la población en el caso de Estonia y del 50% en el de Letonia. En este sentido, Ucrania no fue una excepción a este desinterés compartido por la mayoría de las instituciones europeas e internacionales. Aunque, peor que ese desinterés, fue el intento consciente o inconsciente de exacerbar una tensión que venía de antiguo.

10. DE GUERRA EN GUERRA

En 2014, un nuevo conflicto armado sacudió a Europa tras el último que había sacudido la región balcánica (1991-1999). La guerra civil que estalló en Ucrania en abril de 2014 —la guerra del Dombás—, que dejó hasta diciembre de 2021, según datos de ACNUR, unas 14.100 víctimas mortales, entre civiles y combatientes, tendría su sangrienta continuación en la invasión rusa de febrero de 2022. En el momento de redacción de estas líneas, con algo menos de un tercio del territorio ucraniano anexionado por Rusia, el balance de víctimas mortales confirmadas por diversas fuentes se eleva a más de 9.000 civiles —según Naciones Unidas— y a no menos de 40.000 combatientes de ambos bandos. Convertidas las cifras de víctimas propias y del bando contrario en propaganda de guerra, estos números se multiplican hasta por diez según la fuente.

Una primera observación hace referencia a la longevidad de este conflicto armado, que empezó en 2014, no en 2022. Si el dato resulta pertinente es porque la atención mediática que recibió la guerra civil ucraniana por parte de los medios "occidentales" —que no por los rusos — fue proporcionalmente inversa al abultado balance de víctimas generado. Si la invasión rusa de 2022 fue denunciada —con razón— como una "guerra de agresión" punible según los principios del derecho internacional, aquella primera guerra del Dombás nunca fue calificada como tal por el Gobierno ucraniano. Formalmente no fue más que una "operación antiterrorista" (ATO), con lo que el Gobierno consiguió con ello sustraerse a las convenciones vigentes sobre los "usos de la guerra", del tipo de los recogidos en los cuatro convenios de Ginebra con sus protocolos. Fuentes de la ONU ya recogieron por entonces violaciones de la "ley humanitaria": ejecuciones sumarias, torturas y detenciones arbitrarias cometidas tanto por el Gobierno ucraniano como por las llamadas "repúblicas populares" de Donetsk y Lugansk. Ahora bien, en febrero de 2022 quien recurrió a esa misma táctica fue Vladímir Putin, al calificar lo que efectivamente fue la invasión de un país soberano como una "operación militar especial".

Una segunda observación alude al ecosistema general de "guerra permanente" creado durante las dos primeras décadas del siglo, con el telón de fondo del continuo crecimiento del gasto militar mundial: de 742 millardos de dólares en 2000 a poco más de dos billones en 2021. Este ecosistema se manifestó en toda una serie de *hot wars* o "guerras calientes" que estallaron cuando aún no se habían enfriado las generadas en Irak y Afganistán, como fueron los casos de las guerras civiles de Siria y Libia de 2011. En el conflicto libio, la OTAN intervino aquel mismo año contra las tropas del dictador Gadafi —con más de 9.700 incursiones aéreas—, en una típica intervención "fuera de zona" a partir de un uso abusivo del artículo V del Tratado de Washington. Fue, de hecho, la última intervención militar bajo mandato de la ONU que se presentó como "humanitaria" al invocar la doctrina R2P, "la responsabilidad de proteger", aquella que defendía la obligación de los Estados a garantizar la protección humanitaria incluso a costa de intervenir en los asuntos internos de otro país. Como en tantos casos anteriores del mismo tipo analizados en este libro, la coartada de la intervención hizo aguas en dos aspectos. Si por un lado se hizo con un fin real distinto al de salvar vidas —el de forzar un cambio de régimen, objetivo en el que destacaron socios europeos como Francia y Reino Unido—, por otro produjo una "situación humanitaria catastrófica y una turbulencia política" que el país, todavía hoy, continúa sufriendo. En cuando a Siria, su guerra civil, iniciada como en el caso libio —y egipcio— al calor de la brutal represión de los movimientos de la Primavera Árabe de 2011, tuvo un efecto regional y mundial semejante al desmoronamiento del régimen iraquí en 2003.

Nunca está de más recordar al respecto las subterráneas presiones ejercidas en 2006 por la embajada estadounidense en Siria para derribar el gobierno dictatorial sirio de El Asad, atizando tensiones entre suníes y chíes para crear "paranoia" y obligarlo a "sobreactuar", cosa que hizo finalmente en 2011. Los entrecomillados responden a la literalidad de las comunicaciones filtradas por Wikileaks. La guerra civil siria, que ha cumplido ya los 12 años, sirvió de escenario para la participación, además de los actores locales y regionales y de fuerzas estadounidenses y europeas, de la Federación Rusa a través de "contratistas militares" —

mercenarios—, una modalidad de intervención vicaria que ya había sido ensayada por Estados Unidos en Irak. En su voluntad de recuperar el protagonismo perdido a finales del siglo anterior, el régimen ruso encabezado por Vladímir Putin se esforzó por alzar la voz al precio de apoyar al dictador El Asad y contribuir al baño de sangre en marcha. En junio de 2022, la Oficina de Derechos Humanos de Naciones Unidas calculó en más de 306.000 las víctimas civiles del conflicto, una década después de su estallido.

Como en los casos libio, tunecino, egipcio, iraquí o afgano, el "agujero negro" de Siria supuso el desplazamiento de millones de hombres, mujeres y niños que huyeron de sus países en busca de refugio con la mira puesta en Europa occidental. Enfrentados a una Unión Europea cada vez más hermética, violentadora de su propia tradición de acogida a los refugiados, se calcula que desde 2014, y solo en las costas mediterráneas, han perdido la vida más de 27.000 personas. El rosario de *hot wars* del siglo XXI no acaba en Libia, como tampoco en la sangrienta represión de la "revolución egipcia" de 2013 y 2014 a manos de los militares que continuaron recibiendo apoyo de Estados Unidos, o en las guerras civiles que estallaron en Sudán del Sur y Yemen en aquellos mismos años. Fue en este ecosistema mundial de "guerra permanente" donde un nuevo conflicto armado, surgido esta vez en la inmediata periferia europea, hizo su aparición con la secuencia de la guerra del Dombás (2014) y la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022.

11. UCRANIA EN LOS 'BALCANES EUROASIÁTICOS'

A la lista de conflictos armados del actual ecosistema de "guerra permanente" habría que sumar otras tantas *hot wars* que estallaron en el escenario que, en 1997, Zbigniew Brzezinski había denominado los "Balcanes euroasiáticos": las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y de Asia Central, más algunos países adyacentes como la propia Ucrania. De hecho, una mirada a este contexto regional podría contribuir a arrojar algo de luz tanto a la guerra del Dombás como a la actual provocada por la invasión rusa.

Dada su enorme concentración de recursos de gas y petróleo, con su compleja red de gasoductos y oleoductos, la región entera estaba llamada a cobrar una enorme importancia por la "recompensa económica y geoestratégica" que supondría para la potencia que se asegurara su control. Se trataba de un tablero de ajedrez complejo, escenario de diversos "jugadores geoestratégicos". Rusia, Turquía e Irán se contaban a finales del siglo XX entre los principales, con una China que progresivamente se ha ido ganando a pulso el derecho a sumarse al grupo principal, con su proyecto de red de rutas e infraestructuras de su moderna "Ruta de la Seda", lanzado en 2013. En aquella previsión de Brzezinski figuraban otros "jugadores": algunos eran "secundarios", como Armenia, Azerbaiyán o la propia Ucrania, y otros "indirectos" pero con una clara vocación intervencionista en la zona, como Estados Unidos, interesado por entonces en restar influencia a su antiguo enemigo de la Guerra Fría. Es a partir de esta dinámica de rivalidades nacionales, dentro del marco general de la actual era de descenso energético que actuaría como intensificador de tensiones, como podemos entender los recientes acontecimientos producidos en varios de estos países. A lo largo del periodo 2000-2005, y con mayor o peor suerte, estallaron las "revoluciones de colores" de carácter liberal, así llamadas por el modelo de la "revolución de terciopelo" checoslovaca de 1989. Fueron los casos de varios países de Europa oriental —Serbia, Croacia, Bielorrusia, Eslovaquia, Moldavia, la propia Ucrania con su Maidán de 2004— y de la región del Cáucaso y Asia Central, con Armenia, Georgia, Azerbaiyán y Kirguizistán. En todas ellas jugó un papel más o menos relevante Estados Unidos.

En el caso concreto de Ucrania, la llamada "revolución naranja" de 2004, la del primer Maidán, la intervención estadounidense —pero también de la Unión Europea— revistió una enorme importancia. Para entonces, el acercamiento de Ucrania a la OTAN no representaba ninguna novedad. Había sido el primer país en ingresar en la Asociación para la Paz (APP) en 1994 y, al año siguiente, había enviado tropas a la misión atlántica —IFOR— en Bosnia Herzegovina. Bajo la presidencia de Leonid Kuchma (1994-2004), fuertemente marcada por la corrupción,

Ucrania envió en 2003 un contingente militar a la misión atlántica en Irak que siguió a la invasión de aquel año. Hasta el momento de su retirada en 2008, el contingente ucraniano llegó a ser el tercero en mayor número de tropas.

¿Cómo se produjo la "revolución naranja" de 2004? Para mediados de año, el presidente Kuchma estaba políticamente acabado, aparte de que la Constitución le impedía aspirar a un nuevo mandato. La partida electoral estaba en manos de dos contendientes: su antiguo primer ministro Víctor Yanukovich, líder del Partido de las Regiones, partidario de una Ucrania descentralizada, con apoyos en el Este ucraniano y en Rusia, y Víctor Yushenko, también antiguo primer ministro de Kuchma, conservador "liberal" y nacionalista, fundador de la coalición Nuestra Ucrania, que contaba con el apoyo de Estados Unidos y de la Unión Europea. Para el historiador Francisco Veiga, el triunfo de la "revolución naranja" en diciembre de 2004, que anuló el triunfo por escasísimo margen del "azul" Yanukovich en las elecciones presidenciales de noviembre y que, una vez repetidas al mes siguiente, dieron el poder a Yushenko, significó "un punto de no retorno en la partición del país". Se trató, en suma, de una suerte de "insurrección cívica" de corte nacional-populista, muy centrada en Kyiv y en el oeste del país, apoyada tanto por Estados Unidos como por la Unión Europea. Que figuras de tanto relieve como los senadores demócratas John MacCain y Hillary Clinton, el ex secretario de Estado Colin Powell o los asesores Kissinger y el propio Brzezinski acudieran a Kyiv para apoyar a Yushenko, da idea del grado de implicación estadounidense. Como bien ha señalado Veiga, la "revolución naranja" se desarrolló con una historia de fondo "antirrusa" que solo años después se reveló falsa, una invención utilizada como arma política durante la campaña electoral: la del supuesto envenenamiento de Yushenko, cuando en realidad se trató de una "mera intoxicación alimentaria".

Más allá de "naranjas" y "azules", los oligarcas de una u otra sensibilidad, los que se habían formado en la primera época de Kravchuk (1991-1994), continuaron controlando una economía progresivamente privatizada, muy dependiente del suministro energético ruso. En un

ambiente político enrarecido, salpicado de procesos de corrupción, el país sufrió de manera especial el impacto de la crisis de 2008-2013 y, algo antes, las dos crisis del gas ruso de 2006 y 2009. Estas dos últimas, con la UE como "rehén" dado que los gasoductos atravesaban la "servidumbre" del territorio ucraniano, animaron a Rusia a reforzar su proyecto constructivo del gasoducto Nord Stream del mar Báltico —coparticipado por varios países europeos y mal visto desde un principio por Estados Unidos—, que sería oficialmente inaugurado en 2011.

Al problema del abastecimiento energético en un país con una acusada descompensación entre su capacidad productiva y consumidora, se añadió una economía pública que entró en bancarrota y que terminó por verse ante un grave dilema. Con el "azul" Yanukovich elegido presidente en 2010 para sorpresa de Occidente, Ucrania se encontró de pronto ante dos caminos divergentes: o firmaba un acuerdo de asociación con la UE o lo hacía con la Unión Aduanera Euroasiática capitaneada por Rusia, dos bloques incompatibles en la práctica. Que el FMI bloqueara su línea de créditos al país en 2011 a cambio de imposiciones draconianas fue una de las razones que movieron a Yanukovich a no firmar finalmente el acuerdo de asociación con la UE y aceptar el programa de rescate ofrecido por Rusia, mucho más modesto, pero tanto más beneficioso por cuanto entrañaba un importante recorte en el precio del gas. Lo de las imposiciones draconianas de la UE no era de extrañar. Obedecía a la misma política miope e irresponsablemente nociva que por entonces la Comisión Europea estaba aplicando en Grecia junto a los otros dos miembros de la *troika*, el propio FMI y el Banco Central Europeo.

La firma del acuerdo entre Yanukovich y Putin en diciembre de 2013 fue vista por los sectores nacionalistas y ultranacionalistas ucranianos como una "traición" a la patria que exacerbó el nuevo Maidán que acababa de organizarse en noviembre. El llamado "Euromaidán" nació con códigos muy parecidos al primero en un país fuertemente dividido entre el apoyo al acuerdo de asociación con la UE y el aduanero con Rusia. En su análisis del mismo, Veiga destacó el protagonismo de las organizaciones ultras —Svoboda, Sector Derecho—, con sus piquetes paramilitares —"unidades de defensa"— y el apoyo de la Iglesia

ortodoxa de Ucrania del patriarcado de Kyiv. Hubo también, como en 2004, desfile de visitantes estadounidenses y europeos solidarios con la "insurrección cívica". Hasta 47 cargos públicos se personaron en la capital ucraniana, desde el ministro francés de Exteriores Laurent Fabius hasta la alta representante de Política Exterior de Seguridad de la UE, Catherine Ashton. No lo hicieron, por cierto, con ánimo de mediar en el conflicto entre las partes. Su objetivo no fue otro que el de presionar a Yanukovich, el presidente electo, en lo que el corresponsal Rafael Poch definió como una peligrosa mezcla de "revuelta popular e intento euroatlántico de cambio de régimen". El resultado final, tras la "paramilitarización de la plaza", los fuertes disturbios producidos y las muertes de decenas de manifestantes y policías, fue la huida de Yanukovich y el golpe de Estado fáctico de febrero de 2014. El golpe, cohonestado por Estados Unidos y la UE, no tardó en disparar la alarma de las regiones del sudeste y sur del país, dando pie a la sublevación de las autoproclamadas repúblicas de Donetsk y Lugansk, con el corolario de la anexión rusa de la península de Crimea, previo referéndum no reconocido por el Gobierno de Kyiv. El país, fisurado ya desde hacía tiempo, acabó por dividirse del todo con la guerra del Dombás de 2014-2021.

Como señalábamos anteriormente, los conflictos políticos y armados de Ucrania ganan en claridad si se ponen en relación con los de la región en la que están enmarcados, la de los "Balcanes euroasiáticos". Uno de ellos fue la guerra de Georgia de 2008, desatada por el líder triunfador de la "revolución de las rosas" de 2003, Víctor Saakashvili, con el intento de ocupación del disputado —con Rusia— territorio de Osetia del Sur. Todo apunta a que la operación fue, como poco, alentada por Estados Unidos. El resultado, tras la victoria rusa, no fue otro que la consolidación de Osetia como autoproclamada república independiente y la creación de otra más, Abjasia. Como en un movimiento de judo, la jugada le salió bien al Gobierno de Vladímir Putin, necesitado de asegurar sus posiciones en el mar Negro tras la independencia de Ucrania. El episodio provocó una fuerte tensión con Washington al tiempo que generaba discrepancias entre Estados Unidos y la Unión Europea. Ucrania, durante

la guerra de Georgia de 2008, no dudó en apoyar militarmente a su aliado de la "revolución de colores", cosa de la que el presidente ruso acusó a la entonces primera ministra Yulia Timoshenko. En 2014, Saakashvili —perseguido judicialmente por cargos graves y huido por entonces del país— se volcó en apoyar el Euromaidán, por lo que al año siguiente sería recompensado con el nombramiento de gobernador de Odesa.

Pero en 2020, en plena pandemia y cuando la guerra del Dombás seguía su curso, estalló un nuevo conflicto armado al otro extremo del mar Negro, esta vez entre Armenia y Azerbaiyán, con intervención rusa y turca. Fue la reedición de un antiguo enfrentamiento que se remontaba a la Guerra Fría —1988— y a 1994, a cuenta del enclave armenio de Nagorno Karabaj, transformado en República de Artsaj. El conflicto no tuvo demasiada repercusión mediática, pero, aparte de costar más de 5.000 vidas, estuvo a punto de afectar gravemente la infraestructura de oleoductos —BTC— y gasoductos —SCP— del Cáucaso meridional que enlazaba el mar Caspio con Europa. La guerra, ganada por Azerbaiyán, fue tan corta como innovadora, gracias al uso de drones turcos e israelíes, en una suerte de modelo robotizado de guerra convencional en la que tanto la aviación como los tanques habían perdido peso específico. Era un modelo de guerra con drones que Turquía ya había ensayado antes en Libia y Siria, e Israel en Líbano, y que también se había estrenado con el ataque a dos importantes petroleras saudíes en 2019 por los rebeldes huzíes de Yemen. Aviones de combate, helicópteros y tanques comenzaban a perder su tradicional importancia. Para alarma de Rusia, el presidente Zelenski se apresuró por entonces a adquirir drones turcos para utilizarlos en el Dombás, a menos de un año de la invasión rusa de febrero de 2022.

En enero de 2021, el nuevo presidente de Estados Unidos, John Biden, llegó a la Casa Blanca presionado por los últimos acontecimientos de la ocupación del Capitolio y afectado por una crisis de imagen internacional, a la que su antecesor había contribuido con creces. Como buen intervencionista liberal, lo que se propuso desde el principio fue intentar revertir la herencia aparentemente "aislacionista" de Donald Trump, quien incluso se había permitido cuestionar la existencia de la OTAN por

"obsoleta", en realidad una especie de órdago lanzado a los socios europeos para que invirtieran más en armamento. Es posible que el triste papel representado en Siria y la vergonzosa retirada de Afganistán con ocasión del vigésimo aniversario de la invasión tuvieran algo que ver en el giro agresivo de su política exterior, al lado de la —muy magnificada— injerencia rusa en las elecciones presidenciales de 2016. Carlos Taibo también se ha referido a la decisión de Biden de mejorar las cuentas de las empresas estadounidenses en el sector de la energía y de la industria militar, sobre todo después de la recesión provocada por la pandemia de COVID-19, lo que podría explicar de paso la animosidad hacia China en un escenario de creciente competencia económica y empresarial. Fuera como fuese, la agresividad verbal que desde un principio demostró contra el presidente ruso se acompañó de un rearme acelerado de Ucrania. Años de sanciones europeas y estadounidenses impuestas a Rusia —a raíz de la invasión de Crimea de 2014— habían contribuido a forjar una imagen de Vladímir Putin como "autócrata" peligroso para Occidente y nuevo Hitler a batir.

12. LAS DECISIONES DE ZELENSKI

Ya en 2017, mientras seguía desarrollándose la guerra del Dombás, la Rada ucraniana aprobó la solicitud de ingreso en la OTAN como objetivo estratégico. Los pasos siguientes fueron, ya bajo la presidencia de Volodímir Zelenski, la aprobación en 2019 de una enmienda constitucional para posibilitar el ingreso en la Alianza y, al año siguiente, la nueva Estrategia de Seguridad Nacional que contemplaba el establecimiento de una asociación especial con la OTAN. Habían llovido más de 20 años desde que, bajo la presidencia de Kuchma, el presidente Yushenko había vuelto a intentarlo con ocasión de la guerra ruso-georgiana de 2008, esta vez acompañado de Georgia, pero el presidente Putin se había opuesto con energía, molesto por la instalación del escudo antimisiles estadounidense en Polonia y la República Checa. A la tercera había llegado la vencida.

Como bien ha señalado Veiga, los pasos dados por Volodímir Zelenski

en 2019 y 2020 crearon el marco adecuado para el estrechamiento de lazos de cooperación con la OTAN en forma de ejercicios y maniobras conjuntas, anunciadas públicamente y calendarizadas para todo el año 2022. A lo largo de 2021, Ucrania recibió 284 millones de dólares en ayuda militar de Estados Unidos, cuando en 2016 la cifra no había subido de los 85. El brusco aumento se produjo al calor de las excelentes relaciones con Biden, tras el fiasco de un Trump que públicamente se había vanagloriado de su amistad con Putin y que había minimizado incluso la anexión rusa de Crimea. Por entonces, 2021, Ucrania ostentaba el dudoso honor de figurar como el segundo país más corrupto de Europa —por detrás de la Federación Rusa— en el *ranking* de la organización Transparencia Internacional.

Mientras tanto, sin embargo, el famoso cómico aupado a la presidencia gracias al empuje del oligarca y productor televisivo Kolomoiski, había ido perdiendo popularidad por su pésima gestión de la pandemia y la aparición de su nombre en los *Pandora Papers*, la enorme batería de documentos filtrados al Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación en octubre de 2021. La documentación reveló una fortuna repartida en varios paraísos fiscales gestionada a través de sociedades *offshore* con intención de evadir al fisco, cuando durante su campaña electoral —basada en el personaje de la popular serie televisiva *Servidor del pueblo*— había denunciado precisamente ese tipo de prácticas. Dos años y medio después de su ascenso a la presidencia, aquella depurada estrategia de política-espectáculo omnipresente en televisión y redes sociales de quien había sido denominado el "primer presidente *influencer*" parecía flaquear, sobre todo cuando su ideario populista se traducía en leyes de corte neoliberal en una sociedad económicamente estancada. Hacia enero de 2022, vísperas de la invasión rusa, su apoyo social había bajado a poco más del 20%.

Para Zelenski, la solución consistió entonces en atrincherarse cada vez más en el discurso nacionalista: el comediante-político transmutándose poco a poco en el político-guerrero, igualmente mediático. Mientras la guerra del Dombás continuaba, en mayo de 2021 firmó un decreto por el que prohibió la utilización de la lengua rusa en todas las esferas de la

vida pública y continuó promocionando a los sectores ultranacionalistas de Sector Derecho en el Ejército. El "mito de la experiencia de guerra" se había ido forjando principalmente tras el Euromaidán de 2014 para fortalecerse y ganar presencia al calor de la guerra de posiciones del Dombás. El mito se forjaba en el frente, pero también —y sobre todo— en la retaguardia, en los dos bandos, de manera especular. Por lo que se refiere a las ceremonias glorificadoras de los caídos en combate, podría decirse que no ha habido frontera alguna entre las dos guerras, la del Dombás de 2014 y la iniciada tras la invasión rusa de febrero de 2022. Ni tampoco entre los dos frentes, si nos ceñimos a un análisis formal. El periodista Ignacio Hutin fue testigo en 2017 de los homenajes a "héroes de la República Popular de Donetsk" como los voluntarios *Guivi* o *Motorola*, con toda su parafernalia sovietizante y antifascista. No podían ser más parecidos a la despedida oficial que en marzo de 2023 rindió Zelenski a *Da Vinci*, paramilitar del partido ultranacionalista Sector Derecho movilizado desde 2014 en el Dombás y nombrado "héroe de Ucrania" con anterioridad a la invasión rusa.

13. LAS DECISIONES DE PUTIN

En cuanto al presidente Putin, que ya en abril de 2021 había empezado a desplegar hasta 100.000 soldados en torno a la frontera ucraniana, el choque final parecía también anunciado. Ante una Ucrania cada vez más rearmada y próxima a la OTAN, fogueada en la guerra del Dombás e iniciada ya en las nuevas tecnologías bélicas ensayadas en la guerra armenia-azerí de 2020, el presidente ruso decidió golpear primero e invadir el país el 24 de febrero de 2022. La situación era tanto más delicada cuanto que, descontada la reacción de Estados Unidos a la luz de la hostilidad demostrada por el Gobierno Biden, la Federación Rusa había venido apostando por unas relaciones amistosas con la UE, pese a la política de sanciones impuesta a raíz de la anexión de Crimea en 2014. La construcción de los gasoductos Nord Stream 1 y 2 del mar Báltico como principal ruta de abastecimiento a Alemania y Europa así lo demostraba. Si el primero había empezado a funcionar ya en 2011, la

construcción del segundo, que estaba previsto duplicara la capacidad de gas transportado, había terminado en septiembre de 2021, de manera que su operatividad era inminente. El despliegue mencionado de las tropas rusas de ese último año coincidió precisamente con la fuerte hostilidad al proyecto Nord Stream 2 manifestada públicamente por Estados Unidos, tanto por congresistas republicanos y demócratas como por el propio Gobierno Biden. Ya en el marco de la guerra abierta entre Ucrania y Rusia, ambos gasoductos fueron saboteados e inutilizados en el verano de 2022 en una oscura operación no reivindicada hasta la fecha por nadie.

A principios de 2023, el reputado periodista estadounidense Seymour Hersh, autor de los históricos reportajes de la matanza de My Lai en Vietnam de 1968 y de la cárcel de Abu Ghraib en 2004, acusó al Gobierno Biden de haber orquestado el sabotaje de los gasoductos en una operación cuyos preparativos se remontarían supuestamente a diciembre de 2021, más de dos meses antes de la invasión rusa de Ucrania. La pregunta *Cui prodest?* —"¿a quién aprovechó el sabotaje de los gasoductos?"— tenía una respuesta lógica: Estados Unidos, en trance por entonces de incrementar sus exportaciones de gas natural licuado (GNL) a Europa. Noam Chomsky, quien encontró perfectamente razonable la hipótesis del sabotaje estadounidense, en seguida vaticinó lo que le ocurriría al veterano periodista: que sería silenciado y vilipendiado. Su tesis fue efectivamente silenciada en la mayor parte de los medios de comunicación mundiales —incluidos los españoles—, antes incluso de que el Gobierno ruso le concediera credibilidad. Desde entonces, las pruebas a favor de un sabotaje de autoría estatal en el que quedaría descartada cualquier participación rusa no han dejado de crecer, con el concurso de voces críticas tan autorizadas como la del economista Jeffrey Sachs en su intervención ante el Consejo de Seguridad de la ONU en febrero de 2023.

En cualquier caso, una infraestructura energética de carácter estratégico se había convertido, una vez más, en un objetivo de guerra con consecuencias de alcance mundial. Algo muy semejante había ocurrido durante la segunda Guerra Fría con el gasoducto eurosiberiano del dosier Farewell, boicoteado y saboteado por Estados Unidos en 1980, o con los

oleoductos rusos Druzhba y Bratsvo también boicoteados —sin éxito esa vez— por el Gobierno Reagan. Si ciertamente esa clase de infraestructuras energéticas podían ser contempladas de distintas maneras según el punto de vista del "jugador geoestratégico" en liza, como instrumento de paz o de coerción, de acercamiento o de distanciamiento entre las naciones, lo cierto es que su importancia ha crecido exponencialmente en la actual era de competencia y descenso energético. Guerra, capital y energía se articulan actualmente en una ecuación de consecuencias tan peligrosas como imprevisibles, como cuando en plena guerra armenio-azerí de 2020, la infraestructura de gasoductos u oleoductos del mar Caspio por poco resultó afectada y, con ella, el suministro a Europa a través de Turquía. Como consecuencia, las fuentes y vectores energéticos como recursos cada vez más sensibles, escasos y caros, parecen haberse convertido también en un arma de guerra.

El régimen de Vladímir Putin se había venido construyendo sobre un proceso "renacionalizador" en el que tanto la guerra como el enfrentamiento simbólico con "Occidente" comenzaron a jugar un papel cada vez más importante. La conducción de la segunda guerra de Chechenia (1999-2009) ya había evidenciado la agresividad de su política contra el "vecino extranjero". Como motivos de la guerra, Putin no dudó en recurrir al estereotipo del "terrorismo internacional" en su variante islámica, el mismo que utilizó George Bush Jr. en su ofensiva contra Afganistán tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Que Rusia apoyara decididamente en su momento la campaña militar de Estados Unidos en Afganistán llegó a ser interpretado como un *quid pro quo* a cambio del apoyo —o el silencio— a su intervención en Chechenia. En todo caso, dejando al margen la intervención estadounidense en las "revoluciones de colores" de 2000-2005, lo que pocos años después contribuyó de manera decisiva a enrarecer las relaciones con Estados Unidos fueron las sucesivas oleadas de ampliación de la OTAN de 1999, 2004, 2009 y 2020. Ante el "cerco" formado por el rosario de bases militares atlánticas en torno a su territorio, desde el mar Báltico hasta el mar Negro, una creciente percepción de amenaza fue pesando cada vez

más tanto en los círculos del poder ruso como en buena parte de su propia opinión pública.

Es así como podríamos hablar de un régimen "cercado" que buscó refugio en un orgulloso discurso nacionalista, en el que la anexión de Crimea de 2014, estratégica plaza —escenario de "heroicas" batallas en el pasado—, significó un primer triunfo. La imposición de severas sanciones a Rusia por parte de Estados Unidos y países de la UE en represalia por la anexión, con el propósito declarado de que su PIB se redujera un punto porcentual cada año, no pudo menos que ser percibida como una nueva forma de acoso, esta vez económico. En este contexto, el rearme ucraniano de 2021, con sus implicaciones para la continuación de la guerra del Dombás, así como la deriva nacionalista del Gobierno Zelenski y su progresivo acercamiento a la OTAN, no habrían servido más que para tensar aún más la situación. A principios de 2022, una renovada ofensiva ucraniana contra las repúblicas autoproclamadas de Donetsk y Lugansk no habría sido una perspectiva tan improbable, a la luz de la gran ayuda militar recibida el año anterior y del recrudecimiento de las hostilidades tras la "tregua" de la COVID-19. Una hipotética ofensiva de esa clase habría podido terminar afectando a Crimea, en la que durante los últimos años tanto había invertido la Federación Rusa en términos materiales —el puente de Kerch— y simbólicos.

Para un régimen "renacionalizado" como el ruso, semejante perspectiva, la de una ofensiva militar ucraniana exitosa en el sur y este del país contra los "hermanos del Dombás", habría significado su ruina política. En vísperas de la invasión de febrero de 2022, la guerra también se habría presentado como inevitable para analistas como Serguéi Karaganov, del Consejo de Política Exterior y de Defensa ruso, para quien, ya desde años atrás, la perspectiva de una Ucrania en la OTAN habría significado necesariamente la guerra. La extremosidad de determinadas versiones del nacionalismo ucraniano y su animadversión hacia todo "lo ruso" permitieron a Putin presentar su "operación especial" —el eufemismo con el cual calificó la invasión— como una suerte de "guerra justa" sucesora de la Gran Guerra Patria contra el nazismo, al menos ante su propia población y aliados. Una vez más, un

Gobierno procedía a atacar a otro esgrimiendo a modo de justificación la amenaza, real o percibida, de un inminente ataque. En el fondo, aunque sin explicitarlo con el lenguaje jurídico de la "guerra justa", la Federación Rusa atacaba de manera "preemptiva" —que no "preventiva"—, al modo que lo había hecho George Bush Jr. en Afganistán e Irak en 2001 y 2003.

La palabra "desnazificación" de Ucrania se convirtió en una especie de mantra para el régimen ruso. La práctica de la manipulación histórica es de lo más versátil. Un simple elemento o fenómeno histórico descontextualizado puede ser utilizado en cualquier dirección y contra cualquier enemigo: el "nuevo Hitler" puede ser tanto Putin como Zelenski, según el poder y el medio que difunda el relato. En resumen, todos los ingredientes de un nuevo conflicto armado en el ecosistema de "guerra permanente" del siglo XXI estaban dados. Gobiernos entregados al discurso patriótico o "renacionalizador" en función de sus problemáticas internas e, incluso, de sus agendas electorales. Nacionalismos excluyentes, apuntalados sobre relatos históricos más o menos fabulados, "guerras de la lengua" incluidas. Agresiones amparadas en el argumento de la "autodefensa" ante un hipotético ataque: la "guerra justa" como coartada útil. A principios de 2022 todas estas actitudes y comportamientos eran perfectamente identificables tanto en un bando como en otro, tanto en el Gobierno ucraniano como en el ruso, en dos Estados que, por entonces, ocupaban el furgón de cola europeo por lo que refería a índices de calidad de calidad democrática y de corrupción.

14. ¿LA PRIMERA *HOT WAR* DE LA NUEVA GUERRA FRÍA?

¿Nos hallamos ante una primera *hot war* o guerra "caliente" de una nueva "guerra fría"? El nuevo Concepto Estratégico de la OTAN, aprobado en la cumbre de Madrid de junio de 2022, podría sugerir que sí. La urgencia pareció presidir su aprobación, en una suerte de "clima" de emergencia que no dejó de recordar el de la guerra de Corea en 1950, con la ONU como tenso escenario de posturas enfrentadas. Urgente fue el mensaje de apoyo a la resistencia al Gobierno ucraniano en forma de envío de

armamento, con Estados Unidos y Gran Bretaña como principales suministradores. A la altura de 2022, y desde hacía ya más de tres décadas, un país europeo volvía a colocarse en el grupo de los mayores importadores de armas a nivel mundial, lo que a su vez se traducía en una mayor cuota de Estados Unidos como país exportador.

En el nuevo Concepto Estratégico de 2022, urgente sonó también la entronización de un nuevo enemigo —la Federación Rusa—, como la "más significativa y directa amenaza para la seguridad de los aliados y la paz y estabilidad del área euroatlántica". Le seguía a cierta distancia, por cierto, una República Popular China abiertamente conceptuada ya como potencia amenazadora, en el marco de un resurgimiento de la tensión chino-estadounidense en la región Asia-Pacífico a propósito de Taiwan. Las resonancias con el lenguaje de la Guerra Fría resultaban evidentes, en una dialéctica que oponía los valores e intereses propios, asociados con la libertad y la democracia en abstracto, a los de otros "actores autoritarios". El clásico binomio *libertad versus tiranía* de los años 1947-1950 parecía reeditarse. Si durante las dos últimas décadas, presididas por el lábil concepto de guerra contra el terror, el enemigo por antonomasia había sido el "terrorismo" global, mayormente islamista, este último Concepto Estratégico cerraba el paréntesis abierto en 1991 con la autodisolución del Pacto de Varsovia para regresar a los clásicos esquemas de Guerra Fría.

Urgente también fue el llamamiento de Estados Unidos y sus socios europeos a firmar un protocolo de ampliación atlántica, de imprevisibles consecuencias —el de Suecia y Finlandia—, que incrementará el riesgo de un enfrentamiento con Federación Rusa, esta vez de carácter directo y no a través del "cuerpo interpuesto" del Gobierno de Ucrania. La urgencia ha sido tal que, para evitar el veto de Turquía, dichos países han puesto en cuestión su propia política de asilo a periodistas y miembros de la oposición kurda en el exilio. En la clásica dinámica de toda guerra, lo que supuestamente se pretendía evitar, se acaba obteniendo. Si la Federación Rusa lanzó su agresión contra Ucrania para evitar un reforzamiento de la OTAN, es claro que, a la postre, lo que ha conseguido ha sido alentarlo. Y si es cierto que las anteriores oleadas de ampliación

de la Alianza y el proyecto de ingreso de Ucrania motivaron realmente la decisión de Putin de invadir el país, el resultado es que el tan temido "cerco" ha terminado estrechándose con dos incorporaciones más, lo que a su vez acentuará su percepción de amenaza. Si a ello añadimos la guerra de sanciones y, sobre todo, la posibilidad de una guerra nuclear en suelo europeo, todo apunta a que los fantasmas de la Guerra Fría han resucitado en el siglo XXI.

Pero quizá la similitud mayor con la época de la Guerra Fría, al margen de otras analogías como la debilidad del Gobierno Biden, tan parecida a la de Truman en vísperas de las elecciones presidenciales de 1948, sea el clima de "guerra cultural" presidido por un maniqueísmo agudo. Si durante años la OTAN tuvo problemas para inventarse enemigos y "causas justas" que justificaran su intervención y, por tanto, su existencia, lo sucedido en Ucrania la está resarciendo de sus antiguos esfuerzos al facilitarle un *villano de libro*. Después de haber sido sostenido durante años por Occidente, Vladímir Putin ha pasado a encarnar el perfil autócrata cercano a un nuevo Hitler, con las forzadas comparaciones con la fallida política de apaciguamiento europea en 1938 frente al régimen nazi.

Una vez estallada esta nueva "batalla cultural" tan parecida a la de la Guerra Fría, el resultado práctico se ha traducido en la prohibición, censura y satanización de medios de información hasta entonces legales, como *Russia Today* o *Sputnik*, o en la censura impuesta a través de canales de video y redes sociales globales, bien descritas por Pascual Serrano. En una analogía que recuerda tanto los años del macartismo como la fiebre patriótica de la Europa de 1914, el discurso oficial en Occidente ha venido desatando incluso una peligrosa ola de "rusofobia". En un curioso pliegue histórico, el "ruso" de la *Red Tide* de 1950 se ha replicado en el ruso "putiniano" del siglo XXI, si no comunista como el primero, sí igual de autoritario y agresivo. Habría aquí que recordar que, en el mundo de la propaganda de guerra, tan importante es la falsa imagen proyectada sobre el enemigo como el reflejo indirecto de la propia. En Occidente, la única autocrítica ha sido la de la ingenuidad o el descuido: nunca la de la parte de responsabilidad jugada en la generación

del conflicto. Hasta un filósofo tan reputado como Jürgen Habermas cuestionó, en mayo de 2022, la supuesta política de "distensión" hacia el régimen ruso de los últimos años, olvidándose de la implicación europea y atlántica en la política ucraniana al menos desde 2014 y de los efectos desestabilizadores de la continuada expansión de la OTAN desde 1999.

En un mentís efectivo al "orden liberal" que se decía defender, este asfixiante clima de "guerra cultural" ha promovido tanto el silenciamiento de las voces disidentes como la justificación a machamartillo del envío de armamento occidental a Ucrania, además de la crítica y bloqueo de cualquier iniciativa negociadora entre las partes enfrentadas. Resulta, por lo demás, significativo que la instigación a la continuación de la guerra por Occidente a través del cerrado apoyo a una defensa numantina por parte de Ucrania, haya convivido con una más que prudente postura de la OTAN a la hora de implicarse de una manera más directa en el conflicto. Era esta una postura más que razonable, la de modular los riesgos de una hipotética guerra nuclear, que ha tenido que enfrentarse a las posturas moralmente maximalistas a favor del apoyo cerrado a Ucrania y la rotunda negativa a abrir conversaciones de paz. De manera curiosa, es posible descubrir en la defensa cerrada de estas posturas a "portentosos ejemplos de conversión de espíritus pacifistas" —en expresión de Habermas— como la ministra de Exteriores del partido verde alemán, a años luz del ideario antimilitarista desplegado por Petra Kelly en los años ochenta.

La Alianza se negó, efectivamente, desde el principio, a imponer una zona de exclusión aérea en Ucrania, por el fundamentado temor de provocar una escalada militar y quizá nuclear sin precedentes. La Rusia de 2022 no era la República de Serbia y Montenegro de 1999, si bien la implicación atlántica no dejó de traducirse, de manera algo más opaca, en la asesoría al Gobierno ucraniano en materia de información militar sensible y espionaje. Esa supuesta autocontención atlántica ha tenido su contrapartida en la renovada insistencia en el aumento del gasto militar de sus socios, orientado hacia la ayuda a Ucrania y el rearme defensivo frente a Rusia. El tradicional objetivo estadounidense y atlántico de lograr que el gasto dedicado a defensa superara el umbral del 2% del porcentaje del PIB no se ha conseguido, sin embargo, del todo: en 2022,

solo siete países, aparte de Estados Unidos, lo rebasaron. En su conjunto, sin embargo, Europa central y occidental volvía a ponerse en los niveles de gasto militar de la Guerra Fría.

En el momento de redacción de estas líneas, Ucrania ha recibido más de 90 millardos de dólares en ayuda militar, en su mayoría de Estados Unidos, con una buena parte de ellos gestionados a través del —hipócritamente— llamado Fondo Europeo para la Paz. Así las cosas, y descartada la intervención aérea y el envío de tropas terrestres de la OTAN, la semejanza con una *proxy war* o guerra vicaria —por cuerpo interpuesto— de la Guerra Fría salta claramente a la vista. Se arma profusamente a Ucrania, pero negándole armamento sofisticado que podría hacer escalar el conflicto, como aviones de última generación o misiles de largo alcance. En alguna ocasión se ha reproducido incluso aquel fenómeno típico de la Guerra Fría, el de "la cola moviendo al perro". Así cabría interpretar, por ejemplo, los asesinatos políticos —la periodista Daria Dugina, hija de Alexandr Dugin, por ejemplo— y los sabotajes perpetrados en territorio ruso, reivindicados con la boca pequeña por Ucrania, cuando no negados, que algunas molestias han llegado a crear al patrón estadounidense. O la constante insistencia del Gobierno Zelenski en ingresar de manera efectiva en la Alianza, petición rechazada hasta el momento, como ha quedado demostrado en la cumbre atlántica de Vilna del verano de 2023.

15. LA NUEVA 'GUERRA FRÍA CULTURAL'

Jalear a otro para que combata, armarlo, entrenarlo y formarlo militarmente, pero sin poner en juego el cuerpo de uno, no es una postura fácil de vender a efectos de propaganda. Resulta entonces necesario compensar ese déficit, aunque sea con un aluvión de gesticulaciones. Es ahí donde ha jugado su papel la omnipresente campaña propagandística a favor de Ucrania, con la lluvia de *banners* con los colores de su bandera en el espacio público físico y virtual, o la invocación constante de su causa por parte de Gobiernos, municipios, universidades, cabeceras de periódicos, grandes empresas, etcétera. La propia acogida de los

refugiados de guerra ucranianos ha carecido de precedente alguno en Europa. Pero tan importante o más que la ayuda o solidaridad proporcionada es la forma en que se hace y el mensaje proyectado acerca de uno mismo. Encumbrado en la atalaya moral de la "justa causa", imbuido de una autocomplacencia moral que se ha recreado en su propia benevolencia, el Estado de turno ha procedido a sacar brillo a su propia imagen.

Por lo que se refiere al apoyo a los refugiados y refugiadas de Ucrania, el contraste con la férrea política migratoria aplicada al resto de huidos y desplazados de los demás países que continúan afluyendo a las fronteras europeas no ha podido ser mayor. La legislación especial que se activó inmediatamente en su amparo —la Directiva europea de protección temporal, aplicada por primera vez a los 20 años de su redacción— ha convivido y continúa conviviendo con el endurecimiento de la legislación habitual y preceptiva para con todos los demás. En junio de 2022, con ocasión del Día Mundial de las Personas Refugiadas, Amnistía Internacional calificó de "racista" la política de "doble rasero" practicada por la Unión Europea. Ya con anterioridad a la invasión rusa de Ucrania, la UE había empezado a tratar los flujos migratorios como un problema específico de seguridad y defensa, restringiendo a la vez la protección del derecho de asilo. Mientras países como Dinamarca mantienen hoy día encerrados de manera indefinida a miles de afganos e iraquíes en "cárceles de salida" a la espera de su deportación forzada, una vez desestimada su solicitud de asilo, la UE acuerda acometer mayores inversiones para blindar sus fronteras terrestres. Más muros, tolerancia con las "devoluciones en caliente" y la continua sangría de ahogamientos en el Mediterráneo y el Atlántico constituyen la otra cara de la Europa solidaria con las víctimas de la guerra de Ucrania.

En cuanto al tratamiento periodístico, y frente a las masas anónimas y tumultuosas de migrantes y huidos de Asia y África, la imagen del refugiado o refugiada ucraniana ha venido siendo sistemáticamente humanizada e individualizada a través tanto de una atención mediática continua como de reportajes detallados sobre sus vidas y vicisitudes, cargados de "calor humano". En abril de 2023, una auditoría

independiente de Eticas detectó, tanto en YouTube como en TikTok, importantes sesgos algorítmicos que contribuían a masificar, deshumanizar, anonimizar y satanizar a los "migrantes" frente a los "refugiados", que aparecían generalmente individualizados, con rostros reconocibles e identificables, la mayoría con rasgos caucásicos. Para entonces, la cifra de personas de nacionalidad ucraniana refugiadas en Europa ascendía a unos seis millones, con Rusia, por cierto, como segundo mayor país receptor. Sus casi tres millones de evacuados en territorio ruso permanecen, hasta el momento, en una especie de "ángulo muerto" informativo, debido a la censura impuesta por los medios occidentales.

La guerra de Ucrania generada por la invasión rusa fue una de las muchas de la historia en las que tanto atacantes como defensores utilizaron masivamente la desinformación como arma. Más allá del océano de bulos interesados circulando sin cesar en medios y redes desde el minuto uno, lo que no es posible obviar, sin embargo, es el marco de directivas estatales y supraestatales de censura. Para el caso, el "apagón informativo" impuesto el 1 de marzo de 2022 por la UE a la agencia Sputnik y a *Russia Today* —el canal de televisión más visto hasta la fecha en América Latina— por la supuesta comisión de "acciones de propaganda" contra la sociedad civil de la UE y sus países vecinos. No parece que cundieran las protestas en el gremio periodístico por una vulneración tan flagrante del derecho a la libertad de expresión y de información, consagrado en la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE así como en las constituciones de cada Estado. Dentro de este marco general de condicionamiento "ambiental", la inmensa mayoría de los medios de información occidentales, comprometidos con la causa ucraniana respaldada por su Gobierno respectivo, han procedido consciente o inconscientemente a "sesgar" sus informaciones sobre la guerra en marcha. La propia restricción impuesta desde arriba de las fuentes de información disponibles, tanto las de los propios medios informativos como las de los departamentos o entidades verificadoras de noticias, los ha empujado a ello. Han informado, sí, pero también desinformado, tildando de "propaganda dañina" buena parte de las

informaciones del "otro bando", las apriorísticamente consideradas y descalificadas como "prorrusas".

Para desgracia de la profesión, inmersos en un opresivo clima cultural definido por la moralidad de la causa propia y la inmoralidad de la ajena, buena parte de los periodistas implicados se han convertido orgullosamente en "soldados de prensa". Con la mejor de las intenciones, el campo periodístico se ha erigido en una trinchera de combate más, frente a la taimada "propaganda rusa" supuestamente omnipresente. El resultado final no ha sido otro que el relajamiento de la objetividad y de la crítica periodística en el tratamiento del conflicto y de las causas que lo produjeron y que continúan alimentándolo. Eso por no hablar de los compañeros y compañeras de profesión que han sufrido las consecuencias de cualquier intento de distanciarse de esta nueva modalidad de "pensamiento único". Es, por ejemplo, el caso de Pablo González, periodista detenido y encarcelado de manera irregular en Polonia desde hace más de año y medio, acusado de espionaje sin pruebas en un proceso ayuno de mínimas garantías judiciales. O el linchamiento mediático sufrido por la antigua redactora de *Russia Today* y actual del programa *Canal Red*, Inna Afinogenova. Vistas las falsarias acusaciones de unos y el silencio cómplice de otros respecto de estos dos casos, tal parecería que ha regresado el "tiempo de canallas", que decía Lillian Hellman a propósito de la "caza de brujas" de la Guerra Fría.

Por lo que se refiere a la información proporcionada por los corresponsales enviados a Ucrania, la estrecha y obligada colaboración con las autoridades militares se ha traducido, asimismo, en la mayoría de los casos, en informaciones forzosamente sesgadas que las han aproximado peligrosamente a la clásica propaganda de guerra. Ha sido un proceso hasta cierto punto lógico y natural, dentro del marco general de condicionamiento citado y estimulado, además, por la lógica y encomiable empatía con la población civil de la Ucrania resistente, movilizada o no. Casi de manera automática, el término más profusamente utilizado en este tipo de informaciones ha sido el de "héroe". Fue así como surgieron los "silenciosos héroes de Jerson", los civiles que colaboraron con la inteligencia ucraniana durante la ocupación rusa o los "héroes de la

resistencia a las puertas de Kyiv", por los civiles movilizados en Irpin. Soldados como los de la unidad de reconocimiento aéreo de Bajmut o incluso algún general eran entrevistados y presentados con tintes épicos, con escaso filtro crítico.

"Así es esta guerra. Lenta desagradable y extenuante. Pero es nuestra tierra y lo vale todo": era la frase de un soldado que espigaba una periodista y que proyectaba una imagen heroica y abnegada del ejército propio. Una imagen que contrastaba con la de las "manadas de cucarachas" que habían enviado los comandantes rusos contra ellos y que habían sido "aplastadas como insectos". La mirada heroica y la brutalización de la guerra se entrecruzaban en las líneas del reportaje. Ya habíamos visto que el mito de la experiencia de guerra tendía a encubrir su verdadera realidad: idealización, heroización y banalización jugaban en el mismo campo. No por casualidad había sido precisamente en el campo brutal de una guerra de posiciones como la actual de Ucrania, el de los combates de trinchera de la Primera Guerra Mundial, donde se había forjado el concepto. Hasta las heridas sufridas por los combatientes en Ucrania eran calcadas de aquellas registradas en los frentes de la Gran Guerra.

La propaganda de guerra se reproduce infinitamente y por caminos imprevisibles. El Estado Mayor ucraniano lleva tiempo autorizando a sus soldados el uso de las redes sociales con el fin, entre otros, de "aportar una imagen positiva y heroica internacional". Otro de los objetivos consiste en proyectar una imagen "divertida" y por tanto atractiva de la guerra ante un público joven, el susceptible de ser movilizado en la primera "guerra TikTok", como la bautizó la revista *The New Yorker*. Propaganda y banalización de la guerra se funden en esta práctica contemporánea que escamotea efectivamente su verdadero rostro… o no tanto. Si es posible grabar y subir a la red fiestas nocturnas en trincheras, o bailes mientras se dispara un cañón, también se pueden grabar torturas o atrocidades infligidas al enemigo y presentarlas como hazañas. El portal NewsGuard documentó en su momento centenares de vídeos de *gore* bélico con millones de visualizaciones, tanto de un bando como de otro. Y es que la realidad siempre acaba por ensuciar el reluciente y falso mito

de la experiencia de guerra.

El proceso de banalización de la guerra es ubicuo, pero su espacio privilegiado, más acá de la trinchera del frente, es la retaguardia. En junio de 2022, pocos meses después de comenzada la invasión, Zelenski se fotografió para la revista *Vogue* con su esposa, Olena Zelenska. En algunas imágenes, las que generaron más polémica, ambos aparecían posando con edificios destrozados por las bombas como fondo o en refugios contra bombardeos. "Retrato de valentía", se tituló el reportaje: de nuevo la estilización de la guerra con un sentido moral y heroico. El efecto, sin embargo, fue el contrario: el sufrimiento de los habitantes de aquellas casas bombardeadas estaba demasiado presente. Probablemente sin quererlo, la fotógrafa Annie Leibowitz generó un producto de algún modo semejante a las clásicas series de fotomontajes críticos de la también estadounidense Martha Rosler. La diferencia radicaba en que Rosler se había dedicado a denunciar precisamente las guerras. Había empezado con los fotomontajes sobre Vietnam (1967-1973) para continuar con los de Afganistán e Irak (2004-2008). Su técnica consistía en yuxtaponer escenas de guerra con pacíficas escenas de interior en hogares pudientes, de tipo doméstico o glamuroso, como las fotos de las revistas de decoración. La reacción sugerida en el espectador era de inmediata incomodidad, como si el verdadero rostro de la guerra asomara subrepticiamente en la rutina diaria de los privilegiados para recordarles su presencia.

Las mujeres ocupaban un lugar importante en la obra de Rosler como protagonistas: si bien no combatían, sí que sufrían las guerras en carne propia como víctimas de ataques y violaciones, o como madres de soldados obligados a ir al frente. En el caso ucraniano, nuevamente se ha manifestado la incompatibilidad entre un feminismo entendido como aspiración emancipatoria y una guerra que, como se ha visto en este libro, ha sido y sigue siendo principalmente una cosa de hombres. Las escenas en las que Olenka Zelenska aparecía fotografiada por *Vogue* junto a mujeres de uniforme servían al objetivo del despiste. En un artículo de urgencia publicado por el escritor y periodista francés Jonathan Littell al poco de la invasión rusa, se podía leer lo siguiente: "Los ucranianos están

luchando y, a pesar de su enorme desventaja en número de soldados y en armamento, están luchando con ferocidad. Maestros, oficinistas, amas de casa, artistas, estudiantes, DJ y *drag queens* están empuñando las armas y saliendo a disparar a los soldados rusos".

Littell parecía proyectar aquí la imagen tan cara a la tradición nacional francesa —al margen de la ideología— del "pueblo en armas", en una especie de ejercicio democrático e igualitario de violencia legítima como autodefensa. La anécdota de las *drag queens* no era más que un elemento de propaganda, como el publicitado caso de la *soldada trans* Sarah Ashton-Cirillo, un peón más en la batalla cultural y mediática al servicio de un Estado que, hoy por hoy, ni siquiera ha reconocido el matrimonio homosexual. Porque lo cierto es que los llamamientos del Gobierno ucraniano estuvieron dirigidos desde el principio a la movilización de los varones. Fueron a estos a quienes se les impidió y se les impide aún abandonar el país, mientras a las mujeres sí que se les permitió hacerlo para seguir cuidando a sus hijos y familiares, en un claro reparto heteropatriarcal de tareas. El enaltecimiento de la épica guerrera, masculina por antonomasia, por fuerza tenía que reflejarse en una división de roles sociosexuales aún más estricta.

Llovía sobre mojado: ya en 2021, Ucrania ocupaba uno de los puestos más bajos en el índice global de brecha de género. Popular destino de turismo sexual antes de la guerra, contaba y cuenta con una de las legislaciones de "vientres de alquiler" más laxas del mundo. Por debajo de tanta propaganda legitimadora de esta nueva "guerra justa", asomaba una empecinada realidad. Para el caso que nos ocupa, la del reforzamiento de la tradicional desigualdad de los roles sociosexuales en pleno clima bélico y la cancelación de toda perspectiva liberadora, en una muestra más de esa íntima relación del patriarcado con la guerra, sea cual sea el adjetivo que le pongamos.

CONCLUSIONES

I. Lo sucedido y recogido por los cronistas en la pequeña isla de Melos en el siglo V a. C. es el punto de partida de este libro: la razón de la fuerza como ultima *ratio* exhibida por el poder ateniense en las relaciones entre los pueblos, sin invocación a moral alguna. Mención aparte del desarrollo de los primeros procedimientos romanos —el derecho "fecial"— en términos de declaración de hostilidades, lo que supuso un primer intento de "racionalización" de los usos de la guerra, la primera "racionalización moral" de la guerra, nació en el mundo cristiano. El concepto de guerra por "justa causa", tanto en su acepción de *ius ad bellum* —derecho a declarar la guerra— como de *ius in bello* —comportamiento durante la conducción de la misma—, surgió como un intento de justificar y legitimar la guerra dentro del código moral y religioso del cristianismo, a partir de las teorizaciones de Agustín de Hipona y Tomás de Aquino.

Desarrolladas estas primeras formulaciones de la guerra por "justa causa" por la teoría tomista con Aristóteles como gran referencia, su aplicación en el siglo XVI a la esclavización de los aborígenes americanos —con las capturas y el comercio de negros de África occidental como referente— chocó con una inopinada resistencia: la del cuerpo de juristas y teólogos de la Escuela de Salamanca, los mismos que acometieron la mayor elaboración teórica de dicha doctrina. La prolija teorización de la "guerra justa" realizada por Francisco de Vitoria, su principal representante, contenía tantas y tan variadas prevenciones a la hora de declararla que, en la práctica, vino a entorpecer su aplicación. Vitoria, de alguna manera, llegó a justificar incluso una suerte de

objeción de conciencia *avant la lettre*. No deja de resultar irónico que tuviera que ser el gran teorizador de la "guerra justa" quien restringiera de manera tan escrupulosa su ejecución práctica, en una muestra más de su humanismo cristiano.

A lo largo de los dos siglos siguientes, las teorizaciones sobre la "guerra justa" a cargo del iusnaturalista Hugo Grocio y del legalista Emer de Vattel derivaron más bien hacia el concepto de la "guerra legal" ordenada y legitimada por los Estados, en medio de las incesantes guerras internacionales de los siglos XVII y XVIII. Según uno de sus críticos, Immanuel Kant, se trataba más bien de "justificar la agresión militar" del Estado de turno. La causa aducida tendía a confundirse con el pretexto. De aquí a la legitimación de la guerra por pura *raison d'État* no había más que un paso, y el paso fue posible en el gran marco histórico de la creación de los Estados nación modernos a lo largo del siglo XIX. Si toda guerra era justa en tanto que declarada por el Estado, sobraban las teorizaciones. Las guerras modernas del Estado nación del siglo XIX, aún más destructivas que las anteriores, no necesitaron ya de teorías. La guerra "nacional" en el sentido moderno era justa en sí.

Fue en este contexto de las primeras "guerras modernas" del siglo XIX donde es posible rastrear el nacimiento de lo que el historiador George Mosse denominó el "mito de la experiencia de guerra". Se refería con ese concepto a la mitificación y glorificación de la experiencia bélica, rastreable en manifestaciones culturales de todo tipo en los más diversos campos, surgido al calor de las primeras guerras "patrióticas" protagonizadas en primera instancia por combatientes voluntarios. Memoriales a los caídos y primeros cementerios militares, pero también toda clase de manifestaciones culturales de banalización de la guerra, cumplirían la función de ocultar y embellecer su verdadera realidad como muerte, sufrimiento y destrucción. El mito fue desde un principio masculino, ya que estuvo asociado a un modelo de masculinidad heroico y sacrificial, exaltador de la muerte trascendida en el sacrificio por el Estado nación.

II. Los conceptos de "nación" y "raza" se articularon de manera estrecha

a lo largo del siglo XIX, con la guerra como modelo de relación predominante entre los Estados y en relación íntima con los procesos de dominación colonial respectivos. La "nación" y el discurso guerrero dirigido contra el "otro" cultural —el "salvaje" por civilizar, o el "moro" hostil en el caso español— se amalgamaron en el discurso "orientalista". La mirada proyectada sobre los traumáticos procesos de emancipación de las naciones o nacionalidades de la región balcánica del imperio otomano durante la segunda mitad del siglo XIX evidenció este acendrado etnocentrismo, con los llamamientos a la intervención militar europea como reacción a las atrocidades cometidas en Bulgaria (y antes en Grecia). Si la llamada "propaganda de atrocidades" inició su larga tradición con ocasión de los casos griego y búlgaro, lo sucedido en el "polvorín de Europa" sentó el dúplice estereotipo del "balcánico" como víctima o villano (bárbaro), susceptible de ser intervenido, dominado o tutelado. Este antiguo estereotipo conocería, por cierto, una llamativa reedición con ocasión de las guerras balcánicas de la última década del siglo XX.

A lo largo del siglo XIX la guerra terminó convertida en sí, sin necesidad de causa justificadora alguna, en actividad necesaria o gimnasia saludable del Estado nación, "medicina para la raza" o, en cita del crítico Randolph Bourne, en la propia "salud del Estado". El mismo proceso de modernización occidental en forma de racionalización técnico-burocrática descrito por Weber trajo aparejada la institucionalización política y cultural de los ejércitos como "escuela de la nación". En consonancia con dicho proceso, abundaron los intentos de "racionalizar" la guerra, tanto en el sentido de rentabilizar y economizar su poder destructivo (Sidgwick) como de "humanizarla". Este último objetivo fue perseguido, con escaso éxito, por medio de nuevas disposiciones sobre la conducción de la guerra —*ius in bello*— que respetaran al menos a la población no combatiente. Es aquí donde han situarse iniciativas como la del Código Lieber (1863), el Convenio de Ginebra del año siguiente y las dos rondas de las Conferencia de Paz de La Haya de 1899 y 1907. De todas estas citas habría que destacar, más que sus magros logros, sus esfuerzos por "racionalizar" y "humanizar" la guerra en la cada vez más

amplia arena del debate público, con el efecto indirecto de su legitimación. Por entonces la propaganda se había convertido en un arma, como pudo comprobarse a finales de siglo en las guerras finiseculares de Cuba y África del Sur. Obligados a dar la cara ante sus respectivas opiniones públicas, los mismos Estados que alentaban las guerras se vieron así obligados a proyectar una imagen "civilizada". A la postre, todo terminó reduciéndose a un interesado juego de propaganda y proyección de falsos discursos "pacifistas", para desesperación de los verdaderos militantes por la paz como Bertha von Suttner o Lev Tolstói.

Los intentos de "humanización" y presunta racionalización de las guerras en Occidente convivieron con la verdadera realidad de las acciones de combate en los propios teatros de batalla europeos y, muy en concreto, con la de las atrocidades cometidas en los territorios coloniales, como el llamado Estado Libre del Congo. Masculinidad agresiva y racismo etnocentrista se dieron cita en la práctica de la guerra y la violencia en Occidente y sus colonias, mixtificada a través del discurso nacional e imperialista "civilizador". Fue durante la Primera Guerra Mundial y el periodo subsiguiente cuando el "mito de la experiencia de guerra" alcanzó su plenitud. Solo entonces empezaron a florecer los memoriales a los caídos de la nación, así como los múltiples objetos culturales de glorificación a la vez que trivialización y banalización de la guerra. La larga sombra del conflicto mundial se proyectó durante el periodo de entreguerras a través de la extensión de procesos de "brutalización" de la política. La "liquidación" o exclusión del enemigo político se convirtió en norma en un paisaje político polarizado al máximo y definido por el enfrentamiento ideológico. El segundo plano de realidad de las guerras coloniales tuvo un papel principal en este proceso de brutalización, como quedó demostrado en la génesis de los *Freikorps* alemanes, antecesores del nazismo, o del "africanismo" militar español, que se revelaría decisivo en la guerra civil española. En ambos casos, según lo estudiado por Klaus Theweleit, el "espíritu guerrero" de un nacionalismo extremo se imbricó de manera estrecha con una masculinidad agresiva y violenta contra las mujeres, de tintes misóginos, principalmente contra la "mujer roja" asociada al mundo de la

sexualidad, la promiscuidad o a la "anarquía moral".

III. En el ideológicamente polarizado clima del periodo de entreguerras, un conflicto armado en particular pareció conectar con el antiguo arquetipo de la "guerra justa": el de la guerra civil española de 1936-1939, a través de la enorme ola de solidaridad mundial que despertó la España republicana y la causa antifascista que representaba. Algo parecido ocurrió con el conflicto que pasaría a la historia como otro epítome de "guerra justa": el victorioso combate de los Estados aliados contra las potencias del Eje de la Segunda Guerra Mundial, ejemplo que, junto con el de la guerra civil española, no cesó de invocarse desde entonces. Más allá de cualquier tinte heroico o justificador, sin embargo, su verdadera realidad quedó de manifiesto en la campaña de bombardeos estratégicos angloestadounidenses contra Alemania y Japón, con el remate de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Pese a glorificaciones posteriores de los combatientes de esta guerra considerada hasta la fecha como "justa" o "buena" (Studs Terkel), el "mito de la experiencia de guerra" de la era contemporánea recibió un golpe mortal. Poco hubo de heroico en la mayor matanza de la historia que tuvo a la población civil como víctima privilegiada.

Los procesos judiciales de Núremberg de 1945-1946 contribuyeron a reforzar la legitimidad de las potencias vencedoras en un esfuerzo por limpiar su imagen de cara al futuro. La condena de la "guerra de agresión" nazi desde el punto de vista de un incipiente derecho internacional supuso, de hecho, la apología de una "guerra defensiva" honesta y justa: la propia. Una "guerra defensiva" que hizo elipsis tanto de sus propias responsabilidades en la generación del conflicto —caso de Estados Unidos y aliados en la región de Asia-Pacífico—, como de las atrocidades propias cometidas durante el mismo, por no hablar de las perpetradas con anterioridad en los territorios coloniales. Fundiendo el plano de la moral y de la historia, Núremberg se sirvió del modelo de justicia occidental para juzgar a la "banda criminal" nazi y encumbrar a los Estados nación vencedores presentados como víctimas inocentes obligadas a reaccionar y defenderse. Sirvió, en suma, para deslindar

claramente a vencedores y vencidos, aquellos que estaban del lado "correcto" de la historia de aquellos otros que se habían situado en el "incorrecto".

Los intentos de reforzar los principios básicos del derecho internacional a través de la firma de la Carta de las Naciones Unidas y la creación de la organización supranacional correspondiente enseguida se vieron superados por la realidad: la de la persistente soberanía del Estado nación de turno, empezando por la de los vencedores. Fue el conflicto armado de Corea (1950-1953), una guerra no declarada y protagonizada en realidad por la ONU a iniciativa de Estados Unidos, el que impulsó definitivamente el esquema de Guerra Fría pergeñado poco antes, en 1947. Mención aparte de este interesado intento de legitimación "moral" a partir de los principios del derecho internacional defendidos por Naciones Unidas, el antiguo concepto de "guerra justa" volvía a evaporarse arrollado por la *raison d'État* de las potencias vencedoras del conflicto mundial. La diferencia estribaba en que esta vez el marco histórico era global, definido por la polaridad ideológica más extrema y la división del mundo en dos bloques rivales. Tanto desde un lado del "telón de acero" como del otro, vista desde el mundo "liberal" como desde el "mundo antiimperialista", la Guerra Fría significó el encumbramiento del binarismo militarista más primario. Los términos de oposición no pudieron ser más simples: libertad frente a esclavitud, razón contra sinrazón, Roma contra Cartago, civilización contra barbarie.

El conflicto de Corea, por otro lado, marcó la pauta de una modalidad de guerra limitada —*proxy war*, guerra vicaria o subrogada—, perfectamente "caliente" y compatible con el esquema general de amenaza mutua de las dos superpotencias nucleares, bajo riesgo de hecatombe mundial. Con el tiempo, la amenaza de la MAD —"destrucción mutua asegurada"— de los años sesenta daría paso a un largo periodo de distensión —*détente*— que, en la práctica, permitió el desarrollo de diversos conflictos regionales en los que cada superpotencia apoyaba a su peón respectivo de manera más o menos modulada. Dirigido por los dos *superjugadores* globales, durante más de cuatro décadas el mundo quedó transformado en una especie de tablero de ajedrez

geoestratégico donde no solamente primó la lógica del "perro mueve la cola". También la cola llegó a "mover al perro" —*the tail wagging the dog*— en aquellos conflictos en los que el Estado vicario de turno consiguió provocar o forzar con mayor o menor éxito la voluntad de su patrón.

IV. La guerra de Corea impulsó el gran desarrollo de la industria armamentística estadounidense iniciado en los años cuarenta, decisivo para el remonte de la recesión de 1948-1949. Para Estados Unidos, la creación de la OTAN en abril de este último año como "escudo militar de Occidente", en pleno arranque de la Guerra Fría, respondió al doble objetivo del control político y militar de sus aliados europeos. Fundamental resultó en ese sentido la publicitada amenaza con tintes alarmistas de una invasión soviética, con abultadas cifras de tropas que con el tiempo se revelaron más que exageradas. Si el objetivo político estuvo claro, en forma de condicionamiento de las políticas exteriores de sus miembros en articulación con el recién estrenado Plan Marshall, el segundo se tradujo tanto en el despliegue de bases y tropas estadounidenses en suelo europeo como en el impulso constante al rearme de los aliados. Las décadas de los cincuenta y sesenta, coincidiendo con la plena recuperación económica europea, señalaron el periodo álgido de compras de armamento estadounidense por los socios atlánticos. Desde entonces, las continuas presiones canalizadas por la OTAN a favor de un gasto militar de entre un 2 y un 3% del PIB de cada país socio como umbral mínimo no han cesado hasta hoy, a través del instrumental discurso del "reparto de cargas" y la supuesta necesidad de compensar la "generosidad" de Estados Unidos.

Si el discurso de la "guerra justa" se había caracterizado por la invocación de una moralidad más o menos común, universal y objetiva, la Guerra Fría se legitimó *per se* a partir del binarismo primario antes comentado. Si hubo una *raison d'État* predominante en el "mundo libre", esa fue la del *national interest* estadounidense, solo que disimulada y adornada a través de la letanía de su generosa protección frente al *evil design* de Moscú y Beijing, por utilizar el término del secretario de Estado

Nitze en 1950. Este libro no ha pretendido explicar la compleja trama de intereses que acecharon detrás de estos discursos: simplemente ha querido mantenerse en su superficie y señalar su funcionalidad. Tal y como se recogió en una polémica obrita publicada en 1967, el falso *Informe de Iron Mountain. Sobre la posibilidad y conveniencia de la paz*, la funcionalidad —económica, política, cultural— de toda nación desarrollada descansaba sobre el principio de la guerra. O sobre la existencia de una guerra en marcha o sobre la posibilidad de la misma pesando sobre el cuerpo social. La Guerra Fría, más que justa o injusta, moral o inmoral, era sencillamente útil. El corolario resultante era que toda paz o distensión continuada podía resultar peligrosa para el interés del Estado.

Una de aquellas *proxy wars* o guerras subrogadas de Estados Unidos evolucionó, sin embargo, a una guerra abierta en la que el patrón tuvo que implicarse directamente a fondo y no salió bien parado. La guerra de Vietnam pasó a la historia estadounidense como una guerra desigual e "injusta", a años luz de la "guerra buena" de 1941-1945. Las atrocidades de sus tropas comenzaron a ser aireadas por periodistas independientes impermeables a las presiones del Gobierno. El académico que se convertiría en el principal teórico contemporáneo de la "guerra justa", Michel Walzer, desempolvó las antiguas formulaciones de Vitoria y Grocio para negarle esa condición a la guerra de Estados Unidos en Indochina. Surgieron incluso iniciativas de tribunales populares internacionales —el Tribunal Russell— que condenaron aquella guerra llamativamente "injusta".

Tras el renovado recrudecimiento de la Guerra Fría en los años ochenta, su brusco final con las conversaciones Reagan-Gorbachev abrió una inopinada fase de descenso continuado del gasto militar que duró cerca de una década. De repente, la OTAN, el "escudo militar de Occidente", había quedado huérfana de enemigos. Según el lúcido *Informe de Iron Mountain*, ninguna perspectiva podía resultar más peligrosa para un Estado que la desaparición de una amenaza que había venido pesando durante décadas sobre su sociedad. Durante la llamada era de la posguerra fría (1991-2001), la de los "dividendos de la paz" en

un marco de reducción de los arsenales nucleares y por tanto del peligro de hecatombe mundial, Estados Unidos se afirmó como gran superpotencia militar pese a los importantes recortes de su presupuesto de defensa. Lo hizo precisamente en un mundo que, en lo económico, se había vuelto decididamente multipolar. Si por un lado exhibió abiertamente su poderío en armamento convencional con la conflictiva guerra del Golfo de 1991, por otro se afanó en garantizar la supervivencia y el refuerzo de la OTAN. Tuvo, para ello, que imponerse sobre las organizaciones supranacionales en las que algunos de sus socios europeos habían proyectado cifrar su política exterior y de seguridad. Tanto la CSCE como la UEO fueron ninguneadas y minimizadas en favor de la nueva "función política" de la OTAN de la posguerra fría.

Durante toda aquella década, y como desmintiendo las felices ilusiones del "fin de las ideologías" —Fukuyama *dixit*— en forma de pacífica apoteosis liberal, surgió todo un coro de voces atlantistas —políticos, académicos, periodistas— empeñado en presentar un mundo preñado de nuevas amenazas. La teoría neocolonial del "choque de civilizaciones" de un antiguo *mandarín* defensor de la guerra de Vietnam, el neoconservador Samuel Huntington, sirvió de armazón teórico a la publicidad de esas novedosas "amenazas", muchas de ellas antiguas: desde el "terrorismo islámico" hasta los "nacionalismos ambiciosos". Se trataría, sin embargo, de una especie de profecía autocumplida, a la luz de la creciente inestabilidad generada por Occidente en varias regiones del mundo, caso del golfo Pérsico y de Oriente Próximo, a lo largo de toda la década de los noventa.

Fue también a lo largo de aquella década, en un contexto marcado por la "hiperactividad" de la ONU, cuando el llamado "intervencionismo humanitario" se erigió en principal coartada para la acción armada de Estados Unidos y sus aliados, con o sin la OTAN, emboscando intereses diversos. Fueron los casos de conflictos tan diversos como Liberia (1990), Somalia (1992), Ruanda (1994), Bosnia-Herzegovina (1995) o Kosovo (1999). En un mundo privado de la antigua y omnipresente amenaza del *evil design* comunista, ciertamente se recuperó la antigua fórmula de la "guerra justa" en su vertiente humanitaria, la que legitimaba las

intervenciones armadas de Occidente en su periferia con el fin proclamado de prevenir o frenar genocidios, matanzas o crímenes contra la población civil.

Concretamente por lo que se refiere a la OTAN, las intervenciones armadas en Bosnia-Herzegovina (1995) y Kosovo (1999) revistieron una variada funcionalidad. Las que se convirtieron en las primeras misiones militares de su historia demostraron la presunta necesidad de la Alianza en el inestable mundo de la segunda Guerra Fría, al tiempo que ponían en evidencia la inanidad del proyecto de una política exterior y de defensa europea plenamente autónomas. Si, por un lado, ambas misiones garantizaron la supervivencia de la OTAN en el futuro, por otro lo hicieron de manera activa, no defensiva, fuera del ámbito de acción contemplado en su tratado fundacional. Una vez más, la "razón moral-humanitaria", la que respondía al proclamado intento de evitar o frenar matanzas y genocidios, se ponía al servicio de las armas. Al mismo tiempo, la cumbre atlántica de Washington de abril de 1999, celebrada en plena campaña de bombardeos contra la República de Serbia y Montenegro, aprobó formalmente el ingreso de tres miembros más, antiguos países de la órbita comunista: Polonia, República Checa y Hungría. La Alianza se aprestaba así a convertirse en una organización *global* utilizando el trampolín de la necesidad "moral" de intervenir militarmente en un mundo preñado de novedosas amenazas y ominosos "retornos de la historia".

V. El gasto militar mundial, impulsado por el estadounidense, ya había empezado a remontar cuando se produjeron los trascendentales atentados del 11 de septiembre de 2001. Por su parte, la industria militar de Estados Unidos había experimentado una doble y trascendental transformación: la progresiva concentración y fortalecimiento de empresas desde el final de la Guerra Fría y un sensacional proceso de innovación tecnológica en la nueva "sociedad de la información". Por otro lado, el discurso de los *rogue states*, los Estados "bribones" o "canallas" que amenazaban a Occidente y que por tanto merecían ser castigados al margen del derecho internacional, ya había sido lanzado por la

Administración Clinton en 1992. Para entonces, los *rogue states* habían sustituido a los antiguos *reds* y además habían empezado a ser efectivamente combatidos, en ocasiones con muy mal tino, como ocurrió con el bombardeo de la planta farmacéutica sudanesa de Al-Sharif en 1998. Todos estos datos ayudan a relativizar o, al menos, matizar el carácter de parteaguas histórico atribuido a los atentados de 2001. La voluntad de hegemonía militar global de la potencia estadounidense en un mundo en el que su peso económico y comercial parecía reducirse venía de antiguo, además de que había sido precisamente esa creciente presencia militar en regiones tan inestables como el Golfo y Oriente Próximo la que había empezado a generar cada vez más resistencias.

En la primera reacción estadounidense tras el 11 de septiembre de 2001, la campaña militar Libertad Duradera (2001-2014) contra el *Rogue State* de Afganistán, se recurrió una vez más a las antiguas formulaciones de la "guerra justa" de un modo puramente instrumental, en busca de la coartada necesaria. A ese fin respondieron las forzadas disquisiciones jurídicas sobre la legitimidad de los ataques "preemptivos" —que no preventivos— según Grocio, o la "intención correcta" y el "doble efecto" según Tomás de Aquino. Figuras tan importantes de la reedición contemporánea de la doctrina de la "guerra justa" como Michael Walzer cohonestaron estos intentos. La Administración estadounidense aprovechó la oportunidad para dar por cerrada la era de los "dividendos de la paz" y seguir insistiendo en la necesidad del aumento del gasto militar, iniciado ya a finales de los noventa. La "vulnerabilidad" demostrada a raíz del doble atentado de 2001 sirvió a ese fin. Occidente se había "confiado demasiado" y debía pasar a defenderse de los *rogue states* o del nuevo "eje del mal" mediante el ataque: ese fue el mensaje a transmitir. La burda teoría del "sujetalibros" de Condoleezza Rice, con el 11 de septiembre como gran baliza histórica, justificó una nueva era de rearme y de intervenciones-agresiones, de las que la invasión de Irak en 2003 —esta vez sin cobertura de Naciones Unidas— sentó la pauta.

Comenzó entonces efectivamente una nueva era de "guerra permanente" o "guerra civil global", según Pankaj Mishra, en la que abundaron las intervenciones armadas de Estados Unidos y sus socios

con o sin auxilio de una OTAN engrandecida. Si en algunas ocasiones llegó a invocarse algún resabio de la antigua formulación de la "guerra justa", como en los bombardeos de la aviación de la OTAN sobre Libia en 2011 bajo invocación humanitaria, en otros casos lo que se impuso fue una simple política de venganza y oportunismo político a través de bombardeos o "ejecuciones" arbitrarias a golpe de dron. En las escasas ocasiones en que se recurrió a algún principio de "guerra justa", hasta el propio Walzer terminó calificándolas de "arma retórica": a esto habían quedado reducidas las teorías de Vitoria y Grocio. Siguiendo el llamado "principio Cooper", los "sistemas posmodernos" —los Estados occidentales— pasaron a actuar a su capricho y con total impunidad en "las zonas premodernas" del mundo, en el marco de una especie de "estado de excepción permanente". En las décadas que llevamos del nuevo siglo, la multiplicación de conflictos generada —Irak, Afganistán, Palestina, Siria, Libia, Yemen— se ha venido traduciendo en una inmensa catástrofe humanitaria con oleadas de migrantes y desplazados de guerra buscando vanamente asilo y apoyo en un Occidente cada vez más atrincherado en sí mismo.

VI. Rearme generalizado y ampliaciones sucesivas de una OTAN de vocación global, implicada militarmente en territorios tan alejados de Europa como Irak o Afganistán, se encuadraron y se encuadran en una triple crisis mundial: económica, energética y ecológica. A todo ello habría que sumar las tensiones provocadas por los procesos de "nacionalización" o "renacionalización" de los Estados en un mundo cada vez más inestable. La antigua República Federal Yugoslava, desintegrada ya a finales del siglo anterior, constituye un buen ejemplo de ello, junto con los casos de la Ucrania independizada en 1991 y la Federación Rusa surgidas de la disolución de la URSS, pasando por la "renacionalización" de Estados Unidos tras el 11 de septiembre de 2001. En este ecosistema actual de "guerra permanente", el conflicto armado abierto entre Rusia y Ucrania, iniciado con la invasión rusa de febrero de 2022, pero arando sobre el surco abierto por la guerra civil ucraniana de 2014, se ha erigido en uno de los últimos y más candentes a escala mundial. La masacre

actualmente en marcha de la población civil palestina, cometida por un Estado israelí más "nacionalizado" que nunca, debería añadirse con pleno motivo a esta lista.

En la película de Alain Tanner *Jonás, que cumplirá los 25 en el año 2000* (1976), el personaje de Marco Perly impartía una clase de instituto en la que recurría a una morcilla sin trocear para ilustrar la verdadera realidad del tiempo. Frente a la concepción occidental y moderna del tiempo como una flecha lanzada al cielo, en progreso continuo, los intrincados bucles de la morcilla se enredaban entre sí dado lugar a curiosas coincidencias, repeticiones y superposiciones. Aquella sugerente y heterodoxa imagen de la historia se debía precisamente al filósofo John Berger, coguionista de la película, con su teoría de los pliegues del tiempo atravesados por una brocheta. En este sentido, el actual conflicto ucraniano parece desafiar el tiempo cronológico para reunir en sí mismo una multiplicidad de temporalidades distintas atravesadas por un mismo presente.

A manera de un primer bucle histórico, la guerra de Ucrania recuerda más o menos lejanamente aquel primer conflicto de Corea de 1950-1953, el que inauguró la Guerra Fría. Por algo se ha dicho que podría ser precisamente el primero de una nueva guerra fría del siglo XXI, a la luz de las renovadas tensiones entre Estados Unidos y la Unión Europea con la Federación Rusa y con China, recogidas en el nuevo Concepto Estratégico de la OTAN aprobado en la cumbre de Madrid de junio de 2022. Las similitudes no son pocas. Está, por ejemplo, la inestable situación del Gobierno Biden, tan parecida a la del Gobierno Truman cuando en 1947 afirmó su posición con una arriesgada jugada en la arena internacional. O la justificación moral del apoyo armado a Ucrania por Occidente bajo la bandera de una nueva "guerra justa", con la constante invocación al derecho internacional vulnerado por la "guerra de agresión" rusa: recordemos que ese fue el argumento principal invocado en Corea en 1950. Pero quizá la similitud más señalada de todas se encuentre en la actual reedición de aquel lenguaje tan burdamente binario de los inicios de la Guerra Fría, negador de cualquier matiz y jaleador de la continuación de la guerra como única presunta "solución" del conflicto.

Una vez más, como en 1947 o 1950, el "mundo libre" se alza frente al "mundo esclavo" del Kremlin y su cómplice chino, según los términos de la tosca propaganda occidental al uso. Los situados en el lado "correcto" frente a los alineados en el lado "incorrecto" de la historia, con el intermediario o mediador de turno —el presidente Lula da Silva, por ejemplo— susceptible de ser tildado de traidor o de colaborador del enemigo.

Jugando ya en el terreno común de la moral y la historia con mayúsculas, resulta fácil reconocer otras tantas analogías con la Guerra Fría, como por ejemplo las consecuencias internas —en el interior de cada Estado— de un binarismo tan primario. A juzgar por los casos mencionados en este libro y referidos a la actualidad española, una Lilliam Hellman —brillante dramaturga víctima del macartismo en 1952 — muy bien habría podido escribir una secuela de su obra *Tiempo de canallas*, martillo de inquisidores. Por lo que al periodismo se refiere, el paisaje ha estado presidido por la una ostentosa parcialidad y la elipsis de todo tratamiento crítico de las fuentes. Todo ello dominado por la censura y el "apagón informativo" de las noticias y fuentes del "otro lado", en clara vulneración del derecho fundamental de información a golpe de decreto europeo. En general, y al igual que en los primeros años de la Guerra Fría, los llamamientos mayoritarios en Occidente a favor del envío de armas a Ucrania y en contra de la inmediata apertura de negociaciones de paz se han movido exclusivamente en el terreno del imperativo moral absoluto. Como se constataba en la introducción de este libro, la simple apelación al análisis histórico y detenido del conflicto ha sido contemplada como sospechosa de connivencia subterránea con el "enemigo". Antes el crítico o el disidente era sospechoso de *bolshevik* emboscado, ahora lo es de "prorruso" encubierto: otro curioso pliegue de la historia como el descrito por John Berger.

Si el estallido de la guerra de Corea en 1950 supuso un enorme salto en el crecimiento del gasto estadounidense y militar mundial, algo parecido estaría ocurriendo ahora con el conflicto ucraniano y la brusca y renovada tendencia al alza de los presupuestos de defensa de un buen número de socios europeos de la OTAN. Como en Corea, la industria

militar, particularmente la estadounidense, ha sido y sigue siendo el actor más beneficiado de esta crisis. En la actualidad, las principales empresas por volumen de armamento exportado continúan siendo prácticamente los mismas que en los comienzos de la Guerra Fría, solo que más concentradas y tecnologizadas: Lockeed Martin, Boeing, Northrop, General Electric, Raytheon y General Dynamics. Por último, pero no menos importante lugar, la analogía de la actual guerra de Ucrania con la de Corea durante la Guerra Fría nos ofrece otro inquietante término de comparación: la amenaza de bombardeo nuclear —táctico o estratégico— en el teatro de operaciones ucraniano por parte del régimen de Vladímir Putin, con el riesgo consiguiente de una hecatombe mundial.

Pero aquí la brocheta da el salto para atravesar un nuevo pliegue o bucle de la historia. La actual guerra de Ucrania, con el precedente de la del Dombás iniciada en 2014, ha estabilizado su frente en una guerra de posiciones y trincheras que recuerda poderosamente la Primera Guerra Mundial de 1914-1918, a juzgar por las crónicas y noticias transmitidas hasta la fecha desde la línea de fuego. Hasta las heridas sufridas por los combatientes en Ucrania son calcadas de aquellas registradas en los frentes de la Gran Guerra. Las similitudes no acaban aquí. Por un lado, como en Bélgica en 1914 —y antes en Bulgaria, en 1876—, la "propaganda de atrocidades" ha vuelto a hacer acto de presencia a partir de las ejecuciones sumarias y matanzas de civiles a manos de tropas rusas, como la de Bucha. Por otro lado, en esta nueva batalla de trincheras ha vuelto a florecer el "mito de la experiencia de guerra" de 1914, voceado por la propaganda patriótica de ambos bandos. Combatientes de una u otra facción, ucranianos y rebeldes del Dombás, han sido celebrados y honrados como héroes en una suerte de apoteosis de la masculinidad guerrera. Y si, como hemos visto, el más eficaz combustible de dicho mito no es otro que el discurso nacionalista, la analogía es más que evidente a la luz de los procesos de "nacionalización" ucraniana y de "renacionalización" rusa.

A estos dos bucles de la historia se ha añadido un tercero, tanto más inquietante cuando más novedoso e imprevisible: el aportado por la actual revolución tecnológica en el mundo de la información y la tecnología

militar de avanzada. La moderna guerra con drones ensayada en Siria y en Artsaj, el antiguo territorio de Nagorno Karabaj, se mezcla ahora en Ucrania con la guerra de trincheras a la antigua usanza, en frentes perfectamente estabilizados y con visos de durar. Las atrocidades de cada bando, las mismas que desde tiempo inmemorial se habían venido cometiendo, se cuelgan ahora en YouTube o TikTok y dan la vuelta al mundo como propaganda —entre banal y heroica— de guerra: cobran así una visibilidad extrema en un mundo presidido por la imagen. De alguna manera, en la mentalidad de los más jóvenes —los más vulnerables—, los juegos de guerra de ordenador se mezclan con los combates reales. La realidad física y la virtual se funden en un *continuum* de violencia. Nadie sabe cuál será el próximo bucle o pliegue del tiempo que ensartará la brocheta de la imagen de John Berger.

VII. A lo largo de sus páginas, este libro ha pretendido dejar trazada una línea de puntos cuyo recorrido abre una puerta a la esperanza. Hablando de bucles, los nombres citados se refieren a otros tantos bucles o pliegues de la historia en los que hubo gentes que se arriesgaron y denunciaron las guerras que les tocó vivir, que se expusieron con todas sus consecuencias y sentaron ejemplo. Sin ánimo de pecar de ucrónico, han sido mencionados aquí humanistas cristianos como Erasmo y Francisco de Vitoria, el teórico de la "guerra justa" que opuso tantas prevenciones a la aplicación del concepto que a la postre acabó invalidándola. Figuras como Voltaire, Swift o Kant denunciaron visceralmente la sinrazón básica de la guerra. En nuestras tierras asomó la colosal figura de Benito Pérez Galdós y su lúcida mirada sobre la guerra de África de 1859-1860. Emma Goldman supo extraer un balance ajustado y matizado de la supuesta "guerra justa" hispano-estadounidense de finales de siglo. Bertha von Suttner no se cansó de condenar la violencia de la guerra y el comercio de armas que la hacían posible, denunciando especialmente la "educación para la guerra" de niños y niñas, y lo mismo Tolstói con su "pacifismo cristiano". Käthe Kolwitz dejó narrada en sus diarios su conversión al pacifismo por la muerte de su hijo en combate: su *Pietà* dio testimonio de ello. Las *suffragettes* como Sylvia Pankhurst y sus compañeras de la Liga

Internacional de Mujeres por la Paz sentaron las bases de la profunda imbricación del feminismo con el pacifismo, como respuesta a la doble cara del belicismo y del patriarcado.

La resistencia de los objetores de conciencia y críticos al militarismo británicos como Bertrand y Dora Russell dejó sembrada su semilla en la Internacional de Resistentes a la Guerra, existente todavía hoy, mientras Ernst Friedrich se esforzaba por desmontar con imágenes y textos la supuesta "belleza" de la guerra en Alemania. Virginia Woolf cuestionó también la mirada belicista masculina desde posiciones feministas, situándose deliberadamente como una "extraña" en un mundo gobernado por varones. Martha Hillers sentó testimonio con su terrible libro, publicado anónimamente, sobre las violaciones masivas de las mujeres alemanas al final de la Segunda Guerra Mundial, mientras que el estadounidense Kurt Vonnegut hacía lo propio sobre el bombardeo de Dresde de febrero de 1945. Studs Terkel recopiló decenas de testimonios de gentes sencillas que, de alguna manera, desvelaron la otra cara de la "guerra buena" de 1941-1945 en Estados Unidos.

Periodistas y corresponsales como Seymour Hersh, Manu Leguineche o Phillip Knightley elevaron el listón de la calidad informativa precisamente en las condiciones más difíciles, venciendo presiones mucho mayores que las que hoy día retuercen muchas voluntades de miembros de su gremio. El *Informe de Iron Mountain* de Leonard Lewin quedó para la historia como el ensayo más lúcido publicado contra el militarismo, meritorio seguidor de la tradición satírica de Swift. Frente a los *nuevos mandarines* de la Guerra Fría defensores de la guerra de Vietnam, reconvertidos muchos de ellos en *neocons* al final de la década, Noam Chomsky nos regaló sus profundos y sensibles análisis, como un faro entre tanta mentira y crueldad supuestamente "académicas". Y más mujeres: la *Casandra* de Christa Wolf, como otro gran ejemplo de la alianza entre feminismo y antimilitarismo, y la activista *verde* Petra Kelly, cuyo modelo de lucha y coherencia debería avergonzar hoy a sus correligionarios de partido.

Los nombres que jalonan esta larga tradición alternativa dejaron un par de mensajes tan claros como sencillos. Uno es el de la denuncia de la

producción y el comercio de armas. A más armas, más guerras, con lo que se impone invertir la cita romana: *si vis pacem, para pacem*. Si quieres la paz, prepara la paz. El otro mensaje lo explicitó recientemente la teórica y activista Judith Butler en su libro *La fuerza de la no violencia*: la necesidad de la valoración de la vida del otro a partir de nuestra capacidad para vincularnos con el fondo común de la experiencia humana, y su consideración, en caso de pérdida, como una "vida digna de ser llorada". Esta afirmación parecería una verdad de Perogrullo en una sociedad, la occidental, que lleva décadas presentándose como la cuna y el crisol de la declaración y defensa de los derechos humanos. Pero Butler ponía el dedo en la llaga: hay vidas que se pierden y que son lloradas, mientras que otras no, por principio. Estas últimas no son reconocidas, ni siquiera son reconocibles: ni tan solo llegamos a conocer sus nombres. No dejan marca ni huella alguna, como las vidas que continuamente se pierden en el Mediterráneo y el Atlántico mientras intentan escapar de la miseria y de la "guerra permanente" que lleva décadas asolando el planeta. O como las vidas de aquellos cerca de 40 hombres que murieron aplastados y golpeados junto a la valla de Melilla en junio de 2022, en vísperas de la cumbre de la OTAN en Madrid, la misma que sancionó la solidaridad europea en forma de acogida masiva de refugiados ucranianos y envío de armas a los que se quedaron para luchar obligada o voluntariamente.

Grupos defensores de los derechos humanos denunciaron que la mayoría de aquellos cuerpos fueron enterrados apresuradamente en fosas comunes sin previa autopsia, con lo que probablemente sus familiares —en Sudán, o donde fuera— nunca llegaron a conocer sus muertes. No hubo responsabilidad judicial ni política alguna, ni en Marruecos ni en España. El presidente español y sus ministros lamentaron "el fallecimiento de los inmigrantes y transmitieron su pésame a las familias", como si fueran personas como nosotros, con nombre, cédulas de identidad, trabajos legales, familias y amistades que pudieran llorar su muerte. Cualquiera habría podido pensar que aquel inane pésame se dirigía a puras abstracciones, concebido para lavar la propia imagen ante la opinión pública o, en el mejor de los casos, la propia conciencia. Pero

más allá de aquellas abstracciones, aquellas vidas habían existido realmente: las víctimas invisibles —para Occidente— de esta gran "guerra permanente" cuyo bosque a veces un solo árbol logra ocultar.

CODA PALESTINA

En la introducción de este libro me pregunté —un tanto ingenuamente— por qué el concepto de "guerra justa" se había venido aplicando con tanta fruición a la Ucrania agredida en 2022 y no, por ejemplo, a Palestina, "un minúsculo territorio sometido y acosado desde hacía décadas por Israel con el apoyo de la gran potencia militar del planeta, más poderosa aún que Rusia". No podía imaginar entonces que, con ocasión del último recrudecimiento del conflicto palestino-israelí, tras los ataques terroristas de Hamás del 7 de octubre de 2023 y las represalias del Ejército de Israel contra la población de Gaza, efectivamente el concepto de "guerra justa" volvería a aplicarse, solo que a favor del bando incomparablemente más fuerte. Si desde febrero de 2022 el discurso de la "guerra justa" defensiva había servido desde un punto de vista tanto político como moral para justificar el rearme ucraniano y la prosecución de la guerra, dos años después ha sido utilizado como argumento legitimador de la desproporcionada reacción israelí que se ha cebado sobre la población civil de Gaza.

El argumento de la "guerra justa" aplicado a la guerra ruso-ucraniana demostró claramente su eficacia en el ámbito de la opinión pública occidental, sobre todo al principio. Podríamos entonces preguntarnos si la aplicación de este mismo argumento al conflicto palestino en favor de Israel está teniendo el mismo éxito, o si tiene visos de alcanzarlo. Las grandes manifestaciones y movilizaciones organizadas en todo el mundo —también en Estados Unidos y Europa— de denuncia de la masacre de la población palestina podrían llevarnos a responder que no, pese a que todavía es demasiado pronto para concluir nada. En el momento de redacción de estas líneas, la masacre continúa en marcha. Si las víctimas

mortales israelíes de los atentados del 7 de octubre rondaron las 1.200, las de los bombardeos sobre la población civil de Gaza superaron, tan solo un mes después, las 10.000, el 70% de ellas mujeres y niños. Adelantaremos, sin embargo, algunas reflexiones relacionadas con las inquietudes que han animado este texto.

1. Si la tesis de este libro ha sostenido el carácter esencialmente instrumental y oportunista del concepto jurídico de "guerra justa" a través de los tiempos, su reciente uso con ocasión del actual conflicto palestino-israelí ha venido a confirmarla. A la hora de justificar los bombardeos masivos de la población civil, incluidos campos de refugiados, hospitales o escuelas regentadas por Naciones Unidas, los portavoces de Israel y sus aliados han invocado en su favor el concepto de "guerra justa" en tanto que defensiva. El más destacado teórico actual de este concepto, Michael Walzer, no ha dudado en calificar de "guerra justa" la reacción israelí, al asegurar que toda "guerra contra el terrorismo es siempre justa", en claro regreso al paradigma clásico de la guerra contra el terror posterior al 11 de septiembre de 2001. Buen conocedor de los matices jurídicos sobre el *ius in bello,* expuestas en su texto fundamental de 1977 —*Guerras justas e injustas*—, los ha obviado esta vez al oponerse a la demanda de cualquier medida —alto el fuego, o incluso "pausas humanitarias"— que facilitara la evacuación y, por tanto, la supervivencia de la población civil de Gaza. Como demostración de que la edad no le hace a uno más sabio —en todo caso más olvidadizo—, Walzer ha afirmado que empezó a escribir su libro en los años setenta "en contra del terrorismo del IRA en Irlanda, el FLN en Argelia y la OLP en Palestina", cuando apenas dedicó unas páginas a todos esos conflictos. En realidad, y tal como reconoció en el prefacio a la primera edición, el ejemplo señero de "guerra injusta" que inspiró su libro fue el de la intervención estadounidense en Vietnam. Pero eran otros tiempos. En aquel entonces, su posición sobre las represalias de los actos terroristas en forma de prácticas de guerra brutalizadas contra la población civil era inequívocamente rotunda:

¿Cuáles son las reglas que gobiernan las represalias que se toman en tiempo de paz? La

primera regla es muy familiar. Aunque la incursión terrorista vaya dirigida contra civiles, la represalia no debe dirigirse contra ellos. Además, los "autores de la represalia" deben tener cuidado de que los civiles no se conviertan en víctimas fortuitas de su ataque.

2. La mejor muestra del actual proceso de "brutalización" de la guerra en el caso palestino es que buena parte de los bombardeos se han dirigido deliberada y específicamente contra civiles con el fin de forzar su desplazamiento, en un clásico proceso de "limpieza étnica". El propio director de la oficina de Nueva York del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Craig Mokhiber, dimitió a finales de octubre de 2023 en protesta por el fracaso de la ONU ante lo que calificó de "genocidio" de los civiles palestinos en Gaza, con la complicidad de Estados Unidos, Gran Bretaña y buena parte de la Unión Europea. Como remate del tradicional desdén demostrado por Israel hacia la ONU, iniciado con el incumplimiento de la Resolución 194/1949 —que sancionó el derecho de la población palestina a regresar a los territorios de los que había sido expulsada en 1948—, el Gobierno Netanyahu ha optado finalmente por romper relaciones diplomáticas, tras calificarla de organización "rota y moralmente corrupta". Declaraciones ofensivas aparte, en tan solo un mes los bombardeos israelíes acabaron con la vida de más de un centenar de trabajadores de Naciones Unidas: nunca antes en un conflicto habían muerto tantos empleados suyos.

Una de las razones de esta virulenta reacción ha sido la simple demanda de una tregua "humanitaria inmediata, duradera y sostenida que condujera al cese de las hostilidades", aprobada mediante resolución no vinculante de la Asamblea de la ONU por 120 países y rechazada por 14, con Israel y Estados Unidos a la cabeza. La indignada reacción de los portavoces israelíes ante la reclamación de un principio tan básico del derecho internacional humanitario fue la de acusar a Naciones Unidas de ponerse de lado de "los terroristas nazis" de Hamás. Todos los ingredientes de la justificación de la guerra brutalizada analizados en este libro se han dado cita en las últimas declaraciones de los representantes israelíes. A los argumentos sobre la "guerra justa" defensiva o la guerra

contra el terrorismo se han sumado los de la guerra no ya como derecho, sino como deber en tanto que "librada en nombre del mundo libre". Tampoco ha faltado el efectivo bulo de la tradicional "propaganda de atrocidades", tal que la falsa noticia de bebés supuestamente decapitados, a la que el propio Joe Biden dio credibilidad y que en seguida fue desmentida por la Casa Blanca. Para justificar el corte de los suministros básicos a la población gazatí, el ministro de Defensa llegó a definir a los palestinos como "animales humanos", término que quizá debería haberle recordado el de *Untermensch* —"subhumano"— aplicado por la Alemania nazi a las poblaciones judías, eslavas, gitanas, negras y mestizas.

3. Los medios de información masivos también han aportado su grano de arena a esta propaganda de guerra. Han sido mucho los que han apostado de manera acrítica por la versión israelí de una guerra "justa" defensiva nacida a partir del ataque del 7 de octubre de 2023, haciendo tabla rasa de lo ocurrido durante los más de 70 años anteriores. En esa "narrativa", tanto la *Nakba* de 1948 como la invasión, anexión y estrangulamiento progresivo del territorio palestino practicados durante décadas se han desvanecido en el aire. Su memoria ha demostrado ser tan corta que incluso han obviado realidades tan recientes como los bombardeos de Gaza efectuados por Israel durante lo que llevamos de siglo. Según datos de Naciones Unidas, solo la operación israelí Protective Edge de 2014 dejó más de 2.200 víctimas mortales palestinas, una cifra bastante superior a la de los atentados de Hamás de octubre de 2023.

Una vez más, el Gobierno israelí se ha envuelto en la bandera del Holocausto —*Shoah*— como icono global y máxima referencia moral del "mal" absoluto, para justificar la agresividad de su política regional, la de un nacionalismo esencialmente victimista. Ya lo dijo el presidente Menahem Begin frente a las críticas recibidas tras la invasión israelí de Líbano en 1982: "Después del Holocausto, la comunidad internacional ha perdido el derecho a exigir a Israel que responda por sus acciones". A ojos del nacionalismo israelí, el mundo entero se convertía así en su deudor moral, mientras que cualquier crítica a su política era

automáticamente descalificada y estigmatizada como "antisemita", una táctica que todavía hoy sigue dando buenos resultados. Recientemente, el filósofo Edgar Morin lo ha expresado mediante una pregunta retórica: "¿Debe ser la maldición de Auschwitz el privilegio que justifique cualquier intervención israelí?".

En claro paralelo con los argumentos exhibidos por buena parte de los medios occidentales en relación con la actual guerra en Ucrania, las contextualizaciones históricas sobraban en el relato, sobre todo la de la propia génesis y desarrollo del conflicto entre Palestina e Israel. El simple recordatorio por parte del secretario general de la ONU de la necesidad de contextualización histórica del conflicto actual —"los 56 años de ocupación asfixiante" anteriores al 7 de octubre— fue recibida por la delegación israelí con la exigencia de su dimisión. Pero sobraba también, por incómoda, la "historia" de la muy diversa consideración que tuvo el Holocausto para el nacionalismo israelí y la memoria colectiva del país —y para Occidente en general— a lo largo de la Guerra Fría y después, según demostraron en su momento Peter Novick y Norman Finkelstein. Tal como ha apuntado el historiador Ilan Pappé, si hasta octubre de 2023 Israel había ampliado el campo de significado de "antisemita" hasta incluir cualquier crítica a las políticas de sus Gobiernos, el simple hecho de "contextualizar e historizar" lo que estaba ocurriendo actualmente con Gaza resultaba también merecedor de esa misma acusación. En un bucle delirante, el periodista y antiguo primer ministro de Israel Yair Lapid llegó a afirmar que "si los medios de información son objetivos, si simplemente muestran los dos lados, eso ayuda a Hamás".

Al igual que ocurrió en su día con el Gobierno Bush Jr. tras el 11 de septiembre de 2001, con la promulgación de leyes profundamente restrictivas de la libertad de expresión y del derecho a la información —*Patriot Act* y *Homeland Security Act*—, el Gobierno y el Parlamento israelíes han reforzado su legislación antiterrorista para incluir nuevos delitos e iniciar lo que activistas del país han calificado de "cacería de los árabes israelíes", que suman cerca del 20% de la población. Todo ello se ha traducido en despidos, expulsiones de estudiantes, detenciones,

encarcelamientos y hasta propuestas de deportación. La coartada de la *war on terror* para justificar el recorte de las libertades y derechos básicos de su propia población ha revivido en el actual "etno-Estado" de Israel, el definido en su Ley fundamental de 2018 como el "hogar nacional del pueblo judío". Este cerco a la libertad de expresión ha adquirido un carácter global, ejemplificado en las restricciones impuestas en buena parte de los países occidentales —Gran Bretaña, Alemania, Francia— a las manifestaciones críticas con el Gobierno israelí, muchas de ellas tildadas burdamente de "antisemitas".

A manera de botón de muestra, a principios de noviembre, la congresista estadounidense de origen palestino Rashida Tlaib fue censurada por "promover narrativas falsas sobre el ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023 a Israel y pedir la destrucción del Estado de Israel", cuando su intervención, crítica con el Gobierno israelí y con Hamás y a favor de un alto el fuego inmediato, tuvo un contenido esencialmente humanitario: "A la hora de salvar vidas, ni la confesión religiosa ni el origen étnico deberían ser motivo de controversia en esta cámara. A mí, los llantos de los niños palestinos e israelíes me suenan igual. Lo que no entiendo es por qué a todos ustedes los llantos de los niños palestinos les suenan distinto".

4. ¿Dónde ha quedado esta vez la defensa del "derecho internacional humanitario", referido al *ius in bello*, y la denuncia de su vulneración deliberada y sistemática por el Estado israelí, tan aireadas con ocasión de la agresión rusa a Ucrania? Este libro ha recogido las vicisitudes históricas de ese fragmentario derecho recogido en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907, o en tratados como el Convenio de Ginebra de 1949 y sus Protocolos de 1977, con su sistemático incumplimiento a lo largo del siglo XX y lo que llevamos del actual. Sofocado bajo el de "necesidad militar", el principio básico de distinción entre la población civil y población combatiente ha sido vulnerado *siempre*: desde Hiroshima hasta Vietnam, desde Dresde hasta Irak y, en este mismo momento, también en Palestina. Las exiguas estructuras jurídicas de un derecho internacional en pañales, como la Corte o Tribunal Penal internacional

(CPI), han acusado un llamativo doble rasero. En 2019, la decisión de los jueces de dicha Corte de no investigar los presuntos crímenes de guerra y lesa humanidad cometidos desde 2003 en Afganistán fue saludada por el Gobierno estadounidense —no signatario del Estatuto de Roma, fundacional del CPI— como una "gran victoria". En cambio, la fiscalía del CPI solamente tardó un año en emitir la orden de arresto de Vladímir Putin —Rusia tampoco es país signatario— por el "crimen de guerra de deportación ilegal de población (menores) y transferencia ilegal de población de áreas ocupadas de Ucrania a Rusia". La instrucción de este mismo "crimen de guerra" por parte de la fiscalía, solo que referida a la política israelí de asentamientos de colonos en Jerusalén Este, Gaza y Cisjordania, arrastraba y arrastra años de retraso. Incluso un adalid del derecho internacional como el abogado y escritor Phillipe Sands ha reconocido la "simpatía" del fiscal británico hacia las potencias occidentales.

La otra institución teóricamente defensora de la defensa del derecho internacional humanitario, la propia ONU, ha visto recientemente cómo volvía a fracturarse su Consejo de Seguridad. Ya con ocasión de la guerra de Ucrania, Rusia vetó diversos proyectos de resolución que condenaban la invasión y anexión de territorios presentados y defendidos principalmente por Estados Unidos. Un año después, en octubre de 2023, la representación estadounidense ha vetado a su vez sendos proyectos de resolución presentados por Rusia y Brasil, de alcance bastante más modesto, sobre todo el segundo, que exigía un alto el fuego inmediato en Gaza y el establecimiento de "pausas humanitarias", a la vez que condenaba los ataques a civiles de ambas partes. Si la actual situación de bloqueo del Consejo de Seguridad recuerda aquella que vivió la ONU con la guerra de Corea como primer conflicto "caliente" de la Guerra Fría, otro punto de semejanza lo aportó el presidente Joe Biden en su discurso del 20 de octubre. Ese día, cual un nuevo Truman, en su esfuerzo por justificar el mantenimiento y refuerzo del apoyo militar simultáneo a Ucrania y a Israel y, de paso, vincular ambas guerras, volvió a exhibir el tosco estereotipo del "enemigo" de esta nueva Guerra Fría: "Hamás y Putin representan diferentes amenazas, pero comparten esto en común:

ambos desean aniquilar completamente las democracias vecinas". Una vez más, el "mundo libre" capitaneado por la "nación indispensable" —Robert Kagan *dixit*— frente a una cada vez más abigarrada galería de monstruos.

5. En la introducción de este libro cité varios casos de politólogos y periodistas que defendieron la aplicación del concepto de la "guerra justa" al conflicto de Ucrania en apoyo del Gobierno de Volodímir Zelensky, apostando así por su prolongación en previsión de una hipotética victoria que, hoy por hoy, no acaba de llegar. Aquella práctica unanimidad de posturas no ha vuelto a darse con ocasión del conflicto palestino-israelí, al menos en este país: más bien se ha fracturado por la tradicional división entre izquierdas y derechas. Pocas, sin embargo, han sido las voces que se han atrevido a negar la necesidad de una contextualización histórica de este último conflicto, por otra parte, mucho mejor conocido por la población que el ucraniano. A escala internacional, una vez más ha quedado al descubierto la doble vara de medir de un Occidente tensionado por la brutal respuesta del Gobierno israelí a la agresión del 7 de octubre y el cerrado apoyo de los Gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia. En la Unión Europea también ha habido división de posturas: la anterior sinergia demostrada por el Alto Representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad de la UE y la presidenta de la Comisión con ocasión de la guerra ruso-ucraniana no se ha dado esta vez. La extrema sensibilidad moral expresada por los portavoces europeos ante las víctimas civiles de Ucrania, con su llamamiento al rearme del agredido y a las sanciones contra el agresor, no ha podido contrastar más con la manifestada hasta la fecha ante la masacre de la población palestina.

En los medios de información masivos también se han producido fisuras, pese a las dificultades sufridas por los periodistas para informar desde Gaza, un territorio sitiado por tierra, mar y aire. Buena parte de los profesionales que desarrollaron su trabajo en Ucrania están ahora informando sobre Palestina e Israel en condiciones de trabajo bastante distintas. De los 2.000 periodistas acreditados por Israel, ninguno puede

entrar hoy por hoy en Gaza. Según cálculos de fecha 8 de noviembre, cerca de 40 periodistas, la mayoría palestinos, han muerto desde el comienzo de los bombardeos: más que los confirmados —28— en Ucrania desde la invasión rusa de febrero de 2022. Cuando el lector o la lectora lean estas páginas, estos datos se habrán quedado antiguos, desfasados. Ojalá para entonces lo que ahora mismo está ocurriendo en Palestina, como último ejemplo de esta *guerra civil* global del siglo XXI, haya contribuido a deslegitimar un poco más toda guerra, incluso la de apariencia más "justa". O, al menos, para que podamos hacer nuestra la petición de la congresista palestino-estadounidense Rashida Tlaib en su alocución ante el Congreso del 8 de noviembre: que los llantos de los niños palestinos e israelíes nos suenen igual.

REFERENCIAS

Recojo aquí los textos que me han servido de constante guía. La doble fecha entre paréntesis se refiere al año de la edición primera u original y al de la traducción o reedición utilizada. Para la historia de las "guerras justas" desde un punto de vista jurídico, político e histórico, me he apoyado en las obras de dos de sus principales teóricos contemporáneos: *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral*, de Michael Walzer (Polity Press, 1977 - Paidós, 2001), y *Guerras justas. De Cicerón a Irak*, de Alex Bellamy (Basic Books, 2006 - FCE, 2009). Sobre el "mito de la experiencia de guerra", término acuñado por George L. Mosse, me he servido de *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales* (Oxford University Press, 1990 - Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016). He utilizado de manera casi abusiva los siguientes manuales, obras más o menos generales de historia contemporánea: Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914* (Blackwell Basil, 2004 - Crítica, 2010); Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias* (Vintage Books, 1987 - Plaza & Janés, 1989); Mark Mazower, *La Europa negra* (Penguin, 1998 - Barlin Libros, 2017); Philipp Blom, *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente*, 1900-1914 (W&N, 2009 - Anagrama, 2010); Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes / Historia del siglo XX* (Vintage Books 1995 - Crítica, 1995); Marc Nouschi, *Historia del Siglo XX. Todos los mundos, el mundo* (Cátedra 1996), y Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914* (Crítica, 2017). De manera especial, para el periodo de la Guerra Fría, me he servido principalmente de las obras de

John Lewis Gaddis, empezando por su *The Cold War. A New History* (Penguin, 2006), traducida al español (RBA, 2008), así como de la rica bibliografía de Noam Chomsky. Para la OTAN, me he apoyado de manera especial, publicaciones internacionales aparte, en mis obras *Historia de la OTAN. De la Guerra Fría al intervencionismo humanitario* (Los Libros de la Catarata, 2000; reed. en 2022) y *Miseria del militarismo. Una crítica del discurso de la guerra* (Virus, 2003). No querría olvidarme aquí del enciclopédico blog del historiador David Hart, repleto de textos clásicos referidos a la guerra: https://bitly.ws/32Mmo. De especial utilidad me ha sido el libro de Klaus Theweleit, *Male Fantasies. Volume 1: Women, Floods, Bodies, History* (Stroemfeld/Roter Stem, 1978 - Polity Press, 2007), cuyo conocimiento debo al profesor Georg Pichler. Las traducciones de las citas de otros idiomas al español son mías.

INTRODUCCIÓN

Marián Martínez Bascuñán, "OTAN de izquierdas, OTAN de derechas", *El País*, 28-6-2022; Lluís Bassets, "Izquierda hundida", *El País*, 30-1-2022; "Armas malditas, malditas guerras", *El País*, 9-7-2023; y "No hay guerra buena, pero sí hay guerras justas", 22-3-2011; Joseba Elola: "El filósofo Edgar Morin, a sus 101 años: 'Mientras estoy poseído por las fuerzas de la vida, el espectro de la muerte retrocede'", entrevista a Edgar Morin, *El País, Ideas*, 30-04-2023; Seymour Hersh, "How America Took Out The Nord Stream Pipeline", *Substack*, 8-2-2023, https://bitly.ws/32Moz; "Así eliminó Estados Unidos los gasoductos Nord Stream", *CTXT*, 8-2-2023; Estefanía Molina, "Ser pacifista hoy es apoyar la victoria de Ucrania", *El País*, 10-2-2023; Juan Manuel de Prada, "La otra guerra de Ucrania", *ABC*, 28-2-2022; "No sabemos quiénes vamos a pervivir y la mayoría quedaremos en el olvido", *El Español*, 21-4-2022; Santiago Alba Rico, "Ucrania y la izquierda", *CTXT*, 8-4-2022; "Contra la geopolítica", *El País*, 8-4-2022; "La paz y la izquierda", *CTXT*, 25-4-2022; Fernando Hernández Holgado, "El tonto mirando el dedo del sabio. De las "guerras justas", 7-7-2022, https://bitly.ws/32MpK; Michael Holroyd, *Lytton Strachey. The New Biography* (Chatto & Windus, 1984);

Robert Graves, *Adiós a todo eso* (Seix Barral, 1971); Moira Redmond, "Where have all the conscientious objectors in literature gone?", *The Guardian*, 15-5-2014, https://bitly.ws/32Mq6; Javier Cercas, "No pasarán", *El País*, 2-4-2022; "A los ucranios que los zurzan", *El País*, 30/04/2022; Ángel Viñas, "España 1936-Ucrania 2022. Comparación imposible", *El Diario*, 3-3-2022; Sergio del Molino, "Belicoso y racista", *El País*, 9-3-2022; Carl E. Schorske, *Pensar con la historia* (Taurus, 2001); "Datos de víctimas civiles en Ucrania", *Newtral*, 20-6-2023, https://bitly.ws/32MqU; Reyes Mate, *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"* (Trotta, 2009).

I. PRINCIPIOS DE LA GUERRA JUSTA

1. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Libro V (Orbis, 1986), trad. de Diego Gracián de Alderete; John Keegan (ed.), *The Book of War: 25 Centuries of Great War Writing* (Penguin Books, 1999); Platón, *Diálogos IV. República* (Gredos, 1986), trad. de Conrado Eggers; Aristóteles, *La Política* (Espasa, 1989), trad. de Patricio de Azcárate; Javier Andreu Pintado, "El concepto de guerra justa y la justificación de los conflictos bélicos en el mundo clásico", en *Revista de Historia Militar*, nº extraord. 1, 2009, pp. 39-77; Polibio, *Historias*, Libros XVI-XXXIX (Gredos, 1983), rev. a cargo de Carlos García Gual; Marco Tulio Cicerón, *Acerca de los deberes* (UNAM, 2009), v. de Rubén Bonifaz; Agustín de Hipona, *La Ciudad de Dios* (Porrúa, 1994), trad. de Francisco Montes de Oca; la cita agustiniana del soldado, en Julius Karakieta Siliute, "La doctrina de la guerra justa en San Agustín", https://bitly.ws/32MuA; Stanley Windass, "St. Augustine and the Just War", *Blackfriars*, 43(509), 1962, pp. 460-468.

2. Edmundo O'Gorman, *La invención de América* (FCE, 1958-1976); Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* Cuestión 57. El Derecho, art. 3; Vicenta Cortés Alonso, "Procedencia de los esclavos negros en Valencia (1482-1516)", *Revista Española de Antropología Americana,* 7 (1), 123,

1972 https://bitly.ws/32Mu5; Juan Gil Fernández, "Conquista y justicia: España y las Indias", en Fernando Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política*, 2 (Alianza, 1995), pp. 394-442; Francisco Castilla Urbano, "La toma de conciencia sobre la esclavitud en la Universidad de Salamanca", *Anales del Museo de América*, XXVIII, 2019, pp. 303-321; Juan Ginés de Sepúlveda, *Democrates segundo o De las justas causas de la guerra contra los indios* (CSIC, 1951) y *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios* (FCE, 1941-1987), con prólogo de M. Menéndez Pelayo; Roger Bartra, *El salvaje en el espejo* (Destino, 1996).

3. Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra* (Espasa-Calpe, 1946-1975); Francisco Vázquez, *El Dorado. Crónica de la expedición de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre* (Alianza, 1987); Rafael Ramis Barceló, "La presencia de Erasmo en las obras de Vitoria y Soto", *Relectiones*, 5, 2018, pp. 93-114; José A. Fernández, "Erasmus on the Just War", *Journal of the History of Ideas*, 34(2), 1973, pp. 209-226; Erasmo de Rotterdam, *Antipolemus, or the Plea of Reason, Religion, and Humanity, against War. A fragment, translated from the latin of Erasmus and adressed to aggressors* (Vicesimus Knox, 1795), y *La educación del príncipe cristiano* (Tecnos, 2012), trad. de Pedro Jiménez Guijarro y Ana Martín; Tomás Moro, *Utopía* (Alianza, 1993); Nicolás Maquiavelo, *El príncipe* (La Mandrágora, 1989); Randall Lessafer, "Grotius on the Use of Force: Perfect, Imperfect and Civil Wars. An Introduction", *Grotiana*, 41, 2020, pp. 255-262;

4. Bayly (2010); Mirza Abu Taleb Khan, *Travels Of Mirza Abu Taleb Khan* (Sona Publications, 1814-1972); Bellamy (2009); Immanuel Kant, *Fundamentación para una metafísica de las costumbres* (Alianza, 2018), ed. de Roberto R. Aramayo, y *Hacia la paz perpetua. Un bosquejo filosófico* (FCE, 2018); Voltaire (François Marie Arouet), *Diccionario filosófico* (Verbum, 2020), trad. de J. A. Vidal; *Cándido. El ingenuo* (Libra, 1971), trad. de Antonio Espina; Max Horkheimer, *La función de las ideologías* (Taurus, 1962-1966), trad. de Víctor Sánchez de Zavala; Jonathan Swift, *Gulliver's Travels* (Wordsworth, 1995).

II. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (I)

1. Lev Tolstói, *Guerra y paz* (Muchnik, 2010), trad. de Lidia Kúper; Gaspar Gourgaud, *Napoléon et La Grande Armée en Russie…* (Bossange Frères, 1825); G. W. Hegel, *Principios de la filosofía del derecho o derecho natural y ciencia política* (Edhasa, 1999), trad. de José Luis Vermal, y *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (Alianza, 1980), trad. de José Gaos; Nicolas Broussard, "Napoleon, Hegelian Hero", https://bitly.ws/32MzF.

2. Mosse (2016); *Catecismo civil de España en preguntas y respuestas* (Junta Suprema, 1808); Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la guerra de la Independencia* (Temas de Hoy, 2007); Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia Social de la Guerra de Independencia, 1808-1914* (Crítica, 2006); Museo del Prado, "Murió la verdad", https://bitly.ws/32MzZ; André Latreille, *Le Catéchisme Imperial de 1806* (Les Belles Lettres, 1806).

3. David Constantine, *Los primeros viajeros a Grecia y el ideal helénico* (FCE, 1989); Paul Joannides, "Colin, Delacroix, Byron and the Greek War of Independence", *The Burlington Magazine*, 125(965), 1983, pp. 495-500; Edward Said, *Orientalismo* (Pantheon Books, 1978-Debate, 2002); David Rieff, *Matadero. Bosnia, el fracaso de occidente* (El País-Aguilar, 1996); Nere Basabe, "La opinión pública europea frente a la guerra de independencia griega; el caso del filohelenismo francés", en Marieta Cants Casenave (coord.), *Redes y espacios de opinión pública. XII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la Modernidad. 1750-1850*, 2006, pp. 281-296; Josep Fontana, "La época del liberalismo", en Josep Fontana y RamónVillares (dirs.), *Historia de España*, vol. 6 (Crítica-Marcial Pons, 2007); Juan de Castro, *Himno marcial cantado en la función patriótica dada en el Teatro Real* (1860), https://bitly.ws/32MBb; Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauen* (Hernando, 1930); Juan Goytisolo, *Crónicas sarracinas* (Alfaguara, 1998).

4. Heinrich von Treitschke, *Statement* (1869), cit. en W. W. Coole (ed.), *Thus Spoke Germany* (George Routledge & Sons, 1941); Bayly (2010);

Giuseppe Ferrari, *Histoire de la Raison d'État* (Michel Lévy Frères, 1860), https://bitly.ws/32MCH; Gabriel Puyana García, "Teorías de la guerra en Moltke y Liddell Hart", *Revista de Estudios Sociales de la Universidad de los Andes,* 15, 2003, pp. 109-121, https://bitly.ws/32MCW; Colmar von der Goltz, *La nación en armas* (Vda. e hijos de Juan Peláez, 1895).

5. Bellamy (2009); Yale Law School. Lillian Goldman Law Library. The Avalon Project, *Confederate States of America - Proclamation of April 12, 1861*, https://bitly.ws/32MDh; US Capitol. Visitor Center, *A Proclamation by the President of the United States, April 15, 1861*, https://bitly.ws/32MDX; Terra Foundation of American Art, *Our Banner in the Sky,* https://bitly.ws/32MEg; Ernest B. Furgurson, "Alexander Gardner Saw Himself as an Artist, Crafting the Image of War in All Its Brutality", *Magazine*, 8-10-2015, https://bitly.ws/32MEr.

6. Almudena Hernando, *La fantasía de la individualidad* (Traficantes de Sueños, 2018); Max Weber, *Economía y sociedad* (Alianza, 1993) y *Sociología del poder* (Alianza, 2022); Bellamy (2009); Henry Sidwick, *The Elements of Politics*, 1891, https://bitly.ws/32MER.

7. El articulado del Código Lieber, *Instrucciones para los ejércitos en guerra de los Estados Unidos*, en CIRC, Bases de Données de Droit International Humanitaire, https://bitly.ws/32MF7; Adam Roberts, "Foundational Myths in the Laws of War: The 1863 Lieber Code, and the 1864 Geneva Convention", *Melbourne Journal of International Law*, 20(1), 2019, https://bitly.ws/32MFZ; Lynn McDonald (ed.), *Florence Nightingale on Wars and the War Office* (Wilfrid Laurier University Press, 2011); Blom (2010); Concepción Arenal, *Cuadros de la guerra* (Propaganda Literaria de Ávila, 1880), reeditada como *Cuadros de la guerra carlista* (Renacimiento, 2005).

8 y 9. Mark Mazower, *Los Balcanes* (W&N, 2000 - Mondadori, 2001); Said (2002); referencia a Castelar en Xabier Agirre Aranburu, *Yugoslavia y los ejércitos* (Los Libros de la Catarata, 1997); William Gladstone, *The Bulgarian Horrors and the Question of the East* (John Murray, 1876);

Alexis Heraclides y Ada Dialla, "The Bulgarian atrocities. A bird's eye view of intervention with emphasis on Britain, 1875-78", en *Humanitarian intervention in the long nineteenth century* (Manchester University Press, 2017), https://bitly.ws/32MGr; Guadalupe de la Fuente Salido, "La rebelión de los cipayos (1857-1858). Ejemplo de un conflicto colonial", *RDGC*, 1, 2017, pp. 47-70; Walzer (2001); The American Presidency Project, *Message to Congress Requesting a Declaration of War With Spain*, https://bitly.ws/32MGD; United States Senate, *Declaration of War with Spain, 1898* (H.R. 10086), https://bitly.ws/32MGT; Emma Goldman, *La palabra como arma* (Tierra de Fuego-La Malatesta, 2008).

10. Jean de Bloch, *The Future of War, in Its Technical, Economic and Polítical Relations* (The Wold Peace Foundation, 1914); Grant Dawson, "Preventing 'A Great Moral Evil': Jean de Bloch's 'The Future of War' as Anti Revolutionary Pacifism", *Journal of Contemporary History*, 37(1), 2002, pp. 5-19.

11. Blom (2010); "Lord Salisbury on the Nations", *New Zealand Herald*, 11-6-1898, p. 3, https://bitly.ws/32MHa; Robert Dennis Fiala, *The Anglo-German agreement over Portugal's African colonies 1898*, tesis doctoral, Universidad de Omaha, 1963; Walter Lafeber, "A Note on the 'Mercantilistic Imperialism' of Alfred Thayer Mahan", *The Mississippi Valley Historical Review*, 48(4), 1962, pp. 674-685; Victoria López Cordón, "España en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907", *Revista de Estudios Internacionales*, 3(3), 1982, pp. 703-756; Rupert Ticehurst, "La cláusula de Martens y el derecho de los conflictos armados", *Revista Internacional de la Cruz Roja*, 317, 1997, pp. 125-134.

12. Blom (2010); Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas* (Alianza, 1988), trad. de Araceli García Ríos e Isabel Sánchez Araujo; Maruf Hasian, "Alice Seeley Harris, the Atrocity Rhetoric of the Congo Reform Movements, and the Demise of King Leopold's Congo Free State", *Atlantic Journal of Communication*, 23(3), 2015, https://bitly.ws/35Nk4; University of Nottingham, *Alice Seeley Harris Archive*, https://bitly.ws/32MIj; Lowell Milken Center fot Unsung Heroes, "Alice Seeley Harrris, Kodak in the Congo", https://bitly.ws/32MIE.

13. Stefan Zweig, *Un mundo de ayer* (Acantilado, 2010), trad. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek; Bertha von Suttner, *¡Abajo las armas!*, ed. y trad. de Olga García (Cátedra, 2014); Berta de Suttner, trad. de J. García Pérez (Ferma, 1966); Anne-Marie Käppeli, "Escenarios del feminismo", en G. Duby y M. Perrot (eds.), *Historia de las Mujeres*, vol. IV, pp. 497-532; Lev Tolstói, *El reino de Dios está en vosotro*s (Kairós, 2010), trad. y prefacio de Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella, con correspondencia Tolstói-Gandhi; la cita de Suttner, en Blom (2010).

14. Blom (2010); Ernst Fischer. *Recuerdos y reflexione*s (Rowohlt Verlag, 1969 - Siglo XXI, 1976); Rafael Núñez Florencio, *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)* (CSIC, 1990) y *El Ejército español en el Desastre de 1898* (Arco Libros, 1997); Antonio Pacheco y Yanguas, *Antimilitarismo* (L. Corral, 1910); Adrian Stephen, *La inocentada del acorazado*, y Virginia Woolf, *La sociedad* (Valdemar, 1999), trad. de Dámaso López García; Guillermo López García, "Face it, tiger (la política de Stefan Zweig)", *Edades. Revista de Historia*, 10, 2002, pp. 175-189.

15. Zweig (2010); Randolph Bourne, *The State* (1919-1998, Sharp Press), https://bitly.ws/32MJN; cita de Häfker en Siegfried Kracauer, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán* (Princeton University Press, 1947-Paidós, 1985); Mosse (2016); Robert Graves, *Adiós a todo eso* (Seix Barral, 1971).

III. DE LAS GUERRAS DEL ESTADO NACIÓN (II)

1. John Horne y Alan Kramer, "German 'Atrocities' and Franco-German Opinion, 1914: The Evidence of German Soldiers' Diaries", *The Journal of Modern History*, 66(1), 1994, pp. 1-33; cita de Bismarck en C.A. Pompe, *Aggressive War. An International Crime* (Martinus Nijhoff, 1953); Jeannene M. Przyblyski, "Revolution at a Standstill: Photography and the Paris Commune of 1871", *Yale French Studies*, 101, 2001, pp. 54-78; Alisa Luxemberg, "Creating Désastres: Andrieu's Photographs of Urban Ruins in the Paris of 1871", *The Art Bulletin*, 80(1), 1998, pp. 113-137;

La Commune de Paris. Blog de Michèle Audin, "Non, la Commune n'a pas… 'massacré' les otages", https://bitly.ws/32MKU; John Horne, "Les mains coupées: 'Atrocités allemandes'" et opinion française en 1914", *Guerres Mondiales et conflictes contemporaines*, 171, 1993, pp. 29-45; Graves (1971); Blom (2010).

2. Mosse (2016); Käthe Kolwitz, *The Diary and Letters of Kathe Kolwitz,* ed. de Hans Kollwitz (Henry Regnery, 1955); Marian L. F. Cao, *Käthe Kollwitz (1867-1945)* (Ediciones del Orto, 1997); Ingrid Sharp, "Käthe Kollwitz's Witness to War: Gender, Authority, and Reception", *Women in German Yearbook*, 27, 2011, pp. 87-107; Leona Catherine Sargent, *Visions of World War I: Through the Eyes of Käthe Kollwitz and Otto Dix*, trabajo de máster, Wright State University, 2012.

3. Jill Liddington, "La campaña de las mujeres por la paz: historia de una lucha olvidada", en VV AA, *Antes muertas, mujeres contra el peligro nuclear,* LaSal, edicions de les dones, 1984, pp. 192-210; Carmen Magallón Portolés, "Una voz disidente en la I Guerra Mundial: el Congreso de La Haya y WILPF", *Mientras Tanto*, 112-123, 2014, pp. 57-71; Carmen Magallón Portolés y Sandra Blasco Lisa, "Mujeres contra la Primera Guerra Mundial. El Comité Internacional de Mujeres por una paz permanente (La Haya, 1915)", en Y. Gamarro Chopo y C. R. Fernández Liesa, *Los orígenes del derecho internacional contemporáneo. Estudios conmemorativos del centenario de la Primera Guerra Mundia*l, Inst. Fernando el Católico, 2015, pp. 157-180; C.K. Ogden y Mary Sargant Florence, *Militarism versus Feminism* (Allen & Unwin, 1915), https://bitly.ws/32MLZ; Mary Nash, *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos* (Alianza, 2004); e "Introducción. Las españolas y el pacifismo entre Guerras", en D. Bussy Genevois; F. Crémoux y M. Yusta (eds.), *La democracia en femenino. Feminismos, ciudadanía y género en la España contemporánea,* Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 159-163; Josemi Lorenzo Arribas, "Tensiones militarismo/antimilitarismo", en A. Bernárdez Rodal (dir.), *Escritoras y periodistas en Madrid (1876-1926)*, Ayuntamiento de Madrid, 2007, pp. 125-162.

4. Graves (1971); "A Mother's Answer to a *Common Soldier*", *The*

Morning Post, 14-8-1916, https://bitly.ws/32MMo; Elena Hernández Sandoica, "La maternidad espiritual de Rosario de Acuña", en VV AA, y *Rosario de Acuña, Hipatia (1850-1923). Emoción y razón,* Abada, 2019, pp. 233-280.

5. Graves (1971); "*Despised and Rejected*: Publisher of Pacifist Novel fined", *The Times*, 11-10-1918, y Persephone Books. "Despiced and Rejected, by Rose Allatini", https://bitly.ws/32MMD; citas de Bertrand Russell en Conway Hall, "Bertrand Russell in WWI", https://bitly.ws/32MMS, y Trinity College Library, Cambridge. "Bertrand Russell and the Conscientious Objectors", https://bitly.ws/32MN4; Dora Russell, *Autobiografía* (Grijalbo, 1979), trad. de Marta Pessarrodona.

6. Virginia Woolf, *Tres guineas* (Sudamericana, 1979), trad. de Román J. Jiménez; Imperial War Museum, "The Real History of the Christmas Truce", https://bitly.ws/32MNC; Wilfred Owen, *Poems* (Viking Press, 1931), ed. Edmund Blunden; Tolstói (2010); Roland Bouyssou, "'Wilfred Owen's Lament 'My heart aches'", *Caliban*, 53, 2015, pp. 77-88, https://bitly.ws/32MNH; Graves (1971).

7. Mosse (2017); Zoe Beloff, "Copper Masks anf Faceless Men", Medicine On Screen (Films and Essays fron NLM), https://bitly.ws/32MPo; el metraje de Anna Coleman Watts Ladd, en https://bitly.ws/32MPE; David M. Lubin, "Masks, Mutilation, and Modernity: Anna Coleman Ladd and the First World War", *Archives of American Art Journal,* 47(3-4), 2008, pp. 4-15; Dennis Crockett, "The Most Famous Painting of the 'Golden Twenties'? Otto Dix and the Trench Affair", *Art Journal*, 51(1), 1992, pp. 72-80; portal del Museo Anti-Guerra de Berlín, https://bitly.ws/32MQ7; sobre *Guerra a la guerra*, de Friedrich (Sans Soleil, 2018), trad. de Ander Gondra Aguirre, véase la entrada del blog de David Hart, https://bitly.ws/32MQp.

8. Mosse (2017); Judith Butler, *La fuerza de la no violencia* (Paidós, 2021); Blom (2010); Kracauer (1985); Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo. Cómo se llega a ser lo que es (*Alianza, 1993); Fischer (1976); Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, vol. II (Espasa-Calpe, 1958), trad.

de Manuel García Morente.

9. José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (Espasa-Calpe, 1922); Francisco Franco, *Marruecos. Diario de una bandera* (La Novela del Sábado, 1939), que incorpora la portada de la edición de 1922; y ediciones de 1956 (Afrodisio Aguado), con prólogo de Manuel Aznar, y 1976 (Doncel); "Declaraciones de S.E. a Manuel Aznar", 31-12-1938, en *Palabras del Caudillo. 19 de abril de 1937-31 de diciembre de 1939* (FE, 1939); Paul Preston, *Franco "Caudillo de España"* (Grijalbo, 1996); Mate (2009).

10. Sebastian Balfour, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, (Península, 2002); David Woolman, *Rebels in the Rif: Abd el Krim and the Rif Rebellion* (Stanford University Press, 1968); el párrafo citado fue eliminado de la traducción de 1971 (Oikos-Tau, 1988); Roger-Matthieu, *Memoires d'Abd-El-Krim* (Libraire des Champs Elysées, 1927); "Monstruosidad roja", *Corriere della Sera*, 13-1-1938; *El Día Gráfico*, 29-1-1938; Javier Ortiz-Echagüe, "Imágenes de paz y de guerra: la reutilización de fotografías prebélicas en la prensa de la guerra civil española", *El Argonauta Español*, 12, 2015, https://bitly.ws/32MRn; Francisco Franco (1939); Juan Goytisolo (1998).

11. Eduardo González Calleja, "Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)", *Ayer*, 76(4), 2009, pp. 37-64; Balfour (2002); César González Ruano, "Pero los líderes morirán en sus camas", de *ABC* en *El Bien Público*, 15-10-1934; Ramiro de Maeztu, "La Anti-Patria. Acción de gracias por las noticias del día", *ABC*, 10-10-1934; Enrique Plá y Deniel, *Escritos pastorales. Las dos ciudades: Carta pastoral a los diocesanos de Salamanca (30-9-1936),* tomo II (Ediciones Acción Católica Española, 1949); Ian Gibson, *Paracuellos: cómo fue* (2005); cita de Giménez Caballero en Pedro Montoliú, *Madrid en la posguerra* (Sílex, 2005).

12. Citas de Jünger y Salomon, en Mosse (2017); Victor Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich* (Minúscula, 2018); Klaus Theweleit, *Male Fantasies. Volume 1: Women, Floods, Bodies, History* (Polity Press, 2007);

cita de Maercker, en Theweleit (2007); Mary Nash, *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil* (Taurus, 1999); Ana Martínez Rus, *Milicianas. Mujeres republicanas combatientes* (Los Libros de la Catarata, 2018); Ángeles Egido León, "Milicianas condenadas a muerte", *Historia del Presente*, 32, 2018, pp. 113-126.

13. Blom (2010); Mazower (2017); la cita de Del Vayo, en David Jorge, *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la guerra de España y el fin de la paz mundial* (Tirant, 2016); Devi Prasad, *War is a crime against humanity: The Story of War Resisters' International* (War Resisters' International, 2005); Xabier Agirre Aranburu, "Los insumisos del 36: el movimiento antimilitarista y la guerra civil española", en Movimiento de Objeción de Conciencia, *En legítima desobediencia. Tres décadas de objeción, insumisión y antimilitarismo* (Traficantes de sueños, 2002), pp. 33-47; Jesús Castañar Pérez, *Teoría e historia de la revolución noviolenta* (Virus, 2013); Dora Russell (1979); cita de Alfred Kantorowitz en Mosse (2017); Michael Howard, *Liberation or Catastrophe?: Reflections on the History of the 20th Century*, (Bloomsbury, 2007); Fernanda Romeu y Alexia Rahona, *Memoria en sombra: La Internacional de Resistentes a la Guerra (IRG/WRI) y la guerra civil española* (El Viejo Topo, 2017); Fernando Mendiola Gonzalo, "Cogs in the military machine? War experience and Antimilitarism during Spanish Civil War", ponencia presentada en la Conferencia internacional Resisting war in the 20th century (Universidade Nova de Lisboa, 2014); Scott Bennett, "Socialist Pacifism and Nonviolent Social Revolution: the War Resisters League and the Spanish Civil War", comunicación presentada al Congreso internacional sobre la guerra civil española (Madrid, 2006); Klemplerer (2018).

14. Enzo Collotti, *La Alemania nazi* (Alianza, 1972); Mazower (2017); Mate (2009); José M. Atiles-Osoria, "Del estado de necesidad al estado de excepción: Reflexiones sobre Carl Schmitt", *Cátedra*, 13, 2016, pp. 57-76; Germán Gómez Orfanel, "Soldados y ciudadanos, según Carl Schmitt", *Revista de Estudios Políticos*, 123, 2004, pp. 251-270; Manuel Rivas, "La fiesta sagrada de Don Carlos", *El País*, 2-4-2006; Collotti

(1972).

15. Hobsbawm (2017); Gabriele Ranzato, "Guerra civil y guerra total en el siglo XX", *Ayer*, 55, 2004, pp. 127-148; Sebastian Haffner, *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933* (Planeta, 2014); sobre Degrelle, Jonathan Littell, *Lo seco y lo húmedo* (RBA, 2009); Saint-Loup (Marc Augier), *Les Voluntaires* (Presses de la Cité, 1963); Tomás Salvador, *División 250* (Domus, 1954); Xosé Manoel Núñez Seixas, "Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005", *Pasado y Memoria*, 4, 2005, pp. 93-113; Gabriel Cardona, *El gigante descalzo: el ejército de Franco (*Aguilar, 2003); Mazower (2017); Mosse (2017).

16. Mazower (2017); José Manuel Prieto, "La literatura de la guerra en la Rusia soviética", *Istor*, 9, nº 25, 2008, pp. 28-42, https://bitly.ws/32MT6; Anónima, *Una mujer en Berlín* (Anagrama, 2003), ed. a cargo de Hans Magnus Enzensberger; Miriam Gebhardt, *Crimes Unspoken: The Rape of German Women at the End of the Second World War* (Polity Press, 2017); Primo Levi, *Si esto es un hombre* (Muchnik, 1998); Jorge Marco, *Paraísos en el infierno. Drogas y guerra civil española* (Comares, 2017); Wolfram Wette, *La Wehrmacht. Los crímenes del Ejército alemán* (Crítica, 2007).

17. W. G. Sebald, *Sobre la historia natural de la destrucción* (Anagrama, 2015); Kennedy (1989); Walzer (2001); Noble Frankland, *Bomber Offensive: the Devastation of Europe* (Ballantine Books, 1970); Hans Erich Nossack, *El hundimiento. Hamburgo, 1943* (La Uña Rota, 2010); Kurt Vonnegut, *Slaughter House-Five, or the Children's Crusade* (Panther Books, 1970); David Irving, *The Destruction of Dresden* (William Kimber & Co, 1963).

18. Vonnegut (1970); Kristine Nicole Riley, *Government Issue and the Face of War: The Representation of Servicemen in American Literary and the Visual Culture on the Second World War*, tesis doctoral, Universidad de Texas, 2016; Studs Terkel, *La guerra "buena". Una historia oral de la Segunda Guerra Mundial* (Capitán Swing, 2015), trad. de Lucía Barahona; un repaso a la tradición de los *cartoons* estadounidenses "anti-orientales", en https://bitly.ws/32MTQ; R. C. Harvey, *Who invented Milton Caniff's*

most famous character?, *The Comics Journal*, 16-8-2018, https://bitly.ws/32MUf.

19. Willi Paul Adams, *Los Estados Unidos de América* (Siglo XXI, 1992); Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos* (Hiru, 1997); Noam Chomsky, "Sobre los antecedentes de la guerra del Pacífico. El pacifismo revolucionario de A. J. Muste", en *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y politicos (los nuevos mandarines),* Ariel, 1969, pp. 155-225, trad. de Juan Ramón Capella; Leilah Danielson, "Christianity, Dissent, and the Cold War: A. J. Muste's Challenge to Realism and US Empire", *Diplomatic History*, 30(4), 2006, pp. 645- 669; Harvey (2018); Terkel (2015).

20 y 21. Mazower (2017); el dato de los vetos, en Claude-Albert Colliard, *Instituciones de relaciones internacionales* (Fondo de Cultura Económica, 1978); Joan W. Scott, *Sobre el juicio de la historia* (Alianza, 2022); Elizabeth Borgwardt, *A New Deal for the World. America's Vision for Human Rights* (Harvard University Press, 2005); Judith Shklar, *Legalism. Law, Morals and Political Trials* (Harvard University Press, 1986); A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Atheneum, 1962); Mark A. Drumbl, *Memorializing Dissent: Justice Pal in Tokyo* (Cambridge University Press, 2020); la cita de Jackson sobre la guerra, en Scott (2022); James Whitman, *Hitler's American Model: The United States and the Making of Nazi Race Law* (Princeton University Press, 2017); la cita de Lemkin, en Scott (2022).

IV. DE LA GUERRA FRÍA

1 y 2. Terry L. Deibel y John Lewis Gaddis, *La contención, concepto y política* (Grupo Ed. Latinoamericano, 1992); John Lewis Gaddis, *La Guerra Fría* (RBA, 2008); Kennedy (1989); el concepto de "acción policial" aplicado a la guerra de Corea, en Walzer (2001); la cita del general Bradley, en Nouschi (1996); George F. Kennan, *Memorias de un diplomático* (Luis de Caralt, 1972) y "Los orígenes de la contención", en Terry L. Deibel y John Lewis Gaddis (1992), pp. 21-25; Kennedy (1989);

Howard (2007); Albert Camus, *El hombre rebelde* (Alianza, 1982); la cita de Eisenhower, en Kennedy (1989).

3. Matthew A. Evangelista, "Stalin's postwar reappraised", *International Security*, 7, 1982-1983, pp. 110-138, y" The *Soviet Threat*: Intentions, Capabilities, and Context", *Diplomatic History*, 22(3), 1998, pp. 439-449; Kennedy (1989); Nouschi (1996); Gaddis (2008); sobre las *Pentagon Talks*, Hernández Holgado (2022); Steven L. Rearden, *The Evolution of American Strategic Doctrine, Paul H. Nitze and the Soviet Challenge* (Westview Press, 1982); David T. Fautua, "The *Long Pull* Army: NSC 68, the Korean War and the Creation of the Cold War US Army", *The Journal of Military History*, 61, 1997, pp. 93-120; Richard S. Kirkendall, "The Boeing Company and the Military-Metropolitan-Industrial Complex, 1945-1953", *The Pacific Northwest Quarterly*, 85, 1994, pp. 137-149.

4. Lillian Hellman, *Tiempo de canallas* (FCE, 1986); "Prólogo" de Garry Wills a Hellman (1986); *The Hollywood Ten* (1950), vídeo, The Film Division of the Southern California Chapter. National Council of de Artes, Sciences and Professions, https://bitly.ws/32MWW; Matthew A. McIntosh, "The American Legion's Battle against Civil Rights since the Cold War", en *Brewminate: A Bold Blend of News and Ideas*, 11-3-2022, https://bitly.ws/32MXn; Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra cultural* (Debate, 2001).

5. La cita de Brodie, en Nouschi (1996); Robert Jervis, "Mutual Assured Destruction", *Foreign Policy*, 133, 2002, pp. 40-42; Henry Kissinger, *Armas nucleares y política internacional* (Rialp, 1962); *Mis memorias* (Atlántida, 1980), y *Diplomacia* (Ediciones B, 1996); Walt W. Rostow, *Los Estados Unidos en la palestra mundial* (Tecnos, 1962) y *La difusión del poder. Un ensayo de la historia reciente (1957-1972)* (Dopesa, 1973); Dieter Senghaas, *Armamento y militarismo* (Siglo XXI, 1974); Michael Klare, *American Arms Supermarket* (University of Texas Press, 1984); Willy Brandt, *Memorias políticas, 1960-1975* (Dopesa, 1976); Dudley Seers (ed.), *La Europa subdesarrollada. Estudios sobre las relaciones centro-periferia* (H. Blume, 1981); André Beaufre, *La OTAN y Europa* (Instituto de Estudios Políticos, 1971); la cita de De Gaulle, en Robert

McMahon, *La Guerra Fría* (Alianza, 2016); Bertrand Tavernier, *La Guerre sans nom* (1992); International Atomic Energy Agency, "The Radiological Situation at the Atolls of Mururoa and Fangataufa", 1998, https://bitly.ws/32MY9.

6. "NSC 124/2. United States Objectives and Courses of Action With Respect to Southeast Asia", 25-6-1952, Office of the Historian, https://bitly.ws/32MYi; Noam Chomsky, *La guerra de Asia* (Ariel, 1972); Andrés López-Covarrubias, *Good Morning Go Cong. Una historia de españoles en la guerra de Vietnam* (Rialp, 2022); Gaddis (2008); los *Pentagon Papers*, en realidad titulados "Report of the Office of the Secretary of Defense Vietnam Task Force", https://bitly.ws/32MYA; Noam Chomsky y Hans Morgenthau, *El interés nacional y los documentos del Pentágono* (A. Redondo, 1973); Noam Chomsky, *Por razones de Estado* (Ariel, 1975); una buena parte de las filtraciones del programa Phoenix están disponibles en Internet Archive, https://bitly.ws/32MZo; Seymour Hersh, "Huge CIA Operation reported in US against antiwar forces, other dissidents in Nixon years", *The New York Times*, 22-1-1974; el informe completo de las "joyas de la familia", en https://bitly.ws/32MZL; "US Military Used Nerve Gas to Kill Vietnam War Defectors, Report Says", *Los Angeles Times*, 8-6-1998, https://bitly.ws/32N2g; sobre las *My Lai Stories* de Hersh, un compendio en https://bitly.ws/32N2D; además de su libro *My Lai 4. A Repport on the Massacre and its Aftermath* (Random House, 1970), https://bitly.ws/32N2N; Phillip Knightley, *The First Casualty* (Harcourt Brace Jovanovich, 1975); Manu Leguineche, "Palabra de Hersh", *El País*, 16-5-2004; Woolman (1968); Manuel Leguineche y Jesús Torbado, *Los topos* (Argos, 1977); Manuel Leguineche, *La guerra de todos nosotros. Vietnam y Camboya (1948-1985)* (Plaza & Janés, 1985) y *Annual 1921. El desastre de España en el Rif* (Alfaguara, 1996); Telford Taylor, *Nuremberg and Vietnam. An American Tragedy* (Quadrangle, 1970), citado en Chomsky (1975); las citas de Henderson y Griffith, en Chomsky (1975); Walzer (2001); la cita de Russell, en Noam Chomsky, *La guerra de Asia* (Ariel, 1972); Mosse (2016).

7. Cita de Sontag, en VV AA, *USA: Después de Vietnam* (Anagrama,

1975); Noam Chomsky, "La responsabilidad de los intelectuales", en Chomsky (1969); Peter Novick, *That Noble Dream. The "Objectivity Question" and the American Historical Profession* (Cambridge University Press, 1988); cita de Taylor en Chomsky (1975); Leonard C. Lewin, *Report from Iron Mountain On the Possibility and Desirability of Peace* (Dial Press, 1967); la traducción francesa se publicó al año siguiente, con prólogo de John Kenneth Galbraith, *La Paix Indésirable? Rapport sur l'utilité des guerres* (Calmann-Lévy, 1968); la reed. en inglés (The Free Press, 1996), que contó con una introducción a cargo de Victor Navasky, está disponible en https://bitly.ws/32N3J; el artículo aclarador de Lewin, "*Report From Iron Mountain*. The Guest Word", en *New York Times Book Review*, 19-3-1972, https://bitly.ws/32N3Y.

8. Navasky, en Leonard Lewin, *Report from Iron Mountain* (The Free Press, 1996); Rearden (1982); Thomas K. Duncan y Christopher J. Coyne, "The Origins of the Permanent War Economy", *The Independent Review*, 18(2), 2013, pp. 219-240; Roger W. Lotchin, "The Political Culture of the Metropolitan-Military Complex", *Social Science History*, 16(2), 1992, pp. 275- 299; sobre el litigio del "reparto de las cargas", Hernández Holgado (2022); Nouschi (1996).

9. Kennedy (1989); Oreste Bovio, "La estandarización: problema cada vez más actual de la OTAN", *Boletín de Información* nº 102, CESEDEN, junio-julio de 1976; Gwyn Prins, *Defended to Death* (Penguin, 1983); Gaddis (2008); Fred Halliday, *Génesis de la segunda Guerra Fría* (UNAM-FCE-CIP-FHP, 1989); Barry R. Posen y Stephen Van Evera, "Defense Policy and the Reagan Administration. Departure from Containment", *International Security*, 8, 1983, pp. 3-45; Jeffrey Record, "The Rapid Deployment Force: Problems, Constraints, and Needs", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 457, 1981, pp. 109-120; la cita de Komer, en Noam Chomsky, *El miedo a la democracia* (Crítica, 1992); las citas de Brzezinski, en Halliday (1989); Jim Paul, "The Coup", *MERIP Reports*, 93, 1981, pp. 3-4; Ben Lowe, *La cara oculta de la OTAN* (Revolución, 1986).

10. Colin S. Gray y Keith Paine, "Victory is Possible", *Foreign Policy*, 39,

1989, pp. 14-27; Posen y Van Evera (1983); la declaración de Reagan de 16 de octubre de 1981, en Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos* (Siglo XXI, 1996); Sierra Pettengill y Pacho Vélez, *The Reagan Show* (2017), documental; sobre la IDS, Edward P. Thompson y Ben Thompson, *La guerra de las galaxias* (Crítica, 1986); Naomi Klein, *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism* (Knopf, 2007); Simon Lunn, *Burden sharing in NATO* (Royal Institute of International Affairs, 1983); la cita de Reagan, en Gaddis (2008); la cita de Weinberger, en Noam Chomsky, Jonathan Steele y John Gittings, *Superpotencias en colisión. La nueva guerra fría de los años ochenta* (Debate, 1985); Robert Tucker, "The Purposes of American Power", *Foreign Affairs*, 59(2), 1980, pp. 241-274; Esther Barbé (1984), *España y la OTAN: la problemática europea en materia de seguridad* (Laia, 1984); la NSDD 32, comentada en Christopher Simpson, *National Security Directives of the Reagan and Bush Administrations. The Declassified History of US Political and Military Policy, 1981-1991* (Westview Press, 1995); la lista de Directivas de Seguridad Nacional desclasificadas de la Administración Reagan, en https://bitly.ws/32N5a; Maggie Lowry, "Una voz en los campamentos de la paz. Greenham Common y Upper Heyford", en VV AA, *Antes muertas. Mujeres contra el peligro nuclear*, LaSal, 1984, pp. 88-92; Ann Pettit, *Walking to Greenham: How the Peace-Camp began and the Cold War ended* (Honno Press, 2006); Generales por la Paz y el Desarme, *La OTAN al descubierto. Trece ex-generales de la OTAN analizan la estrategia nuclear de la Alianza Atlántica* (Debate, 1985); Stanley Hoffmann, "NATO and Nuclear Weapons: reasons and unreason", *Foreign Affairs*, 60(2), 1981, pp. 327-346; la cita de Holloway, en Mariano Aguirre, *De Hiroshima a los euromisiles* (Tecnos, 1984); Joseph Roussel, "The Pipeline Revisited", *Government and Opposition*, 21(2), 1986, pp. 218-230; sobre el caso Farewell, "Update: Agent Farewell and the Siberian Pipeline Explosion", 26-4-2013, https://bitly.ws/32N5I, y Thomas Reed, *At the Abyss: An Insider's History of the Cold War* (Presidio Press, 2005); André Gunder Frank, *El desafío europeo. De la Alianza Atlántica a la entente paneuropea en favor de la paz y el trabajo* (Ed. Pablo Iglesias, 1983).

11. SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute), *Anuario 1985*, https://bitly.ws/32N66; Gaddis (2008); Melvin P. Leffler, *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría* (Crítica, 2008); Edward P. Thompson, *Nuestras libertades y nuestras vidas* (Crítica, 1987); Mark Hertsgaard, en Petra K. Kelly, *Por un futuro alternativo. El testimonio de una de las principales pensadoras-activistas de nuestra época* (Paidós, 1994), pp. 157-72; Rebecca Jane Lloyd, *A Green Utopia: The Legacy of Petra Kelly*, tesis doctoral, University of Western Australia, 2005; la cita de Kelly, en Petra K. Kelly, *Luchar por la esperanza. Sin violencia hacia un futuro verde* (Debate, 1983); Marcos Román Prieto, "Epílogo", en Christa Wolf, *August* (Las migas de pan también son pan, 2020), pp. 41-53, trad. de Marcos Román Prieto; Christa Wolf, *La ciudad de Los Ángeles o El abrigo del Dr. Freud* (Alianza, 2012), trad. de Carmen Gauger; y *Casandra* (Círculo de Lectores, 1987), con ilustraciones de Núria Quevedo, trad. de Miguel Sáenz; Linda Schelbitzki, "Scratching Away the Male Tradition: Christa Wolf's *Kassandra*", *Contemporary Literature*, 27(1), 1986, pp. 32-47.

V. DE LA POSGUERRA FRÍA

1. Hobsbawm (1995); James Schlesinger, "El mantenimiento del compromiso norteamericano", *Revista de la OTAN*, febrero de 1989; Manfred Wörner, "Una época de cambios acelerados", *Revista de la OTAN*, diciembre de 1989; cita de Waltz en María Angustias Caracuel Raya, *Los cambios de la OTAN tras el fin de la Guerra Fría* (Tecnos, 1997); Scott (2022); Francis Fukuyama, "The End of History", *The National Interest*, 16, 1989, pp. 3-18; Daniel Bell, *The End of Ideology: on the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties* (Harvard University Press, 1960).

2. Editorial de *Foreign Affairs*, 69(4), 1990; sobre el pasado de George Bush como agente de la CIA en 1963, más de diez años antes de su promoción como director, Joseph McBride, "George Bush, CIA Operative", *The Nation*, 16-07-1988, https://bitly.ws/32N9z; Kennedy

(1989); Manfred Wörner, "La Alianza Atlántica en una nueva era", *Revista de la OTAN*, febrero de 1991; Nouschi (1996); Carlos Varea y Ángeles Maestro (eds.), *Guerra y sanciones a Irak. Naciones Unidas y el "Nuevo Orden Mundial"* (Los Libros de la Catarata, 1997); Carlos Taibo, "La Unión Soviética y el conflicto del Golfo. Un estudio sobre las actitudes y la política de la URSS", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 21, 1991, pp. 105-120; National Security Archive, "Gorbachev's 'Diplomatic Marathon' to Prevent the 1991 Persian Gulf War", https://bitly.ws/32Na4; la amenaza de Baker, citada en Varea y Maestro (1997); Kevin T. Jones, "'One More Time, Let Me Justify This War': An Analysis of President Bush's Declaration of Days of Thanksgiving", Annual Meeting of the Speech Communication Association, Atlanta, 1991, https://bitly.ws/32Naq; Howard (2007); Kennedy (1989).

3. Nouschi (1996); Wörner (1991); OTAN, "Declaración de Roma sobre Paz y Cooperación", 7-8 de noviembre de 1991, https://bitly.ws/32NaP; sobre la desintegración del antiguo espacio político yugoeslavo, Carlos Taibo y José Carlos Lechado, *Los conflictos yugoslavos. Una introducción* (Fundamentos, 1993); Carlos Taibo, *Para entender el conflicto de Kosova* (Los Libros de la Catarata, 1999); y *La desintegración de Yugoslavia* (Los Libros de la Catarata, 2000); el discurso de Baker, en Rieff (1996); Mazower (2017).

4. Rostow (1973); Edward Said, *Cultura e imperialismo* (Anagrama, 1996); Kennan (1992); Edward Said, "La campaña contra el terror islámico", *El País*, 15-4-1996; Cynthia Enloe, *The Morning After: Sexual Politics at the End of the Cold War* (University of California Press, 1993); "Mujeres y niños primero: las herramientas propagandísticas del patriarcado, *Papeles para la Paz*, 43, 1991, pp. 169-177; Fátima Mernissi, "El velo y el terror", *Mujer*, 116, 2001, https://bitly.ws/32Ncp.

5. Cita de Les Aspin, en "Estados Unidos asegura que el mayor peligro para la paz procede del armamento nuclear en manos terroristas", *El País*, 21-10-1993; "La CIA predice un auge del terrorismo en los próximos años", *El País*, 20-12-1995; "El terrorismo, principal amenaza en el siglo XXI, según el IIS", *El País*, 25-4-1996; Howard (2007); las

referencias a Crenshaw y Coady, en Bellamy (2009); "La amenaza viene de China", entrevista a S. Huntington, *El País*, 24-5-1995; Samuel P. Huntington, "The Clash of civilizations?", *Foreign Affairs*, 72(3), 1993, pp. 22-49; Chomsky (1992); Martin Jelsma y Theo Roncken (coords.), *Democracias bajo fuego. Drogas y poder en América Latina* (Brecha, 1998); "Estados Unidos levanta de hecho el embargo de armas de alta tecnología a Latinoamérica", *El País*, 8-4-1997; SIPRI, *Anuario 2001*, https://bitly.ws/32NdM, y *Anuario 2010*, https://bitly.ws/32Ne2.

6 y 7. Huntington (1993); Nouschi (1996); Kennedy (1989); Chomsky (1969); Samuel P. Huntington, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Paidós, 2004); Walzer (2001); Thomas G. Weiss, "On the Brink of a New Era? Humanitarian Interventions, 1991-1993", *The Brown Journal of World Affairs*, 1(2), 1994, pp. 235-260; Itziar Ruiz-Giménez Arrieta, *La intervención humanitaria en las relaciones internacionales: Del cambio normativo a la realidad intervencionista de la posguerra fría*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2002, y *Las "buenas intenciones". Intervención humanitaria en África* (Icaria, 2003); Jean-Hervé Bradol, "Introducción. Un orden mundial sanguinario y la acción humanitaria", en Fabrice Weissman, *A la sombra de las guerras justas. El orden internacional y la acción humanitaria* (Icaria, 2004), pp. 17-34; "Bosnia is the Classic Case of Using Humanitarian Aid as a Smokescreen to Hide Political Failure", entrevista a Mark Duffeld, *Middle-East Report*, marzo-junio de 1994, pp. 18-23; Mark Duffeld, "Globalization and War Economies: Promotion Order or the Return of History?", *The Fletcher Forum of World Affairs*, 23(2), 1999, pp. 21-36, y *Global governance and the new wars: the merging of development and security* (Zed Books, 2001); Robert D. Kaplan, *Fantasmas balcánicos* (B.S.A., 1993); Huntington (1993 y 2004); Mark Mazower, *Los Balcanes* (Mondadori, 2001); Richard Holbrooke, *Para acabar una guerra* (Ramdom House, 1999).

8. Anthony Lake, "Los Estados Unidos y su presencia exterior", *Polítca Exterior*, 7(35), 1993, pp. 112-126; el editorial del *Washington Post*, en Paul C. Warnke, "¿Son compatibles el desarme nuclear y la ampliación

de la OTAN?", *Papeles de Cuestiones Internacionales*, 61, 1997, pp. 121-128; Ronald D. Asmus, Richard L. Kugler y F. Stephen Larrabee, "Building a New NATO", *Foreign Affairs*, 72(4), 1993, pp. 28-40; George Kennan, "A Fateful Error", *The New York Times*, 5-2-1997, https://bitly.ws/32Ngj.

9. Bellamy (2009); Bruce R. Nardulli, Walter L. Perry, Bruce R. Pirnie, John Gordon IV y John G. McGinn, *Disjointed War. Military Operations in Kosovo* (RAND, 1999); R. Craig Nation, *War in the Balkans, 1991-2002* (Strategic Studies Institute, US Army War Colllege, 2003); "La Alianza reconoce que causó pocos daños al Ejército serbio", *El País*, 29-6-1999; *Kosovo Memory Book*, https://bitly.ws/32Nhp; Thornsten Gromes, *A Humanitarian Milestone? NATO's Intervention in Kosovo and Trends in Military Responses to Mass Violence* (Peace Research Institute Frankfurt, 2019); Wesley Clark, *Waging Modern War: Bosnia, Kosovo and the Future of Combat* (Public Affairs, 2003); Tiziana Boari, "Raçak, bugia di Guerra," *Il Manifesto*, 6-2-2001, https://bitly.ws/32Nha; Barton Gelman, "How We Went to War", *The Washington Post*, 26-4-1999, pp. 6-9; Phillip Knightley, "Propaganda wars. Phillip Knightley places the Kosovo atrocity stories in their historical context", *The Independent*, 27-6-1999, p. 29; Francisco Veiga, "El arte de la improvisación: la intervención internacional en Bosnia y Kosovo, 1994-1999", en VV AA, *Informe sobre el conflicto y la guerra de Kosovo* (Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1999), pp. 313-350; Peter Dombrowski y Andrew L. Ross, "The Revolution in Military Affairs, Transformation and the Defence Industry", *Security Challenges*, 4(4), 2008, pp. 13-38; Concepto Estratégico de la OTAN aprobado en 1999, en https://bitly.ws/32NhL; Lake (1993); Robert Kagan, *Poder y debilidad. Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial* (Taurus, 2003).

10. SIPRI, *Anuario 1999*, https://bitly.ws/32Nim, y *Anuario 2000*, https://bitly.ws/32NiD; K. P. O'Reilly, "Perceiving Rogue States: The Use of the *Rogue State* Concept by US Foreign Policy Elites", *Foreign Policy Analysis*, 3(4), 2007, pp. 295-315; discurso de Madeleine Albright en la Universidad de Carolina del Sur, febrero de 1998, citado en O'Reilly

(2007); *A National Security Strategy for a New Century* (1999), https://bitly.ws/32Njd; Paul D. Hoyt, "The Rogue State Image in American Foreign Policy, *Global Society*, 14, 2000, pp. 297-310, https://bitly.ws/35Np5; Las declaraciones de George W. Bush en campaña electoral, en *El Paí*s, 11-2-2001.

VI. DE LA GUERRA PERMANENTE

1. Noam Chomsky, *11/09/2001* (RBA, 2001); Enric Ibarz Pascual, "La guerra justa en la era del terror", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 91, pp. 233-259; Bellamy (2009); Brown University's Watson Institute for International Studies. Costs of War, *War-related Death, Injury & Displacement in Afghanistan and Pakistan 2001-2014*, mayo de 2015, https://bitly.ws/32Nn8; The White House, *The National Security Strategy*, septiembre de 2002, https://bitly.ws/32NnU; Manuel Pérez González, "La legítima defensa puesta en su sitio: observaciones críticas sobre la doctrina Bush de la acción preventiva", *Revista Española de Derecho Internacional*, 55(1), 2003, pp. 187-204; Eduardo Melero Alonso, "La guerra de Afganistán: una guerra también contra el Derecho", *Mientras tanto*, 109, 2008, pp. 91-96; *A National Security Strategy for a New Century* (1999); "Universalism and the West. An Agenda for Understanding", *Harvard International Review*, 23(2), 2001, pp. 19-23; Chomsky (2001); Enloe (1991 y 1993); Nancy W. Jabbra, "Women, Words and War: Explaining 9/11 and Justifying US Military Action in Afghanistan and Iraq", *Journal of International Women's Studies*, 8(1), pp. 236-255, https://bitly.ws/32Npn; la cita de Churchill, en Balfour (2002); John K. Cooley, *Guerras profanas. Afganistán, Estados Unidos y el terrorismo internacional* (Siglo XXI, 2002); "How Jimmy Carter and I Started the Mujahideen", entrevista con Zbigniew Brzezinski, *Le Nouvel Observateur*, 15-21 de enero de 1998; Ronard Steel, "The Weak at War With the Strong", *The New York Times*, 14-9-2001, https://bitly.ws/32Npw; Michael Walzer, "First: Define the Battlefield", *The New York Times*, 21-9-2001, https://bitly.ws/32NpH; "The Triumph of Just War Theory (and the Dangers of Success)", *Social Research*, 69(4), 2002, pp. 925-944; una

crítica a la valoración de Walzer en Laurie Calhoun, "Michael Walzer on Just War Theory's 'Critical Edge': More Like a Spoon Than a Knife", *The Independent Review*, 10(3), 2006, pp. 419-424; sobre la frase de Albright, Rahul Mahajan, "'We Think the Price Is Worth It'", *FAIR*, 1-11-2001, https://bitly.ws/32Nry; Hans von Sponeck y Denis Halliday, "The hostage nation", *The Guardian*, 29-11-2001, https://bitly.ws/32NrP.

2. Sobre el "Proyecto para el nuevo siglo americano", https://pnac.info/; la cita de Rice procede de una entrevista de *Der Spiegel* publicada en *El País*, 6-9-2002; George W. Bush, The White House, "Discurso del presidente sobre el estado de la nación", 29-1-2002, https://bitly.ws/32Nuv; Kennedy (1989); Mary Kaldor, *The Baroque Arsenal* (Hill & Yang, 1981); SIPRI, *Anuario 1999*; World Bank, gráficas de la evolución del gasto militar mundial (1960-2020), en porcentaje del PIB, de Estados Unidos y de la UE, a partir de datos del SIPRI, https://data.worldbank.org/; Michael Walzer sobre la guerra de Irak (2012), https://bitly.ws/32Nvv; Bellamy (2009); Ewen MacAskill y Julian Borger, "Iraq war was illegal and breached UN charter, says Annan", *The Guardian*, 16-9-2004; Calhoun (2006); Iraq Body Count, https://bitly.ws/32NvQ; Wikileaks, https://wikileaks.org/irq; Watson Institute, "Human cost of post-9/11 wars: direct war deaths in major war zones", https://bitly.ws/32Nwi; Seymour M. Hersh, "Torture at Abu Ghraib", *The New Yorker*, 30-4-2004.

3. Robert Cooper, "The New Liberal Imperialism", *The Guardian*, 7-4-2002, https://bitly.ws/32NwG; un aporte sobre la distinción entre "pre-emptive war" y "preventive war", en Steven J. Barela, "Preemptive or Preventive War: A Discussion of Legal and Moral Standards", *Denver Journal of International Law & Policy*, 33(1), 2004, pp. 31-44; apoyándose también en Grocio, una interpretación más restrictiva de la "pre-emption" es la de David Clough y Brian Stiltner, "On the Importance of a Drawn Sword: Christian Thinking about Preemptive War and Its Modern Outworking", *Journal of the Society of Christian Ethics*, 27(2), 2007, pp. 253-271; Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, parte II-IIae, cuestión 64, art. 7, https://bitly.ws/32Nxk; Laurie Calhoun, *We Kill*

Because We Can: From Soldiering to Assassination in the Drone Age (Zed Books, 2016).

4 y 5. Mate (2009); Hanna Arendt, *Eichmann en Jerusalén* (DeBolsillo, 2016); "WikiLeaks Reveals Secret Files on All Guantanamo Prisoners", https://bitly.ws/32NxA; para un resumen de las controversias sobre Guantánamo, Jonathan Masters, "Guantanamo Bay: Twenty Years of Counterterrorism and Controversy", *Council on Foreign Relations*, 9-9-2022, https://bitly.ws/32NxR; Pankaj Mishra, *La edad de la ira. Una historia del presente* (Galaxia Gutenberg, 2017); Iain Boal, T. J. Clark, Joseph Matthews y Michael Watts, *Afflicted Powers. Capital and Spectacle in a New Age of War* (Verso, 2005); Klein (2007); Ramón Fernández Durán, *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente. El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak* (Virus, 2003); Ramón Fernández Durán y Luis González Reyes, *En la espiral de la energía. Historia de la humanidad desde el papel de la energía (pero no solo)* (Libros en Acción, 2018); Kennedy (1989); International Energy Agency, *Informe de 2010*, https://bitly.ws/32Nyq; Antonio Turiel, *Petrocalipsis. Crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar* (Alfabeto, 2020); Antonio Turiel y Juan Bordera, *El otoño de la civilización. Textos para una revolución inevitable* (CTXT, 2022); Lewis Mumford, *Técnica y civilización* (Alianza, 1998), trad. de Constantino Aznar de Azevedo; Jonathan Crary, *Tierra quemada, Hacia un mundo poscapitalista* (Ariel, 2022).

6. Asmus, Kugler y Larrabee (1993); Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos* geostratégicos (Paidós, 1998); Bernard Wasserstein, *Barbarism and Civilization. A History of Europe in Our Time* (Oxford University Press, 2007); Kagan (2003); Declaración de la Cumbre de Praga (2002), https://bitly.ws/32NyV; Lucie Béraud-Sudreau, Alexandra Marksteiner, Diego Lopes da Silva, Nan Tian, Alexandra Kuimova, Pieter D. Wezeman y Siemon T. Wezeman, "Mapping the International Presence of the World's Largest Arms Companies", SIPRI, 2020; Declaración de la Cumbre de Gales (2014), https://bitly.ws/Byi8; la gráfica de la evolución del gasto militar europeo, 1990-2020, en https://data.worldbank.org/, a partir de

datos del SIPRI; SIPRI, "Surge in arms imports to Europe, while US dominance of the global arms trade increases", 13-3-2023; Ramón Vilaró, "La OTAN, preocupada por el deterioro ambiental", *El País*, 23-10-1976; "NATO and the security implications of climate change", 28-9-2020, https://bitly.ws/32NzJ; Neta C. Crawford, *The Pentagon, Climate Change and War. Charting the Rise and Fall of US Military Emissions* (The MIT Press, 2022); Javier García Raboso, "La OTAN y el cambio climático", en Gabriela Serra (coord.), *La OTAN, construyendo inseguridad global*, Informe del Centre Delàs d'Estudis per la Pau, 2022, pp. 34-37; Kagan (2003); Brzezinski (1998).

7. Kennedy (1989); National Security Archive, "NATO Expansion: What Gorbachev Heard", https://bitly.ws/32NAh; Asmus, Kugler y Larrabee (1993); Huntington (1993 y 2004); Brzezinski (1998); Kagan (2003); Kennan (1997); Nouschi (1996); Carlos Taibo, *El conflicto de Chechenia. Una guía introductoria* (Los Libros de la Catarata, 2000) y *Rusia frente a Ucrania. Imperios, pueblos, energía* (Los Libros de la Catarata, 2014; ed. ampliada en 2022); Medecins Sans Frontières, "War crimes and politics of terror in Chechnya 1994-2004", MSF Speaking Out, https://bitly.ws/32NAM; Blom (2010); Carlos Taibo, *La Rusia de Yeltsin* (Síntesis, 1995); Alexandr Dugin, "Notas sobre la guerra I", Geopolitika.ru, 3-3-2022, https://bitly.ws/32NB2; Emmanuel Carrère, *Limónov* (Anagrama, 2013); Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo* (Alianza, 1988); Luis Antonio Rodríguez Abascal, "El papel del nacionalismo en la guerra yugoslava: los casos serbio y croata", *Cuadernos del Este*, 5, 1992, pp. 63-75.

8 y 9. Blom (2010); Gelinada Grinchenko, "*Ostarbeiters* del Tercer Reich: recordar y olvidar como estrategias de supervivencia", *HAFO (Historia, Antropología y Fuentes Orales)*, 35, 2006, pp. 123-135; "Oral Histories of Former Ucrainian Ostarbeiter", en Alexander von Plato, Almut Leh y Christoph Thonfeld (eds.), *Hitler's Slaves: Life Stories of Forced Labourers in Nazi-Occupied Europe* (Berghahn Books, 2010), pp. 250-261; Gelinada Grinchenko y Martha D. Olynyk, "The Ostarbeiter of Nazi Germany in Soviet and Post-Soviet Ukrainian Historical Memory", *Canadian Slavonic*

Papers / Revue Canadienne des Slavistes, 54(3-4), 2012, pp. 401-426; Kennedy (1989); Jordi Guixé i Coromines, *Past and Power. Public Policies on Memory, Debates, from Global to Local* (University of Barcelona, 2016); Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-famine* (Oxford University Press, 1986); Andrea Graziosi, "The Soviet 1931-1933. Famines and the Ukrainian Holodomor: Is a New Interpretation Possible, and What Would Its Consequences Be?", *Harvard Ukrainian Studies*, 27(1-4), 2004-2005, pp. 97-115; Alexander J. Motyl, "Deleting the Hololodomor; Ukraine Unmakes Itself", *World Affairs*, 173(3), pp. 25-33; y su reseña "Review Article Imagined Communities, Rational Choosers, Invented Ethnies", *Comparative Politics*, 34(2), 2002, pp. 233-250; Cristian Segura, "El mito del líder fascista Bandera solivianta a los aliados de Ucrania", *El País*, 8-1-2023; Anna Colin Lebedev, *Jamais frères? Ukraine et Russie: une tragédie postsoviétique* (Seuil, 2022); Ignacio Hutin, *Ucrania/Dombass* (Apostroph, 2022); Albert Branchadell, "Les llengües a Ucraïna", *L'Avenç*, 386, 2013, pp. 35-39; Natascha Wodin, *Mi madre era de Mariúpol* (Los Libros del Asteroide, 2017); Taja Gut, *Svetlana Geier, una vida entre lenguas* (Tres Hermanas, 2021); Patricia Petherbridge-Hernandez y Rosalind Latiner Raby, "Twentieth-Century Transformations in Catalonia and the Ukraine: Ethnic Implications in Education", *Comparative Education Review,* 37(1), 1993, pp. 31-49; Taibo (2014 y 2022); "El presidente de Ucrania promulga la ley que refuerza el ucraniano como idioma oficial", *Europa Press Internacional*, 15-5-2019; Mazower (2017).

10. ACNUR, "Conflict-related civilian casualties in Ukraine", 27-1-2022; ONU, "Ukraine: civilian casualty update 31 July 2023", https://bitly.ws/32NCN; ACNUR, "Report on the human rights situation in Ukraine 16 February to 15 May 2016"; los datos del gasto militar mundial y de la Federación Rusa, en World Bank a partir de SIPRI, https://data.worldbank.org/; Rafat Ghotme y Alejandra Ripoll, "Responsabilidad de proteger (los intereses): el caso de la OTAN en Libia", *Reflexión Política*, 20(39), 2018, https://bitly.ws/32NDi; "Syria Files", Wikileaks, https://bitly.ws/32NDz; Joseba Elola, ""A los

incompetentes les encanta el secretismo'", entrevista a Julian Assange, *El País*, 29-11-2015; ONU, "UN Human Rights Office estimates more than 306,000 civilians were killed over 10 years in Syria conflict", 28-6-2022; proyecto Migrantes Desaparecidos, https://bitly.ws/B2kq; Marc Almodóvar Martínez, *Egipto en la barricada. Revolución y contrarrevolución más allá de Tahrir* (Virus, 2014).

11. Brzezinski (1998); Carlos González Villa, *Las revoluciones de colores* (Eurasian Hub, 2011); Daliborka Jankovic, *After the Color Revolutions. A comparative Analysis of the Democratization Processes in Georgia, Ukraine, and Kyrgyzstan* (VDM, 2011); Rodney Foliente, "Ucrainians complet their mission in Irak", *US Army*, 11-12-2008, https://bitly.ws/32NEo; Francisco Veiga, *Ucrania 22. La guerra programada* (Alianza, 2022); "Fiscales ucranianos afirman que Viktor Yushchenko no fue envenenado", *Europa Press Internacional*, 2-9-2011, https://bitly.ws/32NEC; Taibo (2014 y 2022); Robert Charvin, *Rusofobia. ¿Hacia una nueva guerra fría?* (El Viejo Topo, 2022).

12 y 13. Veiga (2022); "How much does the US give other countries in military aid?", *USA Facts*, 3-5-2022, https://bitly.ws/32NEW; Transparency International, *Corruption Perceptions Index 2021*, https://www.transparency.org/en/cpi/2021; Willy Papa, Nicolás Fresco, Arthur Genre, *La story de Zelensky*, documental RTVE, 2022; OCCRP, Organized Crime and Corruption Reporting Project, https://bitly.ws/32NFH; Mosse (2016); Hutin (2022); Luis de Vega, "Zelenski rinde homenaje a Da Vinci, un héroe local muerto en Bajmut", *El País*, 10-3-2023; Seymour Hersh (2023), y "Así eliminó Estados Unidos los gasoductos Nord Stream", *CTXT*, 8-2-2023; Noam Chomsky, "Hersh será silenciado y vilipendiado", *CTXT*, 17-2-2023; Jeffrey Sachs, "Briefing to the UN Security Council on the Nord Stream pipeline", 21-2-2023, https://bitly.ws/32NGi; "Update: Agent Farewell and the Siberian Pipeline Explosion" (2013); Gonzalo Escribano, "¿Qué se juega Europa entre Armenia y Azerbaiyán", *El País*, 14-10-2020; Taibo (2014 y 2022); cita de Karamanov en Rafael Poch de Feliu, *La invasión de Ucrania* (CTXT, 2022); Serguéi Karamanov, *Global Affairs Russia*, 27-10-2022,

https://bitly.ws/32NGE.

14. *NATO 2022 Strategic Concept*, https://bitly.ws/yZd7; SIPRI, "Surge in arms imports to Europe, while US dominance of the global arms trade increases", 13-3-2023; Pascual Serrano, *Prohibido dudar. Las diez semanas en que Ucrania cambió el mundo* (Akal, 2022); Jürgen Habermas, "Hasta dónde apoyamos a Ucrania", *El País*, *Ideas*, 8-5-2022; NATO, "The Secretary General's Annual Report 2022", https://bitly.ws/32NHX; SIPRI, "World military expenditure reaches new record high as European spending surges", 24-4-2023; *Defence Security Cooperation Agency*, https://bitly.ws/32NI7; Jonathan Masters y Will Merrow, How Much Aid Has the US Sent Ukraine? Here Are Six Charts", *Council on Foreign Relations*, 10-7-2023, https://bitly.ws/32NId.

15. Serrano (2022); Beatriz Navarro, "Cae el tabú de los muros", *La Vanguardia*, 11-2-2023; Manuel G. Pascual, "Los algoritmos se ceban con los más vulnerables en las redes: los inmigrantes son negros y tumultuosos; los refugiados, blancos y tranquilos", *El País*, 24-4-2021; Eticas, "Portrayal of Migrants on Youtube", https://bitly.ws/32NIQ; *Operational Data Portal. Ukraine Refugee Situation*, 9-5-2023, https://bitly.ws/32NJr; *Amnesty International*, "UE: Debe ofrecerse protección temporal a todas las personas que huyen de Ucrania", 3-3-2022; "España: El conflicto de Ucrania visibiliza el doble rasero a la hora de proteger las personas refugiadas", 16-6-2022; Julio Montes, "La desinformación: un arma moderna en tiempos de guerra", *Cuadernos de periodistas*, 44, 2022, pp. 41-48; Reglamento (UE) 2022/350 del Consejo de 1 de marzo de 2022, publicado en *DOUE* nº65, 2-1-2022, pp. 1-4, https://bitly.ws/32NJV; Montes (2022) y Serrano (2022); Juan Gabriel Vásquez, "Soldados de prensa", *El País*, 30-3-2023; Irene Zugasti, "Que el mundo lo cuenten ellas", *CTXT*, 8-5-2023, https://bitly.ws/32NK3; Pablo Iglesias, "Creuheras y Afinogenova", *CTXT*, 29-4-2023, https://bitly.ws/32NL4; María R. Sahuquillo, "La última batalla de Bajmut, la ciudad emblema de la resistencia ucrania en Donbás" y "Los ojos ucranios que cazan a las fuerzas rusas de Bajmut", *El País*, 3-3-2023; "Mensajes en clave sobre cuarteles y armas: así sabotearon a Rusia

los partisanos ucranios en la Jersón ocupada", *El País*, 22-3-2023; Luis de Vega, "Los héroes de la resistencia a las puertas de Kyiv", *El País*, 23-2-2023; Cristian Segura, "El general ucranio Serguéi Melnik…", *El País*, 24-4-2023; María R. Sahuquillo, "Barro y trincheras en los bosques de Yampil: la contraofensiva ucrania pugna por una pieza clave en el frente de Donbás", *El País*, 28-12-2022; Andy Kent, "Highland surgeon tells of WW1-type injuries in Ukraine", *BBC News*, 11-1-2023; Cristian Segura, "Ucrania lanza la ofensiva Tiktok", *El País*, 22-1-2023; Kyle Chayka, "Watching the World's 'First TikTok War'", *The New Yorker*, 3-3-2022, https://bitly.ws/32NLw; Ana Fuentes, "Ucrania, las redes y el 'gore' bélico", *El País*, 12-1-2023; Rachel Donadio y Annie Leibovitz, "Portrait of Bravery", *Vogue*, 26-7-2022, https://bitly.ws/t9Yg; Martha Rosler, https://www.martharosler.net/; Jonathan Littell, "La guerra incesante de Vladímir Putin", *El País*, 5-3-2022; Cristian Segura, "Rusia pone en el punto de mira a un militar trans", *El País*, 17-5-2022; *Global Gender Gap Report* 2021, https://bitly.ws/Ui4P.

CODA PALESTINA

"Israel revises Hamas attack death toll to 'around 1,200'", *Reuters*, 10-11-2023, https://bitly.ws/32Pcu; Nidal Al-Mughrabi, "Gaza death toll tops 10,000; UN calls it a children's graveyard", *Reuters*, 6-11-2023, https://bitly.ws/32PcE.

1. "Michael Walzer, filósofo: Una confederación de Israel, Palestina y Jordania sería una solución maravillosa", *El País*, 30-10-2023; Walzer (2001), p. 294.

2. Ed Pilkington, "Top UN official in New York steps down citing 'genocide' of Palestinian civilians", *The Guardian*, 31-10-2023; *Security Council Report*, A/RES/194, https://bitly.ws/32Pd9; "Israel representative takes stock: "The UN is broken and morally corrupt", *Pledge Times*, 26-10-2023, https://bitly.ws/32Pdu; Emma Farge, Gabrielle Tétrault-Farber y Riham Alkousaa, "UN mourns record death toll in war with over 100 employees killed in Gaza", *Reuters*, 10-11-2023, https://bitly.ws/32PdS;

"UN General Assembly adopts Gaza resolution calling for immediate and sustained 'humanitarian truce'", *UN News*, 26-10-2023, https://bitly.ws/32Pea; "White House walks back Biden's claim he saw children beheaded by Hamas", *Al Jazeera*, 12-10-2023; "Defense minister announces 'complete siege' of Gaza: No power, food or fuel", *The Times of Israel*, 9-10-2023.

3. Mat Nashed, "Western coverage of Israel's war on Gaza – bias or unprofessionalism?", *Al Jazeera*, 29-10-2023; OCHA (United Nations Office for the Coordination of Humanitarian Affairs), "Key figures on the 2014 hostilities", 23-6-2015, https://bitly.ws/32Pez; Edgar Morin, "Horrores y errores en tierra de mitos", *El País*, *Ideas*, 22-10-2023; Aleida Assmann, "The Holocaust – a Global Memory? Extensions and Limits of a New Memory Community", en Aleida Assmann y Sebastian Conrad (eds.), *Memory in a Global Age. Discourses, practices and trajectories* (Palgrave Macmillan, 2010), pp. 97-117; la cita de Begin, en Peter Novick, *The Holocaust and Collective Memory* (Bloomsbury, 2001); Novick (2001) y Norman Finkelstein, *The Holocaust Industry: reflections on Exploitation of Jews Suffering* (Verso, 2000); Ilan Pappé, "Why Israel wants to erase context and history in the war on Gaza", *Al Jazeera*, 5-11-2023, https://bitly.ws/32Pf4; el discurso televisado de Jaid Lapid del 7 de noviembre de 2023, en https://bitly.ws/32Pfs; Luis de Vega, "Cerco en Israel a quienes expresen su solidaridad con Gaza: es una 'cacería' contra los palestinos", *El País*, 26-10-2023; "Israel passes Jewish state law, enshrining 'national home of the Jewish people'", *Times of Israel*, 19-7-2018, https://bitly.ws/32PfZ; el discurso completo de Rashida Tlaib, en https://bitly.ws/32Pgd.

4. Joana Abrisketa Uriarte, "Golpe al derecho internacional humanitario", *El País*, 18-10-2023; "La CPI rechaza petición de fiscal de abrir investigación en Afganistán", *SWI. Swissinfo.ch*, 12-4-2019; "Philippe Sands, jurista y escritor: "La reacción de Israel me recuerda a la de EE UU tras el 11-S", *El Diario*, 28-9-2023; The White House, "Remarks by President Biden on the United States' Response to Hamas's Terrorist Attacks Against Israel and Russia's Ongoing Brutal War Against

Ukraine", 20-10-2023.

5. CJC (Committee to Protect Journalists), "Journalist casualties in the Israel-Gaza war", 10-11-2023, https://bitly.ws/Zeoo; CJC, https://cpj.org/europe/ukraine/.